

JUSTINE LARBALESTIER

MI HERMANA ROSA



«*Mi hermana Rosa* es una novela impresionante...
La imaginación de su autora es un instrumento
maravilloso y escalofriante.»

John Green, autor de *Bajo la misma estrella*

Mi hermana Rosa

Justine Larbalestier

Traducción de Ana Duque



Rocaeditorial

MI HERMANA ROSA

Justine Larbalestier

¿QUÉ PASARÍA SI LA PERSONA MÁS ATERRADORA QUE JAMÁS HAYAS CONOCIDO ES
TU HERMANA DE DIEZ AÑOS?

UN TREPIDANTE THRILLER PSICOLÓGICO JUVENIL QUE MANTENDRÁ A LOS
LECTORES ENGANCHADOS HASTA LAS ÚLTIMAS PÁGINAS.

Rosa es inteligente, talentosa, guapa y tan hábil para el engaño que Che está convencido de que su hermana es una psicópata. Rosa no ha hecho daño a nadie aún, pero él está seguro de que es tan solo cuestión de tiempo. Pero cuando la familia se va a vivir a Nueva York, Che sueña constantemente con volver a Sídney y pasar el tiempo con sus tres mejores amigos. Pero antes tendrá que ayudar a su hermana Rosa, quien ha comenzado a desarrollar unos más que complejos y perturbadores juegos.

¿Podrá Che proteger a Rosa del mundo?

O mejor dicho.

¿Podrá Che proteger al mundo de Rosa?

ACERCA DE LA AUTORA

Justine Larbalestier es la autora de narrativa juvenil de mayor éxito en Australia. Ha sido galardonada con todos los premios del género en su país natal. Autora de ocho novelas, todas ellas de gran éxito de ventas y crítica, *Mi hermana Rosa* es su última novela. Actualmente vive en Sídney. Sus grandes pasiones son la jardinería, el críquet y la ciudad de Nueva York.

ACERCA DE LA OBRA

«Rosa es más aterradora y más adorable que cualquier otro villano que jamás hayamos conocido.»

E. LOCKHART, autora de *ÉRAMOS MENTIROCOS*

«Un *thriller* psicológico perturbador que supera con creces el suspense de *El silencio de los corderos*.»

CORY DOCTOROW

«Absolutamente maravillosa. Rosa permanecerá en tu mente durante mucho tiempo.»

JAY KRISTOFF

«La autora toca temas como género, orientación sexual, religión, identidad y racismo con un tacto excepcional.»

KIRKUS REVIEWS

Para mi agente, Jill Grinberg, que siempre ha creído en mi obra y me ha
apoyado cuando más lo necesitaba

PRIMERA PARTE

Mantener a Rosa bajo control

Rosa está tocando todos los botoncitos.

Hace que el asiento se recline adelante y atrás, sube y baja el reposapiés, lo guarda y lo vuelve a sacar, enciende y apaga las luces, extrae y vuelve a guardar la pantalla del asiento.

Nunca habíamos volado en clase *business*. Rosa tiene que tocarlo todo para averiguar dónde están los límites y salirse con la suya para sobrepasarlos.

Tiene encantados a los auxiliares de vuelo. Siempre es así, lo mismo con casi todos los que no la conocen. Tiene diez años, tirabuzones rubios, unos enormes ojos azules y hoyuelos en las mejillas que hace aparecer a voluntad, como si apretara un botón.

Rosa parece una muñeca, pero no lo es.

Ocupa el asiento de la ventanilla, lo cual significa que me interpongo entre ella y sus posibles víctimas. De momento disfruta descubriendo los botoncitos. Puede abstraerse con facilidad, tocando botones, contando granos de arena, calculando ángulos o investigando cómo funcionan las cosas y cómo aprovecharlas en su beneficio.

Espero que esté distraída hasta llegar a Nueva York. Aunque lo dudo. El vuelo es largo: se aburrirá, y buscará la manera de crear problemas sin que se enteren nuestros padres, Sally y David. Es su juego. Mi función es controlarla.

Las novedades de viajar en *business* la mantendrán ocupada mucho más tiempo que si viajáramos en turista. Es bastante guay; puedo estirar las piernas y apenas llego al asiento de delante, no me golpeo las rodillas como de costumbre. Ojalá hubiera un gimnasio. Ojalá el avión tuviera como destino Sídney y volviéramos a casa.

—Me gustaría saber cuánto cuesta abrir la salida de emergencia. —Rosa está mirando la tarjeta con las recomendaciones de seguridad.

—¿Para alguien como tú? Sería imposible. Eres demasiado pequeña. Además, nadie puede abrirla durante el vuelo. —No sé si eso es cierto. Estoy seguro de que Rosa lo averiguará y me lo dirá.

—¿Se podría provocar un incendio en el avión?

No se atrevería a decir estas cosas si pudieran oírla Sally y David. Pero están en la fila de delante y el zumbido de los motores ahoga nuestras palabras. Puedo oír todo lo que dice Rosa, el clic de los botones, cómo chirría su asiento; y ella también me oye a mí. Pero no oímos lo que dicen los demás, ni ellos nuestras palabras.

—Che.

—¿Qué, Rosa?

¿Iría a preguntarme cómo se puede hacer explotar el avión?

—Ojalá nos hubiéramos quedado en Bangkok.

No creo que lo diga en serio. A Rosa parece no importarles adónde nos puedan arrastrar nuestros padres: Nueva Zelanda, Indonesia, Tailandia, o de vuelta a Australia. Le da lo mismo.

—¿Seis meses te ha parecido poco tiempo? —Seis meses es todo un récord para nuestra familia.

—Echaré de menos a Apinya.

Le lanzo una mirada desaprobatoria, pero no digo nada. Apinya no la va a echar de menos. No después de lo que Rosa le hizo. Cuando nos despedimos, Apinya se aferró a su madre llorando, negándose a soltarla. Sus padres creían que estaba disgustada por perder a Rosa, pero yo sabía que Apinya tenía miedo de ella.

Rosa vuelve a centrar su atención en los botoncitos, pulsándolos una y otra vez. Está esperando que le diga que pare. Lo cual no va a suceder. Conecto los

auriculares al móvil y abro un *podcast* de Flying Fists (grabé cinco distintos para el viaje), mientras leo los últimos mensajes de mis mejores amigos, Jason, Georgie y Nazeem. Giro el móvil para que Rosa no pueda verlos.

—¿Ya ha incendiado algo?

—Qué gracioso.

Después de que Rosa haya sacado el tema, tiene más gracia. Ojalá estuviera aquí Georgie. Y Jason. Y Nazeem. Les echo de menos. Son los únicos a los que puedo hablar de Rosa. Aunque solo Georgie me crea.

A mitad del segundo *podcast*, un especial sobre Muhammad Ali, Rosa me da un codazo.

—Che.

—¿Sí, Rosa? —Dejó caer los auriculares.

—He sido buena y he cumplido mis promesas.

Suspiro. Rosa casi siempre mantiene sus promesas a medias. Sería un abogado terrible.

—Deberías dejarme hacer alguna travesura pequeña.

—Ser buena no es un juego, Rosa. —Todo es un juego para ella.

Saca sus hoyuelos, aunque sabe que soy inmune.

—Me merezco una recompensa por ser buena.

—Tu recompensa es que no se lo cuente a nuestros padres.

—Pero si siempre te chivas.

—No de lo que le hiciste a Apinya.

Solía contar a nuestros padres todo lo que hacía Rosa. Pero ya no. Están convencidos de que su actuación (así es como lo llaman ellos) es normal para una niña de su edad. Insisten además en que ha mejorado mucho. Pero no es cierto: lo que ha mejorado es la táctica para ocultar quién es realmente. Según ellos, Rosa tenía problemas, y la llevaron a doctores, terapeutas y

especialistas que la curaron. Problema resuelto. Ahora creen que le cuesta un poco socializar, y que nuestro deber es ayudarla quitándole importancia.

—No hay nada que contar. No hice nada.

No pienso repetirle por enésima vez que hacer que alguien haga algo horrible es tan malo como hacerlo uno mismo.

—Hay gente que hace cosas malas todo el tiempo.

—Tú no eres... —empiezo a decir.

—Mira a ese señor mayor. Está siendo malo.

Al otro lado del pasillo un hombre de mediana edad en traje de negocios hace señales para llamar a una azafata. Está bebiendo un líquido ambarino como si fuera agua.

—Beber así es malo —dice Rosa con gazmoñería—. Ya lleva siete. —Cruza los brazos como si estuviera orgullosa de su observación—. ¿Por qué no se niegan a servirle más, o lo llevan a la cárcel del avión?

—No hay cárcel en el avión.

—Está molestando a esa mujer —dice ahora, como si le importara.

El hombre se está reclinando en la mujer de al lado, lo cual no es nada fácil, ya que en *business*, en vez de un reposabrazos, hay una mesa entre los asientos. La mujer intenta apartarse. Tiene unos auriculares y un libro en la mano.

Me pregunto si debería hacer algo. Tal vez al hombre le daría vergüenza que un chico de diecisiete años le llame la atención sobre su comportamiento de mierda.

Antes de ponerme en pie, aparece una azafata a nuestro lado. No se dirige al borracho, sino a Rosa.

—¿Necesitas algo, señorita? —pregunta, mientras se inclina hacia delante para apagar la luz de llamada.

Rosa está radiante, saca los hoyuelos y hace que se balanceen sus tirabuzones. La azafata no puede evitar devolverle la sonrisa.

—No necesito nada, pero esa señora tal vez sí. —Rosa señala hacia el otro lado—. Ese hombre la está molestando. ¿Puede hacer algo? Mi hermano dice que no hay cárcel en el avión, pero, si la hubiera, habría que encerrarlo allí. Es malo.

La azafata gira las palmas de las manos como disculpándose.

—No hay cárcel en el avión, lo siento. Eres muy atenta preocupándote por ella. Echaré un vistazo.

Vuelve a sonreír a Rosa.

—Me gustan tus pendientes —dice mi hermana. Son de oro con incrustaciones rojas y van pegados a los lóbulos de las orejas.

—Gracias. —La azafata avanza por el pasillo.

—¿Lo ves? —dice Rosa—. Sí que me importan los demás. He ayudado a la mujer. ¿Cuál es mi recompensa?

—Ayudar a alguien es la recompensa.

Rosa pone los ojos en blanco. Una expresión que reserva para mí.

—Creo que la azafata debería regalarme sus pendientes.

Me echo hacia atrás en mi asiento y retomo el especial de Muhammad Ali. Todavía es un novato llamado Cassius Clay.

Rosa está viendo una película, pero no giro la cabeza para ver cuál es. Quizás así deje de tocar los botoncitos un rato. Cassius Clay acaba de ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

El borracho se balancea por el pasillo. Tropieza y se agarra a mi asiento para equilibrarse. Apesta a alcohol y sudor rancio.

—Hola, pequeña —dice mirando a Rosa—. Qué pelo tan bonito. Igual que Shirley Temple. Apuesto a que no sabes quién era.

Rosa le saca la lengua.

—Sí que lo sabe... —respondo, pero el borracho ya avanza dando traspiés hacia los servicios. No parece capaz de concentrarse en nada durante mucho rato.

La azafata con la que ha hablado Rosa avanza por el otro pasillo y se agacha para dirigirse a la mujer a la que estaba molestando el borracho. No podemos oír qué dice, pero esta recoge sus cosas rápidamente y la sigue hacia la parte delantera del avión.

—La cambian a primera clase —dice Rosa—. Gracias a mí. La he salvado. Deberían ponerme también en primera. Esa debería ser mi recompensa.

Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco.

—Los McBrunight deberían habernos puesto en primera —dice Rosa—. Son ricos. Estoy segura de que ellos sí vuelan así.

Los McBrunight son los amigos más antiguos de Sally y de David. Se conocen desde que tenían mi edad. Nos pagan el billete para empezar un negocio en Nueva York. Mis padres han empezado muchos negocios. Se han especializado en empezarlos, para luego venderlos e irse.

—La han cambiado, pero ¿cómo van a castigarle a él, Che? Ojalá hubiera una cárcel en el avión.

—Probablemente escupirán en su café.

—Eso no es suficiente.

—Era broma, Rosa. No hacen esas cosas.

—Deberían.

—El mundo no siempre funciona así, hermanita.

—¿Cómo funciona el mundo? —pregunta Sally, inclinándose por encima de mí para darle un beso a Rosa—. ¿Cómo están mis niños?

—La clase *business* es la mejor —dice Rosa—. Me gustan los asientos de los ricos. Deberíamos volar siempre así.

Sally se ríe.

—Ojalá.

—Que paguen los McBrunight —dice Rosa—. Pero la próxima vez deberíais decirles que nos pongan en primera.

Sally suspira.

—Me gustaría ver cómo es. Debe de haber un montón de botones. —Rosa pulsa uno para enderezar el respaldo, y enseguida vuelve a apretarlo para reclinarlo.

—Ya veo que los has probado todos.

«Como si fuera la primera vez», pienso, pero no lo digo.

—David ha hecho lo mismo y se ha quedado dormido.

Sally y yo sonreímos. David se duerme en todas partes.

—Voy a ver todas las películas —dice Rosa.

—¿Tienes que ir al baño?

—¡Sally! —protesta Rosa—. Tengo diez años, no dos. Puedo ir yo solita.

Mi madre alza las manos.

—Vale, vale. Puedes ir sola. —Baja la voz y me susurra al oído—:
Vigíla.

Siempre lo hago.

Sally se inclina para dar un beso a Rosa y me da un abrazo rápido.

—Intenta dormir un poco.

Vuelve el tufo a alcohol.

—Es un hombre muy malo. —Rosa observa cómo se desploma en su asiento—. No le han castigado —dice, antes de cerrar los ojos y quedarse dormida casi inmediatamente. Como David.

Al otro lado del pasillo, el hombre duerme con la boca abierta. Estoy casi seguro de que está roncando.

Sigo viendo las películas de boxeo con la esperanza de quedarme dormido antes de que se me acabe el material. Pienso en todo lo que me dije a mí mismo que evitaría pensar. Por ejemplo, que estamos yendo hacia Nueva York, no a casa; o cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a Sídney; o que voy a cumplir diecisiete años poco después de aterrizar. Estaremos los cuatro solos. Será otro cumpleaños asqueroso. Ya van muchos.

Sobre todo pienso que Rosa nunca va a entender por qué le hago cumplir tantas promesas. ¿Cómo puedo hacerle comprender que portarse bien no es un juego?

No puedo seguir sentado. El aire huele a plástico reciclado. Acabo de beber agua pero tengo la boca seca.

Tras comprobar que Rosa está dormida, voy a la zona situada entre la clase *business* y turista. Las cortinas están corridas y hay un mostrador de plástico blanco con sillas giratorias de idéntico material. Me sirvo agua mientras rodeo con la pierna la base de la silla para estirar la pantorrilla. Bebo un poco, alterno entre una pierna y otra y me sirvo más agua. Después de cuatro vasos mi lengua sigue pegada al paladar.

Me tumbo en el suelo para hacer flexiones. Una serie rápida de veinte. Igual alguien quiere pasar, y puede que Rosa se despierte.

Doy una vuelta por la clase *business*. David está durmiendo; Sally, leyendo. Sonríe al verme, me aprieta la mano, vuelve a la lectura. Rosa está en la misma posición. Tiene la boca ligeramente abierta y respira suavemente con regularidad. Parece un ángel.

Paseo por la clase turista, donde los pasajeros están apretujados en asientos diminutos que apenas se reclinan, pero casi todos duermen. Nunca he podido dormir en los vuelos, ni quedarme sentado tanto rato sin moverme, y siempre me ha tocado sentarme con Rosa, sin poder relajarme a la espera de lo que pudiera hacer.

La noche antes de viajar estuve casi todo el rato despierto hablando con Georgie, Jason y Nazeem; no sobre Rosa, aunque sabía que podía si lo necesitaba. Nos conocemos desde los cinco años, cuando coincidimos en una clase de *kickboxing*. Bueno, Georgie, Jason y yo. Nazeem era el mejor amigo de Jason en la escuela. Enseguida nos convertimos todos en grandes amigos.

Va a ser difícil seguir en contacto desde Nueva York. Entre Sídney y Bangkok hay unas cuantas horas de diferencia, pero con Nueva York hay más de medio día de retraso.

Vuelvo a pasar por la cabina de business, aunque ahora estoy preocupado por dejar a Rosa sola tanto rato. Mi corazón se acelera, pero allí está, profundamente dormida. Sally también. Todos menos yo.

Ve otra película. En esta no hay ni una sola escena de boxeo.

Seremos los últimos en salir del avión. Como siempre, porque David no cree en las prisas. Da igual lo desesperado que esté por estirar las piernas, por correr; tenemos que ir a su ritmo.

Cuando por fin llegamos a la pasarela, el borracho (ahora con resaca), con la cara roja y jadeando, nos empuja para salir primero.

—Qué hombre tan maleducado —dice Sally.

Rosa se ríe.

Casi me río yo también. Hemos conseguido llegar sin que haga nada.

Tras una hora para pasar por inmigración y recoger el equipaje, nos acomodamos en el coche más grande al que he subido en mi vida. Rosa y yo nos sentamos detrás. Hay pantallas de televisión con mando a distancia y botellas de agua, pañuelos de papel y bolsitas con frutos secos. Es como si siguiéramos en el avión. Tengo ganas de gritar.

Mis padres ocupan la fila de en medio, donde hay una nevera, y se plantean si es buena idea tomarse un vino. Deciden a su pesar que es mejor abstenerse.

Rosa aprieta más botoncitos. Miro por la ventana aunque solo veo otro coche aparcado al lado. Me escuecen los ojos. Me duelen hasta las uñas de los pies.

—Más botoncitos de gente rica.

—Todos los coches tienen botones para las ventanas —farfullo sin mirarla.

—No como...

—Está lloviendo —dice el conductor cuando arranca el coche—. Quizá sea mejor dejar subida la ventanilla.

Rosa acciona el botón para subirla.

Ya en la autopista solo se oye el ruido del motor, el tráfico y el viento. Me reclino hacia atrás, con la mirada fija en la sombría y húmeda oscuridad, a veces con manchas de luces de colores. No creo que podamos ver la silueta de Nueva York. No parece importarme, y eso no mola.

En poco más de una hora será mi decimoséptimo cumpleaños, y lo peor será cumplir los diecisiete lejos de casa, sin mis amigos.

Cierro los ojos y me dejo llevar.

—¿Quieres ver una cosa? —me dice Rosa al oído.

Me sobresalto.

—¿Qué?

Rosa está sonriendo, lo cual es mala señal. Me pongo alerta.

Ha dejado una rendija en la ventanilla a su lado que escupe lluvia.

—Cierra la ventanilla, Rosa.

Saca una especie de cuaderno de su mochila y lo gira para que pueda verlo bien.

Un pasaporte australiano. Lo abre por la página con la foto: es el borracho del avión.

Me abalanzo sobre Rosa mientras lo tira por la ventanilla.

—He ganado —dice Rosa.

Rosa es una bomba de relojería.

La etiqueta no creo que tenga importancia: psicopatía, sociopatía, trastorno de personalidad antisocial, maldad o tener el demonio dentro. Lo que importa es cómo evitar que la bomba explote.

Sería mucho más fácil si mis padres aceptaran que Rosa es una bomba. Sería mucho más fácil si no lo fuera. Daría todo porque no fuera como es. Rosa tiene todos los síntomas del test de psicopatía de Hare, excepto la promiscuidad, conducir demasiado rápido y otros pecados de adultos. Hay que darle tiempo.

El test, aunque tiene varias versiones, incluye decenas de preguntas diseñadas para indicar distintos aspectos. Los cuatro que para mí tienen más sentido son:

Insensibilidad: Rosa no se preocupa por nadie, excepto por sí misma.

Desinhibición: Rosa es una amante de la adrenalina impulsiva. Su apreciación del riesgo es fatal, porque no cree que le pueda pasar nada. Si quiere algo, va a por ello.

Ausencia de miedo: nada la asusta ni le preocupa.

Carisma: tiene demasiado. Encandila a la gente y consigue que hagan lo que ella quiere.

Rosa es una bomba de relojería y yo soy el responsable.

Mi hermana Rosa nació en nuestra casa, en Sídney, cuando yo tenía siete años. Yo estuve presente en el parto, aunque los padres de David, Papa y Nana, decían preocupados que podría traumatizarme. Tuvieron muchas broncas con David, y Papa llevaba como siempre la iniciativa.

—¡Tiene siete años! ¡Tendrás que pagarle el psiquiatra el resto de su vida! ¿No es bastante malo que le hagáis llamaros por el nombre de pila? ¡El pobre chico ni siquiera lleva el apellido de su padre! ¡Nuestros padres no sobrevivieron el Holocausto para esto! ¡Hacer que el pobre chaval vea cómo nace su hermana! ¡Te desheredaré!

El nacimiento de Rosa no me traumatizó.

Fue bonito y aburrido a la vez. Me quedé dormido en un puf que trajo la partera. Cuando desperté, Sally estaba apoyada con los antebrazos en la cama y asía la mano de David con fuerza. En el suelo, entre sus piernas, había un espejo.

La comadrona me sonrió.

—¿Quieres verla, Che? Está asomando la cabeza.

Me acerqué a gatas, con cuidado de no molestar. En el espejo pude ver algo oscuro y viscoso entre las piernas de Sally. No parecía la cabeza de un bebé, sino un monstruo.

—¡Ya está aquí!

Rosa salió muy rápido. La comadrona la tomó en sus brazos. David y yo nos quedamos sin aliento.

Era pequeña, perfecta, con los ojos más grandes que había visto en mi vida, y me miraba. Yo no podía dejar de mirarla.

La comadrona puso a Rosa en la barriga de Sally y ella la acunó entre sus manos, que eran casi más grandes que el bebé.

David le dio unas palmaditas a Rosa en la espalda. Yo tenía una enorme sensación de tirantez en el pecho. Amor. Estaba lleno de amor por esa diminuta criatura.

—Es preciosa —dijo la comadrona—. Felicidades.

Le dio a David unas tijeras para cortar el cordón umbilical, que era como una cuerda rosa y azul palpitante.

Sally me sonrió.

De mis ojos salieron lágrimas, pero parecía que no tuvieran nada que ver conmigo.

—¿Puedo tocarla?

—Claro.

Alargué el brazo para tocar su manita. Los dedos se enrollaron alrededor del índice. Sentí un pinchazo en el corazón.

—Tendrás que cuidar a Rosa, ya sabes —dijo Sally.

—Protegerla del mundo —dijo David—. Eres su hermano mayor.

No dijo «proteger al mundo de ella».

—Qué patriarcal por tu parte —dijo Sally, sin muestra de enfado. Le lanzó un beso a David y bajó la cabeza.

Todos estábamos mirando a la pequeña Rosa.

El apartamento en Nueva York es enorme. No parecía tan grande en los planos y las fotos que habíamos visto. Los McBrunight lo eligieron para nosotros, lo cual es lógico, puesto que son ellos quienes van a pagarlo. No quiero saber cuánto cuesta. Es como la clase *business* de apartamentos, tras haber vivido siempre en clase turista.

El contenedor medio vacío que enviamos hace varias semanas está en medio de la salita. No estoy seguro de poder llamar salita a una estancia tan grande. Supera a todos los apartamentos en los que hemos vivido. En un extremo está la reluciente cocina, toda de metal y mármol, con una isla encimera gigante y dos fogones. En el otro están las escaleras que conducen a mi dormitorio y al de Rosa. En medio hay dos sofás enormes, con mesas auxiliares en cada lado y una mesita de centro. El televisor gigante está en la misma pared de la entrada. Parecerá que estamos en el cine. No sabía que hubiera televisores tan grandes. Hay cuatro plantas en macetas gigantes en la

cristalera con vistas a la Segunda Avenida. Son de verdad. Me pregunto quién las va a regar. Nunca hemos conseguido mantener ninguna planta con vida.

El contenedor no pega en este lugar nuevo y reluciente, aunque me hace llevar mejor el hecho de estar aquí. Cada vez que nos mudamos cogimos únicamente lo que podíamos llevar con nosotros. Esta vez no hemos tenido que dejar la ropa, los libros, los pósteres, ni los tableros de ajedrez de Rosa.

No recuerdo qué más hay en el contenedor, porque hace mucho que lo preparamos. Ningún mueble, eso seguro. Están pudriéndose en el sótano de la casa de mis abuelos en Sídney. De tanto en tanto, Papa amenaza con tirarlos si no volvemos, casi con la misma frecuencia con que amenaza con desheredarnos. Papa cambia el testamento con la misma frecuencia con que se suelen cambiar las sábanas.

En diez minutos será medianoche en Nueva York y yo tendré diecisiete años. No tengo ningún mensaje de Nazeem, Georgie, Jason o de mis tías. Normalmente mi móvil no para el día de mi cumpleaños. Pero no tendremos nuevas tarjetas SIM hasta mañana. No hay wifi, nos dice David en un tono siniestro, con la promesa de que funcionará por la mañana. David es un genio informático. Siempre se ocupa de la tecnología.

—Ayúdame a llevar a Rosa a la cama —me dice Sally.

Levanto a Rosa y subo las escaleras detrás de Sally. Es difícil resistirse a querer a Rosa cuando está adormilada, con los párpados caídos y el cuerpo de trapo. Me recuerda a cuando era un bebé.

—Maté una mariposa —dice Rosa en un susurro.

—Eres... —empiezo a decir antes de darme cuenta de que ha cerrado del todo los ojos y la siento más pesada. Se ha dormido.

Sally abre la habitación de Rosa.

—Ponla en la cama. —Lo hago—. ¿No parece un ángel?

Sí lo parece. Los rizos dorados forman una suave aureola. La beso en la frente. Ojalá su conducta coincidiera con su aspecto.

Bajamos las escaleras. Mis piernas no parecen mías.

—Bueno, ya estamos en Nueva York —dice David, mientras se sienta en un sofá—. Llegué a pensar que este momento no llegaría nunca. —Echa un vistazo al reloj—. ¡Medianoche! —Se pone en pie de un salto y me da un abrazo—. ¡Feliz cumpleaños, Che! ¡Por fin tienes diecisiete años!

—Feliz cumpleaños. Parece increíble que seas tan mayor —dice Sally mientras se une al abrazo—. ¡Diecisiete ya!

Añado para mis adentros que estoy muy lejos de casa. Vaya regalo de cumpleaños. Pero no lo digo. No vale la pena empezar una discusión. Creo que me voy a dormir en las escaleras.

—¡Guau! Tienes mala cara, Che —dice David.

—Gracias —balbuceo—. Las vuestras tampoco es que... —Pero dejo a medias la frase. David parece que se acaba de levantar de un sueño reparador en una cama. No es justo.

—Cama. Dormir —dice Sally, mientras me da un beso y me conduce hacia las escaleras.

Me arrastro hasta la habitación, me quito la ropa, pongo el móvil a cargar para poder usarlo mañana, cuando haya wifi, con una nueva tarjeta SIM. Desenchufó el radiodespertador porque brilla demasiado, y voy reptando hasta la cama, consciente de que mi mochila está abajo, con mi pijama y el cepillo de dientes, la crema para el acné, los libros y todo lo demás. Demasiado lejos. Cierro los ojos, listo para dejarme llevar por el sueño.

Pero no lo consigo.

Estoy en mi nueva habitación, mirando las sombras moverse en el techo. Entra mucha luz de la ciudad húmeda e intensamente iluminada ahí fuera. Dejo las persianas abiertas. Se oyen sirenas, cada vez más cerca, que luego se

alejan. Oigo el repiqueteo de la lluvia en el cristal, antes de que lo ahogue el rugido de un helicóptero.

Me levanto tambaleándome de la cama, bajo las persianas y corro las cortinas. Ahora solo entra un rayo de luz por debajo de la puerta. Cuando me tumbo en la cama no se ve.

Cierro los ojos.

Más sirenas. Me pregunto qué estará pasando.

Hace más de dos años que dejamos Sídney. Echo de menos nuestra casa con un dolor agudo que parece apendicitis.

Recurrí a todos los posibles argumentos para persuadirles: por ejemplo, que desde los doce años todo ha sido un caos. Viviendas distintas en diferentes ciudades y países: Nueva Zelanda, Indonesia, Tailandia y ahora Estados Unidos. Hubo cambios de colegio y a veces tuvimos que seguir el curso de cualquier manera en casa, a distancia.

«¿Cómo voy a estudiar medicina sin estabilidad?» Evité mencionar cuánto echo de menos a mi entrenadora de boxeo en Sídney, Natalie. A mis padres no les entusiasma mi afición al boxeo.

«¿Y qué hay de Rosa? —les pregunté—. Solo ha estado cinco años en una misma casa. La estáis alejando del resto de la familia, las tías, los tíos, los primos y los abuelos. Debería cuidarla la familia, y no extraños. ¿Cómo va a hacer amigos si nos mudamos tantas veces?»

No añadí que es peligrosa.

Les hablé de cuánto echaba de menos a mis amigos y estar rodeado de gente que hablara con el mismo acento que yo. Les dije que estaba harto de ser un extranjero.

«Los amigos y la familia nos hacen ser como somos —argüí—. Todo el mundo necesita una comunidad.»

«Rosa especialmente», pensé, pero no lo dije.

«Puedes hacer otros amigos —fue la respuesta—. Nos mudamos a Nueva York para hacer del mundo un lugar mejor. A veces hay que priorizar un buen fin.»

«Os importa más el mundo que Rosa o yo mismo», grité.

Ahí perdí. Sally y David no respetan a las personas que recurren a la emoción. Hay que ser racional y calmado para ganar una discusión. Hay que comportarse como un adulto aunque uno no lo sea.

Me callé lo que pensaba: «Os odio».

En lugar de volver a casa, otra ciudad nueva, otro país, otra cama extraña, oír sirenas extrañas, mirar un techo extraño con los ojos tan cansados que parecen que se están fusionando con las mejillas. Empiezo a sentir un calambre en la pantorrilla derecha. Flexiono el pie, un truco que me enseñó Natalie. Entonces empieza en la pantorrilla izquierda.

No voy a mirar qué hora es.

¿Debería habérselo dicho a nuestros padres? Ya no hay pasaporte. Rosa dirá que nunca lo hubo. Sabrán que miente. Sabrán que yo no. Pero, aun así, Sally me preguntará si estoy seguro de que fue un pasaporte lo que Rosa arrojó por la ventanilla. Después de todo, no he dormido en cuarenta y ocho horas.

Lo añadido a la lista de cosas que no les he contado. Lo peor de todo fue lo de la cobaya de Apinya.

No debería pensar en esas cosas.

Hago lo que Natalie nos mandaba hacer al final de cada sesión de entrenamiento: repaso cada músculo, empezando por los lumbricales de los pies para seguir subiendo hasta la galea aponeurótica en la coronilla. Natalie no era tan específica, pero quiero ser médico, concretamente neurólogo o psiquiatra. Me sé los nombres de todos los músculos.

No me duermo.

¿Debería aprovechar el insomnio? ¿Hacer una huelga de no dormir hasta que mis padres decidan volver a casa?

El mejor cumpleaños de mi vida.

Me pican los ojos.

Suena una campanilla electrónica, que repica con el eco entre los edificios.

Oigo los neumáticos sisear en la avenida mojada, el chirrido de los frenos, gente gritando. ¿Cómo es posible oír todo esto desde el séptimo piso? ¿Por la lluvia?

¿Se callará mi cerebro en algún momento?

Mi cerebro responde a una pregunta que yo ni siquiera sabía que estaba en mi mente: ¿de qué hablaba Rosa cuando dijo que mató una mariposa? Estoy casi seguro de que eso pasó en el aeropuerto de Changi, en Singapur. ¿Hará dos años? Había un jardín de mariposas precioso. Rosa se quedó quieta con las palmas extendidas hasta que una mariposa se posó en ellas, moviendo las alas. Sonrió (una sonrisa auténtica), machacó la mariposa, la dejó caer entre la vegetación y luego se limpió la mano en un helecho.

Natalie estaría decepcionada: un boxeador siempre es capaz de excluir sus pensamientos periféricos.

¿Y si el nuevo club de boxeo no es para nada como el de casa? ¿Y si nunca conseguimos tener wifi? ¿Y si nunca para de llover?

Y si Rosa... No quiero pensar en lo peor que podría hacer.

La sirena de un coche de policía recorre la avenida. El ruido es tan fuerte que hace vibrar los cristales, con una alternancia de tonos cada vez más molestos, uno de los cuales hace temblar hasta mi cama; otro suena como una bandada de pájaros zombis a los que están torturando; y el último, más parecido a una sirena de policía normal, viene seguido de un estruendo parecido a un terremoto. Una voz amplificadora ordena a un coche aparcar en el bordillo. La sirena vuelve a sonar y la orden se repite.

Nunca he oído tantas sirenas. Nueva York, ciudad de policías cabreados y constantes emergencias.

A Rosa le encantará.

A las cinco de la mañana dejo de intentar dormir. El sol no ha salido. Hago mis estiramientos y ejercicios matinales de cualquier manera, con algunos movimientos de piernas inspirados en Muhammad Ali, pero de forma tan torpe y poco elegante que el gran hombre se quedaría horrorizado.

Luego bajo lentamente las escaleras para no despertar a mi familia, pero mis padres y Rosa están sentados alrededor de la isla de la cocina desayunando muesli y bebiendo café y zumo de naranja, tan despiertos como yo.

Sally tiene ojeras y los ojos rojos.

—Feliz cumpleaños, Che —dicen mis padres al unísono, poniéndose en pie de un salto para abrazarme. Rosa se une al abrazo.

Olvidé que sigue siendo mi cumpleaños.

—Diecisiete, ¿eh? —dice Sally, volviéndome a abrazar.

—Es un número primo —dice Rosa—. Si sumas los primeros cuatro números primos, sale diecisiete.

—No me lo puedo creer. Diecisiete. A esa edad nos conocimos —dice David mientras besa la nariz de Sally.

—Sí, entonces eras mi hombre salvaje. ¿Te acuerdas de la primera vez que tuve que pagarte la fianza...?

Alzo el brazo.

—Mi primer deseo de cumpleaños es que no hagáis un repaso de los primeros días, ni de ninguno, de vuestro eterno amor verdadero.

David asiente. Sally hace un gesto como si cerrara la boca con una cremallera.

—La verdad es que preferiría que mi deseo durara una semana.

—¿Quieres un desayuno de cumpleaños? —pregunta David, ignorándome—. ¿Sabíais que en esta ciudad puedes comprar cosas básicas y otras no tan imprescindibles a cualquier hora del día? Eso casi me ha hecho olvidar que no para de llover.

—Acabamos de llegar —dice Sally—. Ya parará.

—Me gusta la lluvia —dice Rosa.

—¿Plátano?

Asiento con un gesto y David corta trocitos de plátano sobre un bol y me lo pasa. Añado yogur y muesli.

—El desayuno de los dioses —afirmo, mientras empiezo a comer. El plátano está blando y harinoso—. Este plátano está asqueroso.

—Lo siento. He ido a tres tiendas distintas. Por lo visto es lo único que hay.

En Bangkok perdí la cuenta de las variedades de plátanos, todas ellas buenísimas.

—Esto es el infierno —digo entre dientes, sonriendo para dar a entender que es broma. Pero lo pienso de verdad.

—¿Zumos de naranja? —dice Sally.

Asiento con la cabeza.

—¿Cuándo podemos darle a Che sus regalos? —percibo cierto tono de orgullo en la voz de Rosa, aunque la pregunta sea tan normal.

—Ya sabes que no puede tomar decisiones hasta que haya acabado la primera de sus miles de comidas del día —dice David.

—Es mi cumpleaños. No puedes tomarme el pelo.

—Retiro el comentario. Entonces ¿cuándo quieres tus regalos?

Miro el contenedor gigante y el montón de equipaje.

—¿Podréis encontrarlos?

—Sí y no.

—Puedo esperar —digo, aunque me gustaría tener algún regalo ahora mismo. Algún indicio de que es mi cumpleaños, en ausencia de un móvil que funcione y mensajes de mis amigos.

—¿Puedo tener Internet en mi cumpleaños?

—No puedo arreglarlo hasta que abran las tiendas —dice David—. Pero será hoy mismo o rodarán cabezas.

—Yo tengo mi regalo aquí —dice Rosa—. ¿Puedo dárselo ahora?

—Por supuesto —respondo.

Se lanza hacia su cuarto y vuelve con el regalo.

—Lo he envuelto yo misma.

No es verdad. Está demasiado bien envuelto.

—Es bastante grande —digo—. ¿Lo llevabas en la maleta?

—Sí.

Deshago el elegante lazo negro y retiro cuidadosamente el papel plateado. Dentro de una caja de madera hay una réplica en plástico de un cerebro humano. Lo alzo para mirarlo.

—¿Si tiene hasta bulbo raquídeo!

—Se pueden separar las distintas partes —dice Rosa.

Desmonto el lóbulo frontal, luego el parietal, el occipital, el temporal y el límbico.

—Mmm... cerebros... —digo con mi mejor voz de zombi.

Rosa sonrío. No es una sonrisa auténtica, pero me digo a mí mismo que eso no importa. Es una sonrisa apropiada, como el regalo. Aunque, más que apropiado, es perfecto. Sally y David han asumido que quiero ser médico, pero Rosa sabe que quiero ser neurólogo o psiquiatra.

—¿Puedo coger un trozo?

Le paso el lóbulo frontal.

—Tienes en tus manos el pensamiento consciente, Rosa. Es la parte del cerebro que nos hace más humanos.

Le da la vuelta. Me pregunto si reflexiona sobre su propia humanidad tanto como yo. ¿Se cuestiona alguna vez qué partes del lóbulo frontal le faltan?

—Tiene muchos detalles... —comento, observando el lóbulo parietal. Me fijo en el surco lateral. En su interior se encuentra la corteza insular anterior, donde se supone que reside la empatía. Pongo el dedo encima. Solo tengo la sensación de tocar plástico.

—Me encanta —digo mientras sonrío y abrazo a Rosa—. Gracias.

Me devuelve el abrazo. Los abrazos le salen mucho mejor.

—Eso va a ser difícil de superar —dice David, como si no hubiera sabido lo que Rosa me iba a regalar—. ¿Hay algo que te gustaría hacer hoy, cumpleañosero?

—No sé... —Estoy completamente despierto pero muy cansado. Solo quiero encerrarme en mi habitación con un móvil, una tableta o un portátil, y reconectarme con mis amigos.

—Decíamos que podríamos dar una vuelta en bici. —David tiene ganas de probar el sistema de bicis públicas de la ciudad—. Si para de llover. —Hace un gesto hacia las ventanas, que la lluvia golpea horizontalmente.

—No pinta bien —dice Sally—. El plan b es ir al cine o a una obra en Broadway.

—Nos quedaremos dormidos. —No son ni las seis de la mañana. El día se extiende interminable ante mí. ¿Podría hacer una o dos clases en mi nuevo club de boxeo? Aunque había pensado empezar mañana.

—Es verdad —dice David—. Es muy pronto. Podríamos jugar al póker.

Sally y yo proferimos un gemido.

David es un experto en póker y Rosa, una entusiasta discípula. Tiene la cara perfecta, excepto cuando se obliga a sonreír y se vuelve inexpresiva. La cara

de póker de David es impresionante, sobre todo porque no le sale de forma natural, como a Rosa.

David dice que en el póker hay que pensar con la cabeza, no con las emociones, lo cual no tiene sentido. Nuestras emociones, al igual que los pensamientos, conforman el cerebro. No se pueden separar.

—Ni hablar —respondo—. ¿Por qué no vamos a algún lugar con wifi? ¿Hay alguna biblioteca cerca? Las bibliotecas siempre tienen wifi gratis.

—No abren hasta más tarde.

Respondo con un quejido.

Rosa está hecha un ovillo a mi lado en el sofá de la biblioteca con el último número de la revista *El mundo del ajedrez*. Sally está sentada enfrente con la tableta. El portátil está en equilibrio sobre mis rodillas, en un ángulo que impide a Rosa ver la pantalla. David está en casa, solucionando nuestros problemas de conectividad.

Hemos tenido que esperar veinte minutos antes de encontrar un asiento. La biblioteca está llena de adolescentes y ancianos encorvados sobre los pocos ordenadores disponibles. La cola casi llega a la entrada del edificio.

Afuera, la lluvia cae a raudales, casi ocultando los demacrados árboles. Parece el fin del mundo.

Respondo a los mensajes de cumpleaños. Casi me echo a llorar al ver tantos. Estar al borde de las lágrimas por cosas que normalmente nunca las suscitarían es otro de los síntomas del *jet lag*.

Escribo una lista. Siempre lo hago cuando nos mudamos a un sitio nuevo. Mis objetivos, que hace mucho que siguen siendo los mismos. Escribo la lista y luego la borro. No es probable que se me olviden, porque rigen mi vida.

Bueno, eso no es verdad. Solo es un objetivo el primero, los demás solo son deseos.

1. Mantener a Rosa bajo control.

Siempre Rosa. Tengo que evitar que haga cosas terribles. Encontrar un método permanente. ¿Acaso lo hay? «Permanente» suena amenazador, ¿no? Como si quisiera que se muriera. Pero no es así. La quiero. Es mi hermanita, no puedo evitar quererla.

¿Podría aprender empatía? El libro que me estoy leyendo sobre el trastorno disocial en niños no me da muchas esperanzas. Hay demasiados casos prácticos de niños como Rosa, a los que cuando se les pide que cambien de conducta responden «me da igual». Eso cuando no intentan engañar al entrevistador y son sinceros al responder «no me importa».

A Rosa tampoco.

¿Cómo puedo hacer que le importe? ¿Cómo podría escanear su cerebro para ver si las partes adecuadas funcionan? ¿Qué pasaría si no es así? «Sí, estabas en lo cierto.» Y luego, ¿qué?

Lo único que puedo hacer es mantener un registro de todas las cosas raras que hace, seguir analizando nuestras conversaciones.

Las otras cosas de la lista no relacionadas con Rosa son:

2. Quiero boxear en combates.

Nunca voy a progresar de nivel si no hago combates. Mi promesa de no hacerlo me está frenando. Pero no puedo romperla.

3. Quiero tener novia.

Resulta patético al verlo escrito. Como si hubiera corazones, rosas, ojos animados pestañeando y una voz cantando «¡quiero amor!».

Claro que quiero amor. Quiero conocer a una persona lista, divertida y sexy a quien le guste el boxeo, Muhammad Ali, y que haya visto *Ong-bak, el guerrero muay thai* por lo menos veinte veces.

Es normal querer una novia. O un novio. No es que Jason quiera un novio. Según él, es un donjuán, lo cual nos hace partirnos de risa. ¿Eres un donjuán si

declaras públicamente que lo eres? Eso es definitivamente más patético que querer estar con una sola persona.

Y sigo deseando tener mucho sexo. Quiero mucho sexo. Para ser sincero, da igual la cantidad. Pero Jason habla de eso como si no importara lo que la otra persona (con la que tienes sexo) piense al respecto. Como si fuera un número, no una persona.

Jason cree que es como Rosa. Duro, insensible. Pero es un chico fantástico que finge ser horrible (vuelvo a hablar de Rosa cuando no tiene nada que ver con ella).

Quiero una novia que sea lista, divertida, fuerte, que esté en forma y a la que le importen los demás (¡y que no sea rubia!). No quiero un número.

4. Quiero volver a casa.

Cuando pulso «suprimir» Rosa tira de la manga de mi sudadera.

—¿Qué haces, Che?

No ha dejado de preguntarme eso desde que empezó a hablar.

—¿Qué haces, Rosa?

Y yo llevo respondiendo así desde que empezó a hacerme esa pregunta. No creo que haya visto la lista.

—Molestarte, Che. ¿Qué haces?

—Vaciar la papelera —respondo, mientras me aseguro por partida doble de que se haya borrado la lista—. ¿Qué vas a hacer cuando acabes de molestarme, Rosa?

A Rosa le da una risita tonta.

—Nunca dejaré de molestarte, Che.

En cuanto Rosa empezó a moverse tomó la costumbre de seguirme. Primero con los ojos y después con su extraña forma de gatear con el trasero, que fue progresando hasta convertirse en un modo de andar reconocible.

Hacía que se me ensanchara el corazón. Me daba la vuelta y allí estaba ella, mirándome fijamente. La cogía en brazos, inhalaba su dulce olor a bebé, apoyaba la nariz en su nuca, tocaba su piel suave, oía los latiditos, y entonces me sentía tan abrumado por el sentimiento que no podía ni hablar.

Ya había tenido otros bebés en brazos. Mis padres son los mayores de sus familias, así que tengo muchos primos más pequeños cuyo olor también era encantador. Pero no como el de Rosa. La miraba a los ojos y me preguntaba si algún día podría querer a alguien como a ella.

Rosa se me quedaba mirando fijamente, sin apenas parpadear.

Como todos los bebés, estaba analizándome, a mí y a los demás, para aprender a ser humano.

Pero a diferencia de la mayoría de los seres humanos, no aprendió casi nada de forma natural.

Rosa aprendía todo más despacio que sus primos. Todo lo que no es instintivo. Empezó a gatear y caminar como los demás, pero tardó más en aprender a reírse, a dar abrazos y besos o a señalar. En hacer todas esas cosas que los seres humanos hacen para interactuar en respuesta a uno de sus congéneres. Empezó a levantar las manos para pedir que la lleváramos en brazos meses después de que sus primos lo hicieran. Pero cuando se dio cuenta de que nos podía usar como taxis, lo hizo.

Cada vez que alargaba los brazos hacia mí, mi corazón empezaba a latir más rápido. Era tan suave, dependiente, diminuta. No tenían que habérmelo pedido. Siempre querría protegerla.

Durante sus primeros dos años de vida apenas lloró. Parecía más intrigada que disgustada cuando se daba un golpe, se cortaba o estaba enferma. La mayoría de los bebés lloran cuando ven a alguien llorar, sobre todo si se trata de otro bebé. Pero Rosa no.

Eso preocupaba a mis padres más que cualquier otra cosa. De modo que Rosa empezó a llorar. Vio que los primos lo hacían y les imitó. Al principio no resultaba demasiado convincente: emitía sonidos entrecortados y se obligaba a parpadear rápidamente para que le salieran lágrimas. Pero Sally y David la creyeron, y poco después empezó a producir lágrimas de verdad.

Estoy seguro de que mentía con aquellas lágrimas igual que lo hace con sus palabras.

Pensé que debía comentárselo a mis padres, pero la mayoría de nuestros primos solo lloraban cuando se caían si había un adulto cerca. No estaba seguro de poder explicar que lo que Rosa hacía era distinto.

No sonreía cuando nosotros lo hacíamos. No respondía a su nombre. Tenía casi dos años y todavía no había dicho una palabra.

—Che también fue un poco más lento —decía Sally. A mí nunca me lo habían dicho—. Y ahora es un chico normal. Cada bebé se desarrolla a su ritmo.

—No era tan lento —respondía David.

La llevaron al médico.

Y mira por dónde, Rosa empezó a sonreír. Y a hablar.

Sonrió por primera vez en aquella visita al médico, a la que fuimos todos.

Nos entendió cuando explicamos que no sonreía. Alzó la vista de los juguetes y alargó la boca, enseñando los dientes. No parecía una sonrisa

auténtica, pero Sally dio un grito ahogado.

—No puede ser. Es un augurio. Está bien —dijo David.

El médico dijo que estaba un poco atrasada en su desarrollo, pero que no era nada grave.

Cuando Rosa volvió de la segunda cita con el médico, vino hacia mí y dijo sus primeras palabras: «Quiero el mío».

Eso era un augurio: esa es la frase por la que vive.

Típico de Rosa que sus primeras palabras fueran una frase entera, saltándose las que normalmente los niños aprenden en primer lugar, como «mamá», «papá», «aupa», «hola», «adiós», «pelota», por no hablar de la etapa en que balbucean. Un bebé que no balbucea resulta escalofriante.

Rosa empezó a mentir al mismo tiempo que comenzó a hablar.

Me voy al nuevo gimnasio, armado con un móvil en funcionamiento y un paraguas que me ha dejado el tipo —un tal John— que estaba tras el mostrador del vestíbulo. No puedo seguir quieto, ni en la biblioteca, ni en el nuevo piso. Tengo que sudar, moverme, o me volveré loco. Ahora toca agotar cada músculo de mi cuerpo.

El viento atraviesa la sudadera de forro con capucha y los pantalones de deporte más gruesos que tengo, y me azota una lluvia horizontal. El paraguas me cubre la cabeza, pero no mucho más. Georgie estará decepcionada cuando le diga que Nueva York parece un mar de coches amarillos flotando en una torrencial lluvia gris. Debería haberme puesto un chubasquero. O haberme quedado en la cama. Para cuando subo las escaleras que conducen a la recepción de mi nuevo gimnasio estoy chorreando y tiritando, y me castañetean los dientes.

Aun así advierto su presencia.

Una chica de piel oscura, brillante por el sudor, en el primer cuadrilátero. Me pregunto si harán entrenar a los mejores allí, cerca de las escaleras y las ventanas, para que sea imposible dejar de mirarlos al entrar. No puedo evitar pensar: «Vaya chica, y justo aquí. Así quiero moverme yo. Para gustarle».

La chica ejecuta sus movimientos defensivos a un ritmo trepidante. Me gusta cómo se agacha y esquiva, cómo gira.

La gente cree que las peleas se ganan con fuerza, pero no es cierto: la velocidad y la agilidad son lo que importa. Muchos ganan constantemente sin noquear. Esa chica es más rápida que su instructor. Me gustaría verla en un combate de verdad.

Podría quedarme mirándola todo el día. Pero he venido a despertarme de una puñetera vez. Antes de sufrir el *jet lag* fui lo bastante listo como para matricularme por Internet, rellenar las autorizaciones, inscribirme en las clases, reservar una taquilla y pagar la cuota anual. Paga mi abuelo, con una tarjeta de crédito que me dio para los gastos de boxeo.

Paga mi abuelo porque quiere que me convierta en un hombre de verdad. Tiene miedo de que la falta de agallas y coraje de mis padres, o cualquier otro sinónimo que le dé por usar esta semana, me convierta en un blandengue. Paga porque mis padres se niegan a hacerlo. Ellos no creen en la violencia. A pesar de todas las evidencias de su obvia existencia.

Se escandalizaron cuando Papa me enseñó a dar puñetazos. Y cuando se ofreció a pagar las clases de boxeo quedaron horrorizados. Sally y David aceptaron con la condición de que prometiera no participar en ningún combate hasta que fuera adulto. Una promesa de la que me arrepiento.

Busco la taquilla que me han asignado y me lanzo hacia la ducha, increíblemente caliente. Me pongo el equipo de entrenar seco, mientras envuelvo la ropa mojada en una de las esponjosas toallas del gimnasio. El

gimnasio de Sídney cobra por usar las toallas, ásperas y andrajosas y no apiladas en montones gigantes como aquí, a disposición de cualquiera. También hay desodorante y crema de manos gratis. Hasta un secador de pelo, que dirijo a mis zapatos, para intentar secarlos.

Caliento en una cinta de correr, a un ritmo rápido, hasta que se me pasa el frío.

Mi primera clase es en la sala de sacos de boxeo, que cuelgan del techo como un bosque. De lejos parecen cuerpos humanos. De cerca huelen a sudor, no a descomposición.

La chica que vi entrenando en el ring está ahora en medio de los sacos, hablando con otra chica, sonriendo. Golpea un saco hacia su amiga, con facilidad y control, como si fuera una prolongación de su brazo, para esquivarlo luego cuando su amiga se lo devuelve, con un giro que parece formar parte de una danza.

No puedo dejar de mirarla.

Me obligo a sentarme y mirarme las manos mientras me pongo las protecciones, y luego miro a los demás participantes de la clase. Solo hay dos chicos más. Nunca había estado en una clase donde hubiera tantas chicas. Este gimnasio es excelente.

La chica y su amiga parecen tener mi edad. Los demás son mayores. Estoy acostumbrado a ser el más joven. Me pregunto si la chica es en este caso la de menor edad. Es como yo de alta, tal vez un pelín más. Lleva el pelo rizado peinado hacia atrás. Tiene los músculos definidos, como yo.

Vuelvo a quedarme mirándola. Me obligo a centrarme en el saco frente a mí, pensando en cómo sería darle un beso.

Nos saludamos por turnos y siento más que nunca el *jet lag*. Un campo de fuerza nebuloso desciende sobre mí. Casi puedo ver las estrellitas típicas de

los dibujos animados. Las palabras del instructor llegan a mi cerebro cuando los demás ya están en movimiento.

—¡Un, dos, tres! El otro pie, José, no solo el derecho. El que no lo tenga claro, que mire a Soldier.

El instructor señala a la chica guapa. ¿Su mote es «Soldier»? Debe de ser una malota total.

En lugar de seguir intentando escuchar sigo a Soldier. Medio segundo de retraso es mejor que varios minutos.

Mis piernas son de plomo. ¿Dónde está la memoria de mis músculos? ¿Y la normal?

—Eres principiante, ¿no? —me pregunta el instructor—. Quizá deberías probar con otra clase menos avanzada el próximo día.

Mi cerebro y mi lengua no consiguen cooperar para explicar que me pasé meses practicando *muay thai* en Tailandia.

Antes de que pueda abrir la boca ya está con otro chico. Mierda.

Al final de la clase me dejo caer en la colchoneta. Solo quiero dormir. En la próxima clase demostraré al estúpido instructor que no soy un principiante.

Soldier me saluda con la cabeza mientras se quita las protecciones.

—En el calentamiento lo hiciste bien. ¿Qué te ha pasado?

—*Jet lag* —respondo, después de lo que se me antoja una hora. Siento mi corazón latiendo demasiado rápido incluso a través del campo de fuerza que lo amortigua todo. Soldier está hablando conmigo.

—He oído que te deja hecho polvo —comenta. Se ha quitado las protecciones y las ha puesto en el bolsillo del pantalón. Se agacha para recoger los guantes—. ¿Nos vemos la semana que viene? —me pregunta mientras se aleja.

—Claro —digo, aunque mi voz no tiene demasiada potencia y ella ya está a medio camino del vestidor. Confirmando además con un gesto de cabeza. Aunque

no me esté mirando.

A pesar del *jet lag* estoy eufórico. Mis labios deciden curvarse en una sonrisa. Se ha fijado en mí.

En el vestidor me desplomo en el banco más próximo a la taquilla y dejo que me invada el *jet lag*. Tengo que quitarme la ropa empapada de sudor, ducharme, vestirme y encontrar la manera de volver a casa, un montón de cosas que me parece imposible conseguir.

Suena el móvil. Jason. Intento calcular qué hora es en Sídney. No lo consigo.

—Noqueado hasta dejarle fulminante. Cayo.

No tengo ni idea de a qué se refiere Jason, y no solo por su manera de escribir, con el autocorrector configurado a su manera. Ya estoy acostumbrado.

—¿Qué? —Pulso las teclas con lentitud. Mis dedos son demasiado gruesos para ellas.

—¡Ayer por la noche! ¡El combate!

—¡Estupendo! —No recuerdo de qué combate habla.

—Sí. Lo fulminé.

—Me hubiera gustado verlo.

—A mí tb. ¡Vuelve! Tengo un montón de nuevos movs. No reconocerías Baxter. Superlimpio, todas las máquinas funcionan. Una renovación milagrosa. Ahora tenemos un ring como toca. ¡Me encanta!

Obligo a mis dedos a escribir una pregunta.

—¿Qué tal todo por casa?

—Los viejos están flipando. Quieren que deje de entrenar y me centre en el cole. Blablablá. Ni hablar. ¿Para qué sactamente necesita un boxeador el diploma de la ESO? Idiotas.

Jason va a ser boxeador. Ya lo es. Ya ha ganado dos combates junior. Su objetivo es participar en los Juegos de la Commonwealth, como mínimo.

Si estuviera en Sídney, solo lo vería en el gimnasio. Cuando vivíamos allí lo veía casi todos los fines de semana, pero ahora entrena cada día. Seguramente ya no coincidiríamos ni en el gimnasio. Ya no va a las clases normales.

Los dos empezamos a los cinco años con Natalie como entrenadora de *kickboxing*. Ahora su nuevo entrenador le ha convencido de que puede participar como representante de Australia e incluso ganar dinero. En su cabeza solo cabe su ambición por boxear y hacerlo bien. Es lo que quiere.

No creo que fuera mejor que yo cuando entrenábamos juntos. Pero ahora me lleva mucha ventaja. Me duele un poco, aunque no debería ser así. Yo no quiero ser boxeador. Aun así, duele.

—Tu cumple es hoy, ¿no? ¡Feliz cumple!

—Gracias.

—Sojourner está buena —dice uno de los tíos que estaba en la clase. Está doblando con cuidado las protecciones mojadas. No tengo ni idea de para qué. A menos que las deje secar así, sin lavar. Repugnante—. Se lo he dicho y me ha ignorado. Zorra.

Estoy casi seguro de que habla de la chica que me ha gustado. No sé su nombre, tal vez «Capullo Cabeza de Zurullo», pero ahora sé el de ella: no es «Soldier», sino Sojourner. Me gusta.

—¿Qué? —dice José. Este es el que no distingue la derecha de la izquierda.

—Da igual. Las que están más buenas siempre son unas zorras.

José pone los ojos en blanco y se dirige hacia la ducha.

Sojourner no es una zorra.

—¿Qué miras? —me pregunta el tío que sigue ahí.

Alzo las manos en señal de paz.

—Nada, tío. —No deja de mirarme. En la mejilla se le tensa un músculo—. Estoy como en una nube, eso es todo. Acabo de aterrizar. No dormí mucho en

el avión.

—*Jet lag*, ¿eh? —el músculo de la mejilla se relaja.

Asiento con la cabeza.

—¿Eres inglés?

—No —respondo, deseando no tener que mantener una conversación con este estúpido—. Australiano.

—Ah. —Por suerte no dice nada más, y se va arrastrando los pies a la ducha.

Bostezo con tanta energía que mi mandíbula hace un chasquido. ¿Y si echo una cabezadita? ¿Pasaría algo? No, no estaría bien.

Echo un vistazo al móvil. Múltiples mensajes de Jason. Estoy demasiado cansado para mirarlos.

Me quito la ropa sudada, me pongo en pie para abrir la taquilla y entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué cuatro dígitos elegí como código. Mierda.

Introduzco mi cumpleaños. Nada. La clave de la tarjeta del cajero. Tampoco. El cumpleaños de Rosa. El de Sally. El de David. No, no, no. Mierda.

¿Por qué no me acuerdo de haber elegido una contraseña?

¿Lo hice?

Tengo el vago recuerdo de haber elegido algo fácil para evitar olvidarlo. Pongo «0000». La taquilla se abre. Guau. A pesar del *jet lag* resulta bastante preocupante. Me sorprende que todas mis cosas sigan ahí.

Por lo menos el pánico al no recordar la clave se ha abierto paso a través de la nube en mi cabeza. Meto el equipo sudado a presión en la bolsa, la guardo en la taquilla con el mismo código (¿para qué liarme más?) y me voy a la ducha, cogiendo una toalla limpia de camino. Abro el grifo sin comprobar la temperatura. El agua helada me da de lleno en la cabeza.

Me va bien. No hay nada como un chorro de agua fría en el cráneo.

Mientras me visto, el móvil emite un zumbido.

—¡Feliz cumpleaños! ¿Estás despierto?

Es Nazeem.

Me siento para responder. No me fío de mí mismo como para escribir y caminar a la vez.

—Gracias. Todavía es por la tarde aquí.

—Ya. Pero estás con *jet lag*. Pensé que igual estabas echando una siesta.

—Ojalá. ¿Por qué estás despierto?

—No podía dormir. Tengo que contarte algo que no me deja en paz.

—¿Qué?

—No te cabrees.

No sé cómo podría enfadarme con él, si hace siglos que no nos vemos.

—¿Por qué debería cabrearme?

—No estaba planeado que esto pasara. Pero como estás fuera...

La ira sale a borbotones a través de mis dedos.

—Sí. Sé de sobra que estoy fuera. Aunque yo no quería marcharme.

—Ya. Sí. Perdona. Es sobre Georgie.

—¿Qué le pasa?

—Estamos... bueno, ya sabes... juntos.

Me quedo perplejo, no contesto. ¿Por qué cree Nazeem que me voy a cabrear? Que mis dos personas favoritas salgan juntas, ¿debería cabrearme?

Me doy cuenta de que sí estoy cabreado. ¿Por qué?

—No ha sido premeditado. ¿Sigues ahí? No te mosquees. Ya sé que te gustaba.

—Cuando tenía diez años. Es una persona increíble, y tú no eres tan tonto. Pero no la conviertas. ¡Sigue la regla del ateísmo!

—Muy gracioso. ¿De verdad no te importa?

Sí que me importa. Todo esto está pasando mientras yo no estoy. Me pilla por sorpresa. Jason seguramente hace semanas que les dice que se pillen una habitación. Y yo no he podido tomarles el pelo. Porque no sé nada de sus vidas excepto lo que se acuerdan de contarme. Duele mucho.

—Creía que igual te seguía gustando.

—Seguro.

—Caprichoso insoportable.

—Bueno, en Nueva York hay un montón de tías buenas.

—Pensaba que no querías estar allí. Decías que Nueva York era un agujero.

Se burla de mí desde que me fui de Australia. Nazeem nunca llamaría «agujero» a un lugar sin haberlo visto. Se toma su tiempo. Como con Georgie. Seguramente hace años que le gusta y se lo ha dicho ahora.

—Tenía razón. Es un asco. Pero tampoco estoy ciego. De todos modos seguramente ya habréis roto antes de que vuelva.

—Tienes suerte de que no esté ahí. Te daría un puñetazo.

—Estoy poniendo los ojos en blanco. ¿Tú? ¿Puñetazo? También me estoy riendo.

Nazeem no boxea. Lo suyo es el críquet. Me envía una emoticono de una cara estridente que me saca la lengua.

—Me tengo que ir. Hasta luego.

—Chao.

Me siento como si me hubiera dado un puñetazo. Como si ambos lo hubieran hecho. Jason a punto de empezar una carrera como boxeador, que yo no quiero, y Nazeem saliendo con Georgie, que a mí no me interesa como novia. Los quiero a los tres. Me alegro por ellos. Pero me he quedado hecho polvo. No se por qué.

Pero me siento así. Olvidado en una ciudad a la que no quería mudarme, sin amigos ni apoyo. Solo yo y mi demoníaca hermanita, y nuestros padres, que no tienen ni idea de cómo es.

Feliz cumpleaños, Che.

Vuelvo a casa empapado. El portero me tiene que abrir. David me abre la puerta del apartamento y me da un manojito de llaves.

—Feliz cumpleaños —vuelve a decir.

Sigue siendo mi cumpleaños. Mis padres todavía no me han dado ningún regalo, con excepción de una copia de las llaves. Intento hacer como que no me importa.

—Estás empapado.

—Sí —respondo. «Qué observador»—. ¿Me das una toalla?

Me agacho para quitarme los zapatos.

—Claro —contesta, va hacia el baño y regresa con una toalla—. ¿Qué tal el gimnasio?

—Excelente.

Ya han abierto el contenedor. Todo lo que había dentro está desparramado por la sala de estar.

—¿Dónde está Rosa?

—En su cuarto. Sally está ordenando en el despacho. Acabo de configurar el wifi. La contraseña de siempre. Me ha costado bastante. De nada.

—Gracias. Es estupendo, David.

—Voy a empezar a hacer la cena enseguida, para que esté lista a las siete.

Me doy por enterado con un gesto de cabeza. Faltan dos horas, pero ya tengo hambre. Cojo una manzana y un puñado de frutos secos.

Rosa está sentada con las piernas cruzadas en su cama, leyendo un libro de mates. Le encantan los números. Es una especie de genio de las mates. Lo ha

heredado de David. Pueden pasarse horas hablando de números y ordenadores.

Yo no tengo esa habilidad.

Su ordenador ya está configurado, y los libros de ciencias y mates están colocados en las estanterías. Los libros de historia de Estados Unidos y las novelas que nuestros padres han decidido que debemos leer para prepararnos para el colegio están apilados detrás del ordenador. Rosa buscará chuletas en Internet para cuando nuestros padres nos pregunten sobre su contenido.

—¿Qué haces, Rosa? —pregunto, apoyándome en la puerta mientras me meto los frutos secos en la boca.

—Leer. ¿Qué haces, Che?

—Masticar y preguntarte qué haces. ¿De qué va lo que lees?

—Números primos.

Rosa puede recitar los mil primeros números primos, y por eso sé que el último es 7919.

—Sally y David estaban discutiendo.

—¿Sobre qué? —pregunto con sarcasmo. Rosa dice esa frase con frecuencia. Casi nunca les he visto discutir.

—Sobre los McBrunight. David dice que tenemos que ser amables con ellos.

—Deberíamos ser amables con todo el mundo.

—Sí, pero no todo el mundo nos paga los billetes de avión y un apartamento de lujo. David quiere que seamos superamables. Sally dice que no hace falta esforzarse. Que los McBrunight son nuestros mejores amigos. ¿No te parece raro que no les conozcamos?

No me lo he planteado nunca. Nuestros padres han ido de vacaciones con ellos, pero nunca les hemos acompañado. Supongo que es porque nuestras vacaciones escolares no coincidían con las suyas.

—Estoy impaciente por conocerlos —dice Rosa—. Quiero saber qué pinta tienen los ricos.

—Estoy seguro de que no son muy distintos de nosotros.

—Voy a examinarlos. Yo también quiero ser rica.

—Tú examinas a todo el mundo —añado. La idea de que Rosa sea rica me resulta espeluznante.

—Nunca he conocido a un par de gemelas.

Los McBrunight tienen tres niñas: Leilani, que debe de tener mi edad, y las gemelas Maya y Seimone, un poco mayores que Rosa.

—Estoy seguro de que tampoco son tan diferentes.

Rosa niega con la cabeza.

—He leído que algunos gemelos inventan un idioma propio y saben qué está pensando el otro. Si uno se hace daño, el otro lo sabe, aunque esté lejos. Y siempre son los mejores amigos.

—Seguramente —comento, dando a entender lo contrario.

Rosa asiente. No pilla el sarcasmo.

—Ojalá tuviera telepatía. Me pregunto si la usan para molestar a Leilani. Se lo preguntaré.

—Estoy seguro de que te lo contarán todo sobre sus superpoderes de gemelas.

—La gente siempre me cuenta cosas interesantes.

Es cierto. A Rosa le gusta saber más de los demás que explicar cosas de ella. Es la líder cuando se encuentra en un grupo de niños de su edad. Al principio, porque los otros niños quieren su aprobación, que ella les quiera, por su deslumbrante aspecto, porque es como un deseo imposible. Pero esa adoración se transforma en miedo. Les sonsaca cosas que no quieren que sepa nadie, y luego las explica en el momento más inoportuno.

Rosa tiene demasiado carisma.

Aunque no todos se dejan engañar. Siempre hay un par de niños que se dan cuenta de que Rosa tiene algo raro. Pero no suelen ser los niños más populares.

Pronto empezará a asistir a la nueva escuela de danza. Intento no pensar demasiado en ello, porque no puedo hacer gran cosa.

El abuelo le paga las clases porque Rosa se quejó de que yo fuera a boxeo. ¿Por qué no podía boxear ella también? Papa dijo: «Las chicas no boxean. Elige otra cosa». Eligió claqué, y Papa dio su aprobación. Le gusta que las chicas hagan cosas que él considera femeninas.

—¿En qué estás pensando, Che?

—En el diablo.

Rosa se ríe.

—Eso no existe.

Desde que tenía casi dos años hasta los tres, Rosa fue un monstruo.

Cuando las pataletas aumentaron hasta niveles insoportables, nuestros padres la llevaron al médico, y este la derivó a un especialista en desarrollo infantil. Entonces cesaron las rabietas.

Cuando se sentía frustrada se enfadaba. Con frecuencia. Pero después de aquellas sesiones no hubo más berrinches. Rosa aprendió que no funcionaban. En lugar de conseguir que nuestros padres cedieran y le dieran lo que quería, la llevaban al médico. Y a Rosa no le gustaba esa clase de atención.

Tras las visitas al especialista, una expresión monstruosa de ira transformaba su rostro, pero solo un momento. Yo me ponía alerta, esperando los gritos, en vano.

Nadie más advirtió esa microexpresión. Eliminó los berrinches de su arsenal y los cambió por mentiras.

Recuerdo una ocasión en que desayunamos fuera. Rosa tenía dos años y medio, y ocupaba una trona mientras bebía un *babyccino*. David estaba encandilando a los camareros y Sally se había sumergido en el periódico del fin de semana.

Vi que Rosa se pellizcaba el antebrazo y alargué la mano para impedirlo. Empezó a llorar y a gritar «Che ha hecho pupa a Rosa».

Yo tenía la mano en su brazo, al lado de la enorme roncha roja.

Sally cogió a Rosa en brazos y el llanto aumentó.

—¿Qué le has hecho, Che? —preguntó David, y Sally me lanzó su mirada más reprobadora.

—No le he hecho nada. Se ha pellizcado a sí misma. —Su mirada de incredulidad se contagió a los clientes de la mesa de al lado—. ¿Por qué la iba a pellizcar?

—No lo sé —respondió David—. ¿Por qué lo has hecho?

—¡Que no lo he hecho!

No me creyeron. Pero cambiaron de opinión cuando Rosa le dijo a una desconocida en la calle que no quería volver a dormir en la casita del perro. Ni siquiera teníamos perro.

Solo lo hacía en público. Cuando había gente alrededor que no podía creer que el angelito de cabellos rubios con tirabuzones fuera capaz de mentir. Lo hacía para ponernos en evidencia. Para reírse.

Volvimos al especialista en desarrollo infantil.

El posible diagnóstico era TDAH. O simplemente un comportamiento para llamar la atención típico en niños pequeños. El especialista nos explicó que los bebés son monstruos que creen que el mundo gira a su alrededor. Según él, lo más probable era que dejara de hacerlo.

Mientras tanto, hubo más sesiones semanales.

Rosa se comportaba perfectamente con el especialista; y de forma monstruosa con nosotros. Esta etapa duró meses y meses. Mis padres estaban agotados. Yo también. Siempre que salíamos contaba mentiras y montaba un número.

El especialista dijo que quizás había llegado el momento de probar con medicación. Mis padres dudaron; era demasiado pequeña. Pero al final decidieron que era necesario.

Rosa no tomaba las medicinas. Gritaba, se resistía, las escupía.

Mis padres estaban exhaustos. Pero Rosa no volvió a montar una escena en público. Nunca más.

Era solo una fase. Mis padres estaban tan aliviados de que hubiera dejado de hacerlo, y de no tener que medicarla, que nos fuimos de vacaciones. Sol, arena y Rosa, la niñita perfecta.

Pero siguió mintiendo, de forma más taimada.

Mentía a todos, ocultando su verdadero yo de los demás.

Excepto a mí.

A mí me utilizaba como medio de triangulación. A mí me observaba, para ver si fruncía el ceño ante sus risas o me reía también. Yo era su confidente.

—He pellizcado a ese bebé —me decía—. Me gusta hacerlo.

A mí me explicaba exaltada sus trucos: que había mentido a un anciano, o que había robado una medalla.

Confiaba en mí. A mí me quería, o eso esperaba yo a medias.

Pero solo a mí.

Mis padres creyeron que aquella fase había terminado. Sería su niñita dulce para siempre. Pero yo sabía la verdad.

—Hemos hecho un trabajo excelente con los niños, ¿no crees? —le dijo David a Sally durante la cena de mi cumpleaños, dándole un abrazo rápido.

Yo emití un gemido.

—Solo tengo diez años y Che, diecisiete. No creo que podáis decir que nos habéis educado bien hasta que seamos más mayores.

Ellos se rieron, pero Rosa no estaba bromeando.

Me pregunto si estarían orgullosos de su labor si supieran lo que le pasó a la cobaya de Apinya. O al pasaporte de aquel hombre. Si se enteraran de tantas otras cosas. Solo pensarlo me agota. Aún más.

Por fin me dan mi regalo de cumpleaños, que mola bastante: una edición antigua de la *Anatomía de Gray*. Al hojearlo emana el típico olor del papel viejo, que me hace sentir aún más cansado.

Me voy a la cama en cuanto puedo después de la cena. Todavía no son ni las ocho y media.

Chateo con Jason, Georgie y Nazeem, que quieren saber qué pienso de Nueva York. Aún no tengo ninguna opinión.

—NYC es un asco.

—¡No puedes decir eso de la Gran Manzana! —Georgie sueña con vivir aquí y convertirse en diseñadora de moda.

—¡Te cambio el sitio!

—Sí, yo tb. —Jason piensa en el mundo del boxeo aquí, con bastantes más posibilidades que en Australia.

—Mucho frío y lluvia. Nada de *glamour*. No mola. Solo he visto el gimnasio, una biblio y calles grises y mojadas.

—Entonces ¿cómo sabes que es un asco? —apunta Georgie.

—Aquí hace sol. —Imagino la sonrisa de Nazeem al escribir. Cabrón.

—Claro.

—Los últimos mangos están deliciosos.

—¡Cállate! No quiero saberlo.

—Pero caros —objeta Nazeem.

No voy a escribir que los mangos en Bangkok eran igual de buenos que en casa y más baratos. No estoy en Bangkok.

—Odio estar aquí. —Soy consciente de lo patético que es escribir eso. No es que odie Nueva York. Cualquier sitio sería igual de malo. Aunque hiciera sol. Necesito volver a casa.

—¡Dale una oportunidad, Che!

—Acabas de llegar. Dale unos cuantos minutos más.

—Lo intentaré. Pero ojalá estuviera en Australia. Da igual. Me voy a dormir. Es tarde.

—No son ni las 9. ¿Te crees que somos tan estúpidos que no podemos calcular la hora?

—Yo sí —**escribe Nazeem**—. Demasiado. Malditas zonas horarias.

—Tengo *jet lag*, estoy cansado, atontado y reventado. Me voy.

—Blandengue.

—¡Buenas noches, Che!

—¡Feliz cumpleaños!

—Sí, Che, ¡ahora todos tenemos diecisiete!

—¡Gracias!

Intento leer *Historia del cerebro*. Es denso y difícil de seguir, y suelo quedarme frito en cuestión de minutos. Hoy no me entero de una palabra, pero tampoco me quedo dormido.

Salgo de la cama y hago algunas *katas* con la esperanza de agotarme.

Por fin caigo, pero me despierta el sonido de las sirenas. Al final consigo dormir unas tres horas.

«Feliz cumpleaños», me felicito a mí mismo, antes de darme cuenta de que ya no es mi cumpleaños.

El peor cumpleaños. De toda mi vida.

Bueno, casi. Sojourner se ha fijado en mí.

Hoy vamos a conocer a los McBrunight.

Ha dejado de llover. Las calles brillan con el sol. El gris apagado se ha transformado en un millón de colores diferentes: en el mural gigante de una rata en tonos marrones, negros y rojos; en los grafitis de brillantes colores fluorescentes; en los sofisticados escaparates de las tiendas y los restaurantes, con robots y dinosaurios y ropa de hace décadas, que algunas personas visten por la calle. He visto gente con chisteras, faldas acampanadas y pelos teñidos en todos los tonos posibles, pero sobre todo de color rosa.

Cuesta no sonreír y dejar de mirar. Hemos quedado con los McBrunight para un *brunch* a las once. Sé que todavía es por la mañana, pero mi cuerpo no se lo acaba de creer.

Doy un paseo por el barrio con Rosa y mis padres. Hay charcos por todas partes. Rosa se abalanza sobre ellos con sus botas de agua.

Pasamos por el parque Tompkins Square, que abarca varias manzanas. Los árboles no parecen del todo muertos. En algunos ya asoman pequeños capullos de color rosa, blanco y púrpura, y unos pocos ya tienen hojas. La primavera. Hay ardillas corriendo por las ramas, moviendo el hocico, temblando con el temor de convertirse en una presa. Hay gente jugando al ajedrez en mesas de piedra con tableros dibujados. Rosa está fascinada. Nuestros padres se quedan con ella mientras deambulo por los alrededores. El ajedrez me aburre.

—No apagues el móvil —dice Sally.

Hay un cercado para perros en el otro extremo del parque. Está lleno de chuchos de todos los tamaños y colores (incluidos dos caniches teñidos de rosa) que no paran de correr ni de ladrar, dando saltos alrededor de sus amos.

Al verlos, Rosa vuelve a pedir un perro. Hace años que quiere tener uno. Pero eso no va a pasar.

Una chica preciosa con un vestido negro ceñido de flores rojas estampadas pasa a nuestro lado. El vestido le marca la cintura, y la falda ondea al caminar. Está deslumbrante, y hay algo en sus movimientos seguros y atléticos que me hace fijarme aún más. Entonces me doy cuenta de que es la chica del gimnasio.

Voy tras ella.

—¿Sojourner?

La chica se gira.

—¿Sí?

No parece reconocerme.

Las flores del vestido son tulipanes.

—Hola —saludo, sintiéndome como un idiota—. Nos conocimos en el gimnasio. En Houston Street.

—Howsten —dice.

Me sonrojo, lo noto porque me pica el acné.

—¿Se dice así? No lo sabía. Creía que era como la ciudad en Texas. —
Estoy balbuceando.

Sojourner sonrío.

—Eres el chico nuevo, el del *jet lag*. ¿Cómo lo llevas? ¿Todavía te afecta?

Asiento.

—Bueno, he dicho mal el nombre de la calle, ¿no? Debería pasármeme en uno o dos días.

Ayer Sojourner llevaba el pelo peinado hacia atrás; ahora sus cabellos forman un halo. Lleva los labios pintados del mismo color que los tulipanes. No llevaba maquillaje en la clase. Está muy guapa, pero no parece ella.

—No te reconocía sin la ropa del gimnasio —dice, lo cual es muy amable por su parte, ya que nos acabamos de conocer, y ni nos habíamos presentado.

¿Sabrá mi nombre?—. No llevas protecciones en las manos, ni las tienes rojas y sudorosas. Y llevas camisa.

Me miro las manos. Los nudillos siguen un poco rojos.

—A mí me ha pasado lo mismo.

—Ya. Cada vez que me pongo un vestido y pintalabios me siento como si llevara un disfraz.

—Aunque no demasiado eficaz. Te he reconocido enseguida. — Seguramente ha quedado raro. Apenas la conozco.

—No te imaginas cuántos chicos del gimnasio no me reconocerían.

Estoy seguro de que la reconocería con cualquier ropa. Por su manera de moverse, como si los músculos no estuvieran nunca en tensión. Casi nadie camina así.

—¿Adónde vas? —Espero no haberme quedado mirándola fijamente. Pero estoy casi seguro de que lo he hecho.

—A la iglesia. ¿Y tú?

—Estoy explorando. —¿Va a la iglesia?—. Nos acabamos de mudar. Tengo que conocer Alphabet City. —Podía haberle dicho que estaba con mi familia, que vamos a conocer por primera vez a los amigos de toda la vida de Sally y David, pero no quiero mencionar a Rosa. No es una mentira. Realmente estoy explorando—. Todavía tengo que familiarizarme con el barrio.

—Bueno, tienes que saber que solo los viejos lo llaman Alphabet City. Esto es Loisaída.

—¿Loisqué? —Sojourner pone los ojos en blanco pero sigue sonriendo—. ¿Cómo lo escribes?

Me lo deletrea y lo apunto en el móvil. Lo busco en Internet.

—Te doy un pase porque eres muy nuevo aquí.

Sonrío. Probablemente durante demasiado rato. Pienso que Nueva York es un misterio absoluto para mí, y que este barrio, Alphabet City, East Village, o

Lois-lo-que-sea, está lleno de calles que todavía no he recorrido. Y que me gustaría hacerlo con ella.

—Hay un montón de ardillas... —comento.

—¿Cuánto hace que boxeas? —pregunta ella simultáneamente.

—Desde que tenía...

—¿Es tu hermana?

Mi corazón se desboca. Me giro. Rosa se acerca caminando de puntillas, para que los tirabuzones se muevan, como una niña de anuncio: rubia, ojos azules, mejillas sonrosadas, hoyuelos, enorme sonrisa. Por si todavía alguien no se ha dado cuenta, lleva un bolsito con una foto de Shirley Temple.

—Se parece a ti.

Rosa no se parece en nada a mí. Tenemos el mismo color de pelo, sí, pero el mío es lacio y grueso como el de David. También tengo la nariz de mi padre, mientras que Rosa ha heredado la de Sally. Y mis ojos son de un azul mucho más oscuro, como los de Sally.

—Soy Rosa Klein —se presenta alargando el brazo. Sojourner le da la mano. Caigo en la cuenta de que debería haberlas presentado.

—Encantada de conocerte. Soy Sid.

«¿Sid?»

—Eres muy guapa —dice Rosa sacando los hoyuelos—. Me gusta tu vestido. La combinación rojo y negro es fantástica.

—Gracias. Tu vestido también me gusta.

Rosa hace una reverencia. ¿De dónde lo ha sacado? ¿De sus clases de danza? ¿Los bailarines de claqué hacen reverencias?

—Soj... Sid y yo vamos al mismo gimnasio —digo por fin.

—¿Te gusta hacer sangrar a los demás? —pregunta Rosa.

Sojourner se ríe.

—¿Le has roto la nariz a alguien?

—Una vez.

—¿Te gustó?

—¿Gustarme? No. Pero sí me gustó ganar el combate.

—¿Y si mataras a alguien?

Me pregunto dónde estarán Sally y David, y por qué dejan a Rosa sola por ahí. Ojalá aparezcan pronto. Mi hermana dejará de hacer ese tipo de preguntas en cuanto sepa que pueden oírla.

—Eso sería horrible. Pero no pasa casi nunca. Se muere más gente jugando al fútbol que boxeando.

Pongo en duda mentalmente esa afirmación.

—Boxear no es tan terrible como cree la mayoría de la gente. Se trata de aprender autocontrol. Si te pones furiosa o quieres golpear a alguien porque estás enfadada, pierdes. Los buenos luchadores no están cabreados. Yo no quiero hacer daño a nadie. No boxeo para eso.

Pienso cómo entenderá Rosa esa respuesta, teniendo en cuenta que ella siempre quiere hacer daño a los demás.

—A mí me gusta tener el control.

Sí, eso es cierto.

—Como a todo el mundo, ¿no? —responde Sojourner. Sonríe a Rosa como si la encontrara adorable, lo cual hace que se me encoja el corazón. Quiero a Rosa, pero siempre que le gusta a alguien me siento triste. ¿Cómo no se dan cuenta de quién es en realidad?

—¿Tienes que justificarte porque te guste el boxeo? —me pregunta Sojourner—. ¿O solo nos pasa a las chicas?

—Continuamente. Mis padres odian que haga boxeo.

—¿Hay otras chicas en el gimnasio? —pregunta Rosa casi al mismo tiempo. Sojourner se ríe.

—Claro. Mi mejor amiga Jamie entrena conmigo.

—¿Tienes una amiga especial? —pregunta Rosa, infiriendo a sus palabras un tono anhelante.

—Por favor —digo entre dientes. No creo que ninguna de los dos pueda oírme.

—Claro —dice Sojourner—. ¿Tú no?

Eso es exactamente lo que Rosa quería que preguntara.

—Nuestros padres se mudan con frecuencia y tenemos que estudiar en casa. Es difícil hacer amigos —dice Rosa con voz entrecortada.

Sojourner me mira.

—A veces tenemos que estudiar en casa —corrijo—. Casi siempre vamos al colegio como todo el mundo. A Rosa le gusta exagerar. ¿Dónde están Sally y David? —pregunto a mi hermana—. ¿No vamos a llegar tarde?

Sojourner mira su móvil.

—Tengo que irme. ¿Irás el lunes al gimnasio?

Asiento con la cabeza.

—Por la tarde. ¿Y tú?

—Sí, nos vemos allí.

—Adiós, Sid —se despide Rosa—. Ha sido maravilloso conocerte.

Sojourner sonrío y se despide agitando la mano.

—Nos vemos.

—Hasta luego —digo sin mirar cómo se aleja, aunque me gustaría.

—Has exagerado un poco, ¿no crees? —comento en cuanto creo que Sojourner no puede oírnos—. ¿Dónde están los progenitores? Se supone que tenemos que estar allí en cinco minutos. A David le va a dar algo si llegamos tarde.

En lugar de contestar a la pregunta de por qué le ha hecho la pelota a Sojourner, Rosa me dice que la deberían dejar jugar al ajedrez con los hombres del parque.

—David dice que son estafadores. Pero apuesto a que no juegan al ajedrez tan bien como yo. Les podría estafar yo a ellos.

No me cabe la menor duda.

Encontramos a nuestros padres en el otro extremo del parque discutiendo sobre política con un anciano que reparte panfletos anarquistas. Ni siquiera se habían dado cuenta de la ausencia de Rosa.

David nos hace señas.

—¿Estáis listos?

Se despiden del anarquista, que responde con un gruñido.

—Es por aquí —dice Sally, echando un vistazo al móvil—. Estoy impaciente por que les conozcáis. ¿Vosotros no?

Rosa dice que sí, sacando los hoyuelos para demostrar su entusiasmo. Yo fuerzo una sonrisa. Sospecho que las niñas de los McBrunight serán unas mimadas que han crecido con todo lo que deseaban. Seguramente piensan que la gente que no es rica apenas merece su atención.

David desliza un brazo alrededor de Sally para evitar que choque con los demás transeúntes. Va por el lado equivocado. Rosa y yo los seguimos.

—Te gusta Sid, ¿a que sí? —me dice Rosa, mientras mira cómo un hombre con un caniche diminuto en brazos se abre paso adelantando a nuestros padres—. Le brilla la piel.

Refunfuño respondiendo con una evasiva.

—No creo que te dejen jugar al ajedrez con esos hombres —comento, como si eso me importara más que Sojourner.

Rosa sonrío.

Los McBrunight nacieron y se criaron en Nueva York, algo que aparentemente es poco habitual. Casi tan poco habitual como ser pareja desde la adolescencia, lo mismo que nuestros padres. Espero que sean mejores en

evitar manosearse que Sally y David. Tener unos padres desesperadamente enamorados resulta vergonzoso.

Gene y Lisimaya McBrunight, y sus tres hijas, están esperándonos sentados cuando llegamos.

Gene y Lisimaya dan un grito cuando ven a Sally y a David. Los hubiera reconocido de todos modos; he visto un millón de fotos de toda la familia. Aunque no me imaginaba que las gemelas fueran tan guapas: grandes ojos oscuros, pómulos marcados, cara en forma de corazón. Casi tan perfectas como Rosa. Además son idénticas, pero de verdad. Si Seimone no llevara el pelo más corto, sería imposible distinguir las. Maya lo lleva recogido en una cola; Seimone a lo *garçon*.

Gene y Lisimaya dejan de entrelazar sus manos para abrazar a nuestros padres. Se dan la mano en público. Como Sally y David.

Rosa me coge la mano y me da un apretoncito. Está nerviosa. No quiero saber lo que estará pensando. ¿Más gente para manipular?

Gene y Sally tienen lágrimas en los ojos cuando se abrazan.

—Gracias —dice con vehemencia.

Después se secan los ojos y no dejan de proferir exclamaciones mientras bloquean la estrecha entrada del restaurante griego.

—Tiene tu misma sonrisa —dice Lisimaya a David tras abrazar a Rosa—. ¿También consigue que los demás hagan lo que ella quiere?

David sonrío, demostrando lo similar que es su forma de sonreír, hoyuelos incluidos.

Todos los clientes del restaurante están mirándonos. Me estoy sonrojando. Las gemelas parecen sentirse tan incómodas como yo. Leilani parece aburrida.

Un camarero tose y dice:

—Perdonen. Señor, señora, su mesa está lista. —Ni se enteran. El camarero vuelve a toser. Esta vez más fuerte—. Perdón, señor. ¡Perdone!

Sally se gira, se disculpa y nos conducen a la mesa. Dos mujeres sentadas a la mesa contigua murmuran algo cuando nos sentamos.

Los niños no nos molestamos en presentarnos. Sabemos quiénes son ellas y ellas saben quiénes somos nosotros. Sé que son las únicas en el mundo con ese apellido. Sé cuándo es su cumpleaños. Sé que Seimone es alérgica a los cacahuets. Y que Leilani tiene casi mi edad. Sé...

—¿Vas a quedarte mirándolas todo el día? —me pregunta Leilani—. Sí, son como dos princesitas coreanas salidas de un *manhwa*. ¡Muy exóticas! Igualitas que su padre coreano.

No sé que es un *manhwa*.

—No estaba mirando. Estaba...

—Sí, son muy guapas.

—Yo también —dice Rosa.

—Todos somos guapos —dice Maya.

Seimone se ríe:

—Somos todos muy guapos.

Leilani resopla.

No es que Leilani sea fea. Supongo que es bastante guapa. Me imagino lo que diría Sally si pudiera oír mis pensamientos: «¿Bastante guapa para qué exactamente?».

El aspecto de Leilani es como el mío —Nana usaría la expresión «del montón»—; estamos en el mismo barco: ambos somos la persona menos atractiva de una familia de guapos. Me pregunto si eso le molestará. O si se siente aliviada como yo. Al menos no tiene acné.

Resulta más interesante mirarla a ella que a sus hermanas. Sé exactamente lo que está pensando sin que diga una palabra: básicamente está pensando que esto es una pérdida de tiempo, y que soy poco interesante. Me gustaría opinar lo mismo de ella, pero observar su cara es fascinante.

Leilani y yo estamos sentados uno frente al otro, con las gemelas a un lado, y Rosa está a un extremo de la mesa. Los adultos ya están bebiendo vino y hablando, gesticulando con los brazos, riendo muy fuerte, señalando con el dedo. Casi cada frase empieza así: «No puede ser que hayan pasado veinte años...», o «Te acuerdas cuando...». Se ríen de cuando David les dio una paliza al póker en unas desastrosas vacaciones de esquí. Están absurdamente felices.

—Estudiáis en casa, ¿eh? —dice Leilani, devolviéndome al lado de la mesa reservado a los niños.

Va a ser un largo *brunch*.

—Es para que la fábrica de salchichas capitalistas no pervierta nuestro cerebro —dice Rosa, para chingar a Leilani.

Las gemelas se ríen.

—No me siento como una salchicha —dice Maya—. ¿Tú sí, Seimone?

—Bueno, tengo un poco de hambre.

Se ríen tontamente. Rosa se une a ellas.

—Me gustan tus guantes —dice Rosa a Seimone. Los guantes en cuestión son rojos y negros. Maya no lleva—. ¿Juegas al póker?

Seimone niega con la cabeza.

—Te enseñaré. ¿Y al ajedrez?

—¡Sí!

—¿Estudiar en casa es tan fantástico? —me pregunta Leilani, mientras Rosa y Seimone se emocionan con el ajedrez.

Parece que en realidad está diciendo que si pienso que sí es fantástico soy un idiota, y al mismo tiempo deja claro que no le importa la respuesta. Supongo que tiene que ver con la forma de alzar las cejas mientras curva el labio superior. Si contesto que he ido más tiempo a la escuela que estudiado en casa, subirá aún más las cejas.

—¿Te gusta tu colegio? —respondo, contraatacando con banalidad.

La ceja izquierda se eleva aún más. Yo no puedo hacer eso con las mías. De ese elegante movimiento se desprende que a nadie en su sano juicio le gusta el colegio, ni pregunta algo tan estúpido. Me está poniendo a prueba, y voy a suspender. Si le explico que soy consciente de lo estúpido de la pregunta, y que lo he hecho aposta, precisamente porque es estúpida, tampoco me la voy a ganar. Me muero por contarle a Georgie con pelos y señales esta velada tan, tan divertida.

—¿Vas a preguntarme qué quiero ser cuando sea mayor? ¿En qué universidad voy a solicitar plaza? ¿Cuál es mi proyecto profesional?

Se me había pasado por la cabeza.

—Ya te he dicho que estudio en casa —respondo—. Solo me relaciono de forma esporádica.

—Pero tu historia de amor con el diccionario es eterna. —Me sonrío con la boca pequeña, llamándome gilipollas sin usar palabras.

—Deberías ser actor —contesto—. Tienes una cara tremendamente expresiva.

¿O es que yo no puedo tener mala leche? En ese momento me acuerdo de que va a un instituto de artes escénicas. Probablemente ya se está formando para ser actor.

—Creo que querías decir «actriz». No hagamos como si no hubiera diferencias entre lo que cobran hombres y mujeres por hacer exactamente lo mismo. Aunque fingiera ser un «actor», eso no iba a cambiar nada. Y por eso mismo yo haré mis propias películas y programas de televisión. Actuar es para los que quieren ser explotados por cabrones misóginos.

—Hablas como Sally —digo.

—Y tú como mi padre. Qué alegría, ¿no te parece? Acabamos de conocernos y ya parecemos familia.

Siento la tentación de decirle que yo tampoco quiero estar aquí, que nos resignemos aunque solo sea para darles gusto a nuestros padres, y que no convirtamos este *brunch* en algo aún peor. Quiero pedir una tregua. Pero ya me imagino lo rápido que me va a cortar.

Rosa se ríe de algo que dice una de las gemelas, pero me doy cuenta de que está escuchando cada palabra de Leilani. Los ojos de mi hermana brillan de admiración, y estoy seguro de que está pensando que podría enseñarle un par de cosas sobre cómo hacer daño a los demás.

Tendré que mantenerla alejada de Leilani. Ya es bastante horrible que Leilani le esté dando lecciones de cómo ser mala, pero ¿y si es como Rosa y le enseña cosas aún peores? Leilani no está emitiendo exactamente vibraciones empáticas: insensibilidad (no le importa herir mis sentimientos), desinhibición (dice lo que quiere sin temor a las consecuencias) y carisma (es difícil no prestarle atención). ¿Será una amante de la adrenalina? Tengo ganas de preguntarle si le gusta conducir demasiado rápido.

Tener a Rosa por hermana me hace ver a la gente de otra forma. No me fio de la gente con carisma; no es que Leilani haga gala de tenerlo, pero estoy seguro de que puede ser encantadora cuando quiere. Las únicas personas en las que confío instantáneamente son aquellas que no se sienten cómodas con Rosa. Me siento decepcionado con Sojourner por no haber reaccionado así.

—Me encanta tu camisa rústica —me dice ahora Leilani. Rosa se ríe con fuerza. Leilani le lanza una mirada inquisidora—. Esos hoyuelos te funcionan bien, ¿no?

Rosa entrecierra los ojos, solo un instante, pero yo me doy cuenta.

Bien. Rosa no se camelará tan pronto a Leilani. ¿Acaso se trata de la típica rivalidad entre iguales?

Mi padre tiene el mismo carisma que Rosa. Pero a él sí le importan los demás. Mi hermana se parece más a Papa y al tío Saul, que entre los dos no

suman ni un gramo de empatía. Mi abuelo siempre intenta manipular a todos los que le rodean: los incluye en su testamento cuando le complacen y, cuando no, los deshereda. Cada favor que hace implica obligaciones. El tío Saul es calcado.

—¿Qué tal os lleváis? —pregunta Gene McBrunight.

Leilani no disimula al poner los ojos en blanco.

—¡Oh, es fabuloso estar en este lado de la mesa! Che y yo estamos planeando nuestra boda. Habrá palomas. Y pingüinos.

Me sonrojo, pero no porque piense que es guapa. Las gemelas se ríen y con su mirada dan a entender que creen que estoy enamorado.

—Habéis ido rápido —dice Gene.

—Déjanos tranquilos, papá —contesta Leilani—. Acabamos de conocernos. No somos los mejores amigos que se conocen desde el tiempo en que los móviles ocupaban un maletín, ¿vale?

—Vale, vale —responde, girándose hacia Sally.

—¿Los móviles iban en un maletín? —pregunto. No consigo que Leilani sonría, por no hablar de reírse.

—Por si se te ha pasado algo raro por la cabeza —prosigue—, y la causa de tu sonrojo no es únicamente tu exagerado sistema nervioso simpático, tengo novia. No me gustan los tíos. Ni siquiera la estrella de cine de turno que estabas a punto de decir.

No iba a decir nada. Estoy demasiado ocupado pensando cómo puede saber qué es el sistema nervioso simpático. Está estudiando para ser directora de cine, no médico.

—Si alguna vez encuentro atractivo a algún tío, no será un aburrido granjero australiano alimentado con maíz como tú.

Rosa y las gemelas se ríen.

—Está bien saberlo —contesto. Nunca me han dicho nada parecido. «Aburrido», puede; «australiano», seguro. Pero no todo lo demás. Nunca he puesto un pie en una granja y no soy un gran amante del maíz.

—Pero te podría llevar de compras. —Baja la mirada a mi camisa—. Si nos van a obligar a estar juntos con la frecuencia que imagino, tendrás que llevar ropa que no me provoque un trauma cerebral.

—Perdone vuesa merced si mis ropajes la han ofendido —farfulto.

Leilani sonrío. Me sorprende ver que sabe cómo hacerlo. Por un momento estoy seguro de que no es como Rosa.

Después de almorzar vamos a casa de los McBrunight, un edificio enorme que ocupa casi toda una manzana. Había sido una sinagoga. Al subir las escaleras de acceso y atravesar las enormes puertas de madera tengo la sensación de entrar en la Gran Sinagoga de Sídney.

Sabía que eran ricos, pero ahora me doy cuenta de que es verdad.

A través de una claraboya gigante entran los rayos del sol. Es como estar en el Louvre. Aunque el Louvre está más lleno de cosas.

La palabra «claraboya» no hace honor a la realidad. Dos secciones del techo y parte del tejado han sido reemplazadas por cristal.

El techo parece el interior de una ballena cuyas costillas descienden en forma de columnas. De noche se deben ver las estrellas.

—Tienes la boca abierta —me dice Leilani. Cierro la boca—. Todo el mundo se queda boquiabierto. Pero tú eres el único que ha babeado.

Hago un gesto para limpiarme la boca antes de darme cuenta de que no he babeado. Cualquier otra persona se hubiera reído de mí, pero Leilani consigue hacerme sentir igual que si se riera en voz alta con solo levantar brevemente la ceja.

—¿Quieres seguir con la visita o prefieres quedarte ahí parado observando? Por cierto, vuelves a tener la boca abierta.

Es verdad. La vuelvo a cerrar.

Han hecho lo que han podido para que esta sala gigante parezca más humana. La mitad del espacio está ocupado por cómodos muebles de salón. Seimone conduce a Rosa al sofá de mayor tamaño, donde inician una competición de saltos. No han parado de susurrarse cosas ni de reírse desde

que salimos del restaurante. Maya no ha participado en las risitas. Se ha quedado al lado de su madre.

—¿Eso eran balcones? —pregunto, mirando hacia arriba.

Leilani asiente.

—Estaban destinados a las mujeres. Los hemos reconvertido en habitaciones tras hacer una ceremonia de limpieza para eliminar toda la misoginia del edificio.

No sé si lo dice en serio.

—Venid a ver las cocinas —dice Lisimaya.

—Ah —exclama Sally—. Tus famosas cocinas sin emisiones.

Mis padres y Gene la siguen hasta una puerta al otro lado del vestíbulo.

—Es una cocina —dice Leilani.

—Tu madre dijo «cocinas». ¿No producen emisiones de carbono?

—Algo así. Aunque nuestros viejos no cocinan. Supongo que debería enseñarte el resto de la casa.

Estoy a punto de decir «si no es mucha molestia». Pero está claro que para ella sí lo es.

—Gracias.

Hay dos ascensores, uno en cada parte del edificio, o cada ala, como dice Leilani. El ala este y el ala oeste.

—Si mi padre hiciera de guía, diría «sí, como en la Casa Blanca».

Lanzo un suspiro, porque supongo que eso es lo que ella quiere, pero no estoy seguro de qué tienen que ver las alas con la Casa Blanca. Me imagino las alas de un pájaro gigante y a todo el edificio alzando el vuelo.

—Nunca había estado en una casa con un elevador.

—Ascensor. Pensaba que había quedado claro que esto es una casa.

—Hay cuatro plantas —comento estúpidamente, mirando los botones. Hay uno de emergencia y un teléfono, como en los edificios normales.

—Cinco. Te olvidas del sótano. Ya sabes, donde está la piscina.

—Guau —digo, aunque enseguida me arrepiento.

Con solo alzar un poco la mirada hacia el techo da a entender lo mismo que si pusiera los ojos en blanco.

—Estaba bromeando sobre la piscina.

—Ah —debería haber añadido «por supuesto», pero realmente me lo había creído. ¿Por qué no podría haber una piscina en este sitio? ¿Y por qué solo hay cuatro botones en el ascensor?—. Entonces imagino que tampoco tenéis un helipuerto en la azotea.

—No seas tonto. El helipuerto está sobre el garaje, en la parte trasera de la casa.

—¿En serio?

—No. Hay normas sobre dónde pueden volar los helicópteros. Aquí no pueden.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas? —Leilani no se ríe, solo recurre a su sustituto de la risa, que consiste en enarcar las cejas—. ¿Siempre habéis vivido en esta casa?

—Creo que quieres decir «mausoleo». Sí, hace veinte años que compraron este sitio.

No repito el error de exclamar «guau». No puedo imaginarme cómo es crecer en un sitio como este. Bueno, en realidad no puedo imaginarme vivir en un solo sitio toda mi vida. Vivimos en la misma casa hasta que tuve siete años. Después vino el caos: diferentes casas en Sídney hasta los doce; luego otras ciudades en Australia; después Nueva Zelanda durante un par de años; de regreso a Sídney, un año; después Indonesia, luego Tailandia y ahora aquí.

—Tienes suerte —comento. La mirada que me lanza Leilani da a entender que no piensa igual—. ¿Qué se siente al ser rico?

—¿Qué se siente al ser australiano?

El ascensor se detiene y las puertas se abren dando acceso a una sala llena de libros.

—No es mi dinero. Es el suyo.

—Pero... —No importa de quién es el dinero. Leilani nada en la abundancia—. Son tus padres. No eres exactamente pobre, ¿no?

Otra mirada cáustica.

—No he dicho que sea pobre. Pero el dinero es suyo. Si no fuera por ellos, no viviría así.

—Claro. Si no fuera por mis padres, no estaría en Nueva York. Tienen el control sobre nosotros hasta que tenemos edad para irnos.

—Desgraciadamente.

—Pero también podría ser que lo disfrutases, ¿no?

De nuevo me gano una mirada que dice «eres un idiota».

—¿Disfrutar el qué? Solo nos han tenido para transmitir el apellido familiar (un estúpido nombre inventado) y para que seamos copias perfectas de ellos en miniatura. Eso nunca funciona, pero te sorprendería saber lo superficiales que son algunas personas. A mí no, pero a ti te sorprende todo.

—Es por comer tanto maíz. Me hace volverme crédulo. Se ve que es por culpa de los insecticidas que utilizan.

Profiere una especie de bufido.

—¡Casi te ríes!

—No es cierto —niega, tapándose la mano con la boca—. No estoy sonriendo. Por aquí.

La sigo, preguntándome por qué es tan sarcástica con sus padres.

—Aquí está el cuarto de Maya y Seimone.

La puerta está cerrada, y hay una hoz y un martillo pintados. Prefiero no preguntar nada.

—Lo hizo Maya. Tiene algo que ver con Siberia.

Por lo visto no hace falta preguntar.

—¿Comparten habitación?

—Les gusta. Siempre han querido estar juntas. Aunque Seimone hace danza y Maya tenis. Es algo típico de los gemelos. Este es su estudio.

La puerta está abierta. Hay dos escritorios, sillas, pufs, libros, tabletas, una pecera y un mural de criaturas submarinas. Sobre uno de los escritorios hay pósteres de atractivas estrellas del pop asiáticas. Sobre el otro hay una herradura colgada de un clavo.

—¿Eso es chino? —En la pared de enfrente hay un enorme pergamino.

—Coreano. Mi padre es de Corea. Hemos estado allí miles de veces. Tenemos familia en Seúl.

Ya lo sabía. Gene fue adoptado por una familia estadounidense. Le hicieron aprender coreano y todo lo posible sobre ambos países. Permanecieron en contacto con su madre biológica.

—Mi habitación. —La puerta está cerrada y no hay pegatinas en ella. Leilani no la abre—. Este es mi estudio.

El suelo es negro y cuando entro lo noto esponjoso bajo mis pies.

—Un tatami para entrenar. ¡Qué guay! ¿Qué arte marcial practicas?

—Ninguno, por lo menos no para llegar a cinturón negro. Yo actúo, ¿recuerdas? Actuar es trabajo corporal. Por eso he hecho un poco de todo: kárate, esgrima, boxeo, gimnasia... Ayuda a estar en forma.

—Ahora entiendo que tengas una cinta para correr.

—No siempre tengo tiempo de salir a correr. Una cinta es un sustituto bastante aceptable.

Estoy a punto de proponer que vayamos a correr juntos algún día. Hay circuitos en las afueras de Manhattan.

—Ahora la terraza.

—Si es que la hay —mascullo.

—Sí que la hay —dice Maya desde la puerta, dándonos un susto.

—¿Dónde están Rosa y Seimone? —pregunto, sintiendo una punzada de preocupación.

—Papá está haciendo trucos de magia.

Leilani emite un quejido. Maya se ríe.

—Rosa quería verlos. Y por eso Seimone está aguantando.

—Pobre Seimone. Es demasiado buena.

—Rosa hace danza —concluye Maya, como si eso lo explicara todo.

—Ah —dice Leilani.

—Va a ir también a McKendrick.

Ese nombre me suena.

—¿Rosa y Seimone van a ir a la misma escuela de danza?

—Ajá —dice Maya—. Después del estúpido *show* de magia iremos a nadar. Me he pedido ir a buscar los bañadores.

—¿De verdad tenéis una piscina?

Leilani se cubre la boca con la mano. Maya se ríe.

Sí que hay terraza. Con vistas. Desde ella se ven las azoteas de otros edificios, muchos depósitos de agua, algunos tejados con jardín y tendederos para la ropa.

—No permitimos a los mayores venir aquí —informa Maya—. Es nuestro territorio. ¿Ves aquella iglesia? ¿El tejado? Hay una mujer que lleva al perro a hacer sus necesidades allí. Pero nunca lo limpia. Debe de oler horrible. Nunca hemos visto a nadie sacarlo a pasear. Pobre.

—Pero ¿cómo llegan al tejado? —Es plano, con dos torreones a cada lado, pero no veo cómo se puede acceder a él.

Leilani me mira fijamente.

—Por la puerta.

—Es una iglesia católica —dice Maya como si eso lo explicara todo, pero sigo desconcertado.

—¿Esto es lo que hacéis aquí? ¿Mirar a la gente?

—Todo el mundo lo hace —comenta Maya—. Pero nunca hemos visto un asesinato.

—Maya no pierde la esperanza.

Igual que Rosa.

—El señor Fuma-Demasiado tuvo un ataque al corazón. —Maya señala el bloque de apartamentos cerca de la iglesia, donde un hombre está sentado fumando en la salida de incendios del quinto piso—. Estoy segura de que ya no le dejan fumar, pero siempre está ahí. Enciende un cigarrillo con la colilla del que se acaba de fumar. Repugnante. Vimos llegar la ambulancia. Tenía la cara morada. Yani, la de la bodega, dice que se le paró el corazón. Estaba muerto. ¿Te imaginas?

—Sí —contesta Leilani.

Maya la ignora.

—Pero ahí está, fumando igual que antes. Yani dice que solo compra cecina, caramelos y cigarrillos. También me ha dicho que tiene cuarenta y tres años. ¡Es más joven que nuestros padres!

—Parece tan viejo como nuestros abuelos.

—O bisabuelos.

—O los bisabuelos de las momias del Museo de Historia Natural.

Maya se ríe.

—¿Quieres jugar al escondite?

—No —responde Leilani—. No tengo cinco años. Ni estoy borracha.

—Me gusta jugar al escondite. —Maya se vuelve hacia mí—. ¿Quieres jugar tú?

—Mmm... ¿Por qué no se lo propones a Rosa y a Seimone?

Maya se encoge de hombros.

—Están ocupadas con el *show* de magia.

—¿No es mejor con más gente?

—Supongo que sí.

—Aunque debe de ser divertido jugar aquí —comento—. Hay muchos lugares donde esconderse.

Leilani reprime un sonido burlón.

—¿Qué pasa?

—Tiene once años, no cinco.

—Es divertido jugar aquí al escondite. Se puede subir al tejado. ¿Por qué odias divertirme, Leilani?

Esta emite otro bufido.

—Por lo mismo que tú odias los grupos musicales masculinos idiotas que le gustan a Seimone, por cierto hay uno que se llama Fun. Son un horror y un error.

Maya se ríe. Yo también. Leilani fuerza una sonrisa. Me pregunto si se reirá alguna vez. Suena su móvil.

—Los viejos. Tus padres quieren irse. Creo que estos *brunches* van a convertirse en semanales. ¡Qué alegría!

Llegamos al piso de abajo, a tiempo de la despedida.

—Mañana a las diez, ¿de acuerdo? Te llamo en cuanto sepa la fecha de la fiesta —dice Gene.

Rosa y Seimone se abrazan con fuerza y declaran ser las mejores amigas. Maya pone los ojos en blanco cuando los adultos no miran.

—Tendremos que enseñaros a todos cómo se usa un autoinyector. Es fácil. Te enviaré un *link* para que veas un vídeo —dice Gene—. Creo que van a pasar mucho tiempo juntos.

—¿Un qué? —pregunta David.

—Autoinyector. Es por si Seimone entra en contacto con cacahuetes.

—¡Mira! —dice Rosa, sacando algo del bolsillo—. ¡Seimone me ha dado unos guantes como los suyos! No tengo que llevarlos porque no soy alérgica. Pero ¡ahora somos gemelas de guantes! ¿A que son bonitos?

Se los pone y vuelve a abrazar a Seimone.

—Adiós, Che —dice Leilani—. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —respondo sin el sarcasmo que hay en su voz.

—¿Por qué no podíamos quedarnos para bañarnos? —pregunta Rosa cuando ya estamos en la calle—. ¿Por qué no tenemos una piscina?

—Otro día, Rosa.

—Quiero vivir en la casa de los McBrunight.

Mis padres caminan delante de nosotros con las manos entrelazadas. Se están riendo.

Cuando cruzamos hacia el parque Tompkins Square, Rosa me coge de la mano, como solía hacer cuando era pequeña, y me dice:

—Algún día viviré en esa casa.

Estoy seguro de que quiere que le pregunte cómo lo va a conseguir. Pero no lo hago.

—¿Te has llevado algún recuerdo? —Saca del bolso de Shirley Temple una muñeca coreana, blanca como un fantasma y con un vestido enorme, y me la enseña—. El vestido es de seda. Es una dama de la corte. Ojalá yo también fuera coreana.

—Tienes que devolverla.

—Es un regalo. Me la ha dado Seimone.

—¿De verdad? —pregunto.

—Por supuesto que sí. Le caigo bien. No podemos llevarnos mal con los McBrunight. David se enfadaría mucho. —No es la primera vez que lo dice—.

Sally y David no estarán juntos mucho más tiempo —prosigue, con un tono de voz como si estuviera diciéndome qué hora es.

—¿Qué? —reacciono antes de que me de tiempo a reprimirme.

Rosa agita nuestras manos hacia delante y hacia atrás. Empezará a dar saltitos enseguida.

—Ya lo verás.

Lo único que puedo ver es que nuestros padres nos sacan media manzana de ventaja. Sally está apoyada en David, que la rodea con un brazo por los hombros. Siempre estarán juntos.

Rosa era un bebé cuando le hice prometer por primera vez que no mataría a nadie.

Me daba igual lo que dijeran los médicos. Sabía que había algo profundamente malo en su interior.

Había escrito «hay algo malo en mi hermana», lo cual podía referirse a hermanas que no comían, que no paraban de correr, que se arrancaban el pelo, se arañaban o se hacían cortes. Rosa no hacía nada de eso.

Cambié «hermana» por «niña».

Había otros niños que mentían y no les importaba si les pillaban, que no sentían afecto, que sonreían, reían y daban abrazos únicamente para poder conseguir lo que querían.

Otros niños como Rosa.

Que no tenían empatía. La palabra «empatía» era nueva para mí.

Casi todos los niños son egoístas al principio, pero luego aprenden a ser empáticos. ¿Por qué no aprendía Rosa?

Nuestros padres no estaban preocupados. Ya no tenía berrinches. Mantenía directamente la mirada (en mi opinión, demasiado directamente). La reconvenían cuando la pillaban en una mentira. «Pero los niños mienten», decían.

Pero lo peor era que le encantaba matar. Sí, muchos niños lo hacen, pero no como Rosa.

Ví cómo mataba hormigas.

Una por una, por orden de fila, de forma metódica, aplastándolas con su regordete dedo índice. Con una mirada que alternaba entre intensa, satisfecha y

encantada.

Después empezó a capturar polillas y hacerlas pedazos.

Yo tenía once años. Rosa, cuatro.

Sally y David me habían dicho que la protegiera. Si les contaba lo que hacía, ¿la estaría protegiendo? Tal vez dejaría de hacerlo al crecer. Casi todo lo que leía sobre niños decía que eso era lo normal.

Se lo conté a mis padres.

Me dieron las gracias y hablaron con Rosa sobre ello. Ella respondió que era yo el que mataba hormigas y polillas, no ella. Mis padres sabían que yo no mentía.

Llevaron a Rosa a otro médico, que la derivó a un psiquiatra infantil. No sé lo que dijo el psiquiatra, pero Rosa tuvo que ir cada semana durante meses. Odiaba esas visitas.

Dejó de matar insectos cuando creía que alguien estaba mirando.

Pero yo la vi.

La vi matando hormigas de nuevo. Estaba demasiado absorta como para darse cuenta de mi presencia.

—¿Qué haces?

—Nada.

El pulgar y el índice estaban teñidos de negro.

—¿Por qué has matado a esas hormigas?

—Me gusta el «pop» que hacen.

No hacían «pop». Por lo menos yo no podía oírlo.

—Me gusta hacer que dejen de moverse. Me gusta ser quien manda.

—No lo hagas —respondí.

Se volvió hacia mí con una mirada desconcertante, imperturbable.

—¿Porque a Sally y a David no les gusta? Por eso me llevan al médico, ¿no? No deja de preguntarme por qué lo hago.

—Matar no está bien. A mí tampoco me gusta que lo hagas.

—El tío Saul pagó para que mataran las hormigas que había en su casa. Yo no he puesto veneno en el medio ambiente como él —estaba citando a David.

—El tío Saul no es una persona ética —respondí, citando también a David.

—Pero Sally pone trampas para las cucarachas. ¿Por qué está bien matar cucarachas?

—Porque son una plaga y transmiten enfermedades. —Esperaba estar en lo cierto, y me sentí aliviado cuando lo busqué después y comprobé que era verdad.

—Pero esas trampas pegajosas también matan hormigas, y a veces polillas, e incluso atraparon a una lagartija una vez.

—Sally y David estaban muy tristes por eso.

—Estaban tristes por la lagartija; no les importaban las hormigas ni las polillas. Pero sí les importa si yo las mato.

—Porque te ven sonreír al hacerlo. —Con su sonrisa auténtica.

—Entonces ¿no quieren verme feliz?

—Matar no debería hacerte feliz, Rosa. Por eso están preocupados.

Ví cómo registraba esa información. Alzó los brazos para que la cogiera y me abrazó con fuerza. Y todo mi amor por ella regresó. Por esa niñita a la que le gustaba matar insectos, que tal vez no tenía empatía.

—Tienes que prometerme que no matarás.

—Pero me gusta hacerlo.

—¿Qué pasaría si te ven Sally o David? —Rosa no dijo nada—. ¿Qué diría tu psiquiatra?

Rosa se mordió el labio inferior.

—¿Puedo matar mosquitos?

—Sí, mosquitos sí.

—¿Moscas?

—Sí.

—¿Mosquitas? ¿Pulgas?

—Sí.

—¿Gusanos?

—No. Son buenos para la tierra.

—¿Arañas?

—No. Las arañas se comen a los mosquitos.

—¿Y si me pica una araña?

—La pones en un bote para que el médico sepa qué antídoto tienen que darte.

—Y...

Alcé la mano.

—No hay más excepciones.

—De acuerdo. No mataré más.

Poco después de nuestra conversación dejó de ir al psiquiatra. Sally y David dijeron que había hecho progresos. Había admitido que había matado las hormigas.

Después de aquello, solo la pillé matando mosquitos. Aunque a veces la vi jugando con bichos muertos. Una rata, un gorrión. Estaban muertos antes de que ella les clavara palitos, lo cual resultaba inquietante, pero me dije a mí mismo que era simple curiosidad.

Y entonces pasó lo de la cobaya de Apinya.

Apinya tenía dos años menos que Rosa y vivía en el apartamento al lado del nuestro en Bangkok. Estaba entusiasmada con Rosa: una niña mayor que quería jugar con ella, que además afirmaba que eran las mejores amigas. Eran las únicas niñas del rellano. Apinya habría hecho cualquier cosa que le pidiera Rosa.

Me sentí culpable de aquello. Si me hubiera esforzado por aprender tailandés... pero no soy bueno en idiomas. No como Rosa, que enseguida puede hablar cualquier lengua. Además, el tailandés es difícilísimo de aprender. Cuando se suponía que debía hacer un tono grave, me salía agudo. No aprendí mucho más que «hola», «adiós», «gracias» y cómo poner juntas las manos, como si rezara, en señal de respeto.

Oí que Rosa llamaba a alguien. Me pareció oír mi nombre. Entré en su cuarto. Apinya estaba encima de una almohada en el suelo.

—¿Qué has...? —empecé a decir.

—Hola, Che —saludó Rosa.

¿Por qué parecía que Apinya estaba luchando con una almohada?

Rosa murmuró algo para animarla. Me di cuenta de que al lado había una jaula vacía. Rosa me miró a la cara y sonrió. Me abalancé sobre la almohada.

Demasiado tarde.

Bajo la almohada estaba el cuerpo de la cobaya de Apinya en posición supina, inmóvil. La palabra «monstruo» salió de mis labios antes de poder contenerla. Tenía ganas de vomitar. Rosa me había prometido que no mataría. Y lo había mantenido: había sido Apinya.

Los ojos de Apinya estaban llenos de lágrimas. Miró a Rosa en busca de su aprobación y Rosa asintió. Fui incapaz de decir nada.

Rosa puso la cobaya de nuevo en la jaula.

Llamaron a la puerta. Rosa corrió para abrir. Era el padre de Apinya, que volvía a casa de trabajar. La cría rompió a llorar. Rosa parecía triste.

Sally y David salieron del despacho. Rosa se unió al llanto de Apinya. Mis padres la consolaron.

Me retiré a mi habitación y me senté en la cama, con la mirada perdida.

Habrían podido cancelar la cena de aquella noche, pero iban a cenar con un inversor y habrían quedado mal. Las lágrimas de Rosa no bastaron.

Estábamos solos, Rosa y yo.

Recalenté unos espaguetis a la boloñesa: el plato preferido de mi hermana. Necesitaba que hiciera otra promesa, sin trampas.

Nunca había hecho a nadie matar, ni la víctima había sido hasta ahora tan grande como una cobaya. El problema iba en aumento.

—¿Por qué ha matado Apinya a su cobaya? —pregunté, aunque lo sabía perfectamente. Rosa se metió pasta en la boca y empezó a masticar, asegurándose de que contaba hasta cincuenta. Sally se lo había enseñado cuando era pequeña para evitar que engullera la comida. Y funcionó. A Rosa le gustan las normas. Las aprovecha en contra de los demás.

Dejé el tenedor en el plato.

—Porque le dije que quería ver si era capaz de hacerlo.

—¿Cómo te sentiste cuando lo hizo?

—Bien.

—Sabes que eso está mal, Rosa.

—Sus padres le comprarán otra.

—Hiciste que matara algo que ella quería.

—Si realmente la quería, no la habría matado.

—Tal vez te quiere a ti más que a la cobaya.

—Entonces es su problema. Debería saber priorizar. —Eso podría haberlo dicho el tío Saul—. Debería valorar la vida.

—¿Igual que tú? Fuiste tú quien la animaste a matarla.

—No creía que fuera capaz.

—Tú tenías la sartén por el mango, Rosa. Apinya es más pequeña que tú. Te admira. Hiciste que le resultara casi imposible no obederte. Y sabes que eso está mal.

Rosa se metió más espaguetis en la boca y empezó a contar.

Sabía que no le importaba. ¿Cómo podría conseguir que no le diera igual? Pensé en hablarles a Sally y a David de lo que me temía. Pero ellos solo veían a la alegre Rosa, que en cuanto salían por la puerta dejaba de sonreír. Si no fuera por los ojos sería totalmente inexpresiva.

—Me sentí bien al ver que hacía lo que yo quería.

—¿Y te gustaría volver a hacerlo? —pregunté, con la esperanza de que me mintiera.

—Sí.

—¿Volverás a hacerlo?

Se metió más espaguetis en la boca.

Estaba disfrutando con la conversación. Le gustaba contarme la verdad. No podía hacerlo con nadie más.

—Me gustó ver a Apinya intentando no llorar. Y cómo le temblaban las manos cuando puso la almohada encima. Lo intentó cinco veces. Quería hacerlo con una sola mano. Algo muy estúpido, realmente. Los animales luchan por su vida. ¿Has visto dónde la arañó?

—¿Apinya no le había puesto un nombre a su mascota?

—La llamaba Kitty. Creía que sonaba gracioso.

—¿Igual que a ti te parece gracioso que Kitty la arañara?

—No he dicho que fuera gracioso. Pero fue interesante ver cómo la cobaya luchaba por su vida.

—Quiero que me prometas que no harás que nadie mate nada.

Se metió el último tenedor cargado de espaguetis en la boca.

¿Y si no me lo prometía?

¿Qué les diría a Sally y a David?

¿Debería explicarles que he estado investigando? ¿Enseñarles mi diario? ¿Explicarles que escribo «cómo saber si mi hermana es una psicópata» en buscadores de Internet, deseando con todas mis fuerzas que no lo sea?

Si me atreviera a decir la palabra «psicópata», si los especialistas estuvieran de acuerdo conmigo en que eso es lo que Rosa realmente es, ¿qué pasaría?

He leído que algunos especialistas dicen que etiquetar de «psicópata» a un niño es como decir que se ha perdido la esperanza.

—Lo prometo —dice—. No mataré y no haré que nadie mate.

No vi la trampa.

Desde la cobaya de Apinya no ha vuelto a pasar. Que yo sepa.

SEGUNDA PARTE

Quiero boxear en combates

El lunes por la mañana nuestro nuevo profesor particular llega con veinte minutos de antelación. Parece un tipo perfecto que se llama Geoffrey Honeyman. No me puedo creer que no nos den una tregua antes de empezar con las clases. Hace tan solo unos minutos que estamos en Nueva York.

Las mates y la mayoría de las asignaturas de ciencias no son lo que se me da mejor. Biología, sí. Pero física... ¡puf! Química, ídem. Y mates es lo peor. Pero sin ellas no puedo estudiar medicina.

Ojalá fuéramos a un colegio normal, pero mis padres han decidido que abril está demasiado cerca del fin de curso escolar en Estados Unidos. El nuevo curso empieza en septiembre.

Han pasado más de seis meses desde que dejamos la Australian Independent International School en Yakarta. Me encantaba. A Rosa también, desgraciadamente por las razones equivocadas. Es más seguro que reciba clases en casa.

Mientras tanto tendremos al señor Honeyman para que nos enseñe mates y ciencias, además de un montón de libros para el resto de materias.

Sally y David tienen la intención de preguntarnos sobre su contenido una vez a la semana. Siempre se proponen lo mismo, aunque rara vez se cumplen los plazos. Desde que dejamos Sídney nuestra educación ha sido, por decirlo en plata, caótica.

Rosa y yo nos agazapamos en las escaleras para espiar.

—Es calvo —dice Rosa—. Me gusta que contraten tutores viejos.

Por supuesto. Rosa le encanta a la gente mayor.

Su cráneo reluce considerablemente. Parece que le saque brillo.

Mis padres le dan la mano y lo conducen a uno de los sofás, donde le explican cosas de Rosa y de mí. Aunque ya le hayan explicado todo lo que necesita saber un millón de veces.

—Le están diciendo que soy un genio —susurra Rosa.

—Sí, y que yo soy bastante listo aunque me pelee con las mates.

—Y las ciencias —añade Rosa—. No eres tan listo, Che.

—Gracias.

—Quiero ir al mismo colegio que Seimone. Hacen obras de teatro.

Me pregunto si las gemelas van a colegios distintos o si tal vez Rosa ya ha ignorado la existencia de su gemela menos favorita.

—¿Estáis listos? —nos llama David—. Bajad.

Esperamos unos treinta segundos para bajar las escaleras. Geoffrey no parece viejo. No tiene arrugas. Seguro que es más joven que nuestros padres. Nos dice que le llamemos Geoff y nos da la mano. La suya está sudorosa. No entiendo por qué, puesto que en la sala no hace calor, y lleva sentado más de veinte minutos con nuestros padres.

—Tenemos que irnos —dice Sally, mientras estira las mangas de la chaqueta para que sobresalgan los puños de la blusa. Después se desabrocha los dos primeros botones del abrigo. Se los vuelve a abrochar. Tienen la primera reunión formal con los McBrunight. Conocerán al resto del personal, y quieren dar una buena impresión.

—¿Estoy bien? —pregunta a David.

—Arrebatadora. —Besa a Sally en la frente—. ¿Y yo?

Sally asiente mientras le quita una pelusa de la manga.

Geoff parece sentirse incómodo.

—Ambos estáis fantásticos —comento—. Para ser dos personas con *jet lag* que están nerviosas.

—Esta cita es importante —contesta Sally.

—Estamos eufóricos, no nerviosos —comenta David. No sé si se lo acaba de creer.

—Os quieren —dice Rosa—. Es lo que dicen siempre en las postales.

—Tienes razón, cariño —dice David—. Todo irá bien.

Nos dan un beso de despedida a ambos, y de nuevo le dan un apretón a la mano sudorosa de Geoff.

—No os olvidéis de ver el vídeo del autoinyector.

—¿Otra vez? —pregunta Rosa—. Ya lo hemos visto cuatro veces.

—Sí, otra vez. Volveremos antes de que te vayas a boxeo, Che.

Se van.

Geoff está de pie, al lado del sofá, mirando a algún punto situado a mi izquierda.

—Empezaremos con una prueba —dice Rosa—. Para que sepas qué nivel tenemos. Los profesores de mates siempre lo hacen. Espero que sea difícil. La última vez fue un rollo de tan fácil que era.

—Malcriada.

—Mmm, sí —dice Geoff simultáneamente—. Una prueba.

Estoy dudando de que haya hecho de profesor anteriormente.

—Los profesores nunca creen que soy un genio. Muchos padres creen que sus hijos son unos genios si saben contar hasta diez cuando tienen dos años. Pero yo soy un prodigio. Ya he empezado con demostraciones matemáticas. ¿Podemos sentarnos en la cocina? Me gusta sentarme en los taburetes.

—Mmm, claro. Podemos sentarnos donde queráis.

—¿Eres inglés? —pregunta Rosa, aunque ya sabe que lo es porque nos lo dijeron nuestros padres.

—Mmm, sí.

Nos sentamos en los taburetes. Geoff nos da un test. Rosa empieza a contestar las preguntas. Miro la prueba con ojos vidriosos.

—Me estás molestando —dice Rosa—. Para, Che.

—Sí que molesta un poco —confirma Geoff.

No sé a qué se refieren.

—Estás dando pataditas —explica Geoff.

Me miro las piernas. Estoy dando golpecitos con los dedos de los pies a la isla. Dejo de hacerlo.

—Perdón —digo.

Nunca me ha apetecido menos que ahora enfrentarme a los números. Me duele la cabeza. Tengo sueño; bueno, no, más bien es como si no estuviera del todo seguro de estar despierto.

La primera parte va de cálculo. Intento no quejarme. Apuesto a que si fuera a un colegio normal no tendría que hacer cálculo. Si fuera a un colegio normal no estaría sentado al lado de mi hermana de diez años que ya ha empezado a hacer demostraciones matemáticas.

—Estás dando pataditas —dice Rosa—. Para.

Dejo de hacerlo. Mi móvil vibra dentro del bolsillo. Probablemente Nazeem, Georgie o Jason. O los tres.

—¿Puedo salir un momento antes de empezar? —pregunto.

Geoff asiente, aunque me doy cuenta de que está desconcertado.

Voy al baño, cierro la puerta y empiezo a dar vueltas arriba y abajo. Cuatro pasos hasta la pared y cuatro para volver a la puerta. Ojalá pudiera irme ya al gimnasio. Miro el móvil.

—¿Estás despierto?

Es Georgie. Estoy sentado en el armario del lavabo, balanceando los pies.

—Estoy contestando, o sea que estoy despierto. ¿No es supertarde allí?

—Sí. No podía dormir. Pero mi cerebro no da para hacer nada. Y no puedo coser, demasiado ruido.

Georgie con frecuencia tiene insomnio. No como yo. Menos cuando tengo *jet lag*.

—Naz dice que te parece bien lo nuestro.

—Claro.

—¿Cómo va con Rosa?

Georgie siempre me pregunta por ella. Y yo siempre le informo. Borro lo que había empezado a escribir sobre ella y Nazeem, y le cuento lo del pasaporte.

—La pequeña vengadora psicópata. Quizá empiece a utilizar sus superpoderes para hacer el bien a partir de ahora.

Me río, imaginando la expresión de la cara de Georgie.

—Ojalá. Quiere mudarse a la mansión de los amigos ricos de mis padres. Deberías ver nuestro piso. Es de lujo, pero Rosa ha visto algo mejor...

—Algún día dominará el mundo. No pinta guay.

—¿Estás bien, Che? —Rosa me reclama. ¿Por qué iba a darme más de cinco minutos de respiro?

—Sí. Salgo enseguida.

—Tengo que dejarte.

Deslizo el móvil en el bolsillo y doy un par de saltitos antes salir. Rosa está inclinada sobre la prueba. Geoff mira su tableta.

Me subo al taburete.

—Perdón —digo.

Geoff alza la vista, pero no dice nada. No puedo ver lo que está leyendo.

—Ya he acabado la primera parte —anuncia Rosa.

—Qué raro.

Doy la vuelta a la hoja con la prueba. ¿Por qué hay que empezar con el cálculo y no con álgebra o geometría, o con algo más apropiado para un cerebro con *jet lag*, como colorear?

—Si estuviéramos en un colegio normal, haríamos esta prueba a final de curso, ¿no?

Geoff asiente.

—No estaríamos haciendo pruebas ahora, ¿no?

—Probablemente sí. La época de exámenes es a finales de abril y principios de mayo.

Doy un suspiro. En Tailandia el curso empieza ahora. En Australia, hace un par de meses. Pongo mi cerebro embotado en marcha e intento resolver las ecuaciones con la calculadora del móvil.

La altura del taburete no me va bien. Me giro para librarme de un tirón en la espalda, a un lado y otro. Necesito ir a correr. ¿Saldrá Sojourner a correr?

Sigo adelante con el test, y pienso por qué tiene que ser «x», y no «r» o «!». ¿Cuándo voy a necesitar aplicar el modelo del cambio y el movimiento? Deslizo los pies hasta el suelo para estirar pantorrillas, cuádriceps y glúteos.

—Eso —dice Rosa, indicando con el lápiz algo de la prueba mientras se la da a Geoff—. Eso ha sido interesante.

Rosa le pregunta a Geoff sobre polinosequé o algo así. He perdido el hilo de su respuesta en cuestión de segundos. Rosa está fascinada. Estos son prácticamente los únicos momentos en los que no tengo que preocuparme porque haga algo malo. Está demasiado concentrada.

No tardo mucho en acabar la prueba, porque solo puedo intentar contestar un tercio de las preguntas de la última sección.

Mientras Geoff revisa los tests, preparo unos sándwiches de jamón y queso. Cuando vaya al gimnasio le daré a Sojourner mi número. Hemos conectado, ¿no? No parecerá demasiado raro.

Rosa se toma un zumo de naranja mientras observa a Geoff corrigiendo los tests.

Este nos los devuelve. El mío está plagado de garabatos rojos. He aprobado de milagro. Rosa solo ha cometido dos errores. Yo me siento aliviado y ella, molesta. Se concentra atentamente mientras Geoff le explica dónde ha fallado y por qué, y le da más ejemplos. Yo no presto tanta atención.

A veces pienso que Rosa solo es capaz de relacionarse con gente que sabe más que ella de mates y de ajedrez.

Mi móvil emite varios zumbidos. Me gustaría que fuera Sojourner, pero no tiene mi número, y no sé cómo podría haberlo conseguido.

Geoff prosigue con sus explicaciones y más ejemplos, dirigiéndose a Rosa. Es como si yo no estuviera en la sala. Ojalá fuera así.

Hacemos otra pausa. Los mensajes son de Jason y Nazeem. Aunque mi cuerpo ya cuenta con la proteína que necesita, el muro translúcido ha vuelto a interponerse entre mí y la voz de Geoff, que suena a millones de kilómetros de distancia.

Justo antes de las dos, cuando el profesor está a punto de acabar la clase, Sally escribe.

—La reunión se está alargando. Estaremos a las cinco. ¿Te importa saltarte el gimnasio? ¿Solo por esta vez?

Sí me importa.

—Sabes que no te lo pediríamos si no fuera importante.

Miro el móvil furioso.

—¿Quién es? —pregunta Rosa.

—Sally. No volverán hasta las cinco.

—Pero tienes que ir al gimnasio —dice Rosa.

—Tenía.

—Responde para confirmar.

—A veces —hablo con mi móvil—, te odio.

Geoff todavía está recogiendo sus cosas.

—¿Podrías quedarte un poco más? —pregunta Rosa a Geoff.

Geoff la mira fijamente y de pronto parpadea incrédulo. Yo debo de estar haciendo lo mismo.

—Te pagarán. Me encantaría recibir más clase.

—Bueno... —empieza a decir Geoff.

¿Podrá mantener a raya a Rosa? Quiero ir al gimnasio. Lo necesito. Necesito quedarme exhausto, entonces podré dormir y superar este estúpido *jet lag*. Necesito ver otra vez a Sojourner.

Rosa saca los hoyuelos.

—Por favor, por favor, quiero que me enseñes más cosas.

Otro mensaje de Sally.

—Contesta, por favor, Che.

No voy a suplicarle a Geoff que se quede. Aunque me gustaría hacerlo. Probablemente no pasará nada si Rosa se queda con él. Está obsesionada con las mates. Y respeta a Geoff por sus conocimientos.

—Por favor... —insiste Rosa—. ¡Podríamos hacer una demostración!

—De acuerdo, Rosa —dice Geoff, con la frente brillante por el sudor. Las demostraciones matemáticas deben de ser irresistibles. No tengo muy claro en qué consisten.

—Gracias —digo, refrenando el impulso de agradecersele a gritos—. Le estoy muy agradecido.

—Geoff se va a quedar a enseñarle a Rosa más mates. Me voy al gimnasio. Tendréis que pagarle las horas.

Hago más sándwiches y preparo la bolsa de deporte.

—¿Te portarás bien, Rosa?

Vuelve a sacar los hoyuelos.

—Claro.

—No saques los hoyuelos. No me fío de ellos.

Elimina los hoyuelos de la cara.

—Te prometo que me portaré bien.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —pregunta Sally.

—Demasiado tarde.

—Tiene que portarse bien, Geoff, no dejes que te hable de nada que no tenga que ver con las matemáticas.

—Soy su profesor de mates —responde con un rápido parpadeo.

Beso a Rosa en la frente, cojo la bolsa y me voy corriendo.

—Dale recuerdos a Sid de mi parte —escucho a mis espaldas.

Sojourner está en la sala de sacos, en la clase de las tres. El trozo de carne también.

—Eh, armario aborigen —me saluda, golpeándome el brazo con demasiada fuerza—. ¿Cómo te va?

Farfullo algo que podría entenderse como «bien» y me siento al lado del saco más cercano a Sojourner, mientras me pongo las protecciones y estiro los músculos isquiotibiales.

Alzo la vista y veo a Sojourner. Sonríe. Ella también, pero sin dejar de concentrarse en su calentamiento. Su amiga está al otro lado, comentando algo sobre una manifestación. Sojourner asiente y frunce el ceño. Me gustaría acercarme a ella y que dejara de hacerlo.

La instructora entra en la sala. Es bajita y esbelta, y lleva recogida su melena rubia.

—Soy Dido —se presenta—. Para los que todavía no me conocéis: soy dura, pero justa.

Empiezo a quitarle puntos, porque todos los entrenadores dicen lo mismo con alguna variación. Estoy esperando que llegue el día que un instructor diga: «Soy un blandengue y absolutamente injusto».

—Quiero veros en plena forma y trabajar duro. Si sentís que estáis entrenando al cincuenta por ciento, probad otra clase. Si no os vais chorreando sudor por todo el cuerpo, es que no lo he hecho bien. ¿Habéis calentado? — Todos decimos que sí. —Poneos los guantes. Demostradme lo que podéis hacer. Dos asaltos de dos minutos con una pausa de diez segundos. ¡Dadlo todo!

Lo hago. Me centro en el saco al que propino puñetazos, golpes cruzados, *crochets*, ganchos verticales y combinaciones. Me balanceo, esquivo zigzagueando y me agacho, hago fintas, bailo alrededor del saco y lo bloqueo. Me lo imagino como un monstruo de dos metros, un verdadero armario. Pero es más lento que yo, y está acostumbrado a quedar fuera de combate rápido; no tiene demasiada resistencia. Lo acribillo a golpes en los riñones.

Suena la campana de final del primer asalto. Estoy chorreando.

—Pausa de diez segundos.

Sonrío.

Suena la campana para el segundo asalto.

Todo fluye. Estoy bailando, derrotando al monstruo de dos metros.

Después, defensa. Dido va por la clase corrigiéndonos a todos. Es una perfeccionista, busca movimientos limpios y precisos. Me gusta.

Al final de la clase estoy exhausto, pero también eufórico. Todos estamos doblados, jadeando, pero la mayoría sonreímos.

—Todos los días hay combates a las siete. No son para principiantes, pero todos los que estáis aquí podéis venir. Nos alegramos de que venga gente nueva. ¿Estás interesado? —pregunta Dido, volviéndose hacia mí.

Me da un bajón.

—No participo en combates —farfullo. Estúpida promesa. Me pregunto si es así como se siente Rosa cuando le hago cumplir con sus promesas.

—Bueno, si cambias de opinión serás bien recibido.

Me doy por enterado con un gesto de la cabeza, me seco el sudor de la cara y las manos con la toalla y me quito las protecciones.

—Australiano, ¿eh? —me pregunta Sojourner.

Alzo la vista y digo que sí con la cabeza. Debe de haber oído cómo me saludó antes el idiota.

—No pareces australiano —dice.

Me quedo mirándola fijamente. Nadie me ha dicho antes nada parecido. Soy rubio y tengo los ojos azules. Casi siempre que me preguntan de dónde soy y respondo «Australia», la gente me interroga sobre el surf. Precisamente por los ojos azules y el pelo rubio. Se imaginan que todos los australianos tienen rasgos físicos parecidos a los míos, y que todos hacemos surf, aunque ambas cosas no sean ciertas. Nunca he practicado surf.

—Todos los australianos que conozco tienen la nariz rota y orejas de coliflor.

—Somos gente guapa.

Se ríe. Me guardo las protecciones en el bolsillo, cojo la toalla, la botella de agua y los guantes, y me pongo de pie. Somos de la misma altura. Estamos en medio del bosque de sacos, y me doy cuenta de que me inclino hacia ella como si quisiera absorber un poco de su risa. Tiene las pestañas increíblemente largas y curvadas, casi le llegan a las cejas. Bebo un trago de agua para distraerme.

—Tu hermanita es muy mona —dice.

—Demasiado —respondo. No quiero hablar de Rosa—. Me hizo gracia encontrarnos ayer por casualidad. No conozco a mucha gente aquí.

Sonríe.

—¿Por qué no boxejas en combates?

—Prometí a mis padres que no lo haría hasta que dejara de crecer —digo sin pensar. Siento las mejillas ardiendo. ¿Por qué he dicho eso? «Mis padres no me dejan.» ¿Cuántos años tengo? ¿Cinco?

Estoy seguro de que está intentando no reírse del patético niño que hace siempre lo que le mandan sus papás. ¿Debería decir que no es exactamente así? Eso sonaría aún más patético. ¿Por qué soy tan sincero?

—¿Y si ya has dejado de crecer?

Me río. Demasiado.

—Eso ya se lo he dicho. Dijeron que si en tres años seguidos no crezco más, considerarán que ya me voy a quedar así. Tuve que regatear para que no fueran cinco años, pero creo que uno sería más justo.

—Ah.

Demasiada información. Se me escapa todo. Jason se mearía de risa si pudiera oírme. Georgie también. Hasta Nazeem. Menos mal que no se van a enterar.

—He crecido un centímetro desde el año pasado. —«Calla, Che.»

—Me gusta participar en combates —dice Sojourner. Sonríe. Espero que me esté sonriendo, y no sonriendo porque por dentro se ríe de mí. ¿Cómo puede cambiar tanto el sentido una preposición? Reírse «de» alguien o «con» alguien—. Me encanta. Es mil veces mejor que las clases, y eso que me encantan estas clases. Dido es genial.

—Es buena, ¿no? —He decidido que mi deducción inicial del significado «dura pero justa» era un poco prematura. Natalie era famosa por decir lo mismo. Es lo que uno quiere de un buen entrenador.

—Soy Che Taylor, por cierto —digo alargando la mano—. No nos habíamos presentado. Aunque yo ya sabía tu nombre. —Me ofrece el puño en lugar de la mano. Los chocamos, mientras me siento como un idiota. Los boxeadores siempre chocan los puños—. El Che era un revolucionario del siglo XX —continúo de forma automática—. Mis padres quieren salvar el mundo. Están a favor de los revolucionarios.

Vuelve a reírse.

—Te preguntan a menudo quién era el Che, ¿no?

—A veces. En la mayoría de los casos la gente supone que no sé de quién llevo el nombre. Lo suelto antes de que tengan la oportunidad de preguntarme. —Pongo una voz pija—: «¿Sabes siquiera quién fue?». —Vuelvo a hablar normal—. Quiero decir que simplemente es mi nombre. Por supuesto que sé

quién fue Ernesto *Che* Guevara. Un traidor de su clase, símbolo revolucionario sexy de todos los calendarios del mundo, ejecutado en Bolivia, blablablá...

Sojourner sigue riéndose.

—¡A mí también me pasa! Todo el tiempo. A partir de ahora será lo primero que diga cuando me presenten a alguien.

Estoy a punto de decir: «Si tu nombre no es Che». Pero entonces me doy cuenta. Mierda. No tengo ni idea de dónde viene el nombre de Sojourner. Pensaba que era un nombre chulo. No se me ocurrió buscarlo.

—Es curioso que a los dos nos hayan puesto nombres de revolucionarios — prosigue—. El mío viene de dos americanas. Me llamo Sojourner Ida Davis. Pero mis amigos me llaman Sid. Son las iniciales. A ver cómo me llamarás tú.

Quiero decirle que su nombre me parece precioso. Sojourner. Preferiría llamarla así, no Sid, que suena como un antiguo nombre masculino horrible. Pero quiero ser su amigo; si por llamarla Sid nos hacemos amigos, la llamaré como ella quiera. Estoy pensando preguntarle si tiene algo que hacer ahora mismo. ¿Querría dar un paseo conmigo? ¿Contarme más cosas de ella? ¿Besarme?

—¿Estás...? —empiezo a decir.

—¿Qué hay, Sid? —Su amiga se acerca a nosotros, con el pelo mojado y la bolsa colgando del hombro.

—Ey, Jamie —dice Sojourner.

—¿Quién eres? —pregunta Jamie—. Estabas en la clase de Dido, ¿no?

Digo que sí con la cabeza.

—Es Che —me presenta Sojourner.

—¿Che? —Jamie se ríe—. ¿En serio?

Vuelvo a asentir y me siento ridículo.

—No te preocupes, Jamie. Ya sabe quién era el Che —informa Sojourner—. Tenemos que irnos. Encantada de conocerte, Ernesto.

Se pone la mochila y camina hacia la salida, mientras comenta algo a Jamie que las hace reír. Tengo las orejas ardiendo. Espero que no se rían de mí.

Estoy pensando en darles alcance. ¿Igual les da pena el extranjero? Pero su «tenemos que irnos» era empático. No quiero parecer aún más tonto. En lugar de seguir las, las veo irse.

Saco el móvil para buscar «revolucionaria americana», «Ida» y «Sojourner».

Tengo muchos mensajes: Sally con distintas variantes de:

—La reunión continúa. Seguramente tendremos que quedarnos a cenar. ¿Puedes volver a casa para que Geoff se vaya?

Cuatro llamadas perdidas. Estoy a punto de llamarla cuando llega otro mensaje. Esta vez de David.

—No pasa nada. Estamos de camino, recogeremos a Rosa y vendrá con nosotros a cenar. Entrena todo lo que quieras.

Doy un puñetazo a un saco invisible.

Los términos de búsqueda dan como resultado Sojourner Truth y Ida B. Wells. Resulta que la Sojourner original fue una esclava que luchó contra la abolición y por los derechos de la mujer. Wells fue periodista y editora, además de activista contra los linchamientos y también a favor de los derechos de la mujer.

Al leer esa información me entran ganas de contarle a Sojourner que a mi hermana la llamaron Rosa por Rosa Luxemburgo y Rosa Parks. Seguro que quedará impresionada.

Quiero seguir flotando en una nube por haber vuelto a hablar con Sojourner, por haber estado tan cerca que podía oler su sudor. Tal vez sea el *jet lag*, pero ahora mismo me siento invencible. Quiero seguir disfrutando a solas de esta sensación, sin contestar a las preguntas de mis padres ni tener que

preocuparme por Rosa. Está en el paraíso de las mates. Por una vez no tengo que pensar en ella.

Recupero fuerzas con los sándwiches, me pongo los auriculares y deslizo el móvil en el bolsillo, desconectando del resto del mundo. Subo a la cinta de correr y la programo a la mayor velocidad que puedo durante media hora, antes de pasar a los remos y las pesas.

Levantar peso es una de las cosas más aburridas del mundo. Movimientos repetitivos sin sentido, solo para conseguir aumentar el volumen de los músculos. Las pesas no te hacen más ágil; no hay que tener ninguna habilidad, a diferencia de cualquier arte marcial; no ayuda a ganar cardio. Ni siquiera se puede hacer gran cosa para mejorar. Cuando se ha aprendido la técnica correcta, solo se puede levantar más peso y ponerse más fuerte.

Paso mucho rato con las pesas y pienso en Sojourner.

Sigo hasta que no puedo más. No vuelvo a mirar el móvil hasta casi las ocho, cuando estoy a punto de desmayarme.

Veo un millón de mensajes cada vez más desesperados de Sally, así como muchas llamadas perdidas.

Rosa ha desaparecido.

Ni siquiera me ducho. Meto el equipo apretujado en la taquilla, salgo a la calle y paro a uno de los millones de taxis amarillos.

—¿Dónde está David? ¿Por qué dijo que podía quedarme en el gimnasio?

—David no sabe dónde está su teléfono.

Mierda. El mensaje era de Rosa, no de David. Y me había llegado a las 17:15. Hacía tres horas. ¿Llevaba desaparecida todo ese tiempo?

—¿Se te ocurre dónde puede estar? —escribe Sally.

Si estuviéramos en Sídney, podría estar en miles de lugares distintos, podría haber llamado a mucha gente.

—¿Has probado llamar a los McBrunight?

—Sí.

Es lo único que se me ocurre. No conocemos a nadie más aquí.

El taxi casi no avanza. Doy al taxista lo que me queda de dinero, cinco dólares, y recorro el resto del camino a casa corriendo, agradecido por lo bien indicadas que están las calles con números y letras: hace que sea muy fácil orientarse en Nueva York. En el vestíbulo del edificio pregunto al portero si ha visto a Rosa.

—Ya se lo he dicho a tus padres. No la he visto. Lo siento, chico. Os llamaré si la veo.

El ascensor está en nuestra planta. No puedo esperar. Subo las escaleras corriendo. David abre de golpe la puerta mientras estoy introduciendo la llave en la cerradura. Tropiezo e intento sacar la llave. Se queda mirándome y dice:

—Oh. —Esperaba que fuera Rosa.

—Lo siento. No tenía que haberla dejado con Geoff. Pensaba que las mates...

Sally me pasa el móvil de David.

—Estaba en el frutero.

Estoy leyendo los mensajes que Rosa ha enviado a Geoff.

—Vamos de camino. Muchas gracias. Te haremos la transferencia del dinero de las clases mañana a primera hora.

—Ya casi hemos llegado. Puedes irte. Te agradecemos que hayas podido hacer esas horas extra.

—¿Estáis seguros de que se puede quedar sola? —contestó Geoff.

—Sí. Seguramente nos encontraremos en el vestíbulo.

—Qué retorcido —comento.

—Si hubieras estado aquí, Che —dice David—, no hubiera pasado nada.

—¿Es culpa mía? Si vosotros hubierais estado aquí, tampoco hubiera pasado nada. Sabíais que tenía clase. Sabéis lo importante que es para mí entrenar.

Siento cómo crece la ira en mi interior. Quiero gritarles que soy su hijo de diecisiete años, no otro padre de Rosa. Pero parece ser que sí lo soy, aunque nunca vayan a admitirlo.

No es la primera vez que me dejan cuidando de ella y me he tenido que perder una clase, o no he podido ir con mis amigos. Pero sí es la primera vez que les he ignorado. Tenía que haber contestado: «Ni hablar. No me importa lo importante que sea la reunión, me voy ahora. Será mejor que volváis para cuidar a Rosa».

—No es el mejor momento para discutir —dice Sally como si no hubiera empezado David—. ¿Cuánto hace que llamamos a la policía? —Echa un vistazo al móvil—. Treinta minutos. ¿Vuelvo a llamar?

—¿Falta alguna cosa de Rosa? —pregunto.

—Su mochila, chubasquero, botas de agua. Pero no el móvil.

Sin el móvil no podemos localizarla. Son las ocho y media. Ya es de noche.

—No creo que tenga dinero. Pero me parece que me faltan veinte dólares.

Es la primera vez que oigo a Sally admitir que Rosa le roba.

—¿A qué hora cierra el zoo? —La última vez que Rosa desapareció se fue al zoo de Dusit en Bangkok. Quería ver el tigre de Bengala blanco, y mis padres dijeron que no. Cometió el error de llevarse el móvil.

—Ya hace horas que está cerrado.

—Voy a buscarla —anuncio mientras me dirijo hacia la puerta antes de que Sally o David puedan reaccionar, y agarro una chaqueta para ponérmela encima de la sudadera.

—Voy contigo —dice David.

—¡No! —dice Sally—. ¡Estate pendiente del móvil! —la oigo gritar a mis espaldas.

La ropa del gimnasio está empapada de sudor. Hace frío afuera, a pesar de que llevo una chaqueta. Debería haberme duchado y cambiado, pero tengo que encontrarla. Siento que se me ha helado el estómago al pensar en todo lo que puede haber pasado: no sé si estoy preocupado por Rosa o por lo que pueda haber hecho. Seguramente por ambas cosas.

Rosa no tiene miedo de nada, excepto de que la lleven al médico, de que la encierren. No le asustan los perros rabiosos, ni las alturas, ni los extraños.

Pero eso no importa, si se encuentra con alguien peor que ella. Tiene diez años y no tiene miedo. ¿Podría pensar que puede ser divertido subirse al coche de un extraño? ¿Aceptaría una invitación a cenar en casa de un desconocido?

Recorro la avenida y me cruzo con gente que pasea al perro, que ha salido con su pareja o con amigos o que vuelve con prisas del trabajo a casa, vestidos con trajes aburridos y ropa de trabajo, aunque se han aflojado la

corbata y cambiado los tacones por zapatos cómodos. Me pregunto si debería ir parando a la gente y enseñarles la foto de Rosa: «¿Han visto a esta niña?».

Adonde más le gusta ir a Rosa es al parque. Especialmente si hay columpios. A Rosa le encanta meterse con otros niños. El de mayor tamaño de la zona es Tompkins Square, pero hay unos cuantos más pequeños de camino. El primero es más bien un jardín. El segundo está lleno de rampas de hormigón. Ninguno tiene columpios.

—La policía está de camino.

—Estoy buscando en los parques. Hay montones de gente por la calle. Alguien la habrá visto.

Empieza a lloviznar y al aire se convierte en bruma, haciendo que sienta más el frío. Me pongo la capucha y me abrocho la chaqueta.

Hay mucha gente en la calle, pero no veo demasiados niños. Es muy tarde. Cuando cruzo la Avenida A hacia Tompkins Square empieza a llover más fuerte, y la gente saca el paraguas. Hay un parque con columpios cerca de la entrada con la calle Nueve, pero solo hay ardillas. Luego voy al cercado para perros, que está lleno. Lo rodeo pero no veo a Rosa asomándose por encima de la valla, tramando cómo robar un perro.

Cruzo el parque hacia el este, hasta la zona de los columpios. Hay un niño pequeño que se ríe mientras una mujer que parece demasiado joven para ser su madre empuja el columpio. Llevan botas de agua y chubasqueros.

—¿Ahora ya llueve bastante? —le pregunta.

El niño se ríe aún más.

—¡Perdone! —exclamo. La mujer se vuelve hacia mí—. ¿Ha visto a una niña rubia? Tiene diez años.

—Sigue empujando —dice el niño.

—Maleducado —contesta la mujer, sacudiendo la cabeza—. Solo llevamos diez minutos aquí y no hemos visto a nadie. Lo siento.

Puede que Rosa haya encontrado una heladería, o una tienda de segunda mano, y esté intentando engatusar al dependiente para que le dé un cucurucho de helado o una espeluznante muñeca de porcelana antigua. «Aparecerá —me digo a mí mismo—. La mayoría de los casos de desaparecidos se resuelven. Lo he leído en algún sitio. ¿O decía que se les suele encontrar el mismo día? Pero si no es así...»

Suena el móvil. David.

Dejo que siga sonando un poco más. Tengo miedo de que sean malas noticias. La lluvia está amainando, pero ya tengo la capucha empapada. Giro al oeste por un sendero al final del parque que lleva hasta la Avenida A.

—¿Sí? —contesto por fin.

—La policía quiere que tú...

Entonces veo a Rosa.

Por supuesto. Mis padres le dijeron que no.

—¡La estoy viendo! —grito—. ¡En el parque, jugando al ajedrez!

Corro hacia el lugar donde está jugando, con los dedos sobre el alfil negro. Está demasiado concentrada en el tablero para darse cuenta de mi presencia. El hombre con el que está jugando profiere un gemido. Parece un indigente, con una barba larga y desaliñada y la ropa sucia.

A Rosa, su oponente, y a los demás hombres que observan la partida, les da igual la lluvia.

—¡Gracias a Dios! —exclama David. Se oyen voces amortiguadas por el móvil cuando transmite la noticia.

—Jaque mate —dice Rosa.

—Eres una profesional y nos habías engañado —dice el hombre moviendo la cabeza de un lado a otro.

Rosa alarga la mano. Antes de que el hombre pueda darle el dinero, le pongo la mano en el hombro. Se asusta. Los billetes caen sobre el tablero.

—Hablamos luego. Voy a llevarla a casa —digo a David mientras cuelgo.

—¡Es mi dinero, Che!

—Creo que él lo necesita más que tú.

—Se lo ha ganado —dice el hombre mientras se pone en pie—. Es justo.

Rosa coge el dinero y se lo guarda en el bolsillo del chubasquero.

—Es mío —me dice fulminándome con la mirada—. Morris dice que es mío. Ya le has oído.

Uno de los hombres que estaba mirando toma asiento ante el tablero.

—¿Vas a ganarme, pequeña?

—No va a jugar. —Agarro la mano de Rosa y la arranco del asiento. Me mira aún más furiosa.

—Vuelve pronto, chiquilla —dice el hombre—. Estoy deseando enseñarte un poco de humildad.

Rosa le lanza una mirada asesina y él se ríe.

—No quiero irme —me dice—. Quiero demostrar que soy la mejor. Solo he perdido una vez porque todavía no había calentado. Quiero ganar más dinero. Has hecho que pierda el sitio.

Suena el móvil. Es David de nuevo.

—Estoy llevándola a casa —contesto—. Está bien.

—Date prisa. La policía quiere hablar con ella.

—No quiero... —protesta Rosa.

—Estamos de camino. Cinco minutos.

David no pide hablar con Rosa. Guardo el móvil en el bolsillo.

—Nos vamos. Sally y David están flipando. Creían que te habían secuestrado y asesinado.

—Anda ya... —contesta Rosa, con absoluta seguridad de que nunca podría pasarle algo así.

—No puedes coger dinero de extraños.

—No son extraños. Sé sus nombres. No estábamos apostando.

Rosa señala el letrero situado tras las mesas, donde puede leerse: «Estas mesas son para jugar al ajedrez. El límite de uso por persona es de dos horas. Las mesas son de uso público. No se permite apostar o cobrar por su uso».

—Magnífico. Has infringido la ley.

—No estaba apostando.

—Te han dado dinero porque has ganado. Eso es apostar.

—Morris no creía que pudiera ganarle. Me dio dinero porque demostré lo contrario.

—Eso es una apuesta, Rosa. Apostar es jugar con dinero.

—Pero yo no iba a darle nada si ganaba él.

—Sigue siendo una apuesta.

Miro a ambos lados antes de cruzar. Ya ni siquiera estoy seguro de en qué sentido circulan los coches.

—Todo el mundo estaba apostando. Hay cámaras. Morris dice que hay cámaras por todas partes. Algunas de ellas conectadas en directo. No apostarían sabiendo que hay cámaras. Iba a jugar con Isaiah. Es el mejor. Iba a ganarle.

—¿Nadie te ha preguntado dónde están tus padres?

—Sí, me hicieron preguntas, sobre todo de nuestros padres.

—¿Y qué les dijiste?

—Que me los había comido.

—Dios mío, Rosa.

—Se rieron. Isaiah dijo que las niñas blancas son crueles y todos se rieron aún más.

Dos agentes de policía de aspecto severo y siniestro esperan en casa.

Rosa no parece estar molesta. Le hacen preguntas detalladas: dónde estaba, qué ha hecho.

Se fue al parque. Acarició a unos cuantos perros. Lo intentó con un gato, que se escapó. En el parque vio cómo corrían los perros («¿Puedo tener uno?», pregunta de paso) y se fue a la zona de los columpios, pero no había niños de su edad, y entonces se acordó del ajedrez. Le gusta jugar al ajedrez.

—Soy un prodigio del ajedrez —declara. No sonrío ni saca los hoyuelos.

La expresión de la agente más alta da a entender que piensa que Rosa es una malcriada. Lleva el pelo recogido en un moño tan tirante que parece que vaya a reventar. Me pone nervioso el arma que lleva en la cintura.

—Tienes que hacer caso a tus padres cuando te dicen que te quedes en casa —dice la agente—. Tienes que escucharles y obedecerles. Esto no es Australia. Nueva York es una ciudad muy grande y muy peligrosa.

—Hemos vivido en Bangkok —dice Rosa—. Es mucho más peligrosa.

—No lo dudo, niña —responde la agente.

—Bangkok tiene una tasa de asesinatos mucho más elevada que Nueva York. —Rosa empieza a recitar estadísticas para demostrarlo.

—¡Rosa! —exclama Sally—. La policía está aquí para ayudarte, no para escuchar una conferencia sobre comparativas de índices de asesinatos.

—No he hecho nada malo —dice Rosa, lanzándome una mirada—. He sido buena. No me he subido a ningún coche de un desconocido. Jugar al ajedrez es educativo.

—Puedes jugar al ajedrez —dice David—. No es que no queramos que juegues. Estoy seguro de que aquí hay algún club de ajedrez para niños de tu edad.

Rosa empieza a protestar.

David alza la mano y Rosa se calla mientras se cruza de brazos. Le lanza una mirada envenenada a nuestro padre.

—Gracias, agentes —dice David—. No volverá a pasar.

—Su hija es muy traviesa, señor —comenta el agente más bajito. No parece estar muy contento.

—Sí que lo es —confirma Sally—. Muchas gracias. Insistiremos mucho en que no vuelva a hacerlo. No creo que le guste el castigo.

—Es lo mejor, señora. Tienen que controlarla —dice la agente.

—Gracias —repite Sally—. De veras. Sentimos haberles molestado innecesariamente.

—No hay nada de innecesario en esto, señora.

David acompaña a los agentes a la puerta. Tras la puerta me parece oírles riendo. Riéndose de los estúpidos extranjeros y su niña consentida.

—Nos has mentado, Rosa —empieza Sally, mientras le enseña el móvil de David—. Has mentado a tus padres y a tu hermano.

—¡No, no lo he hecho!

David alza la mano para pedir silencio de nuevo. Rosa lo mira como si deseara poder cortársela por la muñeca.

—No puedes mentarnos, Rosa. Ya lo hemos hablado. Dijiste que no mentarías.

—Soy una niña —responde Rosa—. Se supone que los niños fingen. Estaba jugando, fingiendo. ¡Se supone que debo hacerlo!

—¡Estabas fingiendo ser David para poder imponer tu voluntad! No es lo mismo. ¿En qué estabas pensando? —le pregunta Sally—. ¿Qué te pasa?

Me gustaría decirle que no le pasa nada, que Rosa es así.

Sally y David están con ella cada día, también cuando se olvida de actuar y fingir que le afecta que alguien se haga daño o enferme. Aunque se trate de uno de nosotros. Acaban de ver que no tiene ningún miedo a la policía. ¿Por qué no se dan cuenta de que no es como los otros niños?

—¿Qué te ha dado para irte de casa así?

—¡Podía haberte pasado cualquier cosa!

—He ganado —contesta Rosa—. Gané a esos hombres que llevan jugando al ajedrez durante más años de los que yo tengo. Deberíais estar orgu...

—¿Orgullosos? ¡Creíamos que te habían secuestrado! ¡Que podías estar muerta!

Rosa se queda mirándole fijamente. David casi nunca grita.

—Una redacción —dice Sally—. Quiero que escribas mil palabras explicando qué has aprendido hoy. Para mañana a la hora de cenar.

Rosa odia escribir redacciones.

—¿Mil palabras?

—Sí, Rosa. No está bien que finjas que soy yo. Esa forma de fingir no es un juego. No tiene gracia. Nos has engañado y eso está mal. Robaste mi móvil. Y sabías que eso no estaba bien.

—Lo tomé prestado. Estaba representando un papel —empieza a decir Rosa, pero le cambia la cara cuando por fin se da cuenta de que lo está haciendo mal, que debería demostrar remordimiento, que debería haber encandilado a los agentes. Mis padres no piensan que sea más inteligente por haber ganado a adultos al ajedrez o demostrar a la policía que sabe mejor que ellos qué ciudades son peligrosas.

La próxima vez sabrá decidir cuándo es mejor demostrar que es un prodigio y cuándo parecer una niña.

Rosa rompe a llorar.

Entre las lágrimas desliza frases fragmentadas en las que pide perdón, dice que no se ha dado cuenta, y otras cosas que piensa que quieren oír nuestros padres.

David estrecha a Rosa en sus brazos.

—Oh, zarigüeya, ya pasó.

—Nos has asustado —añade Sally, rodeando con sus brazos a Rosa y a David—. No puedes irte por ahí así. Sobre todo porque no conoces a nadie. Llevamos muy poco tiempo aquí. Podías haberte perdido.

Rosa gira la cabeza y me mira. Sonríe.

Tengo que reconocerlo. Ha sabido darle la vuelta a la situación.

Pero conmigo no lo va a conseguir. Tendremos que hablar sobre el significado que ella le da a «ser buena».

Prometió ser buena. Y no lo ha sido.

Cuando subo las escaleras veo luz tras la puerta del cuarto de Rosa. Doy unos golpecitos.

—¡Estoy durmiendo!

—Yo también —contesto con un volumen suficiente para que me pueda oír. Empiezo a grabar con el móvil y abro la puerta.

Rosa está sentada en la cama, con la cara iluminada por la tableta. Los rizos rubios parecen de oro.

Cierro la puerta y me siento en la silla de su escritorio.

—Has roto tu promesa —empiezo a decir.

—Sabes que ellos se quieren más de lo que nos quieren a nosotros —dice Rosa simultáneamente.

Sí que lo sé. Pero intento no pensar en ello, ni mucho menos decirlo. No quiero que sea cierto. Son nuestros padres; Sally y David deberían querernos más que a nada. Pero no es así, razón por la que me he convertido en la

persona responsable de Rosa. No nos quieren lo suficiente como para darse cuenta de que le pasa algo raro.

—Has roto tu promesa —repito—. Dijiste que te portarías bien.

—Me he portado bien. Seimone juega al ajedrez. Quería practicar antes de jugar con ella. Ha ganado competiciones.

—Portarse bien no significa salir sola y apostar con extraños.

—Sí significa eso. Los progenitores quieren que exploremos y seamos valientes. Me fui a explorar y fui valiente. Estaba portándome bien.

—Vaya tontería, Rosa.

—Nunca prometí que no fingiría. Ni que no mentiría.

—¿Me prometes que no mentirás?

Rosa niega con la cabeza.

—Mentir es demasiado útil.

—¿Estás mintiendo cuando haces promesas?

—No. No he roto mi promesa. Estaba siendo buena.

—Desobedeciendo directamente a los progenitores.

—Nunca me han dicho que no explore.

—Pero sí dijeron que no podías jugar al ajedrez en el parque, y lo arreglaron todo para que no te quedaras sola. Estaba claro que no querían que te fueras a explorar cuando ya era oscuro.

—No dijeron que no lo hiciera.

—Eso no es ser buena. Eso es ser como una comadreja buscando una escapatoria.

—No he hecho daño a nadie, ni siquiera a una araña. No he robado. Tomé prestado el móvil de David —responde rauda antes de que pueda rebatírsele—. No hice que nadie hiciera nada que no quería. Fui buena.

Rosa se inclina hacia delante y apoya la barbilla en las rodillas. Parece que se cree lo que dice.

—Es irracional que los progenitores estén enfadados conmigo.

—¿Cuántas tonterías más vas a decir, Rosa?

—¿Qué? Estaba siendo buena contigo, Che. Querías ir al gimnasio. ¡Te has pasado allí un montón de horas!

—¿De verdad te fuiste a jugar al ajedrez a Tompkins Square por mí? ¡Qué amable! —Rosa asiente—. Lo he dicho con ironía.

—La ironía es una estupidez. ¿Has visto a Sid?

—¿Quién es Sid? —pregunto. Había olvidado por un momento que es el apodo de Sojourner. Me pongo rojo.

Rosa se ríe.

—Puedo intentar concentrarme en ser buena si quieres. Pero no sé qué quiere decir.

—Significa hacer lo que te mandan: no apostar, no coger cosas que no son tuyas sin preguntar, no usar el móvil de otra persona para fingir que eres esa persona...

—¿Ni para hacer una broma?

—No era una broma.

Rosa suspira.

—¿No pasa a veces que si haces lo que te dicen haces algo malo? ¿Como cuando Apinya hizo lo que le pedí y mató a Kitty?

—Hablar contigo es como hablar con... —iba a decir el diablo— una anguila escurridiza.

—Estoy intentando comprender qué significa ser buena, aunque es complicado. Pero lo intentaré. No me gusta que estés molesto conmigo.

—¿Te importa lo que pienso de ti? —No quería decir eso.

—Me gusta que me quieras. Me gusta gustar a la gente.

Al día siguiente por la tarde tengo que escabullirme del gimnasio para llevar a Rosa a su primera clase de danza. Nuestros padres están en otra reunión con los McBrunight. Pasan casi todo el tiempo con ellos. La *au pair* de los McBrunight recogerá a Rosa y a Seimone y las llevará a la mansión. Sally y David regresarán con mi hermana. Cuando vuelva al gimnasio podré quedarme todo el rato que quiera.

Me pregunto si mis padres habrán advertido a los McBrunight o a la *au pair* que Rosa puede ser «traviesa». No es que esté preocupado. Ayer Rosa buscó los límites del bien, y siempre hay una tregua entre incidentes.

Rosa me coge de la mano. Si fuera cualquier otro niño, habría dicho que estaba nerviosa.

—No vienen coches —dice, tras mirar a derecha e izquierda en la calle de un solo sentido.

—Qué bien —digo con ironía, para indicar que pienso lo contrario—. Esperaremos a que el semáforo se ponga verde.

Al otro lado de la calle deja de darme la mano para acariciar a un perro más alto que ella. La mujer que lleva la correa sonrío a Rosa.

—Se llama Harry. Es un perro lobo irlandés.

—Es precioso.

La mujer le da las gracias y tira de la correa. El perro trota tras su dueña.

—Quiero un perro como ese.

—Eso no es un perro, Rosa. Es un caballo. —A un perro tan grande por lo menos le costaría más matarle.

—No seas tonto, Che. Es un perro.

Mientras esperamos en el siguiente semáforo, vuelve a darme la mano.

—¿Cuándo vas a escribir la redacción, Rosa? —Frunce el ceño y me suelta la mano—. Dijeron que tenías que dársela hoy por la noche.

—Igual se olvidan.

—No creo.

—Suzette está enamorada de David.

—¿Quién?

—La *au pair* de los McBrunight.

—Todo el mundo se enamora de David. No cambies de tema.

El semáforo se pone verde y cruzamos.

—¿Qué aprendiste ayer?

—A no ser impaciente para hacer jaque mate. Aquella partida la perdí por no haber esperado unos cuantos movimientos más; si no, habría ganado.

—Eres muy graciosa.

—Lo digo en serio.

Lo sé. La única clase de humor que Rosa entiende son las payasadas.

—¿Qué aprendiste sobre comportarse como una persona normal?

—Que tengo que mentir mejor. Tendría que haber fingido que lo sentía enseguida. La próxima vez empezaré a llorar en cuanto vea a la policía.

—Y ¿qué hay de no volver a engañar a tu profesor para que se vaya antes de que algún adulto vuelva a casa?

—No eres adulto.

—Y ¿qué hay de no volver a salir por tu cuenta?

—No pasó nada. No estaba lejos de casa. No veo por qué me estaba portando mal.

De nuevo recurre a su última trampa: «No entiendo qué quiere decir ser buena».

—¿Por qué no te llevaste el móvil si pensabas que estabas siendo buena?

—Se me olvidó.

Rosa nunca olvida nada.

—Estás mintiendo.

—Mentir no es malo.

—¿Qué? —me quedo mirándola fijamente.

—Todo el mundo miente —dice Rosa—. Todo el mundo dice que mentir es malo, pero lo hacen. Decir la verdad es peor que mentir. Si digo a la gente lo que pienso, tendré problemas. Mi error anoche fue decir la verdad: que estaba orgullosa de ganar a hombres mayores al ajedrez. Debería haber mentido.

—Yo no digo mentiras.

—Sí que lo haces. Mientes al no responder a preguntas que no puedes contestar sin meterte en un lío.

—Eso no es mentir, Rosa.

—Sí que lo es. Dices que estás bien cuando estás triste. Cuando la gente te pregunta sobre mí o sobre los progenitores no les dices que crees que soy mala y que ellos son malos padres.

—No creo... —No puedo acabar la frase.

—Ya hemos llegado —dice Rosa animada—. Apuesto a que seré la que mejor baila de la clase.

Estaba tan absorto en nuestra conversación que no me he dado cuenta de que estamos rodeados de niñas con leotardos de varias edades: las hay diminutas, pero también algunas casi tan altas como yo. Acompaño a Rosa a la recepción y compruebo que está correctamente inscrita. La escuela de danza huele como mi gimnasio: a sudor y productos de limpieza industriales. Sigo las indicaciones para llegar a la clase de Rosa.

Esto deberían haberlo hecho mis padres.

No creo que sean unos padres horribles. Nos quieren. Creo que son unos padres negligentes. No es lo mismo.

De vuelta en el gimnasio entreno duro, intentando apartar de mi mente el punto de vista de Rosa sobre la mentira. Me preocupa que tenga razón. Y que la solución no sea enseñar a Rosa a ser buena (nunca va a entender qué quiere decir), sino a simular que es buena.

Intercambio unas pocas palabras con Sojourner. Su amiga Jamie está allí. No le pido su número ni le doy el mío. Cuando son casi las siete, la hora de la sesión de combates, voy hacia los vestuarios. Estoy pensando en escribir a Georgie y a Nazeem para preguntarles sobre su visión de la mentira. Estoy casi seguro de que la de Jason es bastante cercana a la de Rosa.

Pero en vez de hacerlo, escribo un mensaje a mi entrenadora de boxeo en Sídney:

—Estoy pensando en participar en combates. ¿Crees que estoy preparado?

Estoy a punto de guardar el móvil cuando contesta.

—Hace años que estás preparado.

Me quedo mirando el móvil. No esperaba que respondiera tan rápido. Natalie solo mira el móvil entre clases.

—¿Estás bien?

—Me he tomado el día libre. —Natalie nunca se toma un día libre.

—¿En serio?

—Estoy siguiendo mis propios consejos y aprendiendo a relajarme. Estás listo para boxear en combates. Aprenderás mucho.

—Nunca me lo habías dicho.

—No lo estoy diciendo. Lo estoy escribiendo.

—Muy graciosa. ¿Estás segura?

—Sí. ¿Han cambiado tus padres de opinión?

—No.

—Oh.

—Sí.

—Pero ¿tú sí has cambiado de opinión sobre obedecerles?

No sé qué decirle. No quiero mentirles. Pero ¿desobedecer? Intento no hacerlo. Pero están siendo injustos y se equivocan.

—No lo sé.

—Puedo hablar con ellos si quieres. Mi oferta sigue en pie.

—Tu conversación parece interesante —dice Sojourner. Está sentada en un banco en la puerta del vestidor de chicas, poniéndose hielo en la mano.

—¿Estás bien?

—Un golpe en la muñeca. Hoy no voy a la sesión de combates.

—¿Es grave?

Niega con la cabeza.

—Tengo un combate importante pronto. No quiero arriesgar. —Digo que lo entiendo con un gesto—. ¿Pasa algo?

Sojourner lanza una mirada al móvil que tengo en la mano, mientras pienso en las palabras de Natalie. En cómo sería boxear contra ella. Es una chica alucinante. ¿Conseguiría darle algún golpe?

—Estaba escribiendo a mi entrenadora en Australia. Le he preguntado si cree que estoy listo para participar en combates.

—¿Y?

—Dice que sí.

Sojourner me da un puñetazo flojo en el hombro.

—Porque lo estás. Has entrenado muy bien hoy. ¿Ya se te ha pasado el *jet lag*?

—Supongo. —Más bien lo deseo.

—¿Vas a combatir?

—Quiero hacerlo.

—¡Pues hazlo!

—¿Quieres ir a comer algo? —pregunto antes de que pueda evitar dejarme llevar—. Lo digo porque ya que ninguno vamos a combatir... Estoy hambriento.

Sojourner me mira fijamente a los ojos, como si pudieran decirle si vale la pena ir conmigo a tomar algo. Mantengo la boca cerrada para evitar decir alguna estupidez.

—Claro —dice—. ¿Te gusta la comida mexicana?

Asiento con la cabeza. Comería lo que ella quisiera. Es lo único que puedo hacer para no gritar «¡sí!».

Me ducho y me cambio como un rayo, y la espero sentado en el mismo banco, intentando no emocionarme por eso, o por haber golpeado los mismos sacos, caminado por el mismo suelo, respirado el mismo aire... porque sería ridículo. O tal vez yo soy ridículo.

Caminamos juntos por Houston («Howsten») mientras pienso algo que decir. Me gustaría preguntarle a Sojourner por los combates; ha participado en dos que no eran solo un entreno. ¿Subió de nivel gracias a ellos? Pero se adelanta preguntándome por qué no me decido a combatir. Parece pensar que lo único que tengo que hacer es explicar a mis padres que no voy a mejorar a menos que entrene en los combates y ¡bingo!: cambiarán de opinión. Pero las únicas opciones que tengo en realidad son mentir o desafiar su autoridad. No me gusta ninguna de las dos y no quiero hablar de ello.

Pienso si debería preguntar a Sojourner a qué instituto va. ¿Y si ya va a la universidad? No querría salir con un chico de diecisiete años.

—¿Crees que debería entrenar con Dido? —pregunto—. ¿Mano a mano?

Sojourner asiente.

—No suele gritar. Mi primer entrenador solía darme un porrazo en la cabeza con el guante cuando lo hacía mal. No paraba de chillar. No aprendo

mucho si me gritan.

—A mí me pasa lo mismo. A mi entrenadora en Sídney le gusta hablar de las similitudes entre boxear y meditar.

—¿Porque te sumerges en el movimiento? —Asiento—. Me encanta cuando me pasa eso. El momento en que la mente hace «clic» y dejo de pensar.

—«Somos meros átomos, parte de algo mucho más grande que nosotros» — cito a Natalie.

—Como en la iglesia.

—Mmm, sí, supongo.

—No vas a la iglesia, ¿no?

—¿Por qué lo dices? —Pregunta estúpida, ya que acabo de balbucear con solo oír la palabra.

—Porque tienes nombre de guerrillero comunista y eres blanco. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—No creo que Jesús esté en tu vida. ¿Sabías que Sojourner Truth era una predicadora? Mi madre también. No puedo salir contigo.

Me siento como si me hubiese dado un puñetazo. Si fuera Jason, le diría «no me gustas», dando a entender que se lo tiene muy creído por sugerir algo así. Pero no soy Jason.

—Vaya —digo, aunque eso no transmita lo desgraciado que me siento.

—Eso ha sonado un poco brusco, ¿no? No quiero jugar contigo. Pareces un tío guay. Creo que podemos ser amigos. Pero no puedo salir con alguien que no tiene a Jesús en su vida.

—¿Entonces no es porque mi cara parece la superficie lunar?

Sojourner se me queda mirando.

—¿Qué?

Me pongo rojo. Por supuesto. Todos los granos de mi cara están ardiendo.

—He intentado hacer un chiste. Perdona. —Alza las cejas—. Un chiste verdaderamente malo.

—Muy malo. No es por nada de eso. Me gusta lo que sé de ti. Pero creo que es justo decir las cosas directamente. Sobre todo a los chicos blancos que se llaman Che.

—Ahora estabas intentando hacer un chiste. Lo sé porque era gracioso.

—Ya sé que es *heavy*, pero es lo más importante para mí.

—Lo pillo. Podrías intentar convertirme, ¿no? Podría funcionar.

Estoy bromeando. Pero por un segundo, mientras camino a su lado, observando su perfil, sus labios suaves y carnosos y las largas pestañas curvadas, pienso: «¿Y si hay un Dios?». Podría adorar a un Dios que se pareciera a Sojourner. Soy consciente de que, si se lo digo, va a flipar. O quizá no le extrañen los pensamientos blasfemos de un tío blanco llamado Che.

—No. Convertir a la gente es la forma más rápida de hacer que tus creencias se transformen en algo feo. Cada uno cree lo que quiere creer, Che. O no. Cuida de ti mismo, sé bueno con los demás. No es necesaria una religión para eso. He conocido mucha gente sin Dios que son buenas personas. No juzgo.

Hago un gesto con la cabeza para dar a entender que lo que dice se parece bastante a mi código ético en pocas palabras. Además de evitar que otros, especialmente las hermanas pequeñas, perjudiquen al prójimo.

—Si algún día empiezas a hacerte preguntas —dice Sojourner—, si empiezas a pensar en la búsqueda de un camino distinto, podemos hablar.

—Entonces ¿no vas a hablar conmigo hasta que eso ocurra?

Sojourner me da un golpecito suave en el hombro.

—Claro que sí. Ahora mismo estamos hablando. Y vamos a comer juntos. Pero no te hablaré de Dios, religión o espiritualidad.

—¿Ni de salir juntos? —Sonrío para que vea que es una broma.

Se ríe.

—Ni de salir juntos.

No lo demuestro, pero me duele. Intento no pensar en cuánto me gusta su risa. O mirar sus labios. Sojourner no está interesada en mí. Tengo que aceptarlo. No es la primera vez que no le gusto a la chica que me gusta. Ni la segunda, ni la tercera.

Pero ¿es eso realmente lo que está diciendo Sojourner?

—¿Quieres decir —pregunto— que si fuera religioso estarías interesada?

Me mira de reojo.

—No eres religioso.

—Pero supongamos que lo fuera.

—¿Me estás pidiendo que te diga si pienso que eres mono?

Claro que sí. Todas mis palabras hasta ahora básicamente transmiten que me parece una chica guapísima.

—Me gustas —digo—. Me pareces...

—Ey, chica. Estás muuuuuy bien...

Me giro y veo a un hombre mirándola lascivamente.

—¿Qué estás haciendo con ese asqueroso chico blanco?

—Eso es asunto mío —contesta, sin girarse para mirarlo—. Déjame en paz.

El hombre responde con un silbido y nos da alcance, se pone a su lado y se inclina hacia ella como si fuera a tocarla, hasta que se aparta.

Abro la boca para decirle que se largue pero nos adelanta dando grandes zancadas.

Me desinflo y cierro la boca. ¿Qué demonios ha pasado? El hombre desaparece en la entrada del metro. Pienso que debería perseguirle. ¿Cómo se atreve a hablar así a Sojourner?

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella exhala largamente.

—Es una chorrada.

—Lo siento —digo sin pensar.

—¿Por qué?

—Debería haberle dicho algo. Se ha pasado.

—Y ¿qué le habrías dicho?

Uf. No tengo ni idea.

—¿Ni te atrevas...?

—No habría funcionado —dice Sojourner, riendo—. Una réplica muy ingeniosa. Se hubiera muerto de risa con tanta agudeza.

Me sonrojo aún más. No parece sentirse molesta. Me gustaría matar a aquel tipo.

—Tendría que haberle dicho que eso no está bien.

—Ya lo sabe. Le importa un bledo.

—Pero...

Sojourner me pone la mano en el brazo.

—Da asco, pero si le hubieras dado un puñetazo, no habría cambiado nada. Pasa todo el tiempo. No es para tanto.

Sé que eso no es cierto.

No recuerdo la edad que tenía cuando Sally me habló por primera vez del acoso. Tenía claro que su hijo nunca acosaría a nadie. Sally y Georgie me contaron que las acosan por la calle todos los días. Y que lo odian.

Metó las manos en los bolsillos porque noto que están temblando. Tendría que haber hecho algo.

—Oye, Che, ya sé que no está bien. Pero si permito que me afecte perdería la cabeza, los mataría a todos, ¿me entiendes?

Asiento con la cabeza. Me gustaría matar a cualquier hombre que haya acosado a Sojourner. O a Sally, o a Georgie, o a cualquier otra mujer.

—¿Quieres venir a la iglesia conmigo?

—¿Perdona?

—Que si quieres venir este domingo a la iglesia, al servicio de la tarde. Si tanto te intereso, ¿por qué no vienes a ver una parte importante de mi vida?

—Pensaba que no querías convertirme.

Sojourner sonrío.

—No quiero hacerlo, pero creo que podría ser interesante para ti. ¿Has ido alguna vez a la iglesia?

Nunca.

—Sí que me gustaría ir —contesto. ¿Por qué no?

Por fin puedo dormir. Un sueño profundo no interrumpido por la cacofonía de Nueva York de bocinas de coches, sirenas y gritos.

Sueño con Sojourner.

Lleva el vestido de tulipanes, luego ya no. Nuestros torsos se tocan, y nos besamos. Hay un olor como de mariposas. Están por todas partes, son diminutas y doradas. El cabello de Sojourner parece estar flotando. Apoya sus manos en mi pecho, luego a la altura del estómago. Nunca me he sentido más feliz. Veo una luz tan brillante como el sol. Cada vez más luminosa.

Hasta que explota.

Me despierto sonriendo. Estoy mojado.

Me incorporo en la cama para ir a limpiarme. Pongo un pie en el suelo para ir hacia el baño.

—Hoy he sido buena —dice Rosa.

Doy un respingo y casi grito, y noto que me arde la cara, aunque Rosa no puede saber por qué me he levantado.

Rosa está a los pies de mi cama. No podía verla en la oscuridad.

Se ríe. Una risa auténtica. Todavía puedo distinguirla de la falsa, aunque está perfeccionando la técnica y cada vez suena más real.

—¿Qué coño haces, Rosa?

¿Cuánto tiempo lleva ahí, viéndome soñar con Sojourner?

—No deberías decir palabrotas cuando estoy delante. Soy una niña.

La norma de mis padres sobre decir palabrotas es que no les parece mal mientras estemos seguros de no ofender a nadie.

—Me has asustado.

—Ya lo sé. Has gritado. Estoy analizando el sueño. He estado observándote.

—Eso es asqueroso, Rosa. No lo hagas.

Acabo de soñar que tengo relaciones con Sojourner. Estoy bañado en mi propio semen y mi hermanita me estaba mirando.

—No vuelvas a entrar a mi cuarto nunca sin llamar. Es espeluznante. — Rosa se encoge de hombros—. Si quieres parecer una persona normal, no entres de puntillas de noche en los dormitorios de otra gente. ¡Nunca!

—Contigo puedo ser espeluznante.

—¡No, no puedes! Ahora tienes que irte.

—Voy a ver cómo duermen los progenitores.

—No, Rosa. No puedes mirar cómo duerme nadie. ¿Entendido?

—Si se despiertan, creerán que soy sonámbula. Es lo que suele pensar la gente. Siempre sé qué responder.

—Vete a la cama, Rosa.

Hace un gesto con la cabeza como si no entendiera y enciende la luz.

—¿Por qué tienes los pantalones mojados?

—Un pequeño accidente —digo, lo cual es cierto.

Si Rosa no existiera, ¿me parecería bien mentir? ¿Mentía antes de que naciera? Me doy cuenta de que no me acuerdo de gran cosa antes del nacimiento de Rosa. Me deprimó al pensarlo.

—¿Has mojado los pantalones? ¿Como un bebé?

—Sí, he mojado los pantalones. Ahora me voy a duchar y a cambiar, y tú vas a volver a la cama.

Rosa no se mueve, y entonces hago una pregunta con la intención de incomodarla.

—¿Has escrito la redacción?

Rosa asiente.

—He escrito que he aprendido que no puedo salir de casa sin ti o nuestros padres. Aunque sepa leer un mapa. Y que no debo subir al coche de un desconocido. He aprendido a no ser maleducada con la policía, porque te pueden encerrar o pueden matarte si quieren, sin que a ellos les pase nada. La conclusión es que nuestra sociedad no permite a los niños de diez años ser independientes, valientes, ni ir a explorar, aunque los mismos padres digan que eso es lo que quieren, y que por esa razón la mayoría de los niños de diez años actúa como niños pequeños. He escrito que en la Amazonia los niños de tres años ya saben cómo despellejar y destripar un animal, y afilar sus propios cuchillos, y no actúan como bebés. Acabo diciendo que he aprendido que nuestra sociedad está podrida.

—Parece una buena redacción. ¿Qué han dicho Sally y David?

—No la habían leído todavía antes de que me fuera a la cama, lo que significa que también he aprendido que escribir la redacción ha sido una pérdida de tiempo. ¿Sabes que cuando duermes tus piernas se mueven como si quisieras correr? ¿Has soñado que estabas corriendo?

—No.

—¿Recuerdas qué estabas soñando? —No contesto—. Nunca recuerdo mis sueños. Igual es que no sueño. En eso también soy diferente a los demás. La mayoría de la gente sueña.

—¿Cómo lo sabes? Estoy seguro de que hay más gente que no recuerda sus sueños.

Rosa no dice nada más. Sigue mirándome fijamente. Tengo frío y me siento tan angustiado que estoy a punto de agarrarla de la mano y llevarla a su dormitorio.

—Creo que estabas soñando con una chica —dice Rosa, alzando la vista de la mancha en mis pantalones para mirarme a la cara—. Y también sé quién es. —Se marcha cerrando la puerta tras ella.

Me doy cuenta de que estoy sudando.

No vuelvo a la cama. A oscuras —bueno, todo lo oscuro que puede ser Nueva York—, bajo a desayunar. Sally ya está allí, con una taza de café.

—Tú también, ¿eh?

Asiento, voy a buscar un bol y una cuchara y me preparo el desayuno. Sally ya ha cortado un poco de fruta. Acerco un taburete frente a ella.

En la calle se oyen gritos y más lejos, sirenas de policía. Curiosamente, ahora está empezando a parecerme un sitio tranquilo. Creo que ha llegado el momento de volver a hablarle de Rosa.

—David está durmiendo como un bebé. He tenido la tentación de despertarle preguntándole si está dormido. Lo odia. Siento que no hayas heredado los genes del dormilón.

Resoplo en lugar de explicarle a Sally que la genética no funciona así. Pienso en los genes que compartimos Rosa y yo, aunque no son solo los genes quienes nos hacen ser como somos. Gracias a Dios. No podría dormir pensando en la psicopatía.

—Hay cosas peores —contesto a Sally—. Como estos plátanos, por ejemplo.

—Encontraremos plátanos buenos. Te lo prometo.

—Estoy preocupado por Rosa —empiezo a decir—. Ya sé que no pensáis que sea tan grave que se escape.

—No he dicho eso. Dije que no creo que se dé cuenta del peligro. Es joven e inconsciente.

—Sí —continúo—, pero creo que no entiende por qué no puede hacer todo lo que le apetece. He estado leyendo mucho. Creo...

—¿Sobre lo que hacen los niños de diez años?

—Cuando yo tenía diez años lo entendía —prosigo—. Rosa no entiende por qué tiene que seguir unas normas. No le importa si la pillan. ¿Cuántos niños de diez años conoces como Rosa?

—Más de los que te imaginas —dice Sally, pero no nombra ninguno. Ninguno de nuestros primos o de los niños de sus amigas son como Rosa—. No es una niña corriente, eso es obvio. ¿Cuántos niños de diez años hacen cálculo? También es verdad que no siempre se porta bien en sociedad. Pero el doctor Chu dijo que está bien, dentro de lo normal para su edad.

El doctor Chu no ha visto a Rosa desde que era pequeña.

—Ya no tiene dos años. Ni tres, ni cuatro. Tiene diez.

—Ya lo sé, Che. Rosa ve el mundo de otra manera. Siempre os hemos animado a explorar...

—No estoy hablando de eso. Estoy hablando del hecho de que no le importa lo que tú o cualquier otra persona piense. Rosa no cree tener la culpa de nada. No le importa nada. Y lo que es más grave: no puede importarle nada. No tiene empatía. Es como el tío Saul. Creo que tiene un trastorno de personalidad antisocial.

—Eso es ridículo.

—No lo es.

—No necesitas gritar, Che.

No estoy gritando, pero sí apretando los puños. Relajo las manos.

—Sé que no es una niña normal de diez años. No hay muchos niños de esa edad que jueguen al ajedrez como ella. Tú tampoco eras un niño de diez años normal, Che. Estabas obsesionado con la violencia. Tenías curiosidad por las armas. ¡Armas! Entonces tu abuelo te enseñó a pegar puñetazos y querías aprender *kickboxing*. Siempre querías ver peleas...

Ya he oído eso antes.

—No es lo mismo. Nunca he hecho daño a nadie.

—Tu padre sí. Cuando era joven. Pero aprendió a no dejarse llevar por la violencia. Me da miedo que te guste tanto boxear.

—No soy David. No soy violento. Nunca me he peleado.

—Sí, pero quieres pelear.

—En un ring de boxeo. En circunstancias controladas. Con equipo protector. ¿Por qué estamos hablando de mí? Yo no soy el problema, sino Rosa.

La cara de Sally demuestra tensión. Hace una respiración profunda.

—Ya sé que te preocupa. Estáis muy unidos. Pero tienes que aceptar que no es como tú. Tú siempre has sido muy sensible.

—¿Para ser un bruto obsesionado con la violencia?

—Nunca he dicho que seas un bruto, Che. No lo eres. Pero hay algo en ti...

—¿Soy sensible o un bruto?

—No eres un bruto. Siempre te preocupas por los demás. Cuando tenías diez años parecías mucho más maduro, siempre responsable y nunca egoísta. Rosa no es así. Pero la mayoría de los niños de diez años son egoístas. ¿Desearía que fuera menos egoísta y más sensible? ¡Claro! A veces me gustaría que tú no fueras tan sensible. Te sientes ofendido con mucha facilidad, Che.

No estoy seguro de reconocer al Che del que habla.

Corro por el East River. No esperaba que hubiera tanta gente corriendo. Todavía no ha salido el sol, pero está lleno de gente con auriculares que no ve a los demás, ni mucho menos saluda. Se me ocurre que podría encontrarme con Leilani, pero no me parece que sea el tipo de persona que se levante antes de lo necesario.

En la oscuridad previa al amanecer el río parece una mancha de petróleo. Me imagino la megafauna acuática que acecha en el fondo, con fauces

dentadas, garras y protuberancias venenosas. Criaturas con las que Rosa sentiría cierta afinidad.

No soy violento.

Adapto el paso al ritmo de las sílabas. «No soy vio-len-to. No soy vio-len-to. No soy vio-len-to.»

¿Cómo puede compararme Sally con Rosa? ¡No nos parecemos en nada!

«No soy vio-len-to. No soy vio-len-to. No soy vio-len-to.»

No soy como Rosa. No soy como el tío Saul. No tiene empatía, apenas autocontrol, es adicto a la adrenalina, colecciona novias y esposas, le encantan los coches llamativos y conducir demasiado rápido. Sabe pilotar un helicóptero y hace paracaidismo. Imagino que hay más cosas. Demasiados síntomas del test de psicopatía.

Creo que Papa también es como Rosa.

Mi abuelo es violento de verdad. Por lo menos, lo era. Sigue gritando, y pegó a David y a Saul hasta que crecieron lo suficiente para enfrentarse a él. Cuando era más joven tenía aventuras con otras mujeres. Hacía lo que le daba la gana. Sally dice que es un milagro que David no sea como su padre. Supongo que ese es el papel de Saul: ser exactamente como él.

La psicopatía puede heredarse. Hay una parte de ADN, pero también influye el entorno. Es difícil separar ambos componentes.

Cuando pregunto al abuelo por sus padres, mis bisabuelos, dice que eran listos y ambiciosos. «Hicieron de mí quien soy.» Si eso es literalmente cierto, puede que también fueran como Rosa.

David dice que sus abuelos eran gente triste. Que su abuelo nunca reía, siempre se quejaba. Y que su abuela no decía gran cosa. Su abuelo pegaba a su padre igual que Papa pegaba a David y a Saul. «Sobrevivir aunque te peguen es lo que te convierte en un hombre», decía Papa a David.

Puede que no signifique nada. En aquella época era normal que los padres pegaran a sus hijos.

Al abuelo le encanta que me guste boxear.

David dice que los nazis destruyeron a sus abuelos. Perdieron a sus padres, hermanos y hermanas, primos y tíos, abuelos y sobrinos, amigos, conocidos y enemigos. A rabinos, casamenteros, carniceros, caldereros, sastres. Murieron en el Alzamiento de Varsovia, intentando escapar, en Treblinka, Sobibor, Auschwitz-Birkenau. Y de hambre tras la guerra.

Solo quedaron ellos tres: mis bisabuelos y su hijo pequeño, Papa.

Los traumas pueden acabar con la empatía, pero solo si hay una predisposición genética.

Papa no explica muchas cosas de su familia. Pero sí habla de uno de sus antepasados (tataratataratatarabuelo, se pueden quitar o poner los «tatar» que se quiera). Un tirador de primera y excelente jinete, con fama de mujeriego y proezas épicas.

Papa conserva una foto desteñida de él con un mostacho curvado absurdo y una jarra de cerveza. No sonrío y sus ojos son inexpresivos. Pero en aquella época todo el mundo que tenía los ojos claros parecía inexpresivo en las fotos; nadie sonreía, porque había que quedarse inmóvil mucho rato.

Podría ser como Rosa. O tal vez era muy empático. Que le gustara disparar y montar a caballo no significa que fuera un psicópata.

Si algún día soy padre, ¿serán mis hijos como Rosa o como yo?

No se puede saber. Siempre hay dos factores: la naturaleza y la educación. Somos la suma de nuestros genes, la morfología de nuestro cerebro y nuestro entorno. Los genes no son solo el ADN con el que nacemos. El entorno puede moldearlos. La morfología cerebral no es inalterable, cuando crecemos el cerebro establece nuevas conexiones en respuesta a los traumas. El entorno es más que el lugar en el que crecemos, son las personas con las que

interactuamos, empezando por nuestros padres, cuidadores, hermanos o amigos.

Nos pueden afectar experiencias extraordinarias: que nos secuestren, o conocer a alguien diferente, o incluso un libro o una película pueden hacer que cambiemos.

El boxeo remodeló mi cerebro, me hizo más ágil y fuerte. Todos los viajes que hemos hecho, vivir en Auckland y Wellington en Nueva Zelanda, Yakarta en Indonesia y Bangkok en Tailandia (aunque no aprendiera mucho bahasa o tailandés), todos esos lugares me han cambiado.

Todavía es de noche. Debería dormir. Pero estoy tenso, enfadado y hambriento, y no tengo dinero, solo la tarjeta de Papa. ¿Qué diría si pagara el desayuno con ella? Podría decirle que mis padres se olvidaron de darme algo de dinero, lo cual es cierto. David me dio veinte dólares el primer día y desde entonces nada. Tengo unas cuantas monedas sueltas.

Papa se alegraría, estoy seguro. Le encantaría que estuviera de mal rollo con mis padres, especialmente con Sally. De momento Rosa y yo estamos en su testamento, David no. Sally nunca figuró en él. Papa está convencido de que, sin la influencia de Sally, David sería un magnate.

Envío un mensaje a mis padres diciéndoles que pasaré el día explorando la ciudad. No espero a que me contesten.

Sigo corriendo.

«No soy vio-len-to. No soy vio-len-to. No soy vio-len-to. No soy vio-len-to. No soy vio-len-to.»

Sojourner está en la clase de las cinco de la tarde. Estaba a punto de quedarme dormido durante las sesión de estiramientos antes de la clase, pero cuando la veo se me pasa el cansancio. Está con Jamie.

—Hola —saludo.

—¿Todavía quieres acompañarme a la iglesia?

Asiento. Jamie sonrío con picardía. Sojourner me da la dirección y me dice la hora.

Ambos hemos sacado el móvil, el suyo es antiguo y cutre, como el mío. Debería pedirle su número. Pero Jamie está delante.

La iglesia está en la Segunda Avenida, a unas cuantas manzanas de distancia de nuestro apartamento. ¿Quiere decir eso que ella también vive en el barrio? La clase empieza antes de que pueda darle mi número.

Envío un mensaje a mis padres avisando de que llegaré tarde. No estoy preparado para enfrentarme a ellos. O a Rosa.

Me quedo para ver la sesión de combates de las siete. Mis piernas parecen de plomo, pero estoy frenético, listo para todo. Puede que nunca vuelva a dormir. Ya no me importa. ¿Es así como se siente Rosa todo el tiempo? ¿Indiferente a todo?

En la sesión participan Sojourner, Jamie, Trozodecarne y otros cuatro que reconozco, pero de los que no sé el nombre, así como seis desconocidos. Dido dirige la sesión. Creo que le preguntaré si me aceptará como alumno particular.

De pronto estoy boxeando, sin saber cómo.

No he decidido hacerlo. Simplemente... ha sucedido así. Dido supone que para eso estoy aquí. Pregunto a Sojourner si quiere ser mi oponente. Sojourner despliega su sonrisa.

De repente estoy en el ring con un casco pringoso que huele a sudor de cientos de personas y con un protector bucal de plástico duro que no encaja bien, que Dido guarda para prestarlo en estos casos. Me asegura que está desinfectado. La creo porque sabe a lejía.

Dido asiente. Chocamos los guantes.

Antes de que esté preparado me alcanza el primer puñetazo de Sojourner. Parpadeo y noto que me arde la nariz.

No sé si me ha golpeado con la izquierda o la derecha, o si era un golpe rápido o cruzado, un *crochet*, o un gancho vertical.

La mejilla izquierda. Luego las costillas.

Un golpe rápido, después un gancho vertical. Creo. Luego otro. Me duele otra vez la nariz.

Tengo que dejar de analizar los golpes y empezar a verlos.

Tengo que mirarla a los ojos.

Me muevo. Un golpe cruzado me da en la barbilla.

La miro directamente. Veo venir otro golpe cruzado.

Esquivo a la izquierda, giro, paro el siguiente golpe, finto hacia atrás.

Ahora recuerdo cómo tengo que defenderme.

Me está pegando de verdad.

Con guantes. En la cara. En el cuerpo.

La nariz.

«¡Au!», pienso, pero no lo digo. Resoplo.

Estoy pensando, no visualizando. Cuando la miro a los ojos puedo anticipar los puñetazos. Otra vez un golpe cruzado. Lo esquivo.

Alguien está gritando pero el casco amortigua el sonido.

Uno de sus puños va hacia mí. Zigzagueo a la derecha. Esquivo el golpe. Sé cómo hacerlo.

Me quito de en medio. Me deslizo hacia atrás hasta tocar las cuerdas, luego hacia un lado. «Un boxeador nunca se mueve en línea recta.» Tampoco se debe quedar quieto. Empiezo a pivotar para esquivarla.

Zigzagueo y me balanceo. Paro un golpe una fracción de segundo demasiado tarde. Me ha dado en plena nariz.

De nuevo. Siento punzadas de dolor.

Noto un líquido resbalándome por la cara. ¿Sangre? ¿Mocos? ¿O simplemente sudor? Seguramente es sudor. Me pican los ojos. Noto el sabor de la sal. Aunque la sal también sabe salada. Dido pararía el combate si estuviera sangrando.

Demasiado sudor en la boca, que ya está llena de saliva, gracias al protector bucal. Me lo quiero quitar.

Me agacho para esquivar de nuevo, casi me caigo. Giro hasta la esquina del ring, me doy la vuelta rápidamente, pero ella se acerca con una lluvia de puñetazos que intento bloquear, parar, eludir. Casi todo el rato estoy encogido, con la espalda contra las cuerdas y los guantes cubriéndome la cara.

Me obligo a salir de las cuerdas, escapando de los puñetazos. Sigo los ojos de Sojourner y esquivo los golpes.

Suena una campana. La campana.

Sojourner para, baja los guantes, los choca con los míos. Devuelvo el saludo y me dejo caer al suelo, con la espalda en las cuerdas, luchando para sacarme los guantes.

Dido sube al ring, tira del velcro del guante derecho y me quita el protector de cabeza.

—Ha sido un buen primer intento —me dice—. Quizá la próxima vez quieras dar algún puñetazo. Atacar también vale, ¿lo sabías?

Alzo la vista para mirarla y me entra sudor en los ojos, luego miro a Sojourner.

—¿No te he dado?

—Tío —responde Sojourner, secándose la cara con una toalla—, ni siquiera lo has intentado.

¿No lo he intentado?

Un boxeador que no golpea. «Gran comienzo, Che.» Ojalá Sally lo hubiera visto. Tal vez así creyera que no soy violento.

Dido me da unas palmaditas en la espalda.

—Otro día. Has usado los pies. Has recordado las secuencias defensivas. Sid apenas te ha puesto el guante encima. Solo he visto cuatro golpes. No está mal. —Y yo que pensaba que me había dado, y que yo también había lanzado algunos golpes—. ¿Qué te ha parecido? —pregunta Dido—. Era tu primera vez. Suele ser bastante intenso.

—Ha sido alucinante —contesto. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero ahora me inunda la euforia—. No tiene nada que ver con entrenar. Ha molado un montón.

Me da una colleja.

—Buen chico. ¡La próxima vez a ver si das algún puñetazo! Ponte un poco de hielo en la nariz. Si no se te va a hinchar. —La examina de cerca—. No parece que esté rota.

Cuando llego a casa no hay nadie en la sala de estar. Me hago un sándwich y me apoyo en el fregadero para comérmelo tranquilamente. Luego subo las escaleras sigilosamente y cierro la puerta de mi cuarto tras de mí, atrancando la puerta con una silla. No quiero más encuentros nocturnos con Rosa. Sabrán que ya estoy en casa por la mochila y los zapatos que he dejado en la entrada.

Me arrastro hasta la cama. No deben de ser ni las nueve. He evitado comentar nada sobre el combate a mis padres. Eso no es mentir, me da igual lo que diga Rosa. He roto mi promesa, pero no he mentido. Se lo diré mañana.

Ha sido más intenso de lo que imaginaba. Una parte de mi ser creía que Sojourner estaba intentando matarme de verdad. Estoy casi seguro de que mi corazón todavía está acelerado. Tengo que volver a hacerlo.

Me quedo frito.

Cuando despierto ya es por la tarde. Mi corazón parece encajar por fin con mi pecho por primera vez desde hace días.

—¡Se ha despertado! —grita Rosa cuando bajo las escaleras.

Sally y David salen del despacho.

—Bienvenido al mundo de los vivos —me saluda Sally—. Has superado el *jet lag*, ¿eh?

—Creo que sí. Al menos eso espero.

—¿Por qué tienes la nariz roja? —pregunta Rosa.

—Porque alguien me dio un puñetazo —contesto.

David me mira fijamente.

—¿Qué has dicho?

Sally también se me queda mirando.

—¡Prometiste no participar en combates!

Estoy a punto de decirles que he roto mi promesa, pero Rosa está delante de mí. Si yo rompo una promesa, ¿por qué debería ella no hacerlo?

—A veces los cojines se resbalan —respondo, lo cual es cierto, aunque no deja de ser una evasiva. ¿Acaso una evasiva no es un tipo de mentira? Estoy mintiendo por culpa de Rosa.

Hago una demostración con las manos.

—Hay días que entrenamos con cojines. Por parejas.

—Parece peligroso —dice Sally—. Tal vez no deberías hacerlo.

—Hace años que lo hago. ¿Cuántas veces he vuelto a casa con la nariz magullada?

Sally se muerde el labio.

Debería contárselo ahora mismo.

Pero está Rosa.

¿Cómo podría hacerle entender que esta promesa no es comparable a la que ella hizo de no matar?

Sally alarga el brazo para tocarme la nariz.

—Parece hinchada.

—Me puse hielo —respondo—. Se pondrá bien enseguida. No me duele si no la toco.

—Ponte hielo ahora —contesta Sally.

Lo hago. Y me duele.

El domingo llego a la iglesia demasiado pronto y me quedo en la calle esperando, sintiéndome como un idiota.

Hay una bandera gigante con un arcoíris sobre la puerta. Me he puesto un traje, que ya me va un poco pequeño, y una corbata que he tomado prestada de David, al cual le parece graciosísimo que vaya a la iglesia.

No sabía qué ponerme. Las pocas veces que he ido a la sinagoga llevaba un traje. Pero esto no es como la sinagoga. Hay una bandera con el arcoíris ondeando con la brisa, y todos los chicos a mi alrededor llevan camiseta y vaqueros. Hay uno incluso con un monopatín. ¡Ups!

Son todos blancos. Me doy cuenta de que esperaba que todos fuesen negros.

No veo a Sojourner. No he dejado de inspeccionar la avenida, impaciente por verla aparecer. Me meto las manos en los bolsillos porque no sé qué hacer con ellas. Saco el móvil otra vez. No hay mensajes.

Noto un golpecito en el hombro. Me giro y es Sojourner, con un vestido azul y unos brillantes zapatos negros. Lleva el pelo recogido. No puedo evitar sonreír.

—¿De dónde has salido?

Indica con un gesto las escaleras de la iglesia.

—Estaba ayudando a mi madre. Es la que oficia el servicio. —Asiento con la cabeza. Ya me lo dijo. Es otro de los motivos por los que llevo un traje—. ¡Cómo vas vestido! —prosigue—. Estoy impresionada.

—No sabía qué ponerme y... Estás muy guapa.

Dos hombres la saludan, ambos negros y ataviados con un traje.

Viene más gente. Negros, mulatos, asiáticos y blancos. Las mujeres mayores llevan vestidos, algunas también sombreros gigantes. Una lleva incluso plumas. La mayoría de los hombres mayores llevan traje, pero casi todos los chicos de mi edad van vestidos de forma más informal. Aunque tampoco es que llame la atención. No soy el único adolescente que lleva un traje.

—¿Qué clase de iglesia es esta?

—Una iglesia acogedora, interreligiosa, diversa. Un lugar de culto y acción social.

—Parece que estás leyendo un folleto.

Sojourner se ríe.

—Ayudé a mi madre a escribirlo.

—Ah. —Miro con nerviosismo de nuevo la entrada de la iglesia.

—Ya verás que estarás a gusto, Che. Busquemos un sitio.

Entro en la iglesia tras ella, sintiéndome como un impostor al que le va a fulminar un rayo. Hay una mujer blanca con una túnica en la puerta.

—Hola, Sid —saluda y abraza a Sojourner—. ¿Quién es tu acompañante?

—Es Che. Entrenamos juntos. Es nuevo en la ciudad. —Sojourner se vuelve hacia mí—. Che, te presento a Alice.

Alice me da la mano, pero en lugar de soltarla pone la otra encima y aprieta la mía con firmeza, como si le preocupara que me fuera a escapar.

—Bienvenido a nuestra iglesia y a Nueva York. ¿De dónde eres?

—De Sídney, Australia.

—Fantástico.

—Gracias.

Me sonrío calurosamente y me suelta la mano.

—Espero que encuentres tu lugar aquí.

Todo el mundo saluda a Sojourner. Me presenta como un amigo del gimnasio que está interesado en conocer mejor su iglesia. El resultado son

muchas palmaditas en los hombros, calurosos apretones de manos y deseos sinceros de que encuentre lo que estoy buscando. Casi todos me bendicen.

—Conoces a todo el mundo.

—Mi madre es la pastora, ¿se te ha olvidado? Llevo viniendo aquí desde que estaba en el útero de Mamá.

Por culpa de los numerosos saludos al final acabamos teniendo que apretujarnos en el último banco. Estamos muy juntos, muslo con muslo.

—Debería haberte avisado de que viene mucha gente, perdona. El servicio de la tarde es muy popular. Tenemos el mejor coro.

No me importa.

Los miembros del coro llevan túnicas y están en el escenario. El murmullo de las conversaciones llena la iglesia. Parece que todo el mundo se conoce.

El coro empieza a cantar. Sojourner no me ha mentido: son buenísimos. Sin darme cuenta me pongo de pie y me balanceo como todos los demás, sonriendo.

Me entran ganas de cantar, pero cuando me sé el estribillo me doy cuenta de que no debería si no quiero ser un hipócrita, puesto que no amo a Jesús. En lugar de cantar, tarareo y sigo el ritmo.

Cuando acaba la canción nos sentamos, todos con una sonrisa de satisfacción. La mujer que se pone en pie para darnos la bienvenida es recibida calurosamente y con alegría, porque ese es el efecto de la música, y ahora se lo devolvemos, por muy aburridas que vayan a ser sus palabras.

Más canciones y cánticos.

Todo el mundo se pone de pie y sigue el ritmo con los brazos en alto, alabando a Jesús. Dejo de sentirme como un ateo hipócrita que se mueve al son de la música góspel; simplemente me muevo. No estoy seguro de si es la música lo que me hace sentirme así, o de si es el contacto con Sojourner y su forma de sentir la música.

—Tú también me gustas.

Como mínimo, me parece haber entendido que Sojourner ha dicho eso. Lo ha dicho en voz baja y el volumen del coro es bastante alto.

Nuestros cuerpos se tocan de costado, las manos se rozan. Ambos sonreímos ampliamente, y ella vuelve a susurrar:

—Tú también me gustas.

Noto su aliento en mi oído. Trago saliva.

Me siento ligero, atolondrado, abrumado. Me balanceo y tropiezo.

—Chico blanco —dice riéndose. Sonrío, recupero el ritmo y vuelvo a balancearme a su lado, sintiendo cómo la música viaja por nuestros cuerpos.

El dorso de su mano se desliza sobre la mía. La cojo de la mano y ella no la retira. Entrelazamos los dedos, callosos, fuertes, calientes. Ella me aprieta la mano. Me quedo sin aliento.

—Sí —digo.

Sojourner asiente.

—Tú también lo sientes.

Claro. No es solo que me guste. O que la desee. Lo que siento por ella es más grande que las palabras. Mi cuerpo entero, mi corazón, mi cuerpo, incluso el páncreas, la anhela.

Nos giramos al mismo tiempo y nuestras bocas están tan cerca que durante una décima de segundo sé que nos vamos a besar, pero entonces pasa el momento. Estamos en una iglesia, rodeados por su familia y amigos; sería imposible besarnos ahora.

La canción acaba. Sigo de pie, parpadeando, mientras los demás se sientan. Sojourner tira de mí hacia abajo.

—Che —susurra. Estoy aturdido.

Miro a mi alrededor. No soy el único. Oleadas de felicidad recorren la congregación. Sojourner sigue dándome la mano. Alice, la que antes me

saludó, está detrás del facistol, hablándonos de algo, seguramente de Jesús. Pero lo único que puedo oír son los latidos del corazón en los dedos y la palma de la mano de Sojourner.

Estoy bastante seguro de que me he enamorado.

Siento amor por todo el mundo. Recorro con la mirada la iglesia y percibo las caras sonrientes, y a una niña con tirabuzones rubios.

—Oh, Dios mío.

Rosa está al otro lado del pasillo, dos bancos más adelante. Sally y David no están con ella.

—¿Qué pasa? —susurra Sojourner.

Señalo con la mano.

—¿Tu hermana?

—¿Qué demonios hace aquí?

Un hombre del banco de delante se gira hacia nosotros y se lleva el dedo a los labios.

Me inclino hacia ella para susurrarle al oído.

—Hace esas cosas. Se escapa. Debería llevarla a casa. Mis padres estarán preocupados.

—¿No puedes esperar hasta que acabe el servicio? —La boca de Sojourner roza mi oreja y hace que mi pensamiento se desvíe de Rosa.

Niego con la cabeza. Mi hermana no puede estar aquí.

—Volveré enseguida.

Me aprieta la mano y me levanto del banco, furioso por tener que soltar la mano de Sojourner. Cruzo el pasillo y me agacho cerca del banco de Rosa.

—Tenemos que irnos —digo en voz baja.

La mujer sentada al lado de Rosa me lanza una mirada inquisidora. Lleva un enorme sombrero rojo con plumas. Hago un gesto con la cabeza con la esperanza de tranquilizarla.

Rosa niega con la cabeza.

—No quiero. —No se molesta en bajar la voz.

—Pero tenemos que irnos. —Me vuelvo hacia Sojourner, y ella me sonrío para animarme—. Te sacaré en brazos si hace falta.

—Me gusta estar aquí.

—Vamos, ahora.

—¡Quiero quedarme! —Rosa grita con el volumen suficiente como para que varias filas de bancos se giren a mirarnos—. ¡En casa me pegan!

Fuerzo una sonrisa.

—Está mintiendo.

—¿Estás bien, bonita? —pregunta la mujer sentada al lado de Rosa.

Rosa niega con la cabeza y expresión lastimera.

—Es mi hermana. No debe estar aquí. Se ha escapado. Tengo que llevarla a casa.

—¿Es eso cierto, cielo?

Rosa vuelve a denegar con la cabeza.

Sojourner está ahora a mi lado.

—Rosa, ¿qué haces aquí?

—Quiero saber más de Jesús.

—Estoy segura de que podrás venir otro día si les pides permiso a tus padres, Rosa —susurra Sojourner.

—Dice que su familia le pega —dice la mujer con el sombrero rojo.

—¿Es eso cierto, Rosa?

Rosa baja la vista y se pone colorada. Un nuevo truco. Nunca la he visto sonrojarse. ¿Cómo lo consigue?

—No, no es cierto. Solo quería saber más de Jesús.

—A Jesús no le gustan los niños que mienten —contesta la mujer.

Todos los asistentes nos están mirando. Alice ha dejado de hablar. Estoy seguro de que Rosa está disfrutando de ser el centro de atención. Sojourner la coge de la mano y mi hermana la sigue obediente por el pasillo. Me gustaría estrangularla.

Ya en la avenida fulmino con la mirada a Rosa. Se aferra a la mano de Sojourner con aspecto miserable.

—Quiero saber más de Jesús. Mis padres no me dejan.

—Eso es una tontería, Rosa. Te dejan aprender todo lo que quieras.

—Quiero ir a la iglesia con Sid. Quiero saber más de Jesús.

—Rosa, si tus padres te dan permiso, puedes venir a la iglesia conmigo cuando quieras. Puedes venir a las clases para niños sobre la Biblia. No tienes por qué decir mentiras. —Sojourner rebusca en su bolso y extrae un libro de aspecto maltrecho—. Es mi primera Biblia. Te la dejo si quieres.

Rosa coge la Biblia y la aprieta contra el pecho.

—Gracias —dice con un suspiro, mientras derrama unas cuantas lágrimas—. Leeré cada palabra. ¿Me ayudarás a entenderlo?

«Por favor.» Sojourner se inclina para abrazar a Rosa.

—Tengo que volver. ¿Te veo después?

—Gracias. Vuelvo enseguida. Vivimos a pocas manzanas de aquí. Perdona por esto.

Sojourner se ríe.

—Pórtate bien, Rosa. Cuida de tu hermano. —Me mira y dice—: Nos vemos enseguida. —Tengo ganas de besarla en la mejilla, pero ya está subiendo las escaleras.

—¿Lágrimas? ¿En serio? —Arrastro a Rosa por la calle—. ¿Cómo sabías dónde estaba? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde están Sally y David?

—Te he seguido —contesta, engreída—. No te has dado ni cuenta. Sería una buena espía.

—Dios mío, Rosa.

—Quería ver qué hacías. —Rosa se ríe—. No tienes que tirarme tan fuerte de la mano. Ya voy.

En la otra mano tiene una larga pluma roja. Es del mismo tamaño y color que las del sombrero de la mujer que estaba sentada a su lado.

—¿De dónde has sacado esa pluma? —pregunto, aunque ambos los sabemos.

—No la he robado. La cogí del suelo. ¿A que es bonita? Quiero un sombrero grande con plumas. ¿Podemos ir a la iglesia? Me gusta la música y los sombreros, y esa señora que decía cosas fascinantes sobre la cultura de la pureza. Soy más sincera que tú. Yo estaba allí porque me parecía interesante, y tú solo porque te gusta Sid.

Miro el móvil. No hay ningún mensaje de mis padres.

—Ni se han enterado de que me he ido. Le gusto a Sojourner. ¿Y si le gusto yo más que tú? —Rosa alza la vista para ver mi reacción. Estoy seguro de que me mantengo impasible—. Va a enseñarme cosas de la Biblia. Voy a pasar un montón de tiempo con ella. Más que tú.

No contesto.

—Sabía que no te gustaría. ¿Qué pasaría si estamos juntas y Sid se cae por las escaleras?

—Dios mío, Rosa. ¿Estás amenazando a Soj... Sid? Es una boxeadora experta, y tú solo una niña de diez años. ¿Qué crees que podrías hacerle?

Rosa se ríe tontamente.

—Va a ser mi mejor amiga.

—No, seguro que no. —Escribo un mensaje a mis padres diciendo que estoy llevando Rosa a casa.

También escribo a Georgie:

—Me está fastidiando otra vez.

Llamo a la puerta del despacho y acude David con un rotulador de pizarra en la mano. Sally está en el sofá inclinada sobre el portátil. Mis padres ni siquiera se habían dado cuenta. No han mirado el móvil.

—Pero ¿qué...? —empieza a decir Sally.

—Rosa me ha seguido hasta la iglesia. Le ha dicho a todo el mundo que le pegáis.

—¿Otra vez? —dice David—. La misma mentira que usabas cuando eras pequeña.

—Y ha robado una pluma de un sombrero.

—No, no la he robado —dice Rosa con la pluma todavía en la mano—. Me la encontré.

—Che dijo que podía ir a la iglesia con él. Pero luego quería estar solo con su novia.

—Deja ya de mentir, Rosa —digo mientras voy hacia la puerta.

—¡Espera! —exclama Sally avanzando hacia mí—. ¿Estás bien?

Como no contesto, me abraza, apretándome contra su pecho.

—Ya sé que Rosa es... caprichosa. Hablaremos con ella. Pero no salgas tan furioso. Podrías tropezar. —Es un chiste malo, pero me hace sonreír, y noto que la ira se diluye—. Rosa quiere ser como tú, ya sabes. Quiere ser mayor.

Imagino a Rosa con diecisiete años. Me recorre un escalofrío.

—Estoy bien. Pero quiero volver. No es como me imaginaba. Nada que ver con la sinagoga.

Sally hace un gesto comprensivo con la cabeza.

—¿Te estás convirtiendo?

—No creo. Pero la música era fantástica. —Los sombreros también.

—Entonces ¿no es solo por la chica?

—Bueno... —No sé qué decir. Claro que es solo por Sojourner.

—Ajá... Te quiero, Che.

—Yo también.

Cuando entro en la iglesia hay una mujer negra en el atril hablando sobre la fuerza que sacó de la enfermedad. Me pregunto si será la madre de Sojourner. Y cuál sería la enfermedad.

Me siento en el banco al lado de Sojourner.

—¿Van a castigar a Rosa? —susurra.

Asiento.

Ahora no hay tanta gente en el banco como antes. Nuestros muslos no se rozan, Sojourner no me coge la mano. Rosa lo ha conseguido: toda aquella deliciosa energía que había entre los dos y el momento en que casi nos besamos se han esfumado.

—Estoy segura de que simplemente no quería sentirse excluida —susurra Sojourner.

Cuando acaba el servicio me da las gracias por venir, con la esperanza de que entienda mejor su fe, a Jesús. Sonríe y me coge de la mano durante unos segundos. Me siento mareado. Solo puedo quedarme mirándola fijamente. No puedo hablar.

—Tengo que ayudar a mi madre —anuncia mientras suelta mi mano—. ¿Puedes esperarme por aquí? Podríamos ir a tomar un café, me gustaría saber tu opinión.

Asiento con la cabeza.

Alice se acerca a mí.

—¿Qué te ha parecido?

—Eeeeh... —No sé qué decir, todavía inundado por la sensación de la mano de Sojourner—. Siento que mi hermana la haya interrumpido. Estaba aquí sin permiso, y por eso tenía que llevarla a casa.

Alice sonríe.

—Esas cosas pasan —responde, como si Rosa fuera un chaparrón—. ¿Por qué no la traes la próxima vez? Sois más que bienvenidos.

No estoy seguro de que vaya a haber una próxima vez.

—Gracias. Me alegro de haber venido. La música ha sido maravillosa. Todos parecen muy felices, muy acogedores. Me he sentido bien porque todos los demás parecían muy... felices —repito.

—Yo también me alegro de que hayas asistido.

Se me acerca una mujer mayor, me coge la mano entre las suyas, me da las gracias por venir, me bendice. Esta ceremonia se repite una y otra vez, hasta que tengo la impresión de haber estrechado la mano de todos los asistentes. Y, sin embargo, sigo notando las de Sojourner.

—Gracias por haberte unido a nosotros hoy —me dice otra mujer. Es la mujer negra que hablaba sobre la enfermedad en el estrado. Camina con ayuda de un andador. Alarga la mano para estrechar la mía—. Soy Diandra Davis, la madre de Sojourner.

—¡Ah! —exclamo—. Encantado de conocerla. Soy Che.Sojourner y yo entrenamos juntos. Me ha gustado su... —Hago una pausa porque tengo dudas de cómo llamarlo. ¿Discurso? ¿Charla?—. Lo que ha dicho sobre la enfermedad.

La mujer asiente con la cabeza. Me mira a los ojos con tal intensidad que me siento como si tuviera que confesar mis pecados. Pero creo que eso es cosa de católicos, y no de lo que sea que es esta iglesia.

—Cuídate mucho, chico —responde—, y sé bueno con mi Sojourner. Dios te bendiga.

Me aprieta la mano y luego se dirige a otra persona.

Caminamos. Pido perdón por Rosa de nuevo y me aflojo el nudo de la corbata.

—Tal vez los sermones tendrían un efecto en ella —dice Sojourner—. Deberías traerla la próxima vez. Le pediré a mi madre que hable del respeto y la obediencia. Se morirá de risa.

—Estupendo. Así podré pasar más tiempo haciendo de canguro de la acosadora de mi hermana. —Preferiría no estar hablando de Rosa—. ¿No hacéis exorcismos?

—Muy gracioso. La mayoría de los niños tienen algo demoníaco.

No pueden compararse con Rosa.

Estamos en el parque Tompkins Square. Todos los senderos lo atraviesan.

Considero la posibilidad de hablarle a Sojourner de Rosa. Es demasiado. Apenas la conozco.

Vamos a una cafetería a un par de manzanas del parque y nos sentamos a una mesa frente al ventanal. Pedimos un café y Sojourner insiste en que debo probar un delicioso pastel de chocolate y frutas del bosque. No me pregunta qué opino de la iglesia. Y yo no le pregunto qué quiere decir «iglesia interreligiosa». Estoy pensando en cuánto deseo besarla.

—Tus padres deben de ser una especie de *hippies*, ¿no?

—¿Cómo? Ya me gustaría.

—Te pusieron Che, o sea que deben de ser de los que luchan por la justicia social y cambiar el mundo, ¿no?

—No del todo. Bueno, un poco. Creen en la disciplina y en trabajar desde dentro para conseguir un cambio. Piensan que eliminar el capitalismo es imposible, así que, en lugar de intentarlo, crean negocios que generan dinero, pero con productos que ayudan a las personas y hacen del mundo un lugar mejor, y luego reinvierten las ganancias en otros negocios que hacen lo mismo y blablablá... Tienen disciplina hasta para su tiempo libre: una vez a la semana bajan las armas. Estoy citándoles.

—Suenan como si fueran puritanos.

—Bueno, si no fuera porque beben, les gusta bailar y no creen en Dios.

—Los llamas por su nombre.

—¿Cómo lo sabes?

Sojourner se ríe.

—Porque te llamas Che y por todo lo demás. ¿Así que los llamas por su nombre de pila?

—Sí. Siempre lo hemos hecho porque, vuelvo a citar: «No hay roles de género, no somos una mamá y un papá, somos personas». También piensan que los niños son personas y se les debería permitir desarrollarse a su propio ritmo, y no obligarles a representar el papel de niño.

—O sea ¿que puedes hacer lo que quieras? ¡Ya me gustaría a mí!

Me río más fuerte que ella.

—Ojalá. En lugar de decir «porque te lo mando», dicen: «porque estamos obligados legalmente a cuidar de ti y a educarte y, si haces algo que nosotros no queremos que hagas, podría haber consecuencias sancionadas por la ley. Incluso si no las hubiera, hasta que tengas dieciocho años legalmente no puedes desobedecernos».

—Guau.

—Sí. Discutir con ellos es como hacerlo con el viento. Un viento cariñoso y solícito que desearía poder ayudarte. Pero viento, al fin y al cabo.

—¿Has tenido ganas alguna vez de pegarles un puñetazo?

«No soy vio-len-to.» Podría haber dicho: «No, nunca me he sentido así», pero yo no miento. No me dejan boxear. Nos han arrastrado hasta aquí. Nos... Sí, a veces me gustaría darles un puñetazo.

—Tal vez.

Sojourner se ríe.

—A mí me pasa a menudo. Es la razón por la que boxeo: para no tener que pegar a nadie fuera del ring. Canalizo mi rabia en el entrenamiento para que se

esfume. No se esfuma exactamente, pero la convierto en algo más útil que la ira. Me encanta boxear.

—Sí. A mí también.

—No puedo decepcionar a mis madres, ¿sabes? Mi madre tiene esclerosis múltiple y Mamá ha hecho todo lo que ha podido para que la vida de mi madre sea como antes de la enfermedad. No quiero crear más problemas.

Asiento con un gesto. Está describiendo mi vida. No crear más problemas porque Rosa es un problema en sí misma. Pienso en decírselo a Sojourner. Pero no quiero acabar con lo poco que queda de lo que sentimos en la iglesia cuando nos dimos la mano, cuando casi nos besamos.

Sojourner me habla del próximo combate, de cuánto peso debería bajar. Después dice que se tiene que ir. Tiene que ir a estudiar con Jamie. Tienen exámenes.

Chocamos los puños, pero no nuestras bocas.

Es lunes por la mañana. Me siento en la isla de la cocina a desayunar mientras David se toma su café. Rosa baja las escaleras de buen humor porque es la hora de las mates.

—Buenos días —dice con su voz más alegre—. ¿Cómo estáis hoy? —Uno casi podría pensar que le importa realmente. Lleva un collar con un colgante en forma de corazón que no había visto antes.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto, mientras toco el brillante corazón rojo. No parece de cristal.

—Me lo dio Seimone —responde encaramándose a un taburete.

—Hoy no hay mates —dice David—. Hoy vas a escribir una redacción y a estudiar la historia de Estados Unidos.

—No —protesta Rosa—. No lo dices en serio.

—Sí, es en serio —confirma David—. Y lo harás con nosotros en el despacho. Anímate, mañana vamos a la Sociedad Histórica de Nueva York con Seimone, Maya y su *au pair*.

—Suzette —dice Rosa.

—¿Cómo dices? —pregunta David—. Es un día de fiesta de libre elección del colegio. Y de paso tú aprenderás historia y escribirás una redacción sobre la visita.

—Ni siquiera leéis las redacciones que me hacéis escribir.

—La leeremos.

—¿Y yo? —pregunto—. ¿Queréis que vaya yo también? —Espero que no.

—Tú puedes hacer lo que quieras, Che.

—Eso no es justo —se queja Rosa.

—Si te escapabas y mientes, hay consecuencias.

Rosa lanza una mirada furiosa a David.

—Nunca hay consecuencias para ti.

—Mi vida entera es una gran consecuencia. Vete a trabajar al despacho. Sin hacer ruido. Sally está hablando por teléfono.

Rosa se va enfadada.

Lamentablemente, yo sí que tengo mates. Ni siquiera la expresión alicaída de Geoff cuando se entera de que no dará clases a Rosa hasta la semana que viene me reconcilia con las horas de cálculo que se extienden ante mí. Empiezo a contar los minutos que faltan hasta que pueda ir al gimnasio, ver a Sojourner, boxear. Hoy volveré a participar en un combate.

Pasada una hora me llega un mensaje y me retiro al baño para leerlo.

—Te voy a llevar de compras.

—¿Quién eres?

Por un instante pienso que es Sojourner. Pero ¿por qué tendría que llevarme Sojourner de compras? Tampoco tiene mi número.

—Leilani McBrunight. Tu salvadora sartorial.

No es que se me caiga el alma a los pies, pero tampoco me siento lleno de dicha.

—Creo que te equivocas de número. Este es el de Che Taylor. Y se dice sartorial.

—No en este país, chico granjero.

—Este país sumido en la ignorancia, quieres decir, ¿no? ¿Por qué quieres llevarme de compras? No te caigo bien.

—Me gusta ir de compras. Los viejos me van a imponer tu presencia a menudo. Me niego a ver de nuevo tu aburrida vestimenta. Hay que arreglarlo.

Siento la tentación de contestar «que te den». Pero me parece que es lo que quiere.

—Guau. Bonita forma de ganar puntos. Deberías hacer la carrera diplomática.

—Está en mi lista. ¿Tienes la tarde libre?

—No.

No voy a saltarme boxeo y la posibilidad de ver a Sojourner para ir de compras con Leilani McBrunight.

—¿Mañana? Es mi última oferta.

Me encanta que crea que me está haciendo un favor.

—No me gusta ir de compras.

—Salta a la vista. Te demostraré que no tienes por qué envolver con aburrimiento tu persona.

Vamos a vernos con frecuencia. Mis padres van a dar una fiesta. Y ella estará allí. Puede que nos hagamos amigos.

Además, Leilani McBrunight sabe más de esta zona de la ciudad que ninguna otra persona que pueda conocer. Puede enseñarme su Nueva York, la ciudad llena de gente rica. La nueva aventura empresarial de mis padres implica estar rodeado a menudo de gente rica. Necesito conocer ese ambiente. Rosa dijo lo mismo. Aunque en otro sentido.

—Vale. ¿Mañana por la mañana?

Me envía una dirección y quedamos allí a las once.

—Está en la esquina noroeste.

—Intentaré no olvidarme la brújula. ¿Debería llevar también un astrolabio?

—Qué gracioso. Es la esquina noroeste de Manhattan.

—No sé qué significa.

—Números de las calles en sentido ascendente = norte. Números de las avenidas en sentido ascendente = oeste. De nada.

De camino al gimnasio hago una parada en la tienda de deporte que Dido me recomendó, doy su nombre tal como me dijo y me hacen el veinte por ciento de descuento. Voy a seguir boxeando en combates. Papa estará encantado de ver los cargos en su cuenta.

Sojourner ya está en el tatami entrenando. No la he visto desde el domingo. O sea, ayer, aunque parezca que hace mucho más tiempo. Está guapísima. Antes de darme cuenta estoy sonriéndole.

—Hola. —Me deslizo hasta el suelo para estirar los tendones—. Gracias por haberme invitado ayer.

—Hola —responde—. Fue un placer.

Intento pensar qué más puedo decir.

—Hola —dice Jamie. No la he visto porque no podía dejar de mirar a Sojourner. Deduzco por su sonrisa que ya se ha dado cuenta.

—Hola —la saludo.

—¿Han castigado a Rosa? —me pregunta Sojourner. Asiento con un gesto—. No me importa hablar con ella si crees que eso ayudaría.

Necesito cambiar de tema. Jamie sigue mirando alternativamente a Sojourner y a mí, sonriendo.

—¿Qué pasa? —pregunto, con la esperanza de que Sojourner le haya dicho que le gusto.

—Nada —responde Jamie cuando Sojourner le lanza una mirada asesina.

—Pasa algo —insisto, aunque seguramente sería mejor no hacerlo. Esto es entre Sojourner y yo. Pero necesito saberlo. Me arde la cara.

—Bueno... —empieza a decir Jamie.

Sojourner hace un gesto con la cabeza para hacerla callar.

—Da igual —me obligo a decir, aunque ahora también noto el cuello ardiendo—. No tienes que contármelo. Gracias por invitarme a tu iglesia, Sid. Tenías razón. El coro es increíble.

—¿Te gustó la música? —pregunta Jamie. Digo que sí que con un gesto—. ¿Te gustó algo más? ¿Sentiste algo más?

—Te mato —dice Sojourner—. Te lo dije en confianza. Dijiste que guardarías el secreto.

Jamie lanza una risita tonta.

—Lo sé, pero no he podido resistirme. ¿Hace cuánto que nos conocemos, Sid? No me lo habrías dicho si no quisieras que lo soltara.

—Sigo pensando que algún día madurarás. Un buen día, tú, Jamie Maria Abreu de Leon, te ganarás la confianza que he puesto en ti tan tontamente.

—Hablas como tu madre. Para tu información.

Sojourner hace una mueca.

—Le gustas —dice Jamie—. A ti te gusta ella, ¿no, Che?

No sé qué decir. ¿Debería decir que sí? Sojourner ya lo sabe.

—La música era estupenda —repito. Me imagino mis palabras como un pez muerto saliendo de mi boca.

¿Tendré el acné más rojo aún que el cuello, que siento incendiado por el bochorno?

—Cree que has encontrado a Dios —dice Jamie.

—¿Que qué?

—¡Yo no he dicho eso!

—Claro que sí. Dijiste que parecía emocionado espiritualmente. —Jamie me mira y levanta una ceja que me recuerda a Leilani, por su capacidad para dar a entender que sabe exactamente qué parte de mi anatomía se emocionó, y que está bastante lejos de mi alma—. No encontraste a Dios, ¿verdad, Che?

Niego con la cabeza.

Puede que sea una (especie de) mentira no contarles a mis padres lo de los combates, pero no voy a mentir a Sojourner.

—No. No sentí nada espiritual o religioso. Me gustó la música, la energía. Me gustó lo amable y acogedora que era la gente. Parecen buenas personas. Pero sigo sin creer que hay un dios.

Sojourner se encoge.

«Pero me emocioné —quiero decirle—. Me di cuenta de que tal vez estoy enamorado de ti.» Creí que empezaba a sentir algo por mí. Pero no tenía que ver conmigo, sino con Jesús. Mierda.

—Ya lo sabía —dice Sojourner en un tono que suena triste—. De todos modos, me alegro de que vinieras.

Me quedo para la sesión de combates. Llevo un protector bucal que no se mueve y un casco que no huele al sudor de miles de boxeadores. Esta vez voy a boxear contra Trozodecarne. Puedo ganar a este tío. Mientras lo pienso, lanza un derechazo cruzado en mi nariz todavía magullada. Resoplo.

—¡Eres mío, armario!

No cree que le pueda vencer. Se prepara para lanzar otro golpe cruzado, que evito agachándome.

Cada vez que esquivo intenta golpearme más fuerte, pero veo venir los golpes. Mueve la barbilla en la dirección a la que dirige el puñetazo. Cada vez que falla se vuelve más torpe. Intenta agarrarme. Me aparto a un lado, haciendo un amago hacia atrás. Ni me roza. Aprovecho para lanzar una ráfaga de golpes rápidos y cruzados.

Emite un sonido entre rugido y llanto e intenta derribarme.

—¡Cabrón!

Dido entra en el ring y le aparta.

—Estáis boxeando, no peleándoos. Relájate. Respira. Mantén el control. Mírame. ¿Estás más tranquilo? —Trozodecarne asiente. No está mirándola. No está tranquilo—. No pareces tranquilo.

—¡Lo estoy!

Dido alza la mano.

—No lo estás. Se acabó el combate.

Se quita los guantes y los lanza por encima de las cuerdas. El sudor traza un arco en el aire. Se despoja del casco y me fulmina con la mirada; parece que me lo quiera arrojar a la cabeza.

Dido lo coge por la barbilla y le obliga a mirarla.

—No estás tranquilo. Ni cerca de estarlo. Si pierdes el control, nunca ganarás un combate. ¿Quieres ganar? ¿Quieres ser un boxeador?

Por un instante me parece que Trozodecarne va a pegarle un puñetazo, pero al final se desinfla.

—Quiero ser un boxeador —masculla—. Perdón.

—Bien. Ya sabes qué hay que hacer. —Le suelta.

Trozodecarne avanza hacia mí y alarga el puño todavía con protecciones, para chocarlo con mi guante.

—Perdona —farfulla de forma apenas inteligible—. Tengo problemas con la ira.

—Ponte hielo en ese ojo —ordena Dido—. Y también en la nariz, Che. Ninguno de los dos debería golpear con tanta fuerza. Quiero ver más control. Pero has empezado a atacar, Che, bien.

Abandonamos el ring, y Sojourner y Jamie entran en él. Sojourner choca un guante contra uno de mis puños, me ofrece una media sonrisa.

Tomo asiento con el hielo en la nariz y observo cómo Sojourner instruye a Jamie sobre lo que pasa por contar secretos. Es tan rápida, está tan concentrada. Aprendo más viendo cómo boxea que en mil clases normales.

Si no fuera religiosa.

Si no le importara que yo no lo sea.

Si Rosa no estuviera intentando complicarlo todo entre los dos.

Cuando llego a casa Rosa y Seimone están haciendo un rompecabezas en la mesita de centro. Se han quitado los guantes para hacerlo. Alzan la vista

cuando me quito los zapatos y dejo la mochila. Me pregunto qué hace aquí Seimone tan tarde.

—¿Fiesta de pijamas? —pregunto, mientras pienso que no estoy seguro de que sea una buena idea.

Rosa asiente.

—Leilani ha sido tan mala que Seimone va a quedarse hasta que vuelva a ser amable con ella.

Seimone emite una risita.

—Lei-Lei es lo peor. Siempre se pone de parte de Maya. Hola, Che.

—Tienes la nariz roja otra vez —anuncia Rosa.

—Está un poco roja —confirma Seimone—. ¿Estás resfriado?

—Hola, Seimone. Mi nariz está bien. ¿Dónde están Sally y David?

—En el despacho. Trabajando.

—¿Has acabado la redacción?

Rosa imita el sonido de cuando vomita.

—¿Qué redacción? —pregunta Seimone.

—Tiene que escribir una redacción sobre por qué mentir está mal.

Seimone profiere un «¡Ooooh!».

—¿Te pillaron diciendo mentiras?

Rosa se encoge de hombros.

—Todo el mundo miente. A los adultos nunca les castigan por mentir.

—Claro que sí —digo—. Es un delito llamado «perjurio».

—Mentir es divertido.

Voy a buscar hielo, lo envuelvo en un trapo y lo pongo sobre la nariz.

—¿No habías dicho que tu nariz estaba bien? Mentiroso.

—Enseguida lo estará.

—Alguien le ha dado un puñetazo —explica Rosa a Seimone—. Le gusta dar puñetazos a los demás.

Seimone se estremece. Suspiro.

—Se llama boxeo, Rosa. Es un deporte.

—No participa en combates —dice Sally al entrar en la cocina para servirse un té—. Aprende a boxear sin hacerlo de verdad. Es beneficioso para estar en forma. ¿Te duele la nariz?

—Es por si acaso.

Sally asiente y me da unas palmaditas en el hombro en señal de aprobación. Siento que me arde la cara y estoy agradecido por el hielo que se derrite tan rápido. Rosa tiene razón: estoy mintiendo.

Hace una mueca, como si lo supiera.

—¿Has acabado la redacción, Rosa? —pregunta Sally—. Tienes que dárnosla antes de que te vayas a la cama.

Rosa hace un gesto exagerado para mirar la tableta sobre el sofá y le da unos toquecitos.

—¿Cómo se escribe «hipocresía»? —pregunta.

La dirección que Leilani me dio no parece una tienda. Hay una puerta negra con una foto de una bobina de hilo. Estoy a punto de llamar al timbre cuando se abre la puerta y un fornido guardia me lanza una mirada desdeñosa. Tal como me indicó Leilani, le digo que voy con ella y me deja entrar de mala gana.

Supongo que sí es una tienda de ropa, o una *boutique*. A menos de que haya un mundo aún más pijo. Solo mirando la ropa expuesta con elegancia y el arte que adorna las paredes, hasta yo puedo adivinar que este lugar es absurdamente caro.

Leilani está charlando con una de las dependientas, una chica alta y delgada con cabellos dorados que contrastan con una piel morena. No tengo ni idea de cómo puede tener el pelo tan dorado.

—Hola, Che —dice Maya, saludándome con la mano. Está casi sumergida en un sillón de terciopelo negro, balanceando los pies adelante y atrás.

—No sabía que ibas a venir.

Me siento en una escalera de metal cercana al sillón. Hay una enorme bolsa de deporte al otro lado.

—¿Tu equipo de tenis?

Maya asiente.

—Estoy enferma. —No lo parece—. Seimone me pone enferma. Se ha portado fatal. Así que Leilani ha dicho que yo no tenía que ir al museo.

—¿Por qué no está Leilani en el colegio?

—Creo que dijo que iba a estudiar por su cuenta. ¿Quién sabe? Leilani tiene sus propias normas.

Maya lleva el mismo collar con un corazón rojo que antes era de Seimone.

—¿De dónde lo has sacado?

—Rosa tiene ahora el de Seimone, ¿no?

Asiento.

—Nuestra abuela nos lo dio. —Me enseña el corazón—. Es un rubí.

—Haré que se lo devuelva a tu hermana. Lo prometo.

—Seimone dice que se lo dio a Rosa. Pero ella nunca lo haría.

La dependienta del pelo dorado le enseña a Leilani un vestido rojo oscuro. Hace ondear la falda para mostrar las tablas en tonos naranja que contrastan con el rojo. Pero no lo llama vestido, sino «pieza».

—Ey, Che —me saluda Leilani como si acabara de darse cuenta de mi presencia—. Los viejos están absurdamente contentos de que hagamos algo juntos hoy.

—Mientras las pequeñas van a un museo. Se sentirán como en el cielo — contesto, tras asentir con un gesto de cabeza.

—Che, te presento a Deanna.

Deanna me tiende la mano. Tiene unos dedos largos y elegantes, cada uno adornado con un anillo. Nos damos un breve apretón de manos.

—Ahora te entiendo —dice, mientras me recorre de arriba abajo con la mirada, igual que el portero.

Llevo pantalones de chándal y una camiseta.

—No sigo la moda.

—Es evidente. Pero podemos mostrarte la alegría que hay en ella, ¿no crees, Leilani?

—Todo es posible —dice Leilani en un tono que da a entender «excepto enseñarle a Che algo sobre moda».

—¿Qué te parece esta prenda? —Deanna muestra unos pantalones verdes y plateados. Está hablando con Leilani, no conmigo.

—Son guays —dice Maya.

—No queremos asustarle. Toda la ropa de Che es una o dos tallas demasiado grande. Le gustan los vaqueros y las camisetas, o camisas de manga corta.

Su descripción es escalofriantemente precisa.

—¿Cómo sabes lo que me pongo?

—He visto demasiadas fotos de ti, Che. En todas ellas vas vestido. No le van los polos, Deanna.

No estoy seguro de saber qué es un polo.

Deanna elige una camisa negra. Leilani asiente y Deanna me la da.

Miro la etiqueta con el precio.

—¿Cómo puede costar una camisa mil dólares? —pregunto en un tono demasiado alto. Es una camisa negra normal. Los botones no son de oro, ni tampoco diamantes. La tela es suave, de acuerdo, pero tengo camisas baratas con el mismo tacto.

Maya se ríe.

Una dependienta me mira como si acabara de descubrir que una cucaracha gigante se ha colado en la tienda. Lanza una mirada compasiva a Leilani.

Sorprendentemente, esta no pone los ojos en blanco.

—¿Sabes cómo se hace la ropa? —pero no me da la oportunidad de responder y prosigue—: Esa camisa no está hecha en una fábrica, o por trabajadores a destajo que cosen en su casa y que cobran mucho menos que el salario mínimo, sin seguro de enfermedad ni de accidentes. Las personas que han cortado y cosido esta camisa reciben un salario superior al acordado por el sindicato, y tienen un puesto de trabajo con todas las prestaciones. La tela ha sido tejida en un taller con trabajadores en idénticas condiciones. Esa camisa está hecha en algodón cultivado sin pesticidas por pequeños productores. Ha sido diseñada por uno de los más brillantes diseñadores de

Japón, que además sigue los criterios más éticos. Nadie ha sido explotado para producir esta camisa. A diferencia de una camiseta de cinco dólares, el precio de venta es real. Mil dólares es el precio que cuesta confeccionar una camisa preciosa sin explotación humana.

Me sudan las manos mientras sujeto la percha. ¿Tendré que pagarla si la mancho de sudor?

—Aunque no te importase la ética —el tono de voz de Leilani indica que podría esperar algo tan espantoso de mí—, esta camisa es una inversión. Solo hay cinco en el mundo. En uno o dos años podrías venderla por más de lo que has pagado. Esa es la razón por la que cuesta mil dólares.

—Exactamente —dice Deanna—. Muy bien dicho, Lei-lei.

Me sonrojo. Antes de llegar a Nueva York habría afirmado que no soy de los que se ruborizan. Y no mentiría.

Entonces ¿solo la gente rica puede permitirse ser ética? La camiseta que llevo es de comercio justo. De una de las últimas empresas de mis padres. Me siento tentado de preguntar a Leilani por qué no se hace ella misma la ropa.

Devuelvo la camisa a Deanna y busco algo que no haga flipar a mis padres. La única cosa —quiero decir «pieza»— que encuentro por menos de doscientos dólares es una corbata.

—Pruébate esto —dice Leilani, mientras me coloca encima dos camisas y tres pantalones vaqueros. No puedo comprar nada. Tengo dos tarjetas de crédito: una de mis padres y otra de Papa. En ambos casos se escandalizarían si me gasto cincuenta dólares en una camisa.

Abro la pesada puerta de madera y metal del probador. Les diré que no me gusta nada. La luz hace que hasta mi piel parezca bonita. ¿Cómo se puede conseguir ese efecto con luces? ¿O es el espejo, que está trucado? Resulta ridículamente halagador.

La tela de la primera camisa que me pruebo tiene un tacto áspero, pero la otra me queda muy bien y es más suave que la de mil dólares. Tal vez cueste un millón.

En el probador parece del mismo azul que mis ojos. Sé que es un efecto de la luz, pero no puedo evitar que me guste. Los primeros vaqueros que me pruebo son tan cómodos que parece que sean una segunda piel. Son más ajustados que los que suelo llevar, más estrechos. Me gustan.

Me pregunto si le gustaría a Sojourner con esta ropa. Me imagino a los dos paseando juntos: ella con su vestido de tulipanes y yo con esta ropa pija.

Cuando salgo Leilani se ríe. Eso demuestra que solo era la luz.

—Mucho mejor.

Esperaba que se riera de mí.

—Es casi como si fueras un ser humano real y no un mono de gimnasio que respira, con un atisbo de conciencia.

—Que te den, Leilani.

Maya alza la vista del videojuego en el móvil para reírse.

—Sí que está mejor —dice sorprendida una de las dependientas.

—Tenemos esa camisa en otros colores. Por si te interesa.

—Perfecto —dice Deanna.

Me gusta mucho la camisa. Nunca habría pensado que puedo sentirme tan distinto con otra ropa, más guay. Tengo la sensación «no-me-quiero-quitar-esta-ropa», olvidada desde que tenía seis años, cuando mi terrible tío Saul me regaló un disfraz de Superman por Janucá, porque pensaba que así fastidiaría a mis padres. Me lo puse hasta que se convirtió en harapos.

Sigo a Deanna como si estuviera hechizado, y de pronto me veo ante un espejo, mientras ella y Leilani consideran qué colores me quedan mejor.

Deanna me trae camisas en diferentes tonos azules y verdes. Me gustan. Echo un vistazo de refilón a la etiqueta. Superan los mil dólares. Los vaqueros

también.

Vuelvo al probador y me pongo mi ropa. Devuelvo las «piezas» a Deanna.

—¿Cuáles te vas a quedar?

Digo que ninguna con un gesto.

Leilani lleva el vestido rojo y naranja. Cuando se gira hacia mí parece brillar.

—Te queda guay —digo.

Maya asiente.

—Me lo quedo. Dame un minuto. Luego los zapatos.

¿Cuánto pueden costar unos zapatos? Sé cuánto valen algunas deportivas. Pueden llegar a ser muy caras, pero no creo que valgan mil dólares. Me compraré unas. Si son tan cómodas y chulas como las camisas, valdrá la pena.

Voy hacia la salida con Maya, que carga con la bolsa gigante del equipo de tenis al hombro.

—¿Quieres que la lleve yo?

—No, gracias. Mi entrenadora dice que así me pondré más fuerte.

—O te romperá los hombros. Parece muy pesada.

Maya se encoge de hombros.

—Soy muy fuerte.

—Aquí tienes —dice Leilani pocos minutos después al salir a la calle, con dos bolsas—. Te he comprado las camisas, los vaqueros y una chaqueta.

—No puedes...

Leilani alza la mano.

—¡No empieces! Ya lo he hecho. Lo que querías decir es «gracias». Pero no exageres. Compró mucho aquí, me hacen descuento. Si vamos a pasar tiempo juntos, tienes que vestir bien. Tengo una reputación que mantener.

No quiero ser un maleducado.

—No puedo aceptarlo.

—Deberías —dice Maya—. Esa ropa te queda muy bien.

—¿Acaso no te gusta?

—No me he probado la chaqueta, ¿cómo puedo saberlo?

Leilani desestima mi comentario.

—Te has probado las camisas y te han gustado. Por eso yo sí que lo sé.

—Sí que me han gustado. Pero no puedo permitirme ese gasto.

—Yo sí.

—Pero ahora te lo debo y no puedo devolvértelo. No puedo tirar el dinero, aunque sea en cosas que me gustan.

—No seas malo —dice Maya, con las manos en las caderas.

—No soy malo. Es que no puedo. Nunca podré permitirme algo así. Ni en un millón de años. No puedo comprarle a Leilani nada parecido.

—No tienes que hacerlo, tonto —dice Maya—. Leilani tiene toda la ropa que quiere.

—Yo no —respondo—. No tengo dinero. No como vosotras. ¿Cómo podría devolverlo?

—¿Aceptarías la ropa para hacerme un favor?

—¿Qué?

—Te queda muy bien, Che.

Maya confirma con un gesto.

—Me hace feliz regalártela. ¿Para qué sirve el dinero si no podemos usarlo para hacer felices a los amigos?

—¿Somos amigos?

—Prácticamente sí —responde Leilani.

—Fue su cumpleaños hace poco —informa Maya—. Rosa le dijo a Seimone que le había regalado un cerebro.

Leilani se me queda mirando.

—Uno de plástico.

—¿Podríamos decir que es un regalo de cumpleaños? —pregunta Leilani.

—Feliz cumpleaños, Che —me felicita Maya.

Leilani me sonrío como si realmente estuviera encantada de hacerme un regalo de cumpleaños.

—Gracias —acabo diciendo. Me siento en parte contento. A ver qué dice Sojourner cuando me vea con esta ropa.

Pero también me siento... bueno, manipulado.

Es la misma sensación que tengo cuando Rosa se sale con la suya con uno de sus trucos. Sé que no es lo mismo, pero no acabo de confiar.

Leilani me arrastra a unas cuantas tiendas más, pero me niego a que me compre ninguna otra cosa.

—¿Estás segura de que no quieres que lleve la bolsa? —pregunto a Maya.

Niega con la cabeza.

—Los jugadores de tenis llevan su propio equipo. Serena Williams también.

—Serena Williams es mayor que tú. —La bolsa es casi tan grande como Maya.

—Antes era una niña.

—No te molestes en discutir —interviene Leilani—. No cederá. Aunque cargar con esa bolsa le esté haciendo polvo la espalda.

Compro un par de zapatos de cuero negro que Leilani describe como formales e informales a la vez. Están de oferta, y solo cuestan doscientos dólares. Casi me da algo al pagarlos. No va a ser divertido explicárselo a mis padres. Maya se compra unas zapatillas azul eléctrico con lentejuelas y se las lleva puestas. Emiten destellos al caminar.

Allá donde vamos, todos conocen a Leilani.

—¿Eres la reina de las compras de Nueva York? ¿Cómo es posible que todo el mundo te conozca?

Maya se ríe.

—Es la hora de ir a tenis —le dice a su hermana—. ¿Podemos ir por la High Line?

—Claro. —Leilani nos hace cruzar por una calle histórica con ladrillos lisos hasta un ancho tramo de escaleras—. ¿Ya habías estado aquí?

—Para nada. —No tengo ni idea de qué están hablando.

—Es un parque aéreo —dice Maya.

—Un estrecho parque aéreo lleno de molestos turistas que se paran a mirarlo todo. Pero también significa que no hay coches en cuatro manzanas.

Al subir las escaleras empieza un ancho sendero flanqueado por árboles y abarrotado de gente.

—Era una vía de tren abandonada —explica Leilani mientras avanza abriéndose camino entre la multitud.

Los árboles parecen jóvenes. Me pregunto cuánto hace que existe este parque. Todo parece bastante nuevo. Estamos a la altura de la cuarta o quinta planta de edificios de apartamentos, oficinas y hoteles. Me hago a un lado para dejar pasar a una pareja que va cogida de la mano.

La siguiente zona se ensancha para dar cabida a una fila de asientos llena de gente que toma el sol y no presta demasiada atención al flujo constante de turistas que caminan mirándolo todo boquiabiertos. Ya he oído seis idiomas distintos.

El sendero vuelve a estrecharse al pasar por un arco de árboles encima de nuestras cabezas. Es precioso, aunque la gente camine demasiado despacio y se detenga demasiado a menudo para hacer fotos, según Leilani.

—Deberías haberlo conocido antes de que llegaran las hordas —dice Leilani.

—Estaba muy pelado —opina Maya—. Los árboles eran muy pequeños, y las otras plantas todavía no habían crecido. Es mejor ahora.

—Si no fuera por la gente.

—Me gusta la gente. Mi escuela de tenis está ahí abajo. —Maya señala hacia el oeste, en un punto donde se vislumbra el río Hudson.

Después de acompañar a Maya volvemos hacia East Village.

—Deberías dejarte barba —dice Leilani.

—Tengo diecisiete años. No puedo dejarme barba.

—La mitad de los chicos de mi colegio llevan barba. —Le lanzo una mirada incrédula—. En serio. No una barba completa de las que llevan los tipos que curan sus propios embutidos y hacen su propia cerveza típica de Williamsburg. Excepto Mikal, que es un friki de casi dos metros. Es más bien vello facial. Se lleva mucho. ¿Lo ves?

Señala a un hombre con una barba larga negra de bandido, con el que estamos a punto de cruzarnos, y que sonrío a Leilani, pero ella ya está señalando al siguiente hombre barbudo.

—Ya sé cómo es una barba, Leilani. ¿Me estás diciendo que debería doblegarme ante la última moda en acicalamiento masculino?

—¿Doblegarse? Si es una buena moda, claro que sí. Parecerías menos un granjero si llevaras barba.

Sinceramente, lo dudo.

—Soy rubio.

—¿Y qué?

—¿Con qué frecuencia crees que me afeito?

—No tengo ni idea. —Leilani alza sus cejas imperiales—. No pienso demasiado en los hábitos de afeitado de los chicos. ¿Cada día?

Resoplo.

Leilani me toca la mejilla, evitando con cuidado el acné.

—Pero ¡si está suave! ¿Cuándo te afeitaste la última vez?

—¿Hace una semana? No me he afeitado desde que llegamos. ¿Diez días? ¿Dos semanas?

—Dios mío. Eres prácticamente lampiño. —Me coge del brazo, lo examina y luego se mira los suyos—. ¡No tienes pelo en los brazos! Yo tengo más que tú, y no padezco hirsutismo precisamente. Vale, olvídate de la barba. Tardaría mil años.

—Y ni siquiera sería una suave mata de pelusa del culo.

—¡Pelusa del culo! —Un sonido como el cacarear de una gallina huyendo de un hacha sale de Leilani. Tardo un poco en darme cuenta de que se está riendo, y no muriéndose. Con ese ruido que chirría en las orejas y las mejillas rojas, por primera vez su aspecto no es nada *cool*—. ¡Pelusa del culo! ¿Qué quiere decir eso? ¿Es que los australianos cultiváis algodón en el trasero o algo así?

Se ríe con más ganas, incorporando sonidos nasales al graznido. La gente nos mira.

No tengo ni idea de qué le parece tan divertido, pero ¿esa risa? Leilani tiene la risa más rara que he oído en mi vida. Me río yo también.

—Tu risa —digo jadeando—. ¡Vaya risa!

—Lo sé —dice entre graznidos y sonidos nasales. Está doblada de risa—. Tengo que parar. —Se quita las lágrimas de los ojos.

—Es espectacular.

Vuelve a reírse por la nariz.

—Tienes la peor risa del mundo.

Asiente con la cabeza sin poder parar.

—Y yo que pensaba que eras guay. —El ataque de risa se va calmando y ahora sonrío abiertamente.

—Lo soy —consigue decir, respirando por fin más lentamente—. No hay nadie más guay que yo. Solo comparto mi, mmm, risa única con unos pocos

privilegiados.

Se limpia el resto de las lágrimas con la manga, sin duda absurdamente cara.

—Ya está. Te voy a presentar a Ronnie. Ya me has oído reír. No tengo más secretos que esconder.

—¿Ronnie?

—Sí. Ronnie (Verónica), mi novia. Vamos. Su turno acaba en cuarenta minutos. Iremos a un restaurante nuevo de *ramen* con su mejor amigo. Nos da tiempo de dejar las bolsas en mi casa y cambiarte. ¿Tienes hambre?

Siempre tengo hambre, pero no me gusta la idea de perderme una clase. Aunque sé que Sojourner no irá. Puedo hacer una clase más tarde y el combate no es hasta las siete. No es un pecado, me digo a mí mismo, tener un día un poco más relajado de vez en cuando.

—Claro —respondo—. Vamos a ver a tu chica.

—Su nombre es Verónica Díaz. Era mi amor del instituto. —Leilani enfatiza la palabra «amor» en tono burlón, para permitirme que me ría.

—¿Era?

—Acabó el instituto y ahora trabaja en el Sunshine en Houston —explica. Me pregunto cuánto tardaré en integrar la pronunciación «Howsten» en mi cerebro. Y también qué es el Sunshine—. Es actriz también. Ha hecho algún papel en películas de estudiantes, un par de anuncios y un episodio de *Ley y orden* cuando era pequeña. Ha participado en casi un millón de *castings*. Tenía un papel en una producción fuera de Broadway, pero la financiación fracasó. —Intento parecer impresionado, aunque no estoy seguro de si eso es lo que ella espera de mí o no—. Pero con esos papeles no le da para pagar el alquiler, y por eso trabaja en el Sunshine y en un café asqueroso en Saint Mark. Coffee Noir. Un nombre estúpido.

Su voz suena un tanto irritada. Me pregunto si le ha ofrecido dinero a Verónica. Leilani tiene todo el dinero del mundo pero su novia lo pasa mal para pagar el alquiler. Ninguno de mis amigos son mucho más ricos o pobres que yo. Bueno, con excepción de Leilani.

Sé cómo me siento por haber permitido que Leilani me comprara esa ropa sin preguntar. Si se han peleado por esto, estoy del lado de Verónica. Luego pienso que ahora mismo son los McBrunight quienes pagan mi alquiler. No se me había ocurrido hasta ahora. ¿Cómo se sienten Sally y David?

—¿Es amor? —pregunto mientras cruzamos la calle.

—Con toda seguridad es deseo —responde Leilani—. Mucho, mucho deseo. Espera a verla.

Sunshine es un cine. Hay letreros de un festival de cine iraní.

Incluso a través del rayado plexiglás Verónica resulta atractiva: pelo rubio rizado y ojos verdes. Es la imagen de la belleza, con unos ojos grandes, nariz pequeña y labios carnosos. Se salva de la perfección excesiva por el corte asimétrico en parte rapado y multitud de *piercings*. No me suscita deseo, pero Leilani sonríe en cuanto la ve, y acelera el paso para inclinarse sobre el mostrador y darle un beso.

—Te he echado de menos —la oigo murmurar cuando se separan—. Este es Che.

—Hola, Che. He oído hablar mucho de ti.

Nada bueno, estoy casi seguro.

Me tiende la mano para saludarme.

No tenemos que esperar mucho hasta que llega su sustituto, y luego las sigo por un callejón oscuro hasta un restaurante que emerge de la nada. La entrada es estrecha, pero el restaurante es enorme. Detrás de un largo mostrador, un chef se afana sobre ollas gigantes de agua hirviendo y los *noodles* vuelan por los aires. El personal corea un saludo en japonés.

Verónica y Leilani hacen una reverencia y devuelven el saludo. Nos dan la última mesa.

—Elon siempre llega tarde —informa Verónica—. Deberíamos pedir.

—Te he oído —dice un chico negro, un poco más bajo que yo, con perilla y una melena demasiado brillante que le llega hasta los hombros. Parece el Príncipe Valiente.

—Dios, Elon, quítate eso. Estás ridículo.

Elon se quita la peluca y la barba de chivo y las guarda en el bolsillo, donde parecen criaturas salvajes a punto de saltar y atacarnos. Sin la peluca parece una chica.

—Mucho mejor —dice Verónica, alargando la mano para rozarle la barbilla, ahora suave, aunque colorada por la barba falsa. ¿Tal vez Elon es una chica?

—Estoy divino. —Elon toma asiento. Tiene una voz demasiado grave para ser una chica. ¿Será un chico? No tengo mucha más barba que él. O ella.

Lleva el pelo alisado. Se pasa la mano por la cabeza y frunce el ceño.

—Pedimos y voy a arreglarme este desastre. Me muero de hambre. Pero debo de tener un aspecto horrible sin mis accesorios principescos.

—Aún no conoces a Che —dice Verónica.

—Oh, este es el hijo memo de los mejores amigos de tus padres. ¿Lo he dicho bien, Lei-Lei? ¿No fue esa la palabra que decidiste usar después de buscar en el diccionario de jerga medieval?

—¿Elon! —exclama Verónica. Leilani ni siquiera se digna a poner su expresión de tener paciencia con los ojos en blanco.

—Sí, debo de ser yo —digo tendiéndole la mano.

—Oh —dice Elon—. Es de los que dan la mano. Típico de memos. —Él (o ella) me lanza un beso al aire—. No rezumas abundancia. ¿Es que a los australianos no les gusta presumir de su riqueza?

—No soy rico.

—No es rico —dice Leilani simultáneamente—. No todos los amigos de mis padres son ricos, ya lo sabes.

—¿Es por eso que has desarrollado tu preferencia por los pobres? —Elon se gira hacia mí y baja la voz—. A Verónica y a mí nos becaron en el colegio y compartimos un piso subarrendado de renta controlada. No se lo digas a nadie. —Se pone en pie—. *Tonkotsu* para mí. Con un huevo.

Observo a Elon mientras camina hacia los servicios. Tiene poca cadera y la cintura estrecha. Se contonea al caminar, lo cual no me ayuda a dilucidar si es un chico o una chica, y pienso que lo mejor es no preguntar.

—No eres su tipo —comenta Leilani.

Me sonrojo.

—No estaba dándole un repaso...

Se ríen de mí.

—Elon tampoco es mi tipo —confirmo, intentando hacerme el gracioso, aunque solo consigo un hosco silencio.

—Oooh —dice Verónica—, entonces ¿cuál es tu tipo?

Suena el tono de los mensajes en mi móvil. Lo miro.

—¿Ya te la has tirado? —El mensaje es de Jason.

Emito un gemido.

Leilani mira por encima de mi hombro. Oculto la pantalla.

—¿Te has tirado a quién? —inquire con delicadeza mientras llega el camarero a tomar nota. Este alza las cejas, pero no dice nada—. ¿Entonces? —espetea Leilani cuando se marcha el camarero—. ¿Quién es la afortunada?

—Nadie. Está bromeando. Un chiste malo. Aunque en realidad mi amigo no es tan gilipollas.

Lo cual no es cierto. Jason a veces puede ser un completo idiota y en este caso seguramente no está bromeando. Ojalá no le hubiera dicho que me gusta Sojourner. Por lo menos mi cerebro estaba lo suficientemente despierto para no decirle su nombre.

Verónica le da un codazo a Leilani.

—¿Qué decía el mensaje? Dime.

—¿Qué mensaje? —pregunta Elon, que vuelve a sentarse con nosotros.

—Ninguno —digo, pero al mismo tiempo Leilani me delata.

—«¿Ya te la has tirado?» Es lo que ponía —aclara—. No le estoy haciendo una pregunta.

—Estaba bromeando —insisto—. No se refería a nadie concreto.

—¿Igual era por Leilani? —pregunta Elon—. Creo que tienes alguna oportunidad. —Elon se inclina hacia delante para informarme con un susurro teatral—: Entre tú y yo, creo que está lista para un cambio. Lleva con Verónica desde el amanecer de los tiempos.

Verónica le da un golpe.

—¡Au!

Llegan los fideos.

—Ahoga tus penas con *tonkotsu*.

Los fideos son excelentes.

—Están buenos, ¿eh? —pregunta Elon, mientras se le escurre el caldo por la barbilla—. Ah, Lei, ¿ya te he dicho que no me han dado el papel?

Verónica pone los ojos en blanco.

—No sabes si es por eso, Elon.

Elon emite un bufido.

—Oh, sí que lo sé. Parece ser que no tengo el aspecto adecuado para ser Peter Pan.

—¿Llaman «aspecto» a ser negro? Qué progresistas. —Leilani hace una pedorreta—. Serías perfecto.

—¿Tenemos que hablar de esto? —pregunta Verónica.

Mi móvil vibra. Me arriesgo a echar un vistazo. Es Rosa.

—¡Te echo de menos! Nos lo hemos pasado superbién en el museo.

Deambulamos por lo que mi móvil dice que se llama Lower East Side, mientras Leilani, Verónica y Elon cotillean sobre conocidos suyos y hablan sobre ropa, tiendas, restaurantes y un hotel nuevo, como si tuvieran la misma edad que mis padres. Elon interroga a Leilani sobre su página web.

—¿Tienes una página web? —pregunto. Me parece un tanto anticuado.

Los tres se ríen.

—Sí, Leilani McBrunight tiene una página web —contesta Elon—. Se llama Neophyte. —Me mira fijamente como si debiera saber qué significa.

—No te esfuerces —dice Leilani—. A Che no le va mucho la moda.

—¿De veras? —pregunta Verónica—. Esa camisa es divina.

—La compré gracias a mí.

Mi móvil vuelve a vibrar. Es Sally, que me informa de que Rosa se queda a dormir con Seimone y Maya en su casa, y que ella y David cenarán también allí. Dudo mucho de que a Maya le haga ilusión.

—Tengo que irme —digo.

—¿Vas a alguna parte?

—Al gimnasio —respondo.

—Ni siquiera es de noche —protesta Elon—. No te he sonsacado tus secretos.

—¿Qué te hace pensar que tengo secretos?

—Quédate —insiste Leilani—. Seguro que te puedes saltar el gimnasio. Eres nuevo en Nueva York. Podemos enseñarte las contraseñas secretas.

—Dónde están las guaridas de los dragones —añade Verónica.

—Cómo aniquilarlos —prosigue Elon.

Tengo curiosidad por Leilani y sus amigos. No se parecen en nada a los míos de Australia. Nazeem, Jason y Georgie no hablan de ropa como ellos. Ni de casi ninguno de los otros temas que han sacado.

Casi me apetece saber cómo se divierten Leilani y compañía, y mis padres estarán encantados al saber que he salido con ellos. Puede que eso me ayude a compensar lo poco encantados que estarán cuando les cuente que participo en combates.

—Vale —acepto—. Os dejo que me enseñéis vuestras cosas.

Elon me abraza burlón y emite sonidos tipo «estoy loco de alegría».

—¡Que empiece la clase!

Envío un mensaje a Sally para informarle de que estoy con Leilani y sus amigos.

—Diviértete —contesta en un mensaje.

—Paso uno —dice Leilani—: visitar la casa de Ronnie y Elon.

—¿No era comer *ramen*? —pregunto.

—No, el paso uno era rescatarme de mi absolutamente aburrido trabajo — responde Verónica.

—Abre la puerta, Ronnie.

Verónica abre una puerta rociada con grafiti y nos hace subir cuatro tramos de escaleras.

—Me encantan los edificios sin ascensor —comenta Leilani.

—Es humilde, pero es nuestro hogar —dice Elon sonriendo—. Un día de estos nos pondrán un ascensor que se abrirá en nuestro apartamento.

Las escaleras están muy sucias. Huelo el polvo y años de mugre incrustada en la moqueta deshilachada. La suela de mis zapatos parece quedarse pegada a cada paso. Las paredes están llenas de rozaduras. En cada planta hay al menos una bolsa de basura al lado de la puerta de algún apartamento. En la primera planta solo hay una bolsa y no huele tan mal. La segunda planta es bastante peor.

—Creen que los elfos sacarán la basura por ellos —comenta Elon cuando llegamos a la cuarta planta, donde está su apartamento. A la puerta hay dos bolsas de basura—. ¡Verónica! ¡Te tocaba a ti!

Verónica murmura elegantemente una disculpa, pero entra en el apartamento detrás de Elon.

—¡Ronnie! —grita Elon—. Saca la basura.

—Ah, sí.

—¡Ahora!

Sale avergonzada arrastrando las bolsas de basura.

—Es lo peor —dice Elon, dejándose caer en uno de los sofás—. Es como si la porquería fuera invisible para ella. Si Verónica no fuera tan buena cocinera, empezaría a buscar una nueva compañera de piso ya mismo. —Chasquea los dedos.

—Y si no fuera porque es tu mejor amiga desde que teníais cinco años —comenta Leilani.

—Seis. Sí, eso también. Pero es muy guarra. No me importa el desorden, pero sí la mugre. Ni siquiera limpia el váter después de...

Leilani alza una mano.

—¡No entres en detalles!

—Sentaos ya —ordena Elon.

Leilani se sienta en el sofá opuesto y yo me dejo caer al lado de Elon. El sofá es muy mullido, mi trasero casi toca el suelo y las rodillas están a la altura de mis ojos.

—Bienvenido a nuestro palacio.

Me río.

—Muy palaciego.

Es casi el extremo opuesto a la casa de Leilani. La salita está abarrotada, con dos sofás, una mesa con sillas, estanterías quejándose por el peso de los libros, DVD, altavoces, pantallas, ordenadores, *routers* y cables. La cocina está pegada a la pared. Al lado hay una ventana estrecha y alargada que da a una escalera de incendios.

—Podría estar más ordenado, pero tuvimos que echar al mayordomo. —Elon baja la voz para susurrar con teatralidad—: Estaba saqueando el mueble bar.

Leilani activa el móvil con unos golpecitos. No estoy seguro, pero tengo la impresión de que los McBrunight tienen un mayordomo. Seguramente más de uno.

Cuando Verónica regresa, Elon hace un porro, lo enciende, da una calada y se lo pasa a Verónica, que a su vez da otra calada y se lo pasa a Leilani. Aspira de forma tan prolongada que parece que se va a fumar el porro entero.

Leilani me lo pasa antes de que pueda abrir la boca para explicar que no me drogo. Luego pienso en qué dirán. Cuánta rabia me daría que se cachondearan de mí.

Leilani ya piensa que soy... ¿cuál era la palabra? Un memo, eso es. Estoy acostumbrado. La mayoría de gente de mi edad piensa que soy raro: a veces no voy al colegio, uso demasiadas palabras rebuscadas, blablablá. No me importa lo que piensen, pero, si no acepto el porro, la comidilla qué-rarito-es empezará demasiado pronto. No quiero oírles abundar sobre mi puritanismo durante las próximas horas. O días. O durante todo el tiempo que viva aquí.

Finjo dar una calada y se lo paso a Elon. Ninguno se ha dado cuenta.

¿Cómo se siente uno cuando está colocado? Ni siquiera conozco la sensación de estar alegre o borracho por el alcohol. Siempre me porto bien. Intento no causar problemas, porque soy muy consciente de que Rosa puede hacer, y seguramente lo hará, que nuestra vida sea un infierno.

¿Por qué no puedo solo por esta vez hacer algo que no debería?

Porque tengo miedo de estar inconsciente en el momento exacto en que Rosa, no sé, decida por ejemplo empujar a Sojourner por unas escaleras.

No la veré hasta mañana. Está con Seimone y Maya, bajo la supervisión de los adultos. Si voy a probarlo algún día, este es el momento.

Cuando Leilani me pasa el porro otra vez, inhalo y aguanto la respiración. No toso, pero noto un cosquilleo en la garganta. Se lo paso a Elon. Me pican los ojos.

El porro da para dos rondas más, luego ya no se puede ni agarrar. El humo es dulce, casi como albahaca. Inspiro lo mínimo que puedo. No quiero pasarme. Me pregunto cuándo notaré algo. Seguramente pronto.

Pero a los demás parece no haberles afectado. En el espejo del baño veo que mis ojos están rojos.

—Sería el mejor Peter Pan de todos los tiempos —comenta Elon.

—¡Elon! —protesta Verónica—. ¡Déjalo ya!

—No te preocupes, Ronnie. Ya sabemos que no distingues los colores.

—No me refería a eso —farfulla Verónica.

—A tu hermana —empieza a decirme Leilani cuando vuelvo al sofá— no le caigo bien.

—Claro que no. No piensas que es adorable. Está acostumbrada a camelarse a todo el mundo.

—No es adorable. Me hace sentir muy incómoda.

Se me acelera el corazón. Leilani se ha dado cuenta. Tengo ganas de vomitar. No puedo escapar de Rosa. Acapara la atención aunque no esté aquí. ¿Quizá Leilani tiene un mal presagio? Casi siento la necesidad de llamar a casa de los McBrunight para preguntar si las gemelas están bien.

—Sus ojos son demasiado grandes. Es casi demasiado perfecta. Con esos tirabuzones rubios. Es casi como si viniera de Uncanny Valley.

Solo piensa que Rosa parece una muñeca. Espero que no se me note la decepción.

—¿Qué dices ahora? ¿Uncanny Valley? «*Down in the alley* —empieza a cantar Elon—, *we having fuuuun...*»

—¡Chishhhht! He dicho Uncanny Valley —repite Leilani más despacio y empieza a explicar—. Es un término de la robótica: cuando algo parece casi humano, pero no del todo, y te hace sentir escalofríos. Pero hasta que no lo notamos, nos parece mono. Como poner ojos a un olla arrocera. O a peluches, o básicamente a todo lo que nos parece mono. Hasta que se parece demasiado a un humano, entonces es...

—¡*Polar Express!* —grita Elon.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Verónica—. Los viejos nos hicieron verla a mí y a Saskia cuando éramos pequeñas. Pesadillas. Durante meses. ¡Años! Todavía sigo traumatizada. ¿En qué estarían pensando? ¿A quién podría gustarle esa monstruosidad de pesadilla?

—¿Qué es *Polar Express*?

—Estudia en casa. —Leilani imita un susurro.

—A veces estudio en casa, no soy de la Edad Media.

—¿No es lo que hacen los *amish*? —inquire Verónica.

—¿Os parece que soy *amish*? —Solo tengo una vaga noción de qué significa *amish*.

—No sin una barba —comenta Leilani, tapándose la boca con la mano para evitar que se le escape la risa.

—Además visten mucho peor —añade Verónica, lanzando una mirada a Leilani, preguntándose qué le parece tan gracioso.

—Ya te lo he dicho. Hice que se comprara esa camisa. —Con la mano en la boca, su voz suena un poco menos petulante—. Y los vaqueros, y los zapatos. Era un triste ratoncito de gimnasio antes de que lo arreglara.

—No estudio en casa ni soy un *amish*. Tengo un ordenador. Un móvil. Una tableta. —Me gustaría gritar que ya no soy virgen y que me he drogado, pero no es verdad, bueno, no lo era hasta hace unos segundos, o minutos, o sea cual sea el tiempo que ha pasado, y solo la parte relativa a las drogas—. Soy un ateo que cree en la justicia social y en la igualdad para todo el mundo, independientemente del color de su piel, el género o su preferencia sexual, o cualquier otra cosa. Pero ¡no he oído hablar de *Polar Express*! ¡¿Qué es?!

Se ríen. Por un momento quiero chillarles, pero entonces siento la risa penetrando por mis poros, algo hormigueando por dentro, y de pronto yo también me río. Nos reímos tanto que nos falta el aire.

—Una peli —dice por fin Verónica, secándose las lágrimas—. Una película animada horrible.

—Y ¿qué tiene que ver —pregunto, cuando la risa por fin se diluye— Uncanny Valley con Rosa?

Me arrepiento al instante. Me lo estaba pasando bien.

—¡Ah! —responde Leilani—. Sí, bueno, es que vive en Uncanny Valley. Es como si estuviera aprendiendo a ser humana, pero todavía no lo es. Su piel no parece tener poros, y además tiene unos ojos espeluznantes, dan miedo. También está la forma de sonreír y de reírse, siempre una milésima de segundo después que los demás. Tengo que ser sincera, Che: me aterra.

—Guau —dice Verónica—. Tengo que conocer a esa niña.

—Sí, yo también.

—Si se le pudiera pulsar un botón en la espalda —prosigue Leilani—, se pondría a bailar.

Me río.

—Ya lo hace. Va a clases de baile. Empezó a aprender claqué después de ver una película de Shirley Temple. Todo el mundo le dice que se parece a ella. —Entonces recuerdo que Leilani ya lo sabe. Seimone y Rosa van a la misma escuela de danza.

—Shirley Temple debe de ser la niña blanca más escalofriante que ha habido nunca. —Leilani se estremece con un escalofrío.

—¿Quién es Shirley Temple? —susurra Verónica.

—Vaya con los actores de teatro. No saben nada. ¿Cómo es posible que te dieran un papel en un cine, Ronnie? ¿Has visto alguna vez una película? —pregunta Elon.

Verónica pone los ojos en blanco.

—La gente del teatro es demasiado buena para las artes plebeyas.

—Dice la niña de *Ley y orden*.

—¡Era una niña! Además, todos los actores en la historia del universo han actuado en esa serie.

—Ya no —comenta Elon—. Minuto de silencio por la muerte del mayor contratista de Nueva York de actores infrautilizados.

—Oh, por el amor de Dios, Elon, hace años que dejó de emitirse.

—A Maya tampoco le gusta Rosa —sigo con lo mío—. Pero a Seimone sí. ¿Siempre han tenido amigas distintas?

—No. Rosa es la primera amiga que no comparten. A Maya no le gusta estar en la misma habitación que ella. Le dije a Seimone que hay algo raro en Rosa, que debería alejarse de ella. Seimone dijo que desearía que Maya estuviera muerta. Cuando le llamé la atención por ello, dijo que también deseaba que yo estuviera muerta.

Elon imita los sonidos de una película de miedo y se ríe.

No es gracioso.

—Eso es *heavy* —dice Verónica—. ¿Cuántos años tiene Rosa?

—Diez —respondo mientras miro fijamente a Leilani. Ella me sostiene la mirada durante mucho, mucho rato, podrían haber sido horas. Estamos bloqueados en esa mirada y estoy a punto de contárselo todo, todos mis miedos sobre Rosa.

Leilani parece entenderme como Georgie. Sería un enorme alivio poder contárselo.

—Necesito ahora mismo un sándwich de langosta —anuncia Leilani—. ¿Quién se apunta?

El momento se esfuma.

No vuelvo a casa hasta las cuatro de la mañana. En lugar de irme a la cama me pongo a escribir en mi diario. Las palabras salen a borbotones. Me pregunto si sigo colocado. ¿O solo estoy borracho? ¿Cuándo empezamos a beber? ¿Hacerme estas preguntas demuestra que no estoy borracho, o que sí lo estoy?

Me dejo caer de la silla y voy a la cama, zapatos fuera, chaqueta fuera, debajo de las sábanas, ojos cerrados.

Es por la mañana.

Mis ojos están pegados. La lengua también está pegada al paladar. Por un momento me parece que vuelvo a estar en el avión.

Bebo mucha agua. La lengua se despega, pero ahora tengo un regusto horrible de todo lo que bebí, fumé y comí anoche. Me arrastro hasta el cuarto de baño. Me cepillo los dientes y uso el hilo dental. Gasto la mitad del enjuague bucal haciendo gárgaras y escupiéndolo. Me lavo la cara, la seco, me pongo la crema del acné, bebo más agua.

Miro el móvil. Demasiados mensajes.

Bajo las escaleras, encogiéndome cada vez que chirrían. No me había dado cuenta de que chirriaban.

—Ayer volviste tarde —dice David.

Está sentado en la isla de la cocina tomando café.

—¿Dónde están Sally y Rosa? —pregunto, mientras me siento en un taburete frente a él.

—Desayunando con las gemelas, Lisimaya, Gene y la *au pair*. No me acuerdo de su nombre.

—¿Sabías que *au pair* significa «igual que, a la par»? —Las palabras salen de mi boca antes de que mi cerebro registre el pensamiento. No debe de ser igual de importante si David no puede recordar su nombre.

—¿Cómo? —dice David—. Volverán después de desayunar. Tienes pinta de estar muerto.

—Leilani es una terrible influencia. —El café está asqueroso. Espero que se deba al enjuague bucal que recubre toda mi boca.

—Ya lo veo.

—¿Vamos a tener una confrontación?

David se ríe.

—¿Después de tu primera noche de típico comportamiento adolescente?

—Quería saber cómo me afectan las drogas y el alcohol. Ya sabes, tal como han hecho los adolescentes desde tiempos inmemoriales.

—Los adolescentes son un invento moderno —declara David, sonriendo, porque es una frase que le gusta decir a Sally—. ¿Qué piensas de las drogas y el alcohol?

—¿Qué pienso ahora o qué pensaba anoche?

—Anoche.

—Ayer era divertido, raro, tuve conversaciones extrañas y comí más que nunca en mi vida.

—Eso resulta poco creíble.

—Comida mala para mí. Ahora me siento fatal. Inhalar humo en los pulmones es repugnante. No puedo pensar con claridad y quiero volver a la cama.

—No has dormido mucho.

—Tenía una sensación antisueño. Iré al gimnasio a ver cómo están de hechos polvo mis reflejos.

—Probablemente bastante. Eres una máquina tan bien calibrada que estoy seguro de que algunos de tus pistones están afectados.

—Pareces encantado. —Tengo que concentrarme mucho para prestar atención a lo que dice David y espetar una réplica.

David hace gala de su sonrisa de alto voltaje, con hoyuelos incluidos.

—Disfruto al ver que te comportas como el adolescente que yo y Sally éramos. Tu falta de experimentación nos pone nerviosos.

Los ojos de David parecen más grandes de lo normal. También parece que se mueven con independencia del resto de la cara, lo cual no puede ser nada bueno.

—Perdón por no querer fumar y beber veneno. La culpa es vuestra por no haberme permitido ir a un colegio el tiempo suficiente como para tener que recurrir a las drogas para soportarlo.

—De nada. Estamos orgullosos de haber producido dos niños cuyas mentes están libres de las nocivas sandeces que las habrían llenado si hubieran ido todo el tiempo a un colegio normal.

Parece como si estuviera recitando las palabras. Por un momento me pregunto si David realmente piensa eso o se limita a citar a Sally. Debo de seguir colocado. La sala parece un poco inclinada. Sigo sin estar del todo consciente. Lo odio.

—No quiero que te vuelvas consumidor de drogas o alcohol; han hecho que mucha gente acabe mal. Pero no confío en el extremismo. Los abstemios me ponen igual de nerviosos que los alcohólicos.

—Eso es una tontería. No beber no es un extremismo. Solo es no hacer algo que todos los demás hacen. Desde anoche, o más bien desde esta mañana, sé por qué he evitado el alcohol y las drogas, y por qué seguiré haciéndolo. —Me tomo el café a sorbitos. Me hace sentir aún peor—. Es como decir que el ateísmo es una postura extrema.

David está demasiado cerca de mí. O tal vez no. No estoy seguro.

—El ateísmo —continúo. Pero ¿qué estoy diciendo?—. El ateísmo es, bueno, en realidad no es. Quiero decir que solo es no creer en Dios.

Intento aclarar mis ideas.

—Lo único que se sabe de alguien que es ateo es que no cree en Dios. Solo es extremo si los ateos intentan impedir a los demás que crean lo que sea que quieran creer. En ese caso, se olvidan de lo central, que es no creer en Dios.

—Estamos hablando de no beber—. No conozco a nadie que no bebe ni se droga que intente impedir a los demás que lo hagan.

—Recuérdame que algún día te hable de la Ley Seca. —David alza las manos para hacer una burlona señal de rendición antes de que pueda replicar—. Eres demasiado elocuente para ser un adolescente con resaca. La culpa es de la excelente educación que te han dado tus padres.

—El autobombo no vale.

—Bueno, ¿qué vas a hacer hoy?

—Ya te lo he dicho: iré al gimnasio. Supongo que después me pondré al día con esos libros de historia por los que nunca me vais a preguntar. ¿Quedan huevos?

David dice que sí con la cabeza.

—Y beicon. ¿Quieres que haga una fritanga?

—Claro. Aunque supongo que sabes que es raro que mi padre me recompense por una noche de drogas y alcohol, ¿no?

—Siempre hemos sido raros como padres.

El olor de los huevos fritos me hace ir corriendo al baño.

Me retiro a mi cuarto. Debería hacer los problemas que Geoff me ha mandado pero, bueno, mi cabeza... Abro uno de los libros de Studs Terkel,

pero no consigo concentrarme. En vez de eso regreso a mi diario. A través de las náuseas se abre paso el persistente eco de lo que hablamos de Rosa.

Leilani ha notado que en Rosa hay algo extraño.

Leo mis notas sobre mi hermana, intentando pensar qué le parecerían a una persona ajena. ¿Qué pensaría Leilani?

Tendría que haber intentado hablar con David. Estaba tan relajado, haciéndome el desayuno, sintiéndose orgulloso de que haya fumado porros. Pero no estoy listo para repetir la conversación con Sally.

Vuelvo a leer cómo Rosa obligó a Apinya a matar a su cobaya.

Y entonces, justo en medio: «Prenderle fuego, ver cómo arde».

No recuerdo haber escrito eso.

¿Podría haberlo escrito ayer? No me acuerdo de cómo llegué a casa. Sé que abrí el diario y escribí algo. Pero no recuerdo qué.

Las notas más recientes son un relato inconexo y disperso sobre la noche con Leilani y sus amigos. No veo nada raro, excepto tal vez que estoy más obsesionado por saber si Elon es una chica o un chico de lo que pensaba. Podría ser que no encaje en ninguna de las dos opciones, no sería el único.

Estoy tan obsesionado con Sojourner como me imaginaba. Borro esa parte. Me da igual ser tan malo en los combates, porque me encanta boxear. Me imagino cómo sería dar un puñetazo de verdad. Me parece que debe de ser como correrse. Puaj. No, no lo creo. Definitivamente no voy a volver a beber o fumar. Me volvería idiota.

Vuelvo a mi relato sobre Apinya.

«Prenderle fuego, ver cómo arde.»

No es lo que suelo escribir. ¿Lo habrá hecho Rosa?

Rosa se ríe a mis espaldas.

Me doy la vuelta. Está en la puerta.

—Sally y David dicen que puedo tener un perro si cuido de esta mascota de mentira sin que se muera durante dos meses. —Me enseña la tableta para mostrarme la *app* de perros.

—Felicidades.

No puede haber abierto el diario, ¿o sí? Siempre cambio la contraseña. Los archivos están bien escondidos. Salgo del diario, pongo el ordenador a dormir y enciendo el móvil para grabar.

—Quiero que devuelvas el collar a Seimone. Se lo dio su abuela.

—Ya se lo he devuelto. Era un préstamo. ¿Lo ves? —Rosa me enseña el cuello para demostrarme que no hay ningún collar.

Saco el móvil.

—¿Qué haces, Che?

—Escribo a Leilani para asegurarme de que Seimone tiene el collar.

Rosa se enfurruña.

—Pues vas a ver que sí lo tiene. Seimone y yo bailamos anoche. Aunque ella hace ballet, no claqué. Nos enseñamos mutuamente algunos pasos de baile. —Hace unas piruetas para demostrármelo.

—¿Y qué hacía Maya?

Rosa se encoge de hombros.

—¿Y yo qué sé? Le pregunté a Seimone muchas cosas. Y me respondió a todas. Mostré interés. Ahora sé muchas cosas de ella.

—Eso es genial —digo sin convencimiento—. Pero ¿no jugasteis con Maya?

—Por supuesto que no. No le caigo bien y es mala.

Me creo la primera parte de la frase; la segunda no.

El móvil hace un sonido metálico. Es Leilani.

—Lo llevaba esta mañana. ¿Por qué?

Rosa sonrío con satisfacción, aunque no puede ver el móvil.

—Voy a tener un perro, Che. Cuando lo tenga no le haré daño. Ya lo verás. Sé mantener mis promesas.

—Me alegro.

Rosa me abraza con la tableta en la mano. Pienso en preguntarle si también me abrazaría si en vez de una tableta tuviera un perrito en sus brazos. Pero está caliente y me recuerda a cuando era pequeña. El olor a bebé, suave y fresco, ya no está, y ha hecho y dicho muchas cosas horribles, pero quiero creer que es un abrazo auténtico.

Quiero a Rosa. No creo que pueda evitarlo jamás.

—Los abrazos son muy guays —dice Rosa, y estoy a punto de contestarle que se nota demasiado que exagera.

«Prenderle fuego, ver cómo arde.»

¿Es eso lo que está intentando hacer conmigo?

TERCERA PARTE

Quiero tener novia

Cuatro semanas después de haber aterrizado en Nueva York vuelvo a escribir mi lista, para volver a borrarla otra vez.

1. Mantener a Rosa bajo control.

Rosa, Rosa, Rosa, Rosa.

La buena noticia es que lo peor que ha hecho es escaparse del apartamento, ser maleducada con los policías y robar: la pluma de la mujer en la iglesia, la muñeca coreana y el collar que dice haberle dado Seimone. Ah, y mentir, una sarta interminable de mentiras. Lo cual es normal en Rosa. Pero no hay más episodios de cobayas muertas, ni ninguna otra cosa. No hay nuevos registros sobrecogedores en mi diario.

La mala noticia es que Rosa ha amenazado a Sojourner. Ha ido dos veces a la clase para niños que da Sojourner sobre la Biblia, y no quiere contarme nada. Dice que es amiga suya. Georgie dice que está intentando desquiciarme. Que no debería permitírsele.

Todavía no puedo hablar seriamente de ella con Sally y David.

¿Hasta dónde tendrá que llegar?

2. Quiero boxear en combates.

¡Ya lo he hecho! ¡He boxeado en combates! ¡Estoy boxeando!

Soy adicto.

Puedo llegar a ensimismarme mucho más que entrenando. No pienso en nada que no sea la defensa, el ataque, el contraataque. Solo veo a mi contrincante, sus ojos, los puños enguantados.

Rosa desaparece de mi mente por un nanosegundo.

Todo lo que he hecho hasta ahora no se puede comparar con estar en el ring. Intercambiar golpes. Defenderse. Todo lo que conlleva. Ahora sé lo que es boxear. Si tengo mucho o poco control sobre mi cuerpo. No tengo que pensar de forma consciente para dar un puñetazo. Es automático. He aprendido. Soy un boxeador.

Dido está impresionada con mis avances. Yo también lo estoy. Jason está impaciente por boxear contra mí.

No se lo he contado a mis padres, lo cual me convierte también en un mentiroso. Tengo que decírselo.

3. Quiero tener novia.

Sojourner es amiga mía. Es una chica alucinante. Fantástica boxeadora, lista, divertida. No es graciosa como Leilani, sino de un modo más sereno. Me siento relajado con ella. Bueno, excepto cuando pienso cómo sería abrazarla, sentir su piel... Y más cosas.

Intento no pensar en cómo conseguir pasar de una simple amistad a ser novios. No va a suceder. No creo en Dios, y no voy a fingir lo contrario.

4. Quiero volver a casa.

No tanto como antes. Esta ciudad tiene cosas guays, aunque no es mi casa, y ya hace demasiado tiempo que no vuelvo.

Hoy será mi segundo combate contra Trozodecarne. Ha intentado evitar combatir contra mí. Supongo que le da corte.

Un asalto de tres minutos.

Esta vez controla más su cuerpo, pero sigue siendo demasiado lento. Veo dónde apuntan sus ojos y qué hombro se mueve antes de que sus golpes me alcancen. Es fácil esquivarlos. Intenta moverse más rápido, y eso le hace ser aún más descuidado.

—¡Mira a los ojos, no a los guantes! —grita Dido.

Solo veo los ojos de Trozodecarne, inyectados en sangre, parpadeando muy rápido para librarse del sudor.

Suena la campana, paramos, chocamos guantes, nos separamos, nos quitamos los guantes y el casco.

—Buen trabajo —nos felicita Dido, y después se lleva a Trozodecarne a un lado para hacerle un comentario detallado.

Estoy eufórico, ha sido fácil. Trozodecarne no ha perdido la cabeza, y yo no descuidé la técnica cuando él lo hizo. Ambos hemos mejorado desde nuestro primer combate. Estoy jadeando; no parece que hayan pasado solo tres minutos. Quiero volver a boxear, y esta vez preferiría hacerlo contra Sojourner. No es lenta, no se delata cuando va a atacar.

—Che —dice alguien cuando salgo del ring.

Su voz se parece mucho a la de Sally. Me doy la vuelta.

Es Sally.

«Dios mío.» Toda mi familia está en el gimnasio mirándome.

Sally, David y Rosa, además de los McBrunight. Seimone lleva unos guantes verdes. Maya me saluda tímidamente. Devolver el saludo estaría fuera de lugar. Ya me ardía la cara por el esfuerzo, pero ahora aún más. Mis granos corren el riesgo de erupcionar como minivolcanes.

Rosa hace una mueca.

—Pensamos que te gustaría venir con nosotros a cenar —dice Sally con el tono más frío que ha usado conmigo hasta ahora—. Tenemos mesa reservada en quince minutos muy cerca de aquí.

David no dice nada. Tiene apretados los labios.

—Uno de nuestros restaurantes favoritos —dice Gene como si no me acabasen de pillar haciendo algo que prometí no hacer. Quizá no lo sabe. Tal vez verme salir del ring sea lo que esperaba encontrarse en un club de boxeo.

—Suena genial —digo.

—Bien hecho —dice Dido, mientras me da una palmadita en el hombro—. Especialmente el golpe cruzado. La mano izquierda baja demasiado y alzas la barbilla en tu *crochet*. Pero mucho, mucho mejor.

—Te presento a mis padres —anuncio, porque sería raro no presentárselos—. Dido es mi entrenadora. Es buenísima.

—Tienes muchos padres. —Sonríe a los cuatro adultos y le tiende la mano a David, quien despliega su amplia sonrisa—. Soy Dido —se presenta, sonrojándose al darle la mano.

—Soy David, el padre de Che. Un placer.

—Soy Sally. —Le tiende la mano y Dido parpadea, recuerda de pronto que ha de soltar la mano de David y dejar de mirarle. Sally presenta a los demás, y su voz vuelve a tener un tono cálido.

—Yo soy Rosa. —Se presenta antes de que Sally pueda hacerlo. Hace su pequeña reverencia—. ¿Estaba Che boxeando? ¿Ha ganado? Me ha parecido que sí.

—Estaba boxeando, pero no ha ganado porque esto no es una competición, solo una forma de evaluar las habilidades —explica Dido—. Lo ha hecho bien. Che es un boxeador nato, pero cerebral; una gran combinación. Deben de estar muy orgullosos. Si me disculpan.

—Eres muy disciplinado, Che —comenta Gene—. Entrenando un viernes por la noche.

Sonrío, sin saber qué responder porque están mis padres delante.

—Está bien este gimnasio —comenta Lisimaya—. No lo esperaba así. Está muy limpio, y hay muchas chicas.

—Sí —contesto—. No es como los de la vieja escuela. No me gustan los gimnasios típicos; demasiada testosterona.

Sally y David no dicen nada.

—Ehhh, mmm, debería cambiarme.

—Esperaremos fuera —responde Sally, alejándose con David.

Estoy chorreando.

Rosa y las gemelas están mirando cómo entrenan en el otro ring. Yudo. Están forcejeando en el suelo. Seimone se ríe tontamente.

—Hola —saluda Sojourner, al pasar al lado de Rosa—. ¿Ahora sí te crees que no soy la única chica?

Se quita las protecciones y sonrío.

Me doy cuenta de que todavía no me las he quitado. Están empapadas de sudor.

Rosa dice que sí con un gesto.

—Ahora quiero aprender a luchar yo también.

Sojourner se ríe.

—Te enseñaré algunos trucos de autodefensa cuando quieras.

—¡Sí, por favor!

—¿A mí también? —pregunta Seimone—. Soy Seimone.

—Es mi mejor amiga —anuncia Rosa.

—Encantada —dice Sojourner—. Me encantará enseñarte a ti también.

—Esta es Maya —informo.

—Hola.

—Encantada de conocerte —dice Sojourner—. ¿Sois...?

—Tengo algunas preguntas —interrumpe Rosa, acercándose a Sojourner—. Sobre Hebreos, 4,13. Sobre casi todo, en realidad.

¿Preguntas sobre la Biblia? ¡Por favor!

—¿Puedes venir a cenar con nosotros? —pregunta alzando la voz, mientras mira a Gene y a Lisimaya, quienes responden: «Por supuesto, qué bien, cuantos más, mejor».

«Di que no, di que no, di que no», deseo que responda Sojourner.

—Me encantaría —contesta—. Solo tengo que cambiarme.

—Yo también —añado. Mierda. Seguro que tiene cosas mejores que hacer —. No tardaremos mucho.

—Os mandamos la dirección en un mensaje —decide Lisimaya—. Está en Clinton. Leilani va allí directamente.

«Genial», pienso.

Vamos hacia los vestidores.

—No tienes por qué venir —empiezo a decir—. Rosa puede ser un poco intimidante.

—Quiero ir. Es lo que hacen los amigos. Averiguar más cosas de la familia de sus amigos para después poderlos poner en evidencia.

—Guay. Mira, esta cena no será exactamente típica. ¿Te acuerdas de que te dije que les había prometido no participar en combates? —Sojourner asiente con la cabeza—. Bueno, pues no se lo había dicho...

—¿Les has mentido?

—No directamente. Pero no lo conté... En realidad es lo mismo. Soy consciente de ello. Va a ser una cena muy incómoda.

Sojourner sonrío.

—Ahora no quiero perdérmela. A ver cómo te chamusca la mirada desaprobatoria de tu familia.

—Perfecto —farfullo. Me doy la vuelta en dirección al vestidor.

—Che —grita Sojourner—. No iré si no quieres que vaya.

—¿De veras?

—Claro.

Considero la posibilidad de decirle que no quiero que venga, pero no puedo hacerlo. Significa pasar más tiempo con ella.

—No, es igual. Pero tienes que invitarme a cenar con tu familia, y será mejor que sea una experiencia horripilante para ti.

Sojourner se ríe.

Cuando llegamos al restaurante está abarrotado. Las paredes y los suelos están recubiertos con azulejos que amplifican el repiqueteo de los platos, las conversaciones y el taconeo de los zapatos en el suelo. Tenemos que apretujarnos para pasar entre las mesas rebosantes de comensales y los camareros que cargan con bandejas enormes. Cuando llegamos a nuestra mesa solo hay dos asientos libres: uno en la zona de adultos y otro en la destinada a los niños.

—Os presento a Sojourner —anuncio—. Entrenamos juntos. Rosa la ha invitado.

Todos la saludan. Sojourner llama a los adultos «señora» y «señor». Pero ellos insisten en que los llame por su nombre de pila.

Sally me hace un gesto para indicarme el asiento entre ella y David. «Genial.» Leilani alza las cejas como diciendo «vaya desastre».

Sojourner se sienta entre Rosa y Leilani. Noto el móvil emitiendo un zumbido dentro del bolsillo.

Gene pide por nosotros en coreano, pero Leilani y Maya también meten baza. Todo el personal parece conocerlos.

—¿Es esta la chica que te llevó a la iglesia? —dice Sally, bajando la voz. Aunque está a mi lado tengo que acercarme para oír qué dice—. ¿La que está enseñando a Rosa la Biblia?

—Sí.

Delante de mí, Leilani le dice algo a Sojourner y me mira, luego alza la ceja un cuarto de lo normal. Sojourner se ríe. Me arden las mejillas.

—Es imponente.

—Un boxeador tiene que serlo —respondo—. Me refiero a que se tiene que imponer.

Sally no se ríe.

Seimone está sentada al lado de Rosa, girada hacia ella y excluyendo a Maya, al lado de mi hermana. Maya se apoya en su madre, que la rodea con un brazo.

Rosa y Seimone se ríen cuando Gene les pregunta algo e intercambian miradas.

Leilani y Sojourner están hablando. Me parece oír que dicen algo sobre salir a correr, pero hay tanto ruido que no estoy seguro. Sojourner cambia de postura en la silla. Cenas como esta son una tortura.

—¿Cuánto tiempo llevas boxeando, Che? —pregunta Gene, con su tono de voz ya alto de por sí.

—Desde que tenía cinco años, pero se suponía que era autodefensa —dice David—. Enseguida pasó a ser *kickboxing*, y luego boxeo. ¿Y tú, Sojourner?

Tiene que repetir la pregunta para que ella pueda oírla.

—Mi tía Susan —dice, casi gritando—. Era entrenadora en Jersey. Aprendí a boxear con mis primos. Soy la única que ha seguido.

—Yo aprendí con mi padre —dice Gene—. Qué suerte hemos tenido, ¿eh?

Sojourner dice que sí con un gesto.

—Lo más importante que aprendí del boxeo es que la defensa es siempre la clave. —Gene se ríe entre dientes—. Y que nunca hay que saltarse una comida. ¡Tenía siempre tanta hambre cuando boxeaba!

—Sí —confirmo asintiendo con la cabeza, gesto que me devuelve Gene. Me abalanzo sobre los pepinillos y las tortitas ante nosotros.

Todos están comiendo. Leilani sigue hablando con Sojourner. Rosa y Seimone se ríen tontamente. Por mucho que me esfuerce no puedo escuchar más de una o dos palabras de lo que dicen.

Maya alza la vista y le sonrío, mientras miro hacia Rosa como diciendo que no hay nada que hacer. La niña me devuelve la sonrisa.

Los adultos hablan de negocios. Por debajo de la mesa envío un mensaje a Jason.

—Estoy hasta arriba de mierda. Mis padres se han enterado de que boxeo en combates. No parecen contentos.

En cuanto vaciamos un plato, traen otro lleno. Agradezco poder mantener la cabeza baja y comer. Sally y David no me dirán nada.

Miro a Rosa. Estoy bastante seguro de que todo ha sido idea suya, de que fue ella quien propuso ir a buscarme al gimnasio. ¿Desde cuándo mi familia no me avisa antes con un mensaje?

Veo cómo Sojourner se ríe con las chicas. Maya incluida.

Leilani intenta hablar por el móvil. Sigo comiendo, feliz de quedar excluido de las conversaciones.

—Leilani —espetta Gene—. En la mesa no hay móvil. —No alza la vista. No creo que no lo haya oído—. En la mesa no se usa el móvil Lei —repite Gene aún más fuerte.

Esta vez no puede fingir que no le ha oído.

—Es urgente, papá. Solo hay tiempo hasta medianoche.

—¿Un viernes por la noche? El momento ideal para una nota de prensa.

—Vale. —Leilani deja el móvil sobre el regazo.

—Volveremos a casa mucho antes de medianoche —dice Gene—. Si de veras es tan urgente.

Ahora hay menos ruido en el restaurante. La gran fiesta que celebraban al lado de nuestra mesa ha acabado, y los camareros separan las mesas individuales y las limpian. Rosa pregunta a Sojourner en voz alta:

—¿Che es tu novio?

Sojourner se ríe.

—No, somos compañeros del gimnasio.

Leilani arquea una ceja. Me gustaría decir algo gracioso que rebajara la tensión, pero no se me ocurre nada.

—Oh —dice Rosa, con el más exagerado tono de decepción que puede poner—. Che nunca ha tenido novia. Creo que haríais muy buena pareja.

—Eeehh, gracias —dice Sojourner. Me lanza una mirada que espero que sea de comprensión más que de pena. Su cara no es tan fácil de leer como la de Leilani.

Esta mantiene la ceja arqueada. Me la imagino repitiendo la conversación a Verónica y a Elon. Seguramente esperará a que yo esté presente cuando lo haga.

—¿De veras? —pregunta Gene—. ¿Un chico tan atractivo como tú?
Lisimaya le da un codazo.

Sally pregunta a Gene sobre un inversor potencial que han invitado a la fiesta. Desconecto y ataco la carne de cerdo que acaban de servir.

—¿Qué opinas, Che? —pregunta Sally.

Alzo la vista.

—¿De qué?

—Hemos invitado a tu amiga Sid y a su mejor amiga. ¿Cómo era su nombre, Sid?

—Jamie.

—Las hemos invitado a la fiesta de inauguración, y también a esos amigos de Leilani con los que saliste la otra noche. ¿Cómo se llaman?

—Verónica y Elon —dice Leilani, sonriendo.

—Suenan genial —me limito a decir.

Sally, David y Rosa caminan delante de mí por Clinton. Rosa les habla de Seimone: «¿Puede ir al campamento de danza?». Oigo muchos «¿puedo...?» y

«¿me daréis...?». No intentan hablar conmigo, aunque estoy esperando que me suelten un sermón sobre los combates. Supongo que lo harán en casa.

Vamos por una calle mucho más tranquila que la Segunda Avenida. Las cortinas metálicas de las tiendas están cerradas a cal y canto. Parecen no estar en funcionamiento. La mayoría de las puertas están salpicadas de pintadas mal hechas y caóticos grafitis. Si no fuera por los bares y restaurantes, parecería la calle de un pueblo abandonado.

Saco el móvil. Tengo mensajes de Leilani, que pregunta por qué mis padres parecían tan serios y, por supuesto, por el otro tema:

—¿Nunca has tenido novia? ¿De verdad? Eso significa que en nuestro grupo ahora hay de todo. Hace años que echábamos de menos la participación de alguien que todavía fuera virgen.

Respondo rápidamente.

—Que te den. No tener novia no significa ser virgen.

—¿Lo eres?

—Espera. Me has incluido en tu grupo. ¡Estoy dentro! Me siento tan honrado. ¿Me darás una tiara? ¿Tengo que hacer un discurso?

Nunca he estado desnudo con una chica. Sí que he besado a alguna, y tocado sus pechos o el trasero por debajo de la ropa. ¿Es como llegar a la segunda base en béisbol? Tengo que informarme. De momento soy el único que ha tocado mi pene. Bastante patético.

El móvil vuelve a emitir un zumbido. Lo saco.

Rosa me espera para caminar a mi lado.

—Te vas a caer. ¿No sabes que va contra la ley caminar y escribir mensajes?

La miro de reojo.

—No, no es cierto.

—Sí que lo es.

—Eso es absurdo.

—No, no lo es. Casi tropiezas. ¿Y si hubiera un agujero en la acera?

—No hay agujeros, y enviar mensajes no elimina la visión periférica.

—Hay cámaras por todas partes. Controlan cuando la gente infringe la ley y te arrestan.

—¿Por enviar mensajes y caminar?

—Aunque algunas de las cámaras no funcionan y tampoco hay en todas las esquinas.

—¿Cómo lo sabes?

Rosa se encoge de hombros.

—Me gusta saber cosas. Puede que no te hayan grabado. Esta vez.

—¿Por qué eres tan repelente?

—Porque es divertido.

—¿Por qué has buscado la manera de que los progenitores supieran que estaba boxeando en combates?

—¿Cómo puedes saber que lo he hecho? —pregunta, confirmando mis sospechas, con una expresión taimada y petulante—. Es divertido que tú seas el malo. Creo que deberías seguir haciendo ese papel. Yo seré la buena a partir de ahora.

Alza la mirada hacia mí. Parece que esté esperando a que le pregunte por qué se lo contó. Pero no voy a hacerlo.

Sé por qué. Porque podía.

—Si quisiera que te castigaran —dice Rosa en voz baja mientras cruzamos la calle hacia la manzana en la que vivimos—, podría buscarte problemas bastante más graves que este.

Cuando llegamos a casa llevo el equipo del gimnasio al cuarto de la lavadora para lavarlo. Mis padres todavía no me han dicho nada.

Oigo a Rosa preguntar si puede comerse un helado y después se cierra la puerta del despacho de mis padres.

Cuando acabo de poner la lavadora veo a Rosa sentada en la isla de la cocina comiéndose un helado inclinada sobre la tableta. Lo más probable es que esté jugando al ajedrez, o maquinando la destrucción del mundo, o simplemente esperando lo suficientemente cerca del despacho para poder escuchar a través de la puerta cuando me llamen mis padres. Si es que lo hacen. Puede que prefieran que pase la noche nervioso.

Me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué van a hacer porque yo nunca me meto en líos.

Me sirvo un vaso de leche.

Rosa no me mira.

Me acerco a la ventana. En los apartamentos de enfrente las luces están apagadas o las persianas bajadas. No puedo espiar a la gente que vive delante de nosotros como hacen Leilani y sus hermanas. Me siento en el sofá, y saco el móvil. Primero escribo a Natalie:

—Me encantan los combates. Gracias por el consejo.

Luego a Jason:

—Mis padres se han enterado de que empecé con los combates. ¡Me han pillado! ¿Qué tal tú?

A Nazeem:

—¿Qué tal por el país del amor?

Por último a Georgie:

—Una de mis amigas aquí está muy metida en el mundo de la moda. Te gustaría. Me llevó a una tienda absurdamente cara llena de ropa con la que se te caería la baba.

Me gustaría enviar un mensaje a Sojourner, pero no tengo su número. He sido demasiado cagón para pedírselo. Podía haberlo hecho esta noche, pero no delante de todo el mundo. Y en el gimnasio Jamie siempre está por ahí.

Llega la respuesta de Georgie:

—Guay. ¿Cómo se llama la *boutique*?

—Ni flores. Había una foto de una bobina de hilo en la puerta. Era muy rara. Estaba cerrada. Supongo que es habitual aquí. Pero yo creía que a las tiendas les interesa que la gente entre en ellas.

—Es Spool. ¡Dios mío! ¡Estás describiendo Spool! ¡No puede ser! No es posible que hayas entrado en Spool.

—¿Eh?

—Spool es la *boutique* más exclusiva del planeta. El dueño comprueba la identidad de los clientes *online* antes de permitir su entrada, y hay que concertar cita previa, no te imaginas a cuánta gente no le han dejado entrar. Gente famosa, rica, de todo.

—Suenas perverso.

—Dios mío de mi vida, ¿cómo pudiste entrar? ¿Qué llevabas? No irías con pantalones de chándal, ¿no? ¡Dios, Che!

No le digo que ha acertado.

—Bueno, Leilani parecía conocer a todo el mundo. Va con frecuencia.

—¿El nombre de tu amiga es Leilani? ¿Como Leilani McBrunight? ¡Me estás tomando el pelo! ¡Dios mío, Che! ¿Cómo puedes conocer a Leilani McBrunight?

Sally sale del despacho.

—¿Che?

Pongo el móvil en silencio y lo guardo en el bolsillo, la sigo, y cierro la puerta tras de mí.

No he entrado en el despacho desde que amontonaron sus porquerías en él para conseguir una réplica de la oficina desordenada, aunque de alguna forma bien organizada, en la que trabajan, sea donde sea que vivamos. El tablón de corcho está lleno de notas y una programación. Seguramente para el nuevo negocio con los McBrunight. Siempre hay un tablón de corcho o una pizarra blanca en el despacho. Y una programación, a veces muchas.

Un ataque es la mejor defensa. Es un cliché, pero a veces funciona.

—He roto mi promesa —digo—. He boxeado en combates, me encanta, y quiero seguir haciéndolo.

Sally y David quieren interrumpirme a un tiempo, pero sigo hablando.

—Todo lo que he aprendido desde pequeño, todos los ejercicios, ahora tiene sentido. Cuando bajas las manos, te quedas al descubierto. Lo mismo cuando subes la barbilla. Cuando retrocedes en línea recta, te quedas acorralado contra las cuerdas. No boxear en combates es como aprender un idioma estudiando el alfabeto, las reglas gramaticales y la pronunciación, pero sin poder decir nada. No puedo seguir sin los combates. Era una promesa injusta —afirmo, alzando la voz para ahogar la de David—. Siempre hago todo lo que me pedís. ¡He mantenido mi promesa durante años! Pero no podía seguir haciéndolo. ¿Quién sabe cuándo dejaré de crecer? No fue justo por vuestra parte hacerme prometer eso.

Me siento. Sally se sienta a mi lado y coge mi mano derecha entre las suyas.

—¿Has acabado?

Digo que sí con la cabeza, me reclino en el asiento y cierro los ojos. Sally libera mi mano.

—Has mentido, Che.

Quiero replicar pero David alza la mano como si tuviera el poder de detener las palabras.

—Hemos dejado que hables.

No recuerdo que haya usado nunca conmigo su tono de voz vamos-a-calmarnos-todos. Con Rosa, sí. Alguna vez con Sally. Y con los demás miembros de su familia, especialmente el tío Saul, pero nunca conmigo.

—Nos has mentido, Che —continúa Sally—. Prometiste que no participarías en combates. Y lo has hecho sin decírnoslo. No importa si no dijiste directamente palabras que no son ciertas. Has roto tu promesa, y nos lo has ocultado. Mentir por omisión sigue siendo mentir.

No puedo evitar pensar que Rosa estará de acuerdo con ella.

—Che, si hay algo de lo que siempre estaba segura respecto a nuestra familia, aparte de que nos queremos, es de que no mentimos. Pero ahora lo has hecho.

No sé qué decir. No voy a comentar que Rosa no puede querer a nadie. Ninguna de las certezas de Sally es cierta.

—Iba a decíroslo. Pensaba hacerlo ayer, pero aparecisteis en el gimnasio. ¿Por qué no me avisasteis con un mensaje?

Ninguno responde a mi pregunta.

—Ahora no confiamos en ti —declara Sally.

Espero a que me digan cuál es el castigo. No lo hacen. David regresa al ordenador; Sally, al móvil.

—¿Ya está? ¿Me dais permiso para irme?

—Esto no es el ejército, Che. Es una familia.

—Estamos pensando cuál será el castigo —anuncia David—. Estamos en estado de *shock*. Nunca nos has mentido. Ni roto una promesa.

Me levanto y voy hacia la puerta. Cuando la cierro tras de mí me parece oír a Sally llorar. Odio hacerla llorar. Voy a mi cuarto y me tumbo. Rosa dice algo mientras subo las escaleras, pero por suerte no lo oigo. ¿Solo por esto ahora no confían en mí?

Echo un vistazo a mi móvil. Hay una tonelada de mensajes. Georgie emocionada con Leilani, Jason mostrando comprensión y compartiendo infortunios parentales, Nazeem mandándome a la mierda y Natalie felicitándome.

No sé qué contestar a ninguno de ellos.

Para distraerme busco en Google a Leilani para entender de qué está hablando Georgie. Guau.

Leilani es casi famosa.

Hay miles de fotos de ella en desfiles de moda. Empezó con su propia web de moda para adolescentes cuando tenía doce años. Consistía básicamente en un blog de ropa y música, la industria de la moda y política. Ahora es una enorme revista *online* con montones de colaboradores y una abrumadora cantidad de seguidores. Se llama *Neophyte*, como dijo Elon, y sus fans se hacen llamar «neos». Ha entrevistado a algunas de las mujeres más famosas del mundo.

¡Cómo no iban a conocerla en esa lujosa tienda de ropa!

¿Por qué no me dijo Leilani que era famosa?

Pero ¿cómo hubiera podido decírmelo? «Ah, por cierto, soy una persona importante.» Casi no puedo creerlo. Según lo que estoy leyendo, podría ser rica por sí misma. Con diecisiete años. Dios mío.

Ahora me siento mucho mejor con respecto a la ropa que me regaló. Aunque no sé por qué. Sigue siendo una forma de control, ¿no?

Contesto a Georgie:

—Acabo de buscar a Leilani en Internet. No tenía ni idea. Guau.

Salgo de la cama. Hago unas cuantas *katas*, me concentro en moverme con fluidez, priorizar la forma antes que la velocidad. Me canso, me tumbo en la cama, me duermo.

Cuando me despierto está amaneciendo y Rosa está hecha un ovillo en el suelo de mi habitación.

La expresión de la cara es relajada, con la boca ligeramente abierta. Recuerda al bebé que fue, con aquellos deditos que se enrollaban alrededor de mi índice, aquel bebé que me sonreía. Cuesta creer que es una niña sin corazón.

Abre los ojos y sonrío como si se alegrara de verme. Por un segundo me lo creo.

—Sigues estudiando el sueño, ¿no?

—Quería estar segura de que somos amigos.

—Soy el único que te entiende —digo, consciente de que su comprensión del sarcasmo es limitada—. ¿Cómo no íbamos a ser amigos?

Nuestro *brunch* semanal de los domingos con los McBrunight tiene lugar en su mansión. La mesa gigante está cubierta de comida suficiente para el doble de personas. Apilo en mi plato salmón, unas quiches pequeñas y embutido.

Ojalá estuviera Leilani también, pero está demasiado ocupada con Neophyte. Mis padres, Gene y Lisimaya hablan de negocios. Rosa y Seimone se susurran cosas al oído. Lo cual nos deja solos a Maya y a mí.

—No sé por qué Leilani es tan famosa.

Maya arruga la nariz y se pone bizca.

—No es una famosa-famosa. Es un poco famosa por la ropa.

—¿La paran por la calle para pedirle un autógrafo?

Maya niega con la cabeza.

—No, pero una vez una chica quería hacerse un *selfie* con ella. Estábamos en la tienda de la esquina. Lei-Lei puso cara de pato. —Baja la barbilla y frunce los labios, abriendo mucho los ojos.

Saco el móvil y le hago una foto, luego nos hacemos un *selfie* los dos con cara de pato.

—A ver —dice Maya, y ambos miramos la foto. Los ojos son el doble de grandes de lo normal, y nuestros labios también. Nos reímos.

—Voy a enviársela a Leilani.

—Mándamela a mí también —dice Maya. Me coge el móvil y añade su número. Me lo devuelve y pongo su cara de pato en su perfil del contacto.

—¿Has tenido problemas con tus padres? —me pregunta Maya en voz baja. Leilani se lo debe de haber dicho.

Asiento.

—Están defraudados y ya no confían en mí.

Maya lanza una mirada a Rosa.

—¿Y de ella se fían?

—Tiene diez años. Parece ser que tener esa edad justifica todo.

Maya resopla.

—Yo tengo once. ¿Vas a tener que dejar el boxeo? Rosa dice que cuando hace algo malo le hacen escribir redacciones que nunca leen. Dice que copió una frase varias veces en medio de la última redacción para ver si lo notaban, pero no le han dicho nada.

—Son cosas típicas de ella. No me han prohibido ir al gimnasio.

—Si lo hicieran, ¿dejarías de boxear? —Niego con la cabeza—. No veo dónde está el problema. ¡Es ejercicio! Me gustaría aprender a boxear —dice Maya—. Parece divertido.

—Lo es. Pero a ti te gusta el tenis, ¿no? ¿No practicas casi cada día?

Maya asiente.

—Iré a un campamento de tenis. ¡Dos semanas enteras!

—¿Podemos levantarnos de la mesa? —pregunta Seimone—. Rosa quiere enseñarme un problema de ajedrez.

—¿Me lo enseñaréis después a mí? —pregunta Gene.

Dicen que sí.

—Odio el ajedrez —confiesa Maya cuando se han ido.

—Yo también. David intentó enseñarme. ¡Puf! Rosa juega desde que tenía cuatro años.

—A Seimone antes no le gustaba.

—Lo siento. Lo de Rosa y Seimone.

—Yo también —contesta Maya.

Caminamos por el parque Tompkins Square, y Sally comenta que está mucho más verde que cuando llegamos, y que las ardillas parecen mucho más rollizas. Algunos árboles todavía tienen flores, pero la mayoría ya las han reemplazado por hojas verdes. Mayo ha sido mucho mejor que abril en Nueva York.

—¿Esa chica no es Sid? —pregunta Rosa, saludando con la mano.

Sí que lo es. Avanza hacia nosotros con su vestido de tulipanes rojos. Está con su madre, Diandra, y una mujer empuja su silla de ruedas. Supongo que es la otra madre de Sojourner.

Sojourner agita la mano para devolver el saludo y sonríe.

Está preciosa. Es el vestido que llevaba primero en mi sueño, y luego ya no. Me sonrojo, temiendo que solo con mirarme adivine lo que soñé.

—Te has puesto rojo —dice Rosa en voz alta—. No solo la nariz.

—Sí —digo en voz baja—. Se llama acné.

—No, es más rojo de lo normal. Parece que te dé vergüenza algo.

—Bueno, antes no, pero ahora sí, porque has hecho que todo el mundo se fije en el acné.

—Como si no se hubieran dado cuenta. Especialmente cuando te pones colorado —contesta Rosa—. ¡Hola, Sid! —le da un fuerte abrazo a Sojourner.

—Hola, Diandra. —Me inclino para darle la mano—. Qué coincidencia encontrarnos aquí.

—En realidad no es tan raro. Aquí es donde todo el mundo se encuentra. Es el corazón del barrio. Sid, cariño —dice Diandra, sonriendo hacia Rosa y hacia mí—, ¿no vas a presentarnos?

Me sonrojo aún más. Debería haber hecho las presentaciones.

—Estas son mis mamás —dice Sojourner—. Diandra y Elisabeta Davis. Este es Che...

—¡Ah! —interrumpe Elisabeta—. Eres el del gimnasio de Sid. El chico australiano. Nos ha hablado de ti.

Me arde la cara.

—Encantado de conocerla —saludo, dando la mano a Elisabeta—. Estos son mis padres, Sally Taylor y David Klein, y mi hermana Rosa.

—¿No es como un pequeño querubín? —Por el tono de voz de Diandra no queda claro si eso es algo bueno o malo—. ¿Son de verdad los tirabuzones?

Rosa asiente. Finge ser tímida. No tengo ni idea de por qué se molesta en fingir, después de haber llamado la atención sobre mi repulsiva piel en voz alta.

Hay apretones de manos por todas partes. Rosa se acerca a Sojourner y empieza a susurrar algo.

—Venimos de la iglesia —informa Diandra—. En la Segunda Avenida. Che se unió a nosotros hace poco en el servicio vespertino. ¿Ya habéis encontrado una iglesia? Ya sé que acabáis de trasladaros aquí. ¿Por qué no os unís a la nuestra? Estamos abiertos a todas las creencias.

Elisabeta murmura algo que suena como: «Ahora no, cariño».

—No vamos a la iglesia —dice David—. No somos cristianos.

—Oh —contesta Diandra—. ¿Cuál es vuestra fe? Tenemos feligreses no cristianos en nuestros servicios: judíos, musulmanes, budistas...

—Somos humanistas seculares —informa Sally.

—Mmm —dice Diandra—. Bueno, suena mejor que «ateo».

—Mamá... —interrumpe Sojourner.

No me imagino una situación más incómoda. Miro a Rosa, esperando que de un momento a otro diga que «Dios está muerto», o «solo los idiotas creen en Dios», algo que ni Sally ni David han dicho nunca. Pero se limita a seguir susurrando cosas al oído de Sojourner.

—Todos encontramos nuestro propio camino en la oscuridad —afirma Diandra—. Hay tantos ateos adentrándose en la luz como creyentes. Solo que no lo saben. —Sally no hace ningún comentario—. ¿Qué les parece que su chico boxee? —pregunta Diandra.

—¡Mamá! ¡Ya te dije lo que piensan los padres de Che!

—Por eso lo pregunto. Quiero que sepan que no son los únicos que tienen un conflicto con el boxeo. No es un deporte normal. No es como atletismo o baloncesto...

—Claro, Mamá, porque el baloncesto es tan poco lesivo y violento.

—¿Me estás contestando, Sid?

—Estoy demostrando mi desacuerdo.

Diandra mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sí, me estás contestando de forma insolente, y ahora me vas a dejar dar mi opinión. —Alarga el brazo para coger la mano de Sally y ponerla entre las suyas—. No estábamos seguras de si es bueno que Sid aprenda a boxear. La violencia está mal. El hecho de que se practique con un árbitro o un entrenador no hace que esté menos mal. —Sally muestra su acuerdo con un gesto de cabeza—. Pero a mi chica le encanta boxear, y eso la mantiene fuerte y sana. Ninguna de las dos tenemos el valor de detenerla. Nos han dicho que es muy buena.

—Sojourner es —espeto—. Sid, quiero decir —continúo mirándola a ella—. Eres buenísima.

«¡Dios mío!» Otra vez noto las mejillas rojas. Y el cuello.

—Su entrenadora también lo cree, Che. Pero pelear... Bueno, estoy orgullosa de ella y quiero que sea feliz, pero no puedo evitar desear que hiciera otra cosa.

—Sí —comenta David—. Hay algo muy brutal en el boxeo. Vimos a Che en el ring ayer. No fue agradable.

Habla exactamente igual que Sally. Le lanzo una mirada furiosa, con unas ganas terribles de demostrar su hipocresía. Cuando tenía mi edad le echaron de la escuela por romperle la mandíbula a otro estudiante. ¿Cómo se puede pegar a alguien tan fuerte como para romperle la mandíbula? Nunca le he roto nada a nadie.

—Sí —prosigue Sally—. Che nos prometió que no boxearía en combates hasta que dejara de crecer. Ayer descubrimos que nos estaba mintiendo.

Diandra hace un gesto que indica comprensión con la cabeza. Pienso que preferiría morir un millón de veces a que Sojourner oiga esta humillación (lo cual pido a Dios, ese Dios en el que no creo), aunque parece atrapada en la telaraña de susurros pegajosos de Rosa.

Pero sí lo ha oído, y gira la cabeza hacia nosotros.

—No hay nada malo en participar en combates —interviene.

—Sojourner —la increpa Diandra—. No es asunto tuyo. Esto es entre Che y sus padres.

—Sí que es asunto mío, Mamá. Sus padres no entienden qué es lo que le estaban pidiendo. —Se vuelve hacia Sally y David, y les dice casi en tono de disculpa—: Che no podía progresar. Tiene talento y lo estaba desaprovechando. Los combates no son peligrosos. Llevamos cascos acolchados. ¡Es más seguro que ir en coche!

—¡Sojourner Ida Davis!

Sojourner mueve la cabeza de un lado a otro pero no añade nada más. Sally la está mirando.

—Comprendo tu entusiasmo —continúa David—. Pero tenemos que proteger a nuestro hijo.

—Perdonen a mi hija —se disculpa Diandra—. Tiene opiniones tajantes.

—No tiene que disculparse. Nuestros hijos no son nuestras posesiones —dice Sally, y reprimo las ganas de resoplar—. Está claro que a veces no están

de acuerdo con nosotros y nos desobedecerán si creemos que somos injustos. No es fácil ser padre, ni tampoco ser hijo.

—Amén —confirma Diandra.

—¿Cómo han conseguido aceptar que Sojourner boxee?

—No lo han hecho —responde Sojourner, mientras aprieta el hombro de Diandra y le da un beso a Elisabeta en la mejilla.

—No, es cierto. Pero ¿qué podemos hacer? Solo rezar. Y recordar que el Buen Señor recompensa el amor, la paciencia y la comprensión. Como ha dicho usted, nuestros hijos no son nuestro camino.

—Gracias —dice Sally. Se inclina para coger la mano de Diandra—. Me alegro de poder hablar con alguien que me entiende.

—De nada. Encontrará el camino correcto. Estoy segura.

—¿Vais a hacer algo mañana por la noche? Damos una fiesta de inauguración del piso. Nos encantaría que pudierais acompañarnos. Sojourner ya ha aceptado la invitación.

—¿Un lunes por la noche?

—Ya sabemos que es un poco extraño, pero era la única noche que les iba bien a unos buenos amigos nuestros, y no queríamos posponer la fiesta para mucho más adelante.

—¿Elisabeta?

La mamá más tranquila de Sojourner dice que sí con la cabeza.

—Nos encantaría —dice Diandra.

Intercambian números de teléfono y direcciones, y hablan sobre la accesibilidad para la silla de ruedas. Genial, mis padres tienen el número de las madres de Sojourner antes de que yo tenga el suyo.

—No tengo tu número —me dice Sojourner. Sonríe—. Jamie y yo vamos a correr juntas. ¿Quieres venir con nosotras?

Digo que sí con la cabeza.

Sojourner y yo nos damos el teléfono bajo la mirada de Rosa.

—¿Estás lista para la escuela del domingo? —le pregunta Sojourner.

Rosa asiente.

Mi hermana acompaña a Sojourner y a sus madres. Se gira hacia mí sonriente, para que quede claro que ella está con Sojourner y yo me quedo con Sally y David. Espero que no haya escaleras dondequiera que vayan. Aunque no es que me preocupe de verdad que Rosa pudiera hacer algo así. Reprimo las ganas de correr tras ellas.

—Hace un día precioso —comenta Sally.

Es cierto: ha salido el sol, hace calor y la gente va vestida como si ya fuera verano. Pero Sally no suele decir esas cosas. Es difícil apreciar el comentario cuando sé que está pensando qué cosas debería decirme. Sally no tiene cara de póker.

Pasamos por donde juegan al ajedrez. Hay un tablero en cada mesa. Unos pocos hombres se congregan alrededor de una de ellas. Al pasar, veo que Isaiah se está enfrentando con otro contrincante. ¿Cuánto dinero hará con el ajedrez? A juzgar por su ropa, no mucho. Todos los jugadores son hombres. El público también es masculino. ¿Cómo lo hizo Rosa para entrar en la ronda? Yo no lo habría conseguido con diez años. Ni ahora. ¿Cómo debe de ser no tener miedo?

—No vamos a castigarte —anuncia David.

—¿Puedo seguir yendo a los combates?

Sally asiente.

—No podemos impedirte, ¿no?

Sí lo hicieron. Si ese va a ser el castigo, debería haber desobedecido antes.

—Me da miedo que seas violento. Podrías matar a alguien si pierdes los estribos. —Mira a David de reojo, pero no dice nada.

Fuera del cuadrilátero no he pegado nunca a nadie. Ni nada parecido. ¿Quién cree Sally que soy?

—¿De quién fue la idea de que fuera con vosotros a cenar? Sabéis que me paso las tardes en el gimnasio. ¿Por qué no me avisasteis?

—Rosa quería que vinieras y solo estábamos a un par de manzanas.

—Me lo temía. Quería que me pillarais boxeando.

—Venga ya, Che —responde Sally—. Rosa no sabía que boxeabas en combates. No estamos hablando de ella, sino de ti.

—Siempre que intento hablaros de Rosa cambiáis de tema. No queréis hablar de ella. No queréis reconocer que hay algo terrible en ella.

—¿En serio, Che? ¿Algo terrible? Sabemos que tuvo problemas de desarrollo. Y sí, puede que tenga dificultades para socializar. Tiene diez años. Se comporta como una niña de su edad. Deja de verla...

—Sé cuántos años tiene.

—Rosa te adora —prosigue Sally. Está a punto de llorar—. ¿Sabes cuánto tiempo estuvo ahorrando para tu regalo de cumpleaños?

—¿Sabéis cómo pasó lo de la cobaya de Apinya? Rosa...

David alza la mano. Estoy a punto de gritarles. Pero no puedo, ¿no? Eso sería violencia.

—Che —interviene David en su tono de voz «vamos a calmarnos todos»—. Sé que no querías venir aquí. Sabemos que preferirías estar en Sídney. Pero actuar de este modo no ayuda a nadie, y mucho menos a ti.

—¡No estoy actuando! Estoy contándoos lo que Rosa hizo en...

La mano se eleva de nuevo. Tengo unas ganas tremendas de golpearla.

—¿Cómo podemos confiar en ti si no aceptas la responsabilidad? ¿Si intentas echar a Rosa la culpa de todo?

Miro fijamente a Sally. Nunca he echado la culpa a Rosa por nada que no haya hecho, ni mucho menos «de todo».

—Me rindo —digo resignado—. Un día os vais a dar cuenta de quién es Rosa, y desearéis haberme escuchado antes. Me voy al gimnasio.

—¡Che! —dice Sally.

—No, déjale ir —oigo decir a David mientras me alejo más enfadado que nunca. Jamás me escucharán.

Entreno a tope, sin importarme que hoy me toca descansar, y debería dejar tranquilos mis músculos. Pasan tres horas antes de que la rabia se esfume, antes de que pueda pensar en mis padres, especialmente en Sally, sin tener ganas de destruir cada saco de boxeo del gimnasio.

No puedo volver a casa. Volvería a enfadarme. No puedo soportar volver a verlos. Ni a Rosa. Maldita Rosa, que está con Sojourner. ¿Le parecería raro si le escribiera un mensaje preguntando si Rosa se está portando bien? Seguramente.

Saco el móvil. Tengo millones de mensajes. Ninguno de Sojourner.

Pero muchos de Rosa.

—He hechos las preguntas más inteligentes. De nuevo. Ahora le gusto a Sid aún más.

Envío un mensaje a mis padres.

—Volveré cuando esté menos —dudo. No puedo escribir «enfadado» porque Sally cree que soy el monstruo de la ira— molesto.

Me siento en el banco fuera del vestidor con la mirada fija en el número de Sojourner. Podría invitarla a salir. Como amigos. Ir a dar una vuelta. ¿Y si propongo que Jamie venga también?

Empiezo a escribir: «¿Quieres ver una peli?». No sigo. No quiero ver una peli. Podría preguntarle si quiere salir a correr. Me lo propuso ella misma. Estoy impaciente por seguir la pista que da la vuelta a la isla.

—¿Qué haces?

Dios. Esa frase da asco.

—Estoy pensando en salir a correr —añado—. ¿Quieres venir? ¿Y Jamie?

Uf. Dejo el móvil en el bolsillo y decido que no me voy a duchar. Voy a la sala de espejos y boxeo con un contrincante imaginario, centrándome en la defensa, balanceándome, zigzagueando, esquivando, eludiendo a un enemigo imaginario diez centímetros más alto que yo.

El móvil no emite ningún zumbido.

Corro veinte minutos en la cinta. Me seco con la toalla. Miro el móvil. Nada. Hace casi media hora desde que envié el mensaje a Sojourner. No quiero ir a casa. No quiero entrenar más.

Quiero ver a alguien que no sea de la familia.

Envío un mensaje a Leilani.

—¿Qué haces?

Me ducho, me cambio y miro de nuevo el móvil.

—Supongo que en realidad quieres decir: «¿Qué ropa llevas?». Por cierto, no me escribas mensajes con connotaciones sexuales, ¡puaj!

—Qué graciosa. Quiero rebelarme contra mis padres no volviendo a casa. ¿Puedes ayudarme en mi rebelión?

—Voy a un desfile privado de un nuevo diseñador, del cual no habrás oído hablar porque no sabes nada de ninguno de los diseñadores consolidados. Dudo que lleves la vestimenta adecuada.

—Te informo de que llevo un pantalón de chándal y una camiseta limpios.

—No puedo darte puntuación extra porque tu horripilante ropa no tenga manchas.

—No digo que no tenga manchas. Digo que está limpia.

—Me pregunto por qué exactamente me estoy comunicando contigo.

—Por mi encanto. ¿Un desfile de qué?

—Muy divertido. Ropa. ¿Qué si no?

Pienso que podría enviarle una lista: ¿nabos, walarós, caspa?

—¿Qué pasa con tus viejos, Che? ¿Por qué están cabreados? ¿Les da vergüenza que seas virgen?

—Qué simpática. Les prometí que no boxearía en combates. Y me pillaron.

—Ah.

—Sip.

—Por lo menos no mataste a un hombre en Reno.

—Están bastante seguros de que es lo siguiente que haré.

—¿Se han enfrentado a ti?

—¿Tú que crees?

—¿Y el castigo es...?

—Ya no confían en mí.

—¿Ese es su terrible castigo? Apenas estoy impresionada. Creía que te iban a azotar o algo así.

—La violencia es mala, Leilani.

Un mensaje de Rosa:

—Están enfadados contigo. Les he dicho que casi siempre eres bueno y que no deberían ponerse así. ¿Sabías que Sid tiene miedo a las alturas?

Decido ir a correr aunque no venga Sojourner, y voy hacia el parque a orillas del East River. Es la hora dorada según Georgie, con sombras cálidas y alargadas. Hace días que no deja de insistirme en que envíe fotos. Me paro a hacer una foto lateral de un edificio antiguo; la clase de cosas que le gustan. El de al lado ha sido demolido, pero por alguna razón hay una escalera de incendios metálica colgando aún en pie, que no lleva a ninguna parte. Se la envío a Georgie. Sueña con vivir en esta ciudad.

Hago más fotos para ella, incluida una de la rata inflable gigante dispuesta a la entrada de una tienda de ropa. Debería preguntar a Leilani de qué va eso. Es tan raro que me gusta.

El móvil hace un ruido metálico. He subido el volumen con la esperanza de que me llegue un mensaje de Sojourner. Pero es de Rosa.

—Será mejor que vuelvas a casa. Se están enfadando aún más.

Siento la tentación de responder. Pero solo conseguiría que me enviara una cascada de mensajes molestos.

Me llega uno de mis padres.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. Salgo a correr ahora.

—Avísanos.

—Ok.

Rosa vuelve a escribir:

—¿Sabías que el miedo a las alturas tiene un nombre raro? Vértigo.

El móvil vuelve a sonar. Rosa está consiguiendo molestarme. Siento la tentación de no mirarlo.

—¿Quieres correr? —Es un mensaje de Sojourner—. Tengo que salir. Estoy demasiado inquieta para estudiar.

—Claro.

Nos encontramos donde el parque linda con el puente peatonal de la calle Seis por encima de la FDR Drive. Sojourner sale disparada antes de que pueda saludarla.

—Bueno, ¿quién te está crispando? —pregunto en cuanto me pongo a su altura.

Me mira de reojo.

—¿Quién me está crispando?

—¿Quién te está molestando de las personas que hay en tu vida?

—¿Todos los australianos habláis así de raro?

—Sin excepción.

Sonríe.

—Mi madre. Y Mamá también. Se han enfadado conmigo por faltar al respeto a tus padres.

—Lo siento.

—No tienes la culpa.

—Estabas defendiéndome.

—Nooo. Sí. Un poco. Casi todo lo que dije iba en realidad dirigido a mis madres. No es que creyera que me iban a escuchar. Los adultos no escuchan. Siempre tienen razón.

Me río.

—Es jodidamente cierto. ¿Qué vas a hacer?

—Si dijera eso delante de mis madres, me lavarían la boca con jabón.

—¿Metafóricamente?

—De verdad. No he utilizado una palabrota delante de ellas desde que tenía cinco años.

—Deben de ser muy duras.

—Mi madre más que Mamá. No es que no le haya contestado mal nunca, pero Mamá demuestra más bien decepción. A veces es peor.

Lo comprendo perfectamente.

—¿No discutes con ellas?

Sojourner se ríe.

—Sin parar. Pero ya sabes, «con respeto».

—Dios mío. ¿Cómo lo consigues?

Sojourner se para de repente. La adelanto y tengo que deshacer mis pasos.

—Che, nunca blasfemes delante de mis madres. Lo digo en serio. No pensarán mal de ti si dices palabrotas. Pero si usas el nombre de Dios en vano, no tendrás ninguna posibilidad con ellas. Ninguna.

—¿Por qué he dicho «Dios mío»?

Sojourner asiente.

—Mi madre ha sido ordenada. Ya oíste el sermón. Se toma la blasfemia muy en serio.

No sé qué decir. «Dios mío» es lo que digo cuando intento no decir palabrotas delante de alguien que se pueda sentir ofendido. Siempre había creído que eran las palabras menos ofensivas de las que sirven para jurar. Además de «maldita sea», «maldición», «mierda» y «demonios».

—Tú no dices tacos, ¿no? —Acabo de darme cuenta de que no la he oído decir ni siquiera palabras malsonantes desde que la conozco.

Niega con la cabeza y arranca otra vez a correr.

Le doy alcance.

—Nunca he conocido a nadie que no diga palabrotas.

—¿De veras?

Intento pensar en alguien. Hasta mi abuela suelta tacos.

—En serio. Supongo que los australianos maldecimos mucho. Nunca me había parado a pensarlo.

—Podría ser. No delante de mis madres, ¿vale?

—Lo intentaré —declaro.

—Nada de blasfemar delante de ellas. En serio.

—No lo haré.

—¿Y tu hermana? No la he oído decir palabrotas.

—Sí lo hace. —Me muero por preguntarle sobre Rosa en la clase de Biblia, pero al mismo tiempo no quiero. Rosa ocupa demasiado espacio en mi vida.

—Guau. ¡Vaya con los australianos! Sois unos monstruos malhablados.

Se ríe y empieza a correr un poco más rápido. Sigo el ritmo.

Corremos sin decir nada, hacia el norte. El camino se estrecha. El parque y el río desaparecen, y ahora corremos entre edificios y autopistas con espacio solo para dos personas en paralelo. Tenemos que ponernos en fila para dejar pasar a otros corredores ocasionales.

Puedo oír cada una de sus respiraciones. Oler su sudor.

Quiero besarla.

Ya me ha pasado antes, querer besar a una chica. Y lo he hecho.

Pero nunca había deseado tanto besar a alguien como a Sojourner.

Su boca. Intento no mirarla. El labio superior y el inferior son casi igual de gruesos, aunque el inferior sobresale un poco más. Me gustaría posar el dedo sobre la hendidura del labio superior, por la forma que tiene. Se está formando una perla de sudor. Pienso que podría quitársela con la lengua, y luego recorrer sus labios con ella, introducirla en su boca.

Pierdo el equilibrio sin motivo.

—¡Mierda!

Casi me caigo antes de convertir el traspie en una zancada.

Sojourner se gira.

—¿Estás bien?

Digo que sí con la cabeza, retomando el ritmo.

—La pista se acaba bastante pronto.

—¿Ah, sí?

Estoy colorado porque estaba pensando en su boca. No se puede haber dado cuenta, seguro. Estoy sudando. Ha oscurecido. Las luces de Manhattan tienen un extraño color naranja.

—Podemos dar la vuelta. Vamos hacia el sur y luego volvemos por el Hudson.

—Vale —digo.

Damos la vuelta.

—No estoy preparada para volver con mis madres.

—Ni yo para mis progenitores.

—¿Es así como les llamas? ¿Es algo típico de Australia?

—Nooo. Es algo entre Rosa y yo.

—¿Estáis muy unidos?

—Supongo que sí. —No quiero hablar de Rosa—. ¿No tienes hermanos?

—Nop. Solo millones de primos.

—Yo también. Bueno, no son millones. Pero sí un montón.

Seguimos corriendo. Las piernas golpean el suelo al unísono. Enseguida estamos otra vez al lado del East River.

—Es mucho más divertido correr con alguien. No es mi pasión.

Sojourner se ríe.

—La mía tampoco. Pero Dido insiste. Es bueno para hacer cardio. Para que aguante más de tres asaltos en el ring.

—Supongo que sí, pero ¡Dios, qué aburrido!

—¿Por qué no practicas lo de no blasfemar delante de mis madres evitando hacerlo delante de mí?

—Mierda. Perdón.

Se ríe.

—A ver cuánto aguantas sin decir un taco. —Echa un vistazo al reloj.

—¿Vas a cronometrarme?

—Claro.

—¿Apostamos algo?

—Guau. Así que los australianos sois muy malhablados y además apostáis. ¡No me extraña que no seas cristiano!

—La Biblia no dice nada de apostar.

—¿Cómo lo sabes?

—He leído la Biblia. Que no sea creyente no quiere decir que no la haya leído. También he leído el Corán.

—Estás lleno de sorpresas.

—Me gusta saber cosas.

—La Biblia condena el amor por el dinero. Apostar es una demostración de amor por el dinero. De modo que indirectamente condena las apuestas.

—Pero apostar no es una invención reciente. Lo podrían haber incluido en la lista de cosas prohibidas. No debía de estar tan mal visto.

—Quizá. Lo que es seguro es que ha arruinado muchas vidas.

—No iba a proponer una apuesta con dinero.

Acelera el ritmo. Lo mantengo, pero noto el cansancio.

—¿Quieres perderme de vista?

Acelera aún más. Yo también, y la adelanto.

Nos perseguimos y adelantamos mutuamente hasta llegar al otro lado de la isla, por la ribera del río Hudson. Es una extensión oscura que refleja más

lucos que el East River. Me duelen las piernas y los pulmones, pero que me muera si paro primero.

En este lado hay que esquivar a más gente. Menos corredores y más paseantes. Hay largos embarcaderos para apalancarse. Prefiero la ribera más tranquila y oscura del este.

Estoy jadeando. Seguro que ella también. Mi propia respiración irregular me impide oír si jadea. No sé por cuánto más sigue la pista hacia el norte en este lado.

Dejo que Sojourner marque el ritmo. No ha acelerado durante los últimos dos embarcaderos. Creo que está bajando la intensidad. No he corrido así desde hace años.

—¡Sid! ¡Sid!

Sojourner no desacelera.

Un atractivo chico negro nos alcanza.

—¡Sid! —vuelve a gritar.

Le toca el hombro.

Sojourner se detiene. Yo también, inclinándome hacia delante, apoyando las manos en los muslos, jadeando.

—¿Tienes un combate pronto o algo así? Es bastante tarde para estar corriendo todavía. ¿Quién es el chico blanco?

Sojourner también está inclinada hacia delante. Alza la mano para pedir que le dé un segundo para recuperarse.

Saco la botella de agua de la mochila, bebo a tragos, se la paso a Sojourner.

Me pongo erguido, le ofrezco el puño.

—Soy Che.

Choca brevemente sus nudillos contra los míos. Frunce el ceño. Pero no por eso parece menos atractivo. O menos alto. No tiene ni una imperfección en la cara.

—Es... —empieza a decir Sojourner, mientras me devuelve la botella de agua.

—Somos...

Ambos dejamos de hablar a la vez y nos miramos. Tengo ganas de reírme, pero no tengo ni idea de quién es este tío.

—Che es un amigo —dice Sojourner—. Este es mi ex, Daniel.

«Vaya», pienso.

—Encantado de conocerte, Daniel.

—Igualmente —dice, en un tono igual de poco entusiasta que el mío. Indica con el pulgar un punto tras su espalda—. Mis amigos están allí. Solo quería ver si estás bien.

—Lo estoy.

—Estás guapa —dice—. Sudorosa, pero guapa.

—Sudar es bueno. Tú también parece estar sano.

—Me alegro de verte, Sid. Yo, eeh... —No acaba la frase y me mira de refilón, como si quisiera que me apartara un poco, pero Sojourner no parece sentirse a gusto con él.

Me quedo en mi sitio, bebo más agua. Me apartaré si Sojourner me lo pide.

—Saluda a tus madres de mi parte. A Jamie también.

—De tu parte.

Retrocede unos cuantos pasos con los ojos fijos en Sojourner y hace una especie de saludo, sin chocar con nadie ni tropezar. Me mira antes de darse la vuelta y alejarse.

Le paso el agua a Sojourner. Me duelen las piernas y los pies. Necesito un masaje, una sauna y un baño.

Sid da un largo trago.

—¿Listo para otra carrera?

La miro fijamente. Estoy casi seguro de que los ojos se me salen de las órbitas. Me da un puñetazo en el hombro.

—¡Es broma! Estoy molida. Y hambrienta.

—Yo me muero de hambre.

Caminamos chorreando sudor y vaciamos la botella de agua. Me pregunto cuánto tiempo salió con Daniel y por qué rompieron. Me parece que fue ella la que rompió, pero igual lo he interpretado mal. Lo que es seguro es que a él todavía le importa. ¿Por qué tiene que ser tan atractivo y más alto que yo?

Seguro que hacían buena pareja cuando salían juntos. Nunca podré rivalizar con él. Encajan perfectamente, los dos son guapos. Pero yo estoy aquí y él no. Yo puedo oler su sudor y él no. El olor de Sojourner está haciendo que mi cerebro, no el suyo, se derrita.

Hace que todo se derrita.

—Hay una cafetería decente a unas pocas manzanas.

Doy a entender que me parece buena idea con un gesto de cabeza.

—Invitas tú, chico rico.

—¿Chico rico? Ojalá.

Me mira de reojo pero no añade nada.

Tendré que usar la tarjeta de crédito de Papa. Mis padres no me han dado más dinero. Tendré que explicárselo. No me extrañaría que cancelara la tarjeta de crédito si cree que estoy abusando.

Cruzamos la autopista.

Intento no pensar en las sensaciones que Sojourner provoca en mí. Cuando llegamos a la cafetería me siento tremendamente agradecido. Pido mi primera hamburguesa americana: con queso y beicon y un exagerado montón de ingredientes adicionales, una porción enorme de patatas y un batido malteado. Quiero carbohidratos y proteínas a montones.

Tal vez la comida consiga que deje de pensar en los labios de Sojourner, su piel, en cómo huele de bien.

Ella pide tanta comida como yo.

—Tengo que disfrutar mientras pueda. La semana que viene tengo que empezar a reducir. Es lo peor.

—También puede ser peligroso.

Sally me envía cada artículo que encuentra sobre los muchos peligros del boxeo. Abundan los que hablan de lo nocivo que es perder peso rápidamente. No sirve de nada cuántas veces le repita que no quiero ser boxeador. Y si no me convierto en uno, nunca tendré que adelgazar para entrar en la categoría de peso adecuada.

—Sí, papi. Entreno con Dido. No voy a adelgazar a lo loco.

—Ajá.

No estoy seguro de que se pueda perder peso con prudencia. La mayoría del peso es agua. Los boxeadores evitan sobre todo beber agua, lo cual es imprudente.

Primero llegan los batidos. El mío sabe a chocolate. Pensé que «malteado» sería más exótico.

Sojourner da un sorbito y se ríe.

—¿De verdad no vas a preguntarme por Daniel?

Me sonrojo.

—No quería parecer cotilla.

—Seguro que sí lo eres.

—Bueno, sí, pero tampoco te conozco tanto y no es asunto mío. Si quieres contarme algo, imagino que lo harás.

—Fue él quien rompió conmigo. Cuando empezó la universidad. Yo estaba en el instituto. Iba a ser una relación a distancia. —Se encoge de hombros—. Pero intentó volver en las vacaciones de Navidad, y resultó que tenía novia

allí. No me sentó muy bien. No le he vuelto a ver desde entonces. Es un capullo.

—¿«Capullo» no cuenta como palabrota? Porque, si cuenta, acabas de soltar un taco.

Me da una tímida bofetada de broma. Le ruge el estómago estruendosamente. El mío parece su eco.

—¿No significa eso que has perdido la apuesta, Soj-Sid?

—«Capullo» no es un taco. No he perdido la apuesta. No habíamos apostado nada.

—Me lo apunto. Puedo decir «capullo». Sí que hemos apostado. Solo que no dijimos qué.

Por fin llegan las hamburguesas. Nos abalanzamos sobre ellas. La mía está buenísima. Cuando llevo más o menos la mitad, comienzo a bajar el ritmo. Me como una patata frita en dos mordiscos en vez de en uno.

—Bueno, ¿por qué me llamas siempre Sojourner, y no Sid?

—Me gusta —mascullo.

—¿El qué?

—Me gusta tu nombre. Sojourner. Me gusta cómo suena. Cuando pienso en ti, me pega ese nombre. —Doy un mordisco a la hamburguesa.

—Me gusta cómo lo dices.

—Gracias.

—Es tu acento, hace que todo suene más mono.

—¿Crees que soy mono?

—Creo que tu acento es mono.

—Entonces ¿no tengo que llamarte Sid?

Dice que está de acuerdo con un gesto.

—Puedes llamarme Sojourner. Pero no delante de Jamie. No pararía nunca de darme la lata.

Caminamos de vuelta a casa.

—¿Van a castigarte? —pregunto mientras cruzamos la calle Lafayette y reconozco dónde estamos.

—No más que antes. Les dije que llegaría tarde. Que estaba corriendo contigo. Confían en mí. Aunque estén enfadadas. Si hubieran querido que me quedara en casa, me lo habrían dicho.

Me estremezco un poco cuando dice: «Confían en mí».

—¿Qué pasa?

—Mis padres dicen que ya no confían en mí. Por haber boxeado en combates. Nunca antes había roto una promesa que les hubiera hecho.

—Me lo imaginaba. Sabía que te costaría caro ir contra ellos. Siento que no lo entiendan.

—A mí también. Quieren que sea como ellos. O más bien no: mi padre estaba fuera de control cuando era joven. Una vez le rompió la mandíbula a un tío.

Noto que Sojourner se tensa a mi lado. Me pregunto si he puesto el dedo en la llaga. Nunca ha mencionado a su padre. Suponía que no tenía.

Alzo la vista.

—¿Qué pasa?

—Nada —dice en voz baja—. No mires.

Por supuesto, miro. Dos tipos con chaquetas de cuero y un millón de tatus caminan hacia nosotros.

Si le dicen una sola palabra a Sojourner, voy a tener que decir algo. Tres agentes de policía los adelantan. Uno me mira. Saludo con un gesto de cabeza. Me devuelve el saludo.

Sojourner respira aliviada.

Me pregunto si esos tipos le habrían dicho algo si yo no la hubiera acompañado. No debería sentirme aliviado por no ser una chica, pero así es.

Al llegar al parque Tompkins Square, Sojourner se dispone a rodearlo en lugar de atravesarlo.

—¿Está cerrado? —La verja está abierta y pasa mucha gente.

—Más o menos. La policía lo cierra alrededor de la medianoche, así que es mejor rodearlo que tener que buscar la forma de salir.

Es pasada medianoche. Las luces todavía están encendidas en el parque, pero sigo a Sojourner.

—Se me hace raro no atravesarlo.

—¿Porque siempre coincidimos aquí? —Sonrío. Ya lo considero «nuestro parque»—. Es el centro del barrio. Todo el mundo lo atraviesa, pasa tiempo en él. ¿Sabías que hubo una revuelta aquí hace tiempo?

No tenía ni idea.

—Mi madre dice que los nuevos residentes ricos colocaron letreros diciendo que el parque se cerraba a medianoche, pero no era verdad. No les gustaba que se quedara gente a dormir en él. Los vecinos de toda la vida se resistieron; mi madre incluida. Era una niña. Perdieron. Ahora hay muchos más ricos que gente pobre.

Cerca de la verja pasamos al lado de un grupo de personas sentadas sobre una manta dentro del parque. Una de ellas rasguea una guitarra. Intento imaginarme una revuelta. Pero no lo consigo.

—Mi madre siempre habla de lo diferente que era antes. Pero no sabe decir si peor o mejor. Cambia de opinión continuamente.

—¿Has vivido aquí toda tu vida?

—Nací aquí. Mi madre también. Nunca he vivido en otro sitio.

Intento imaginarme vivir siempre en el mismo sitio. Pero no puedo.

—Me gusta el ambiente que hay siempre en esta ciudad.

Algunos de los restaurantes y todos los bares por los que pasamos están llenos. Es como en Bangkok. Pasamos al lado de otras parejas. Bueno, de

parejas. Porque nosotros no somos una pareja.

—La ciudad que nunca duerme. —Sojourner hace una mueca al decir el cliché—. Aunque eso se refiere únicamente a Manhattan. Staten Island y Queens están ahora mismo profundamente dormidos.

—En ningún sitio puede haber siempre gente despierta. —Un hombre alto con un perro diminuto pasa a nuestro lado—. Pero nunca he visto a tanta gente paseando los perros tan tarde.

—Supongo que no puede pagar un paseador de perros. —Sojourner desacelera—. Ya estamos.

La fachada del edificio no parece muy distinta a la de otros de la misma manzana, o a la de los de la manzana en la que vivimos nosotros. Es solo más estrecho: ladrillos marrones con una sola entrada, una ferretería en los bajos y una puerta con cuatro timbres.

—Buenas noches, Che.

—Buenas noches —farfallo. Me cuesta mantener los ojos abiertos, pero no quiero irme. Alargo mi mano para tocar la suya, sin pensar, y cuando estoy a punto de retirarla Sojourner la coge entre las suyas y la aprieta suavemente. La siento en todo mi cuerpo. No la suelta. Yo tampoco.

Se inclina hacia delante y me besa rozándome los labios, me suelta la mano, saca las llaves, abre la puerta y se gira para mirarme.

—No has dicho ningún taco —dice. Luego sube las escaleras y la puerta se cierra con un clic tras ella antes de que pueda responder.

Me quedo inmóvil notando un hormigueo en los labios, deseando haberla rodeado con un brazo por la cintura para atraerla hacia mí y besarla. Pero en lugar de hacerlo, casi se me ha olvidado respirar.

Cuando llego a casa estoy agotado. No me ducho ni me quito el chándal. Me desplomo en la cama, pensando en Sojourner, tocándome los labios donde se

posaron los suyos. Ese beso no tenía nada de cristiano. Si no estuviera tan agotado me masturbaría.

En lugar de eso, me quedo frito deseándola.

Me despierto con la sensación de que hay alguien en mi cuarto. Abro los ojos apenas una rendija.

Rosa, por supuesto. Está inclinada sobre mi móvil.

Cierro los ojos. Estoy muy cansado. No quiero tener que lidiar con Rosa. Pero ¿y si está enviando mensajes a Sojourner?

No quiero enfrentarme a ella. No quiero oír lo que está pensando. No quiero que me diga que soy el único que la entiende. No quiero saber qué está pasando en ese cerebro suyo sin empatía.

—Rosa —digo, incorporándome—. ¿Qué haces?

—Nada. —Ni siquiera parece sentirse culpable.

—¿Qué haces en mi habitación con mi móvil?

Rosa deja el móvil. Se encoge de hombros.

—¿Rosa?

—Me aburría y no estabas despierto.

—Y por eso decidiste cogerme el móvil, ¿no?

—No lo he roto. ¿Ves?

Me lo da. Son casi las cuatro de la mañana. Daría lo que fuera por dormir.

—¿Cómo has podido desbloquearlo?

—El código es el mismo que el de tu tarjeta del cajero.

—¿Cómo lo sabes?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Observo.

—Pues ¡no lo hagas más!

—Quería saber si estabas enfadado conmigo.

—Siempre estoy enfadado contigo. Puedes darlo por sentado.

Rosa se sienta en la cama a mi lado.

—Pero eres mi mejor amigo.

—Creía que Sid era tu mejor amiga.

No percibe el sarcasmo.

—Siempre serás mi mejor amigo. Solo quería ser amiga de Sid porque te gusta. Quiero gustarte más que nadie.

Compruebo los mensajes y los *emails* enviados. No encuentro nada. Solo estaba espiando. ¿Solo espiando?

Dios mío. Me duele el corazón.

—Ya no hablas conmigo —dice Rosa sin un atisbo de petulancia.

—Hablamos mucho.

—Pero no me explicas lo que sientes.

—Porque a ti no te importa lo que sienten los demás.

—Sí me importa. Me importará. Estoy aprendiendo a hacerlo. He preguntado cosas a Seimone y he escuchado sus respuestas. Pregunté a Sojourner si le gustas. Dijo que sí. Aunque yo ya lo sabía. ¿Lo ves? Estoy aprendiendo sobre la gente. Le he dicho que eres el mejor hermano del mundo.

—Genial.

—Si Sid no estuviera, ¿volvería a gustarte más que nadie en el mundo?

—¿Qué quieres decir con «si Sid no estuviera»?

—Le dije a Sid que podrías aprender a querer a Dios si te lo explicara como me lo explica a mí.

—Así que ahora crees en Dios, ¿no?

—No. No seas tonto, Che. Dios es como Papá Noel. Pero ella quiere que crea, así que voy a ser como ella quiere que sea. Es lo que hace la gente normal. Estoy siendo normal. Como tú quieres que sea.

Su lógica es tan retorcida que no sé por donde empezar.

—Voy a cambiar las contraseñas. Tienes que dejar mi móvil y no entrar en mi cuarto. —Ni en mi cabeza.

—Sabes que descubriré la nueva contraseña. David me ha enseñado.

Profiero un gemido. David es demasiado listo con los ordenadores y le encanta enseñar a Rosa lo que sabe. Como él no usa sus habilidades para hacer el mal, no se le ocurre que ella tal vez sí lo hará.

—¿Te dijo David que estaba bien desbloquear sin permiso los móviles de los demás?

Asiente solemnemente.

—¡Rosa! ¡David nunca diría eso!

—Claro que sí. David dice muchas cosas. ¿Sabes que tiene un kit de fuga?

—¿Un qué?

—Un kit con las cosas necesarias en caso de tener que salir con prisas del país.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? Deja de mentir.

Rosa sacude la cabeza para dar a entender que es imposible.

—Te dije que no te lo puedo prometer. Mentir es demasiado útil. Además, tú mientes. Dijiste que no le pasaba nada a tu nariz. Y que no estabas participando en combates, y sí lo hacías.

—¿Puedes prometer que no desbloquearás mi móvil?

—Vale.

—Dilo.

—Prometo que no desbloquearé tu móvil.

—Ni el de nadie más.

Ahora es Rosa la que gime.

—Ni el de nadie más.

—Vete a la cama.

—No tengo sueño.

—Pues vete y quédate despierta en tu cuarto. Yo sí tengo sueño. —Señalo la puerta.

Rosa hace pucheros y luego se va. Intento dejar de pensar en lo que ha dicho sobre si Sojourner no estuviera.

Por la mañana pondré un pestillo en la puerta.

Durante el desayuno mis padres y yo apenas hablamos. Tanto presumir de ser una familia cariñosa, abierta, comunicativa... Rosa sonrío burlona.

Es como si estuvieran conspirando para borrar la última noche con Sojourner de mi mente. No lo van a conseguir. Todavía noto un leve cosquilleo en los labios. Sojourner me besó.

No les cuento que Rosa desbloqueó mi móvil. Aunque me escucharan y se dignaran a responder, ¿de qué serviría? Rosa solo tiene diez años, no es capaz de hacer maldades y, ¡vaya!, qué *hacker* tan precoz.

Oigo decir a Sally por teléfono algo parecido a «mal comportamiento adolescente retardado». Creo que su intención es que la oiga. Aprieto los puños.

Voy a la ferretería más cercana y compro el taladro eléctrico más barato y un cerrojo. Así no podrá entrar en mi habitación. En el mostrador saco la tarjeta de mis padres solo para emergencias.

—Lo siento —dice el dependiente—. La tarjeta está bloqueada. ¿Tienes otra?

—¿Bloqueada? No lo entiendo.

—No puedes comprar nada con esta tarjeta. No funciona.

Debe pensar que soy idiota. Ya sé qué significa «bloqueada». ¿Debería usar la de Papa? ¿Flipará? Tendré que llamarle para explicárselo. Otra vez. Seguramente es un problema técnico pasajero. Uso la otra tarjeta. Funciona.

Cuando vuelvo a casa, Sally y David han salido, y Geoff y Rosa están abajo disertando sobre fractales.

—Buenas —digo.

Geoff me saluda con la cabeza.

Le doy los deberes: más ejercicios sobre cálculo, porque no lo pillo. Los repasamos mientras Rosa juega con fractales en la tableta. Intento concentrarme. Quiero subir a mi habitación y poner el pestillo.

Geoff frunce el ceño. Quiere que lo entienda.

Hace un ruidito entre chirrido y suspiro.

—Che, ¿qué es el cálculo?

—¿Qué?

—¿Cómo describirías qué es el cálculo si alguien te lo preguntara?

—¿Una tortura? ¿Una serie de fórmulas que no comprendo?

Ahora parece que está sufriendo.

—¿Y el álgebra?

—No soy Rosa. Tengo que memorizar esas cosas. No cabe ninguna esperanza de que lo entienda. ¿Sabes qué, Geoff? Me voy.

Geoff me mira fijamente y abre la boca, pero no dice nada.

—No puedes irte, Che —dice Rosa—. No nos dejan.

Me voy arriba. Rosa me sigue. Me observa mientras arrojo unas protecciones limpias y mi botella de agua en mi mochila.

—No puedes saltarte las mates. Se te va a atrofiar el cerebro. Ya vas retrasado.

La ignoro.

—No podrás ser neurólogo si suspendes mates.

—Como si te importara.

—No te estás portando bien —argumenta Rosa—. Si tú no te portas bien, ¿por qué debería hacerlo yo?

—Porque... —Hago una pausa, deajo caer la mochila y me siento en el suelo.

—Tal vez no tengas que hacer más mates —prosigue Rosa—. Los progenitores no han pagado a Geoff. Están arruinados.

—¿Cómo lo sabes?

Rosa sonríe.

Seguramente también ha *hackeado* sus móviles.

—Por eso nos fuimos a Tailandia. No tenían dinero. Entonces, cuando el negocio que empezaron allí también fracasó...

—¿Fracasó? Lo vendieron. ¿Cómo pudieron venderlo, si no funcionaba?

—Lo vendieron por menos de lo que valía.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo es que no lo sabes? Los McBrunight pagan por todo aquí.

Lo sé, pero no me había parado a pensarlo. No es normal.

—Intenté comprar algo con la tarjeta de los progenitores.

—Están pelados —anuncia Rosa—. He buscado todas las palabras que significan no tener dinero: sin blanca, insolventes, sin cuartos, a dos velas, sin un duro, pobres, con los bolsillos vacíos, en quiebra, arruinados...

—Lo pillo.

¿Está bromeando? ¿Cree que es gracioso lo que dice?

—La expresión que más me gusta es «estar pelado».

—Las tarjetas de crédito dejaron de funcionar cuando nos fuimos a Tailandia. Se olvidaron de decir al banco que nos mudábamos. Los McBrunight son la última oportunidad para los progenitores. Si este negocio no funciona, David tendrá que volver a trabajar como informático, y ya sabes lo mal que se le da conservar un trabajo.

No sé nada de eso. ¿De qué está hablando?

—Seguramente tendremos que mudarnos con los abuelos. Nos enviarán a una escuela de ricos. Como hicieron con David.

—Le expulsaron.

—Somos mucho mejores que David cuando tenía nuestra edad. Además, a mí me darán una beca. Soy un genio.

No me gusta esta horrible fantasía que está imaginando. Yo no soy un genio. ¿Pagará Papa el colegio y la universidad? Le gusta obtener algo a cambio de su dinero. A mis padres les molesta que me pague el boxeo. ¿Pagará nuestra educación a pesar de que a ellos no les guste? «Habéis fracasado, y tengo que intervenir para arreglarlo todo.»

No quiero vivir con los abuelos. Y por supuesto tampoco quiero que Rosa viva con ellos. Hacen que sus propios hijos se enfrenten, comprándolos, vendiéndolos. Pasar más de una o dos horas con los padres de David me revuelve el estómago.

Podría vivir con una de las tías, pero entonces no habría ayuda de los abuelos, que son los únicos que tienen dinero. Aparte del tío Saul, que nunca nos acogería, y, si lo hiciera, sería peor que estar con los abuelos.

—Arruinados —repito—. ¿Por qué no han dicho nada? No nos han dicho que tengamos cuidado con lo que gastamos.

—Porque siempre lo hacemos. Nos han educado así.

No puedo encontrar un sentido a las palabras de Rosa.

—¿Cómo pueden permitirse dar una fiesta entonces? —Rosa me mira como si fuera estúpido—. ¿Pagan los McBrunight?

Rosa dice que sí con la cabeza. ¿Cómo es posible que mi hermana de diez años sepa más que yo sobre nuestra situación? Porque le gusta espiar. Debe de estar exagerando.

—Lo único que les interesa es impresionar a los McBrunight. Ya te dije que no les importamos. —Desliza su mano en la mía—. Vamos a aprender mates antes de que Geoff se dé cuenta de que no le pueden pagar.

Tira de mi mano y me levanto. Bajamos las escaleras.

—Perdón —me disculpo ante Geoff—. Estoy un poco estresado.

Geoff emite un sonido que podría interpretarse como que me comprende. Su mirada se desvía ligeramente a algún punto detrás de mi oreja izquierda.

Rosa sonrío satisfecha.

—¿Le explicamos los fractales a Che?

Cuando Leilani llega a la fiesta de inauguración con Maya, Verónica y Elon, Rosa y Seimone ya están riéndose en la cocina mientras David prepara otra bandeja con picoteo para los invitados. No tiene aspecto de ser un hombre que está a punto de perderlo todo. Pero también es verdad que David tiene su cara de póker casi todo el tiempo.

Los saludo en la puerta. Verónica y Elon se mueren por conocer a mi siniestra hermana.

—Hola, Seimone —dice Elon.

Seimone le saluda y va hacia Rosa. Maya está detrás de Leilani.

Mi hermana lleva su vestido favorito, blanco con una cinta azul de satén que le rodea la cintura, y guantes azules a juego. El pelo recogido en dos coletas, una a cada lado. Los tirabuzones parecen muelles cuando se mueve. Zapatos negros de charol. Podría ser una niñita de hace un siglo.

Todo el mundo ha proferido «ooohs» y «aaahs» ante su monería, lo cual hace a Rosa brillar.

Nunca parece tan humana como cuando nada en admiración.

—Vaya vestido —dice Leilani.

Rosa tarda un segundo en sonreír.

Elon da un grito ahogado.

—¡Si pareces Shirley Temple! ¿No es encantadora?

No tarda tanto en sonreír a Elon. Rosa hace su típica reverencia.

—Tú también eres encantador —contesta—. Me gusta tu pelo. —Lleva un corte que alterna cuadros lilas y negros. —Y tu camisa también. Es brillante. —La camisa de Elon parece hecha de plata. Rosa alarga la mano para tocarla.

—Este es Elon —digo—. Y ella, Verónica.

Rosa vuelve a hacer su reverencia y ambas lanzan besos al aire.

—¿Eres un chico o una chica?

Eso me habría gustado preguntarlo a mí.

Elon se ríe.

—Ni una cosa ni otra. Las dos. Algo así.

Rosa lanza una breve mirada inquisitiva a Elon.

—¿No lo sabes?

—Oh, claro que sí. Lo que es difícil es encontrar la palabra.

—¿Puedo quedarme con tu camisa?

Elon vuelve a reír.

—Es un poco grande para ti, chiquilla. Buscaré una igual a tu medida.

—¡Sí, por favor! —Rosa se vuelve hacia Verónica—. Eres muy guapa.

—Las bellezas con el pelo rizado deberíamos hacer piña —responde Verónica—. ¿Eres igual que Shirley Temple!

—Tendremos que enseñarle claqué, ¿no, Ronnie?

—Ya sabe —comento, pero no me escuchan ni se acuerdan de que ya se lo había dicho. Leilani hace una mueca.

Rosa saca los hoyuelos y da algunos pasos de claqué para Elon, el cual la imita. Después se les une Verónica.

—Qué festivo —dice Leilani. Casi puedo oír cómo pone los ojos en blanco.

Leilani y yo nos retiramos hacia las escaleras mientras apartan los sofás para convertir la sala en una pista de baile. Las conversaciones se van apagando a medida que los invitados se giran para observar, animar y hacer fotos y vídeos de Elon, Rosa y Verónica bailando mano a mano.

Rosa parece una adorable muñeca rubia.

—Venga ya —murmura Leilani. Hemos subido las escaleras. Seimone está al lado de Gene, en medio de la multitud, viendo presumir a Rosa.

Maya se ha retirado tras la isla de la cocina para ayudar a David con la comida.

—Estás guapo —dice Leilani. Me da palmaditas en la manga de mi camisa de Spool—. Me alegro de haberte comprado también la verde.

—Gracias —contesto, pero la idea de que Sally y David se lo deben todo a los McBrunight me hace sentir incómodo. Si hago cabrear a Leilani, ¿cambiarían las cosas para nuestros padres? ¿Cómo de precario es este montaje?

Sally y David no se han fijado en mi ropa, lo cual no es de extrañar. Rosa sí. Me ha dicho: «Bonita camisa». Ella se da cuenta de todo.

—Me cae remal tu hermana.

¿«Remal»? Me pregunto si es un americanismo o un «leilanismo». Seguramente lo último.

—¿Sabes que las gemelas no se hablan? Desde hace días. —Está observando a Rosa—. Nunca habían estado sin hablarse.

—Rosa... —No sé cómo acabar la frase.

—La mayoría de la gente no se da cuenta, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Hace la pelota sin parar con su imagen de niñita adorable.

—Bueno, solo tiene diez años. —¿Por qué quiero defenderla?

—Nada menos que claqué. Me pregunto si Shirley Temple era igual y aterrorizaba a todo el mundo cuando la cámara no estaba grabando. Seguramente se sabría, ¿no? Sí que se sabe lo horribles que eran Joan Crawford y Bing Crosby. Dios mío, ¿cómo la aguantas?

—A veces no puedo aguantarla. Pero es mi hermana.

—¿Qué va a utilizar cuando sea demasiado mayor para desplegar la táctica Shirley Temple?

—Ya encontrará algo.

—No le cuesta nada, ¿no? La mayoría de la gente se muere porque les adulen. No pueden distinguir si la adulación es falsa. Elon y Ronnie se la han tragado.

—Tú estudias interpretación. ¿No son todos los actores así?

—La mayoría. Elon vive para llamar la atención y que le halaguen. Yo no. Siempre he sabido lo que valgo. Elon no.

Supongo que es necesario, cuando empiezas tu propio blog sobre la industria de la moda con doce años. Yo también sé lo que valgo. Nunca he buscado la aprobación como otros niños.

Rosa tampoco necesita halagos. Simplemente cree que se los merece.

—¿Verónica es como tú o como Elon?

—Es un término medio. Bueno, no, eso no es cierto. Creo que ansía que la halaguen tanto como Elon, aunque él no lo disimula, no le da vergüenza, pero Ronnie sabe que no debería desearlo tanto.

Los tres hacen una reverencia. Debería alegrarme de que mi hermanita se lo esté pasando tan bien. Pero ahora tengo la impresión de que Verónica y Elon son fáciles de manipular.

—¿Actuar no tiene algo que ver con ser el centro de atención? ¿No te gusta serlo?

—Sí que me gusta, pero no me muero por conseguirlo. Puedo actuar sin que haya un público delante. Estos dos necesitan sentir la devoción del público. Si se lo dijera, lo negarían. Nunca le he explicado esto a nadie. —Me mira con el rabillo del ojo—. No eres como pensaba.

—Gracias, supongo que es algo positivo. Rosa también lo negaría — prosigo—. Necesita atención. Necesita gente. Le gusta, pero no tiene ningún efecto sobre la opinión que ella tiene de sí misma.

—Es espeluznante pensar cómo será de mayor.

—Ya.

—Rosa hace con Seimone lo que quiere. Han excluido a Maya de todo. No es que ella quiera estar con Rosa, pero aun así es muy feo.

Maya está llevando una bandeja de verduras troceadas y salsas para mojar, que parece casi más grande que ella.

—Che —me llama David—. Tus amigas Sid y Jamie están aquí.

Sojourner está en la puerta, con un vestido rojo ceñido con un cinturón negro y el pelo en forma de aureola. Me parece que mi corazón se ha saltado algún latido.

Leilani me da un codazo.

—Sid sabe arreglarse.

Me he puesto en pie, con los ojos fijos en Sojourner.

—¿Es amor? —pregunta Leilani mientras bajo las escaleras. Sojourner sonrío y noto que el corazón me da un vuelco.

—¡Ey, Soj-Sid! —digo—. Me alegro de que hayáis venido.

«Me encantó que me besaras anoche.»

No estoy seguro de si debo darle la mano o besarla en la mejilla. De modo que me quedo inmóvil sonriendo durante lo que se me antojan horas. Alarga el brazo con el puño cerrado y lo chocamos. Piel contra piel.

—¿Dónde están tus madres? —digo, tal como las llama ella.

—Mi madre tiene un mal día y Mamá ha decidido quedarse con ella. Me han pedido que os diga que sienten no poder venir.

—Lo siento.

—A veces pasa. —Se encoge de hombros.

—Hola —dice Jamie. Había olvidado que también está delante de mí. Sonríe de un modo que da a entender que se ha dado cuenta y le parece divertidísimo—. ¡Eh! ¿Ese es Elon?

—¿Conoces a Elon?

—Claro. Elon es famoso en los clubs. Pero no me conoce. Voy a presentarme. Nos vemos luego, Sid. Ah, y se me ha olvidado decirle a tus madres que hoy seguro que me quedo en casa de papá.

Sojourner hace un gesto con la cabeza para darse por enterada.

—Se lo diré.

Me pregunto por qué las madres de Sojourner tienen que saber lo que hace Jamie. Se me debe de notar, porque Sojourner me da una explicación:

—Jamie vive con nosotras casi siempre. Sus padres se separaron. Su madre vive en Queens, después de la última parada de la línea F. Su padre vive en Nueva Jersey. Ella se mudó con nosotras para poder seguir asistiendo al mismo colegio. Bonita camisa. —Roza brevemente el cuello de la camisa—. Qué suave. Hace que tus ojos casi parezcan verdes.

—Gracias. Bonito vestido. Estás guapísima.

—Gracias. —Sonríe, y mi corazón acelera de nuevo.

Es absurdo.

—¿Quieres tomar algo?

—Claro —dice, mientras la acompaño hasta la isla de la cocina—. ¿Tienes *bourbon*?

—Mmm... —Miro de reojo a mis padres y pienso si les parecerá bien ofrecer alcohol a una menor.

Me da un codazo.

—¡Es broma! No bebo alcohol. Un zumo sería estupendo.

—Hay de piña, naranja, mango, pera y fresa.

—¿Todos los sabores mezclados o cinco a elegir?

—Cinco —contesto—. Mi padre cree que mezclar los sabores es una aberración. Pero eso no evita que lo hagamos.

—Entonces piña y mango —dice Sojourner—. En aras de la rebelión.

Sally está hablando con dos mujeres que no conozco. Les da un discurso sobre la belleza. Las mujeres mueven la cabeza con aprobación.

—La belleza es un arma —les dice— que nos hace comprar cosas que no necesitamos y que nos hacen sentir que nunca seremos tan bellas como podríamos. ¿Sabíais que las cremas blanqueadoras de la piel suponen un negocio multimillonario en todo el mundo?

—Es gracioso oír hablar así a tu madre de belleza cuando podría salir en la portada de una revista.

—Tal vez para mujeres mayores —respondo citando a Sally, cuando habla de que generalmente se considera que las mujeres dejan de ser bellas a los treinta, o los cuarenta, si tienes dinero—. Dice muchas cosas así.

—Mis madres también.

—Ya —continúo—. La maldad del capitalismo.

—La cultura consumista. A mi madre seguro que le encantaría dar un sermón sobre eso.

Sojourner da un sorbito al zumo y echa un vistazo a su alrededor. Hay mucha gente guapa con ropa cara. Pienso qué estará mirando.

—No sabía que tu familia era rica.

—No lo es. —De repente me doy cuenta de que llevo una camisa de mil dólares.

Tuerce los labios con incredulidad.

—¿En serio? Nunca he visto un apartamento tan grande.

Me pregunto cómo reaccionaría si la llevara a casa de los McBrunight.

—Es alquilado. —Casi le digo que no pagamos nosotros, pero me da vergüenza.

—Bueno, de acuerdo, eso demuestra que no eres rico. —Se ríe—. Por supuesto que es alquilado. Todo el mundo en Nueva York tiene que alquilar.

Pero estoy segura de que tus padres pagan más al mes por este apartamento que lo que pagan mis madres en un año.

No tengo ni idea de cuánto cuesta el alquiler. Me pregunto si mis padres lo saben. ¿Se sentirán como niños porque pagan los McBrunight?

—Nosotras pagamos 480 al mes. Es un alquiler social, por supuesto. Tenemos cinco habitaciones, contando la cocina y el baño. El piso entero cabría en esta sala.

—Lo siento —digo, aunque no sé por qué tengo que pedirle perdón. Me muero de ganas por decirle que nada de esto nos pertenece. Que estamos pelados. Rosa tiene razón: es la mejor expresión para definirlo.

—¿Por qué? Nuestro apartamento está bien. Aunque no sea deslumbrante como este, pero eso no es culpa tuya. Lo único que te falta es hacerte con una camiseta que ponga «chico blanco rico» para que tus amigos normales no se asusten.

—¿No te habías dado cuenta de que soy blanco?

—Que simpático.

—Buscaré una camiseta como la que dices. Y perdón si te he ofendido.

Sojourner se ríe.

—Tendrás que esforzarte más. Me refiero a que ya me has dicho que creer en Dios es una tontería y no has conseguido ofenderme.

—¿No he dicho eso!

Sonríe ampliamente.

—Este apartamento solo tiene siete habitaciones —comento, pensando en la cantidad de estancias de la casa de los McBrunight.

—¿Si podéis hacer un espectáculo de claqué en la sala! En la de mi casa no puedes ni menear los hombros. —Vuelve a reírse—. No me malinterpretes, tenemos un piso bonito y estamos en el quinto. El sótano y la planta baja se inundaron dos veces en los últimos años. ¿Qué zona de evacuación es esta?

No tengo ni idea de qué me habla Sojourner. ¿Por qué habla tanto? ¿Estará pensando en el beso de anoche?

—Cuando viene una tormenta hay que saber en qué zona estás. La 1 es la peor. En la última tormenta no pudieron salir del edificio durante días. Menos mal que estábamos en casa de la prima Isa en Jersey City. Seguramente no estáis incluidos en ninguna zona de evacuación, lo que significa que no hay riesgo de inundación. Aunque eso no os protege de los apagones.

—¿Apagones? —repito. Creía que solo había apagones en Bangkok.

Sojourner se ríe.

—No sabes nada de esta ciudad, ¿no?

—Pues no. Es la ciudad de las películas. Con humo en las calles.

—No es humo, es vapor.

—¿En serio? ¿No son efectos especiales?

Más risas.

—Es el sistema de calefacción. Por las cañerías circula vapor caliente. Te lo enseñaré.

Sojourner me coge de la mano y sorteamos los corrillos de personas. Noto su mano cálida y callosa. Puedo sentir la leve presión que ejerce por todo el cuerpo, hasta llegar a la ingle.

La exhibición de claqué ha acabado. Todo el mundo aplaude. Me uno con pocas ganas al aplauso, Sojourner muestra más entusiasmo.

Nos detenemos ante un calefactor situado bajo la ventana. Me suelta la mano y tengo que reprimir las ganas de volverla a coger entre las mías. Se inclina hacia delante cerca de donde yo estoy. Puedo oler el mango y la piña en su aliento.

—Este es un aparato de lujo —informa. Su boca está muy cerca de la mía—. Pero es el mismo diseño que el del nuestro. El vapor viene por esa cañería y llena el calefactor, de forma que ambos elementos calientan el piso.

—Ajá —digo, mientras me quedo mirando su nuca.

—Como este aparato es nuevo se puede desconectar. ¿Ves?

Vuelve a mirarme. Claro que veo. Sus ojos concentran todos los tonos de marrón, desde casi amarillo a casi negro.

—La única forma de regular el nuestro es abrir la ventana. A veces hace tanto calor que tenemos que abrirla aunque afuera haya ventisca.

—Eso debe de ser una lata —digo, porque tengo que decir algo.

—¿Qué hacen exactamente tus padres? Me refiero a que cómo pueden pagar un sitio como este y pagarte un millón de clases en el gimnasio. Yo doy clases allí, y me hacen descuento, y casi no puedo pagarlas. Pero tú casi vives allí.

No sé qué decir.

—¿Qué hacen?

—Inician negocios. El más exitoso fue SunPow. Un nombre estúpido. —Ya no estoy seguro de que sea cierto lo que digo. ¿Seguía siendo un buen negocio cuando mis padres lo vendieron? ¿O se convirtió en un éxito después? Si era tan bueno, ¿por qué están arruinados?—. Es un generador de energía solar barato. La gente lo usa para ir de acampada. Por cada uno que se vende se envía uno idéntico a gente que vive en zonas remotas por todo el mundo y que no puede permitirse comprar algo así. Otro de sus negocios fue una unidad de condensación para recoger agua incluso en los lugares más áridos. Han hecho un montón de cosas parecidas.

—Deben de ser buena gente.

—Sí que lo son. Pero no son ricos. La mayoría del dinero va al siguiente negocio, financiar otras organizaciones, algunas para la alfabetización, luchar contra la malaria... —No acabo la frase. ¿Por eso es por lo que se han quedado sin dinero?—. Han alquilado este apartamento y han dado esta fiesta para conseguir dinero. ¿Ves cómo deambula David? Está trabajándose a los invitados para intentar ganarse a todos los que pueda.

Observamos a David hablando con una pareja mayor. Ambos parecen extasiados.

—Tu padre sabe desplegar todos sus encantos, ¿no?

Digo que sí con un gesto.

—Tiene que hacerlo. Algunas de las personas que hay aquí son un chollo. Superrricos.

—¿Como la pareja a la que está encandilando tu padre?

—Sí. ¿Por qué me be...? —empiezo a preguntar.

—¿Sid también baila? —pregunta Rosa, y casi doy un respingo.

—Por supuesto.

—¿Quieres bailar conmigo? —insiste mi hermana, deslizando su mano en la de Sojourner.

Rosa se gira hacia mí sonriendo mientras se lleva a Sojourner, y durante una fracción de segundo pienso en cómo sería mi vida si ella no existiera. Nunca lo había deseado tan intensamente.

Sea lo que sea que está maquinando, no voy a permitirlo. Intento de nuevo buscar la manera de advertir a la gente sobre Rosa sin tener que decir: «Creo que mi hermana es una psicópata».

Sojourner se mueve igual de bien bailando que boxeando. Elon y Verónica también danzan, haciendo el tonto, pero se ve que son buenos bailarines. Sally y Lisimaya se han animado también.

Voy hacia las escaleras, haciendo gestos de aprobación con la cabeza y sonriendo mientras paso al lado de gente que no conozco. Alguien me pone la mano en el codo.

—¿Quieres bailar conmigo?

Sé que es Sojourner antes de darme la vuelta. Sonrío, porque no quiero estropearlo con palabras. Nos desplazamos hasta la pista de baile improvisada. Sigo sus movimientos como si fuera un ejercicio, una *kata*.

Solo tengo ojos para ella. Sojourner me llena de tal sensación de liviandad que, si así es como se siente la gente que cree en Dios, iré con ella a la iglesia todos los domingos.

Leilani, Verónica, Elon, Jamie y yo vamos a Coffee Noir, donde trabajan Verónica y Elon. Todo el personal los conoce. El camarero no para de servir chupitos gratis de algo verde, atiborrando a Jamie, Elon y Verónica. Leilani sigue bebiendo agua del grifo, como yo.

Elon y Jamie discuten sobre quién es más neoyorquino auténtico.

—¡Solo puedo permitirme vivir aquí porque me lo ha subarrendado mi tío!
—dice Elon—. ¡Es un alquiler social!

—¡A nosotros nos han quitado el alquiler social! ¡Ahora mi madre vive en la zona de Queens que apenas aparece en el mapa!

—No chilléis. —Leilani pone los ojos en blanco—. Me está entrando dolor de cabeza.

Elon y Jamie bajan la voz y se acercan, tanto que podrían besarse.

—Van a seguir así toda la noche —comenta Leilani en un aparte—. Amor verdadero.

—¿Seguro que no queréis un chupito? —nos pregunta Verónica—. Son buenísimos.

Niego con la cabeza. Leilani dice que no.

—Leilani nunca bebe en público —susurra Verónica en voz alta—. Por si alguien le hace una foto y después tiene problemas.

Es extraño recordar que Leilani es una especie de famosa.

—Te gusta mucho esa tal Sid, ¿no? —pregunta Verónica, acercándose demasiado a mí. Su aliento huele empalagosamente dulce.

—Mmm.

—Entrenan juntos —informa Leilani—. Sid es boxeadora. Ya ha participado en dos combates de categoría *amateur*.

Me pregunto cómo puede saber eso Leilani, pero luego me acuerdo de que se sentaron juntas en el restaurante coreano.

—Boxear —dice Elon con un estremecimiento.

—¿Ganó los combates? —pregunta Verónica.

—Los dos —responde Jamie.

—Eso explica por qué tiene esos hombros —comenta Verónica—. Debería empezar a practicar boxeo para conseguir modelar mi figura como ella. —Lanza algunos puñetazos al aire—. ¿Por eso te gusta, Che? ¿Porque es una boxeadora?

No quiero hablar de Sojourner. Hablar de ella destruiría eso tan frágil que hay entre nosotros. Nos hemos besado, dado la mano, bailado. Y su mejor amiga está ahora mismo delante de mí.

—Creo que te gusta porque su piel es muy oscura. Te parece exótica, ¿no? —dice Leilani. Está sonriendo dando a entender que me está tomando el pelo, pero me siento como si me hubiera dado una bofetada.

—Por supuesto que no —contesto.

Nunca he dicho que Sojourner fuera exótica. Solo he hablado de ella con Georgie. ¿Lo he pensado? Sojourner tiene la piel más oscura que cualquier otra chica que me haya gustado. O que haya conocido.

—¿Te excita el contraste de tu piel blanca como el culo de un bebé con su piel de ébano? —pregunta Elon.

—No —respondo. Todos me están mirando. Jamie también. Me mira fijamente como si intentara leerme el alma, descubrir si voy a hacer daño a su mejor amiga.

Apenas nos hemos tocado y sí, me excité. ¿Cómo hubiera podido evitarlo? Es Sojourner.

—Eres un borracho malvado, Elon —dice Verónica.

Tengo la sensación de estar justo en un abismo preexistente donde Leilani y Elon están a un lado y Verónica en el otro.

—¡No estoy borracho!

Verónica se ríe.

—¡Ja! Entonces no niegas que eres malvado. A Che le gusta. Hay gente que se atrae.

Mira alternativamente a Jamie y Elon. Ella se toma de golpe el resto del chupito y hace señas a su amigo para que le ponga otro.

Sus preguntas realmente me hacen sentir mal. Pero lo que me preocupa es si hay algo de cierto en ellas. ¿Me parece Sojourner tan guapa porque no se parece a las otras chicas que me han gustado? Aunque en realidad se les parece mucho, según Georgie. Siempre me atraen las chicas altas, fuertes y musculosas.

—A veces las personas simplemente se gustan.

—Dice la chica blanca —interviene Leilani—. A muchas personas les gusta porque creen que el hecho de ser coreana me hace ser recatada, inocente y otras tonterías semejantes. —Hace un gesto de paciencia con los ojos—. Una chica quería que me pusiera el traje típico nacional. ¿Os lo podéis creer?

—¿A quién te refieres? —pregunta Elon—. ¿Recatada? ¿Tú?

—Si no pareces siquiera coreana —dice Verónica—. No eres coreana; naciste aquí. Tu madre es blanca.

—¿Otra vez lo mismo? Ronnie, ¿no podrías ser aún más blanca?

—Espera. ¿Estás diciendo que solo ves en mí que soy blanca y no que soy una... —Verónica busca la palabra adecuada—... persona? —Su voz se alza triunfante, como si su argumento fuera devastador.

Elon parece triste. Verónica seguramente cree que eso significa que está de acuerdo con ella, pero me parece que no es así. Jamie está poniendo los ojos

en blanco también.

—¡Si te gustara de verdad —dice Verónica, bebiendo de un trago el siguiente chupito—, no te darías cuenta de qué color es mi piel!

Elon y Leilani intercambian miradas. Jamie resopla.

—Debo de tener una obsesión fetichista por las chicas blancas para aguantarte. —Leilani se gira hacia Elon y Jamie—. Ahora mismo no puedo escuchar nada más. Vámonos.

Se ponen en pie. Elon tropieza y Jamie le ayuda a recuperar el equilibrio. Me levanto un poco del asiento.

—Nos vemos, Che —dice Jamie—. Tienes que educarla.

Me hundo en mi asiento en cuanto se van, sintiéndome más blanco que en toda mi vida.

—¿Qué pasa? —pregunta Verónica. Se medio incorpora del asiento y luego vuelve a sentarse—. Dios mío. ¿Por qué tiene Leilani que relacionarlo todo con el color de piel? No es realmente coreana.

—Tú has sacado el tema. —Noto la cara ardiendo. Odio que Leilani crea que soy igual que Verónica. Por lo menos Jamie no piensa así. Pero lo que menos me apetece hacer ahora mismo es educar a Verónica.

—Pues no es coreana.

—El aspecto de Leilani es una mezcla de sus padres. Hay mucho de su padre en ella. Habla coreano. Ha pasado mucho tiempo allí. Corea significa mucho para ella.

Verónica hace un gesto como para borrar mis palabras.

—La mayoría de la gente cree que es blanca. Y tiene que decirles que no lo es. Si no dijera que es coreana, nadie se lo plantearía.

—Si Leilani dice que es coreana-americana, eso quiere decir que es importante para ella. Ponte en su piel. —Muestra empatía.

Verónica me mira fijamente.

—¿Cuánto hace que conoces a Leilani? ¿Tres minutos? Déjame decirte algo sobre Leilani McBrunight: es puro teatro. Consigue más dramatismo si insiste en el rollo de sus raíces coreanas. Como su espectacular salida ahora mismo. Su padre ni siquiera fue educado como un coreano. ¡Era adoptado! Lo adoptó una familia americana normal. No fue a Corea por primera vez hasta que tuvo unos doce años. Elon es mi mejor amigo, no el suyo. ¿Por qué se ha ido con ella? ¿Por qué siempre hacen piña?

Desearía que se callara.

Apura otro trago y se me ocurre que se han ido sin pagar. Mierda.

—No todo tiene que ver con la raza. La gente es gente, ¿sabes?

—¿Y Elon? —pregunto.

—¿Qué pasa con Elon?

—¿Crees que Elon es en realidad un chico?

—¿Qué? No. Claro que no. Elon es Elon.

—¿Qué dirías de la gente que insiste en querer saber si Elon es un chico o una chica?

—Que son estúpidos.

—Entonces ¿es Elon quien debe decir quién es Elon?

—Ajá.

—Somos los únicos que sabemos quiénes somos, ¿no? No la demás gente.

Verónica dice que sí con la cabeza. Pero no estoy seguro. Me siento como si estuviera adentrándome en un terreno resbaladizo. Si yo declarara que soy un *cowboy*, eso no me convertiría en uno. Esto es distinto. Intento dilucidar por qué.

—Entonces, si Leilani dice que es coreana-americana, será porque lo es. —
Verónica apura otro trago.

—Si Leilani dejara que la gente diera por sentado que es blanca, ¿no sería más fácil para ella?

—Ya te lo he dicho: le encanta el drama. Le gusta sentirse especial.

—¿Es por eso que Elon dice que no es ni chico ni chica?

—Eso es diferente.

—¿Lo es? ¿No te parece que el hecho de que la gente cuestione quién eres puede hacerte sentir molesto, más que especial?

Verónica se desinfla. Puede que se deba a que está pillando lo que le digo, o que está a punto de caer inconsciente.

—Leilani es especial, esa es la verdad —afirma Verónica, como si fuera algo malo—. Es más lista, más equilibrada, más todo. Empezó con Neophyte cuando tenía, no sé, siete años. En todo lo que hace es la mejor. Nunca me había dado cuenta de, no sé, de lo tonta que soy hasta que la conocí. Solo quiero ganar una discusión. Por una vez. No lo he conseguido, ¿verdad?

Niego con la cabeza. ¿Por qué hace tanto tiempo que Leilani está con Verónica?

—Siempre la cago. Me va a dejar.

Verónica tiene ahora la cara roja. Está llorando. Le paso una servilleta.

—Además es mucho más sexy que yo —articula entre sollozos—. ¡Me paso el día pensando en ella!

El camarero nos trae un vaso de agua.

Empezaba a pensar que Verónica es como Rosa, pero no es cierto. Mi hermana nunca cree que alguien pueda ser mejor que ella.

—Tu hermana no es nada rara —espeta de pronto Verónica.

No puedo evitar que me recorra un escalofrío. Como si solo el hecho de pensar en Rosa la hubiera traído a la conversación.

—Tú y Leilani decíais esas cosas de ella porque estabais fumados, ¿no? Porque es una niña encantadora. No deberíais faltarle al respeto de ese modo. Además es una bailarina fantástica. Vamos a actuar juntas.

—Estás borracha.

Verónica se ríe.

—Un poco. Solo discutimos cuando bebemos.

—Leilani no estaba bebiendo.

—Cuando una de las dos bebe. Dios mío, tienes razón. Solo trato de hacerme la lista cuando bebo. Elon estará cabreadísimo conmigo cuando llegue a casa. Me dirá todo lo que he hecho mal, y por qué estaba mal, y ¡puf! ... y yo pensaré por qué Elon no puede ser siempre enrollado. Soy una mala persona.

Se limpia la cara con la servilleta ya mojada.

—Nadie puede ser enrollado todo el tiempo. Ahora mismo no estás siendo nada divertida.

—¡Maleducado! —exclama Verónica, pero me está sonriendo—. Es verdad. Les gusta profundizar en temas y cagarse en todo y yo... yo no soy así. Pensar en cosas así me hace sentirme incómoda. ¿Te gustan las chicas blancas también? ¿O solo las negras? ¿Crees que soy guapa?

Le importa lo que pienso de ella. A Rosa no. ¿Por qué eso me hace apreciarla menos? Verónica seguramente sería menos insufrible si se pareciera más a Rosa. Dios no lo quiera.

Cuando llego a casa solo quedan unos cuantos invitados, entre ellos Gene y Lisimaya. Están sentados en el sofá con mis padres, gesticulando con los brazos, aferrándose a sus copas de vino.

Me saludan rápidamente y regresan a su importante conversación.

Abro la puerta de mi habitación y veo a Rosa, en mi cama, con las piernas cruzadas, con su vestido de fiesta.

Aunque hubiera puesto el pestillo, no habría conseguido que no entrara. Necesito un cerrojo con llave.

Le doy la espalda, hago como si estuviera mirando algo en el ordenador y pongo a grabar el teléfono. Luego hago girar la silla.

—¿Dónde está Seimone?

—Suzette se llevó a las gemelas a casa.

—¿Las gemelas? Seimone no se comporta como si siguieran siendo gemelas.

—Eso es una tontería, Che. No pueden dejar de ser gemelas.

—¿Por qué ya no habla con Maya entonces?

Rosa se encoge de hombros.

—Supongo que están peleadas. Ya sabes, es algo que pasa entre hermanas. Me ha gustado la fiesta. Me gustan Elon y Verónica. Especialmente Elon. Me gusta que no sea un chico ni una chica. Nunca había conocido a alguien así. No es lo mismo que los *ladyboys* de Bangkok; a ellos les gusta que les digan que son chicas. Elon ha dicho: «Elon es Elon, y no una chica o un chico, y con toda seguridad tampoco es neutro. Porque nadie es neutro». Elon dice que la mayoría de la gente le supone un género, y luego se enfadan porque se

equivocan. Nadie adivina nunca que Elon no es una chica ni un chico. Yo no me enfadé. ¿Tú te enfadaste?

—¿Porque Elon no sea una chica ni un chico? No. Solo me confunde.

—Elon me dijo que a sus padres no les importa. Cuando tenía cinco años su madre le dio esmalte de uñas y una tiara porque es lo que Elon quería. Su padre le pagó las clases de baile. Le dijeron que no tenía por qué elegir entre ser un chico o una chica, si no quería hacerlo.

—Deben de ser unos padres fantásticos.

—¿No crees que Elon es raro porque es diferente?

Siento una punzada. Cuando hace esa clase de preguntas... No puedo caer en la trampa. No puedo permitirme decir nada que le permita zafarse de sus promesas. «Pero tú dijiste...»; o «Creía que eso quería decir que...», dirá cuando tenga la oportunidad, haciendo alarde de toda su inocencia.

—Todo el mundo es diferente de un modo u otro —afirmo.

Rosa me está mirando como si quisiera aprovechar algo en la expresión de mis músculos faciales.

—Yo también soy diferente —murmura—. Casi tanto como Elon.

No contesto. No son diferentes en el mismo sentido. Elon no es un monstruo.

—Soy una chica, eso seguro —declara, haciendo que se balanceen los tirabuzones, poniendo el tono de voz que usa con nuestros padres y el resto del mundo: alegre, infantil, inofensivo—. ¿Tú crees que eres un chico?

Digo que sí con un gesto.

—Pero no soy como las otras chicas. O los otros chicos. Tengo algo que casi nadie tiene.

Espera que le pregunte a qué se refiere. No voy a hacerlo.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí. Lo único que haces es fastidiarme. Después de matar la cobaya de Apinya me prometiste que dejarías de hacerlo.

—No maté a...

—¿Qué quieres, Rosa?

—Que volvamos a ser amigos. No me cuentas nada. Tú sabes mis secretos. Quiero saber algunos de los tuyos.

—No sé todos tus secretos.

Rosa sonrío y se eriza el vello de todo mi cuerpo.

—Es verdad. Pero tú tampoco me cuentas ninguno. No es justo.

—No confío en ti, Rosa. Engañas a tus amigos para que hagan cosas que no quieren hacer. Estás haciendo lo imposible para volver a Seimone contra Maya.

—Maya es mala. Sería mucho más fácil si estuviera muerta. Seimone desea que se muera.

—Dios mío, Rosa, no puedes matar a Maya.

Rosa no dice nada.

—Si matas a Maya, te encerrarán.

Sigue en silencio.

—Eres lista. Pero incluso a los asesinos más inteligentes les pillan algún día. Deberías leer sobre ello.

—Ya lo he hecho. A algunos los pillan. Hay muchos asesinatos sin resolver. Me toca el turno del silencio.

La cara de Rosa sigue inexpresiva. Sin hoyuelos. Sin sonrisa. Sin fruncir el ceño. La boca se me llena de bilis. Nunca he creído de verdad que pensara matar a alguien. Tiene diez años.

—Quieres vivir en este mundo con las menos limitaciones posibles, ¿no?

Rosa dice que sí con la cabeza.

—Si matas a Maya, ¿qué crees que pasará? Eres diferente. Ya tienes que esforzarte para disimular ante los demás, y aun así algunas personas no quieren estar contigo.

—Como Maya. —Rosa frunce el ceño—. Pero estoy mejorando en parecerme a los demás. Ya me has visto en la fiesta: hablé con todo el mundo y les caí bien. Les decían a Sally y a David que tengo mucho talento.

—Tal vez simplemente estaban siendo educados. Seguro que algunos estaban pensando que eres una presumida y que a ver cuándo acababas de bailar claqué. Algunas personas sospechan. Haces que se les pongan los pelos de punta.

—¿A ti también te pasa?

«Sí —desearía decirle—. Especialmente en momentos como este, ahora que estás hablando tan tranquila de matar gente, y tu voz y tu cara demuestran la misma emoción que las de un robot. Me das mucho miedo.»

En lugar de eso me limito a decir:

—Te conozco desde siempre.

—¿Crees que soy un demonio?

Me echo a reír dando a entender «qué absurdo». Pero no lo es. Con demasiada frecuencia me da miedo pensar que algunas personas nacen malvadas, son mala gente, y no se puede hacer nada excepto quemarlas.

—No tienes demasiada empatía. Hay un millón de teorías de por qué algunas personas tienen poca empatía. Teniendo en cuenta el entorno...

—Yo nací así —afirma con seguridad—. Pero no porque me falte algo, sino porque soy más inteligente que todos los demás. La empatía impide entender el mundo. Es un obstáculo.

—No —mascullo—. No lo es. —Aunque parezca melodramático, sus ojos son fríos. Azul glacial. Como los del tataratatarabuelo o lo que sea de la foto—. Tu corteza insular anterior está dañada o poco desarrollada. No eres más lista que los demás. Eres más fría.

—Soy diferente. Creo que soy mejor. Tú no. Pero estamos de acuerdo en que soy diferente.

—Sí.

—Quizá no disfrutaría si matara a alguien.

No se me ocurre qué decir.

—O tal vez sí, pero por lo menos ya lo habría hecho y no tendría que volver a hacerlo. Me aburro de todo muy rápido, ya lo sabes.

—Te he visto sentada matando hormigas durante horas.

Se encoge de hombros.

—Era divertido. La diversión no es aburrida.

—Las cosas que están mal te parecen divertidas.

—Y a ti te parece divertido pegar a la gente.

—Eso es distinto. Los boxeadores quieren pelear y dan su consentimiento.

—Tú eres el que dice que hay algo malo en mí porque me gusta la violencia, pero a ti también te gusta.

—Hay algo malo en ti porque no te importa nada. A mí sí me importa la gente. He cuidado de ti toda la vida. Te cambiaba los pañales. Te cogía, cuidaba y protegía, y te enseñaba cosas. Te quiero. Incluso sabiendo todo lo que sé de ti, te quiero. ¿Me quieres?

Quiero saber si siente algo por mí, o por Sally y David. ¿Han tenido algún efecto en ella todos los años que la hemos querido?

—Tú eres útil. Eres mucho más interesante que Sally y David. Ellos solo traen el dinero. O lo hacían hasta ahora. Los necesitaba. Cuando los McBrunight dejen de apoyarles, como están arruinados, el dinero lo pondrán los abuelos. Hasta que pueda ganarlo yo. No puedes existir sin dinero.

Se me ocurre únicamente que el tío Saul apoyaría fervientemente esa afirmación.

—¿Quieres a alguien?

—No estoy segura de entender qué es el amor. Es como ser bueno: nadie me lo ha explicado bien. Me encanta el helado. Adoro el ajedrez y las mates. Me

gusta conseguir lo que quiero. Conseguir hacerme con cosas. Pero no siento eso por las personas. Las personas son útiles o no. Tú eres útil, Che. Pero no creo que eso sea amor.

—No lo es.

—¿Tú quieres a Sid?

No voy a responder eso.

Rosa sonrío satisfecha.

—Me gusta que los demás me quieran. Me gusta la sensación de ser amada. Me hace más fácil que la gente haga lo que yo deseo.

Ahora sonrío con una sonrisa tan cálida y encantadora como la de David. Aparecen los dos hoyuelos. Los ojos ya no parecen fríos. Siento que respondo con una sonrisa y aprieto los labios para evitarlo.

Sonríe aún más. «¿Ves qué fácil me resulta cautivar a la gente? Tan fácil como sacar los hoyuelos.»

—¿Qué quieres, Rosa?

—Quiero ser capaz de hacer lo que desee. Pero hay demasiadas cosas que quiero hacer y que no me dejan hacer. Me gusta ver a la gente asustada, sufriendo, borracha o enfadada. Me divierte.

—¿Por qué?

Hace un gesto dando a entender que no lo sabe.

—¿Por qué no sientes el dolor?

—¡Sí que siento dolor! Si me pinchas, sangro y me duele.

—¿Como Shylock? ¡Venga ya! Pensaba que odiabas Shakespeare.

Rosa repite el gesto de encogerse de hombros.

—Le gusta a otra gente. Es útil para saber cosas. Aunque sean cosas aburridas y estúpidas.

—No estaba hablando de esa clase de dolor, Rosa, sino de dolor emocional. Si te dijera que no te quiero y que no quiero saber nada de ti, no te

dolería.

—Sí me dolería. ¿A quién le haría preguntas de verdad? ¿Quién me ayudaría? Eres el único que me entiende.

—Acabas de decir que solo te importo porque soy útil. ¿Por qué debería hacer algo por ti?

—Estaría perdida sin ti —dice Rosa. Ahora tiene los ojos húmedos y brillantes.

Aunque sé que puede llorar a voluntad, me alegro de verlo.

—Ahora me necesitas. Pero no siempre será así. ¿Por qué no debería dejar de ayudarte desde ya?

—Porque tendría que encontrar a otra persona que lo hiciera. Estoy segura de que Sid lo haría. Le caigo bien. Pero ella no tiene por qué hacerlo. No es mi hermana. Tú tienes que ayudarme y explicarme las normas. Porque no tienen sentido.

—Seguiré ayudándote, Rosa, si dejas de molestarme.

—¿Cómo puedo saber cuándo te estoy fastidiando?

—Puedes empezar por no desear a nadie que se muera.

—Eso no es justo. Me gustaría que Leilani estuviera muerta también. Puedo desear lo que quiera. Todo el mundo desea que alguien en concreto se muera.

Ahora mismo deseo que Rosa estuviera muerta.

—Deja de intentar hacer la pelota a Sojourner...

—Me está enseñando cosas de Jesús. Va de amor y empatía. Deberías estar deseando que aprenda esas cosas.

—No más clases de Biblia. —No quiero que susurre palabras envenenadas a Sojourner.

—Le diré que deberíais salir juntos.

—No me importa. Apártate de Elon y de Verónica.

Hace pucheros con el labio inferior.

—Pero ¡vamos a bailar juntos! ¡Por dinero!

Niego con la cabeza.

—Mis amigos están vedados.

—¿Qué más?

—Deja de intentar poner a los progenitores en mi contra.

—No eres divertido.

—Exacto, no lo soy. Ninguna persona está a tu disposición para que te diviertas con ella.

Rosa no responde, pero sé que eso es exactamente lo que piensa de la gente.

—Si te prometo no meterme con tus amigos o los progenitores, ¿me prometerás que te quedarás conmigo?

Me quedo mirándola fijamente.

—¿Quedarme contigo?

—Necesito que sigas contestando a mis preguntas y me ayudes a ser normal. Estaría perdida sin ti.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Te quedarás conmigo hasta que acabes la universidad?

—No, es demasiado tiempo.

—¿Hasta que acabe la secundaria? No tardaré ocho años —dice Rosa llena de confianza—. Necesito que me ayudes mientras esté en el colegio. Hay dos chicas que dicen cosas de mí en voz baja en la escuela de danza. No sé cómo hacer que paren.

—Te prometo que seguiré ayudándote. Responderé a tus preguntas.

Rosa alarga la mano y nos damos un apretón. Siento náuseas.

—¿Prometes no molestar a mis amigos y no poner a Sally y a David en mi contra?

—Lo prometo.

—¿Y que no harás daño a nadie?

—No puedo prometer eso. No sé qué puede hacer daño a la gente, porque yo no tengo sentimientos y ellos sí. Prometo que no haré daño físico a nadie. Aposta.

Hago un gesto de aprobación con la cabeza.

—¿Y qué hay de matar?

—Ya te prometí que no lo haría, y que no animaría a nadie a hacerlo. No he roto mis promesas.

—Vuelve a prometerlo.

—Vale. No mataré a nadie. No a menos de que esté segura de que nadie me descubrirá.

Sonríe como diciendo: «¿Lo ves? Sentido del humor sí que tengo».

—Eso no es una promesa.

Rosa hace un gesto que muestra indiferencia.

—Era broma. Ya te prometí que no mataría a Maya. Ni a Sid, ni a Leilani, ni a los progenitores o cualquier persona que te importe.

—O cualquier persona, aunque no sea una de las que me importan.

—Vale. Te olvidas de que soy pequeña, ¿cómo iba a poder matar a nadie?

—Rosa da a entender con la mirada que está teniendo mucha paciencia ante mi estupidez y baja de mi cama—. Buenas noches, Che.

Me da un beso en la mejilla y sale de la habitación. Intento encontrarle algún sentido a nuestra conversación. No lo consigo. Me siento como si apenas hubiera sobrevivido a una paliza.

¿Qué me ha prometido?

No meterse con mis amigos. Demasiado ambiguo. Siempre podrá decir que creía que no estaba molestando a nadie. O que no se dio cuenta de que la persona a la que está fastidiando es amiga mía.

No volver a Sally y a David contra mí. También es demasiado impreciso. Dirá: «¿Cómo iba a saber que reaccionarían así?».

Ha prometido también no herir físicamente a nadie. Aposta. Dirá que no era su intención. ¿Y la promesa de no matar? «No a menos de que esté segura de que nadie me descubrirá.»

No voy a poder dormir.

Saco el móvil. Tengo un montón de mensajes. De Leilani, que me pregunta si quiero ir a otro desfile, como si no me hubiera acusado de que solo me gusta Sojourner porque es negra. De Jason, que me pone al día de las peleas con sus padres. De Georgie, que quiere saber si escapé de la chica borracha, y de Nazeem, que me echa de menos porque soy el único que sabría apreciar que ha ganado una discusión con Georgie y necesita contármelo. Estoy a punto de escribir a Georgie para preguntarle cuándo puede hablar (necesito contarle lo que me ha pasado), y justo llega uno de Sojourner.

—Ha sido divertido bailar contigo.

Miro fijamente el mensaje. Toco la pantalla como si de algún modo pudiera tocarla a ella.

—Sí. Amí tb. Me gustó bailar contigo.

Aguanto la respiración. Escribo algo que me da miedo enviar, pero antes de que pueda reprimirme ya lo he enviado.

—Me alegro de que me besaras.

Observo el móvil, esperando que responda, con las manos sudorosas.

¿Y si no responde?

Llega otro mensaje de Naz, y otro de Georgie. No los miro.

¿Por qué no responde Sojourner? ¿Me he pasado? ¿No debería haber mencionado lo del beso? ¿Se supone que debemos hacer como que no pasó nada? Ha sido ella quien ha dicho que le gustó bailar conmigo. Eso probablemente quiere decir algo. No he dicho que quiero que nos besemos otra vez. Ni que no puedo dejar de pensar en ella. Ni que iría cada domingo a

la iglesia para estar con ella. Que lo único que deseo ahora mismo es que nos volvamos a besar. Su boca en la mía, los dedos en contacto. Nuestros...

—Sí. Buenas noches, Che.

¿Sí, que también se alegra de haberlo hecho? ¿O sí, que se alegra de que yo me alegre de que me besara? ¿O sí, «ya sé que te alegras de que te besara»? Lo cual podría querer decir cualquier cosa, incluido que se esté cachondeando de mí.

No creo que lo esté haciendo.

Apago el móvil, lo pongo a cargar, me arrastro hasta la cama, cierro los ojos y duermo, soñando con Sojourner.

Y

Cuando me despierto lo primero que hago es pensar en Sojourner. Enciendo el móvil para comprobar que los mensajes eran reales. Lo son.

Abajo, Rosa está desayunando. David está reclinado sobre la isla de la cocina tomando un café. La tableta de Rosa ocupa el espacio entre ambos. Están conversando con vehemencia sobre algo. Algo sobre ordenadores, o mates, que de todos modos no entendería.

Rosa alza la vista y me saluda sacando los hoyuelos, como si anoche no hubiera dicho: «No mataré a nadie a menos de que esté segura de que nadie me descubrirá».

—No tendremos más clases de mates —dice Rosa—. Te lo dije. —Baja del taburete para darme un abrazo—. Pelados —me susurra.

David frunce el ceño.

—Ahora estáis de vacaciones. En septiembre empezareis en un colegio local.

Rosa me lanza una mirada que significa «te lo dije».

—Si todavía estamos aquí en septiembre.

David la fulmina con la mirada.

—¿A qué colegio me vais a mandar, David? —pregunta Rosa—. Seimone me ha dicho que es difícil entrar en la mayoría de los colegios. Tienes que solicitarlo con años de antelación.

David no dice nada.

—Hoy voy a enseñar ajedrez a Seimone. Ya ha mejorado mucho.

—¿No va al colegio? —pregunto.

Rosa niega con la cabeza.

—Es un colegio privado. Ya están de vacaciones.

—Esa es la razón —me dice David— por la que no vais a hacer más clases. No habéis tenido vacaciones en mucho tiempo y hemos pensado que Rosa y las gemelas así podrán disfrutar juntas de sus vacaciones.

—Y Che podrá disfrutar pegando puñetazos día y noche —añade Rosa, todavía mostrando los hoyuelos.

De camino al gimnasio envió un mensaje a Georgie diciendo que necesito hablar con ella. Son las tantas en Australia, pero suele quedarse despierta hasta tarde.

Sojourner y Jamie están en el colegio. Aunque no les hablaría a ellas de Rosa. No quiero asustar a Sojourner y a Jamie, apenas la conozco.

Mientras corro en la cinta no dejo de pensar en Rosa. Mi cerebro está en un bucle. Ha mantenido sus promesas. Está orgullosa de ello. ¿Por qué tengo la sensación de que cuando dice que no hará daño a la gente que me importa está pensando justamente lo contrario?

Hago estiramientos y luego me obligo a hacer secuencias defensivas. Pero los movimientos no fluyen. Escribo otro mensaje a Georgie. Pasarán horas hasta que se despierte.

Después llamo a Leilani. El mensaje del contestador es típico de ella: «No dejes mensaje. O si quieres déjalo, pero no esperes respuesta. ¿Buzón de voz? ¡Venga ya! ¿Qué te pasa, tío?».

Cuelgo y escribo un mensaje.

—¿Podemos hablar? Es importante.

Me pongo en pie, sacudiendo el cuerpo. Puedo controlarme. Puedo entrenar como es debido.

Suena el móvil. Leilani.

—¿Qué es tan importante?

—Rosa.

—Las gemelas siguen sin hablarse.

—Lo siento.

—Nos vemos en Tompkins Square. Al lado de las mesas de ajedrez. Puedo estar allí en quince minutos.

—Hasta ahora —digo mientras oigo que ha colgado.

Me pregunto por qué Leilani ha elegido las mesas de ajedrez. ¿Sabe algo de la excursión de Rosa?

Cuando llego la veo sentada en un banco, escribiendo en la tableta.

—Ey —saluda, guardando la tableta en el bolso—. Perdona lo de Ronnie. Puede ser horrible. No estaba planeado que te tocara aguantarla.

Me siento a su lado. ¿Una disculpa? La acepto.

—No pasa nada.

—¿Tu nueva novia te ha dejado plantado? Tienes un aspecto horroroso.

—No es mi novia.

—Ah. —Leilani se quita el pelo de los ojos—. Te ha rechazado. Vaya desastre, tío. Aunque en realidad no estás a su nivel, ¿no crees?

—¿Aquí hay niveles para todo? Nadie me lo había comentado.

—Sip. Te apuntan cuando naces y cada seis meses se comprueba si te has vuelto más atractivo. Hay un movimiento increíble en los niveles cuando llega la pubertad, luego se quedan bastante invariables hasta que la gente llega a los deplorables cuarenta, y después el nivel baja paulatinamente hasta llegar al fondo, habitualmente conocido como la muerte.

No me mira.

—Bueno es saberlo. Me alegro mucho de haberme ahorrado ese sistema que no tenemos en Australia.

—Australia también lo tiene —replica Leilani—. Tienen el sistema más basto y anticuado de evitar hablar de ello.

—Qué cruel.

—Bueno, es un enorme espectáculo de terror infestado de cocodrilos y arañas y serpientes venenosas, ¿no? ¿Por qué iban a facilitar las cosas?

Pienso en soltarle mi rollo de «las serpientes de Australia no son tan venenosas realmente».

—Cierto —respondo, en lugar del discurso habitual sobre serpientes.

—¿Entonces? —pregunta, con las manos en el bolso.

—Nada.

—¿No tenías que contarme algo?

—Esperaba encontrarnos en un lugar un poco más privado.

—No podemos ir a mi casa. Demasiado... —No termina la frase—. Demos un paseo. Podemos caminar por el río. No me apetece estar sentada.

Hay algo raro en Leilani. El tono de su voz es más elevado. No puede dejar las manos quietas. No para de tocarse el pelo.

Antes de que le diga que me parece buena idea, ya está caminando. Gracias a que mis piernas son más largas evito tener que echar a correr.

—Habla —me ladra mientras pasamos por el puente de la calle Seis sobre la autopista FDR, que lleva hasta la orilla del río. Dos corredores nos adelantan. La chica arrastra a un perro tras de sí.

—¿Qué pasa? —le pregunto, en vez de hablarle de Rosa.

Acelera el ritmo hasta que parece estar a punto de correr.

—¿Qué te hace pensar...? La condenada Ronnie. —Se detiene. Tropiezo pero consigo no caerme mientras me giro hacia ella—. Mierda. No quiero hablar de ello. —Se golpea los muslos con los puños—. No quiero estar en este lío. ¡Mierda!

Emprende la marcha de nuevo y empieza a correr. Mantengo el ritmo. Acelera. Yo también. No puedo evitar pensar en cuando corría con Sojourner, aunque Leilani no corre ni mucho menos tan rápido como ella. Hacemos una pausa en la punta de la isla, donde se puede coger el ferri a la Estatua de la Libertad. No he visto ninguna de las atracciones de Nueva York. No he subido a la terraza del Empire State.

Leilani se deja caer en un banco. Me siento a su lado.

—Por lo menos jadea un poco. Cabrón.

Empiezo a jadear como un perro. Me da un desgano puñetazo en el hombro.

—Debería estar más en forma. Antes salía mucho a correr. Verónica me ha puesto los cuernos.

—Lo siento. Vaya mierda. ¿Cómo te has enterado?

—Me lo contó anoche mientras se tambaleaba, cuando rescaté su ebrio culo de Coffee Noir. Debería haberla dejado allí. Dios mío, Che, es una imbécil. ¿Sabes con quién se acostó? Con el director de una obra fuera de Broadway. ¡Ni siquiera le ha dado el papel! Verónica siempre está igual, «no es para tanto». Así que yo fingí que no me parecía para tanto. Pero siento como... — se golpea el pecho— que sí es grave. Creía que lo nuestro era algo grande.

—¿Aunque sea una imbécil?

—Todos tenemos defectos. Ok, vale, ser imbécil es un defecto grave. Voy a dejarla. Es solo que creía que quizá sería algo para siempre. Como los viejos. El amor del instituto. Es algo estúpido, ¿no crees?

Niego con la cabeza. En algunos momentos he deseado lo mismo. Mis padres están enamorados. ¿Cómo será estar con la misma persona durante décadas y quererla más cada día?

—Puede que sean unos padres horribles, pero como pareja son fantásticos. Siguen enamorados. Me gustaría algo así. Aunque no seré una madre de mierda.

No me había dado cuenta de que los McBrunight eran tan malos padres.

—Son terribles, Che. Casi no se acuerdan de que tienen hijas. Cuando hay problemas los arreglan con dinero, pero apenas pasan tiempo con nosotras. Nunca tienen tiempo. Nos crio la abuela, y cuando murió fue horrible; las gemelas estaban desoladas. Fui yo quien tuvo que consolarlas, y ahora soy yo

quien las cría. Cuando no pueden dormir vienen a mi cama. Soy la que media en sus peleas. Soy la que las quiere, porque los viejos sin duda alguna no lo hacen.

—Estoy seguro de que no es...

—¿Y si solo se puede amar de una manera? Tal vez, si estás completamente enamorado de tu pareja, no puedes ser una buena madre. Y si eres buena madre, ¿significa eso que no puedes estar enamorada? ¿Que antepones tus hijos a tu pareja? Tus viejos tampoco se lo curran mucho, ¿no? ¿Os quieren? Porque yo sé que los míos no.

Me está preguntando una de las cosas que más me aterran. No quiero contestar porque no, no creo que me quieran, no como se quieren el uno al otro.

—Mierda. No parezco yo. No explico mis penas a desconocidos. Nunca.

Me sorprende sentirme herido. Hace pocas semanas que nos conocemos, pero parece más tiempo. Parece que confiemos el uno en el otro.

—No soy un completo desconocido. Tal vez solo en parte desconocido.

A Leilani se le escapa un resoplido de su horrenda risa y se tapa la boca.

—Tampoco me río delante de gente parcialmente desconocida. ¿Por qué confío en ti, Che?

—¿Será por mi cara de granjero honesto alimentado con cereales llena de acné?

—Cállate. ¡Nunca he dicho nada de tu acné! ¿Vas a echarme en cara todas mis palabras?

—Era para hacer gracia. Nunca he estado en una granja.

—Dios mío. Yo sí. Son horribles.

—Yo también confío en ti, Leilani. Te considero una amiga.

—De verdad que eres como un granjero. Siempre tranquilo y amable. Claro que crees que somos amigos. Mierda —se interrumpe—. Eres tú el que me has

llamado. Rosa. Querías hablarme de tu espeluznante hermanita.

—Mi hermanita psicópata —corrijo.

—Eso suena un poco radical. —La voz de Leilani es ahora risueña—. No parece la típica asesina en serie. Más que nada porque es una niña.

—«Psicopatía» no es sinónimo de asesino en serie. La mayoría de los psicópatas no matan.

Leilani ahora me está mirando fijamente.

—¿Hablas en serio? —Se inclina hacia delante, con las manos aferradas al bolso en su regazo mientras le cuento todo de Rosa—. Seimone adora a Rosa.

—Le encanta que la adoren.

Nunca he tenido esta conversación con alguien que me creyera. Cuando se lo conté a Georgie se rio. Creía que estaba bromeando. Y todavía cree que es una broma. Leilani lo comprende.

—Seimone no se da cuenta.

Asiento.

—Pero tú sí. Y Maya también. La mayoría de la gente no se da cuenta. Solo ven su encanto.

—Como tu padre.

—Exacto. Pero es encanto sin alma. Te prometo que ha imitado la sonrisa de David. El encanto está incluido en la lista.

—¿Lista?

Le cuento a Leilani sobre la lista de síntomas de la psicopatía.

—¿No le da miedo nada?

—Nop. Excepto que la encierren. No quiere que la gente se dé cuenta de cómo es. Pero le gusta hablar de las cosas que hace, de cómo piensa. Y por eso le gusto, porque puede contármelo todo.

—Vaya gracia —dice Leilani, dándome una palmadita en el hombro. Supongo que es su versión de un abrazo—. Una psicópata. ¿No es posible que

sea más bien una sociópata? ¿También son asesinos los sociópatas?

—Es otro nombre para designar lo mismo. Según el *DSM* Rosa tiene un trastorno de personalidad antisocial.

—¿El *DSM*?

—El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*.

—Guau. Lo positivo es que solo tiene diez años.

Me río.

—No te imaginas cuántas veces la defienden mis padres diciendo eso mismo. Jeffrey Dahmer ya empalaba cabezas de perros antes de los diez años. Los niños hacen toda clase de cosas horribles.

—¡No quiero saber los detalles! ¡Gracias! ¿Crees que mataría a alguien? —Leilani baja la voz—. Seimone desearía que estuviéramos muertas, Maya y yo. Lo ha dicho varias veces. Nunca había hablado así.

—Rosa siempre está deseando que se mueran algunas personas. —Muevo la cabeza lentamente—. En las películas todos los psicópatas son asesinos. En la vida real sobre todo se dedican a manipular, mentir y tratar a la gente como basura.

—Bueno, entonces no es tan grave. —Leilani alza las rodillas y apoya la cabeza en ellas—. Cuando dije que me parecía repugnante era más bien porque creía que era una mocosa malcriada. Suponía que era la típica narcisista. Aunque mi terapeuta dice que la gente no cualificada no debería emitir diagnósticos.

—Tu terapeuta tiene razón. Pero Rosa no es normal.

—Ojalá pudiera conseguir que Seimone vea lo mierdecilla que es. ¿Puedo contarle lo que me has dicho? ¿A Suzette también?

—Claro —respondo—. Debería habértelo contado antes. Pero no he tenido demasiada suerte cuando lo he intentado.

—La gente no te cree —dice. No es una pregunta.

—Nop. Excepto mi amiga Georgie. Aunque no se da cuenta de lo grave que es.

—Rosa es monísima. Eso no ayuda. Necesitas contárselo a alguien que pueda hacer algo, Che. Un loquero, un terapeuta, un trabajador social. Alguien más de tu familia. Me dijiste que tienes tías, ¿no?

—Eso es lo que dice Georgie. Lo he intentado, de veras. Pero nos hemos mudado muchas veces. No hay nadie más que vea lo que Rosa hace. Tienes que verlo para creerlo. Tú has visto cómo ha conseguido que las gemelas se odien.

—Maya no odia a Seimone. Solo está triste.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

No digo nada. No estoy seguro de no tener la culpa.

—Tienes que hablar con alguien de esto.

Me escuecen los ojos. No voy a llorar delante de Leilani. No puedo creer que se lo haya contado todo, pero me alegro.

—Ahora sí que estoy segura. —Leilani desliza su mano en la mía—: Somos amigos.

—¡Uf! —digo—. Menos mal, porque no estoy seguro de que la gente parcialmente desconocida pueda permitirse confianzas sobre novias infieles y hermanas psicópatas.

Leilani me promete vigilar a Rosa y a Seimone. Está segura de que Suzette, la *au pair*, también lo hará si consigue convencerla de que Rosa es un problema.

No me hago ilusiones.

Vuelvo al gimnasio. Mis padres me preguntan en un mensaje si voy a cenar con ellos. Seimone también estará en casa, se queda a dormir. Les digo que no, que voy a la sesión de combates de las siete.

—Ok —responde Sally, aunque sé que en realidad no le parece bien.

Ahora soy capaz de olvidarme de Rosa y concentrarme. Practico secuencias defensivas, *katas* y ataques con los sacos de boxeo.

Sojourner no viene a ninguna de las clases. Sé que tiene exámenes, pero tenía la esperanza de verla, contaba con ello.

Georgie por fin me responde. En una pausa entre clases le cuento lo que me ha dicho Rosa. Ahora no me parece tan grave. Después de hablar con Leilani tengo la sensación de que todo irá bien. De que podemos encargarnos de mi hermana.

Georgie ha leído un libro sobre psicópatas en el ambiente laboral.

—Están en todas partes. Lástima que no puedas informar sobre Rosa al departamento de recursos humanos.

—Muy graciosa.

Todavía no he encontrado información sobre cómo sobrellevar tener un psicópata en la familia y que tus padres no te crean.

Sojourner llega quince minutos después de que empiece la sesión. Dido me está enseñando a no delatar con los ojos a dónde dirijo mis *crochets* y algo

más que no escucho al ver entrar a Sojourner, sentarse en la esterilla y ponerse las protecciones.

Dido me pasa la mano por delante de la cara.

—De acuerdo —digo, volviendo a prestarle atención.

—Nop —dice Dido—. No me estás haciendo caso. Voy a dedicar mi tiempo a alguien que atienda.

Se dirige a los dos boxeadores que van a combatir a continuación.

Me siento al lado de Sojourner.

—¿Con quién has combatido? —pregunta.

Señalo con el dedo.

—Creo que se llama Tina.

—Tanya. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Tengo que dejar de moverme en línea recta.

—Mantener las manos elevadas, los hombros hacia delante y la barbilla baja.

—Dejar de delatar mis movimientos. Especialmente el gancho de izquierda. Pero aparte de eso lo estoy haciendo bien.

—En un combate se te olvida toda la teoría. La cuestión es si has podido dar golpes, más de los que has recibido.

—Creo que hemos atacado más o menos igual. ¿Dónde está Jamie? —pregunto, aunque me alegro de que no esté con nosotros, de que estemos solos—. ¿Estudiando?

—¡Ja! ¿Esa chica? ¿Estudiar? Noooo. Ha salido con Elon, aunque insiste en que no es una cita. Creo que le gustaría que sí lo fuera.

Tanto como a mí me gustaría que esto fuera una cita.

Volvemos a casa juntos. Pasa una pareja y nos tenemos que acercar más para darles paso. El dorso de mi mano roza la suya. Hace fresco, pero noto la mano caliente.

—Me muero de hambre —dice Sojourner. Me coge de la mano y me lleva a una pizzería. También hay una ventanilla para pedir comida para llevar. Me suelta la mano. Me gustaría que no lo hubiera hecho.

—Creía que tenías que estudiar.

Sojourner va a un colegio público. Por lo menos le queda una semana más de clases y exámenes.

—Es verdad. Podemos comprar un par de trozos y comérmolos mientras caminamos. Invito yo.

Vamos a la ventanilla y Sojourner compra dos trozos de pizza. Solo cuestan dos dólares. Pero no podría pagar aunque quisiera. Solo aceptan efectivo.

Nos dan los trozos de pizza en una bandeja de cartón con un montón de servilletas de papel. Están muy calientes y el aceite está empezando a empaparlo todo.

—*Pepperoni*. Siempre cojo la pizza que acaba de salir del horno.

—Buena elección —digo, mientras doy un bocado y casi me quemo el paladar. Me abanico la boca con la mano inútilmente. Sojourner sonríe.

Devoramos la pizza. Está salada y aceitosa, pero no me importa. Está buenísima.

—Tienes aceite en la barbilla. —Tiro la bandeja de cartón y le limpio la barbilla con una servilleta.

—¿Te han perdonado tus padres por boxear en combates?

Casi hemos llegado a su casa. No estoy seguro de qué decir. No quiero hablar de mis padres. Quiero hablar de Sojourner. Quiero besarla.

—Me gustas. —Noto la cara encendida.

—Sí —dice.

Dios. No ha dicho «a mí también me gustas». Solo ha sido un «sí, he oído lo que has dicho». Ni siquiera me está mirando.

—Ya sé que dijiste que no podías salir conmigo.

—Es cierto. Es lo que hay —contesta Sojourner. Estamos delante de la puerta de su casa—. Debería irme a estudiar —anuncia.

—Tienes razón —digo, mientras la cojo de la mano—. Buenas noches.

—Buenas noches —responde, pero no me suelta la mano.

—Siento no creer en...

Sojourner posa un dedo sobre mis labios.

—Chissst.

Trago saliva.

Estamos frente a frente, con las manos unidas, mirándonos a los ojos. Avanzo un paso. Me inclino hacia delante. Mis labios están cerca de los suyos. El aire entre nosotros está cargado con nuestro aliento.

Tan solo con un leve movimiento mi boca estaría tocando la suya.

—Puedo...

Sojourner me besa. Sus labios están sobre los míos, luego nuestras bocas se abren, nuestras lenguas se tocan. Nos envolvemos en un abrazo, mis dedos se deslizan hacia su nuca, sus manos hacia mis omoplatos.

Un silbido más agudo que una sirena nos hace separarnos.

—¡Pillaos una habitación!

—¡Qué asqueroso!

Dos tipos, no mucho mayores que nosotros, pasan a nuestro lado, demasiado cerca; parece que van a chocar.

—Si quieres un hombre de verdad, avísame.

Sojourner me agarra del brazo.

—Idiotas.

—No iba a perseguirles —digo—. No tienes que intentar retenerme. Evito las peleas.

Se ríe.

—Era para contenerme a mí misma. Estaba a punto de darles una paliza. Y entonces habrías tenido que respaldarme.

—Cierto. Pero sé que no te gusta luchar fuera del ring. Contaba con que eso te detendría.

Vuelve a cogerme de la mano y el corazón se me acelera de nuevo, como antes de los combates. Vamos hacia el parque Tompkins Square.

—Eres divertido —dice—, y me gusta tu sabor.

—Yo...

—Chissst. No quiero pensar en las razones por las que no deberíamos hacer esto. Vamos al banco más oscuro.

Encontramos un banco situado bajo una farola rota y nuestras bocas se buscan. Estamos jadeando. Me desborda el deseo. Solo puedo oler, sentir y saborear a Sojourner. Desliza la mano bajo la camiseta y recorre mi abdomen. Gimo.

—Para. —Aprovecha para respirar. Su boca está sobre la mía, su mano sobre mi abdomen—. Deberíamos parar.

—Deberíamos —confirmo, volviendo a besarla, intentando parar.

Ella me vuelve a besar. Volvemos a acelerar. Nos besamos con más ansia, mis manos se deslizan hacia su nuca. Sojourner vuelve a apartarse y me mira, jadeando. Sube la mano por debajo de la camiseta hasta mi pezón izquierdo. Me quedo sin aliento.

Vuelve a besarme.

—Tenemos —dice entre beso y beso— que —otro beso— parar.

No paramos.

Tiene una mano en mi pecho, la otra justo por encima de la cintura del pantalón.

—Joder —suspiro.

—Has dicho un taco —dice Sojourner, riendo, sacando las manos de debajo de la camiseta—. Por primera vez desde que te dije que no lo hicieras.

—Por Dios, Sojourner.

—Ahora una blasfemia.

—Solo se me ocurren palabras que intento no decir.

Sonríe y su sonrisa hace que me recorra un escalofrío, como antes al sentir sus manos sobre mi piel. Quiero pedirle que venga a casa conmigo, que pase la noche en mi habitación.

A mis padres no les importará, y si les importase, harían como que no. Hemos hablado de sexo. Me han dado libros. Me han dejado claro que cuando empiece a practicarlo prefieren que lo haga en un lugar seguro, como mi cuarto. «Piensa en dar placer al otro, no solo a ti mismo», me dijo Sally, y también que use un condón.

—Nunca... —empiezo.

—¿Has besado a una chica? —Sojourner acaba la frase por mí.

—Jesús. ¿Beso tan mal?

Sonríe.

—Blasfemia. Estaba bromeando. —Se inclina hacia delante, me vuelve a besar—. No estaríamos en este banco si no me gustara cómo besas.

—Tienes razón —digo—. En realidad soy bastante bueno, creo que es eso lo que querías decir. Tengo mucha práctica.

—Qué modesto.

—Mucho. He besado muchísimo, pero no he hecho nada más.

—¿Nada más?

Niego con la cabeza.

—¿Nunca has besado a una chica en el cuello?

—Qué graciosa —digo mientras me inclino para besar el suyo, lo que desemboca en más besos, jadeos y adrenalina. Me aparto un poco.

—¿Nunca has...?

Poso la mano suavemente sobre su boca.

—Estás siendo malvada. ¿Te has acostado alguna vez con alguien?

Dice que sí con la cabeza.

—¿Con ese tío con el que nos encontramos? ¿Tu ex?

—Sí.

—Entonces ¿no eres una de esas cristianas que no quiere sexo antes del matrimonio?

Sojourner se endereza.

—Che, ¿escuchaste el sermón? ¿Te acuerdas cuando estábamos en la iglesia y algunas personas, incluida mi madre, hablaron desde el estrado? ¿Escuchaste algo?

—¿La verdad? No. Estaba pensando que tu muslo estaba rozando el mío, en la sensación maravillosa de darte la mano, en lo cerca que estaban nuestras bocas cada vez que me volvía a mirarte. No oí una palabra.

Se ríe.

—Pues te perdiste un excelente discurso contra la cultura de la pureza. El sexo no es pecado. El sexo es amor. El pecado no es tener relaciones, sino tenerlas sin amor, y eso puede pasar cuando uno está casado o sin estarlo. Acabo de citar el sermón que no escuchaste.

Estoy mirándola fijamente. Acaba de decir las palabras «sexo» y «amor». Tengo la boca seca.

—¿De verdad que nunca te has acostado con nadie?

—No.

—¡Ja! Eso es *heavy*. Aquí, la amable chica cristiana, que no es virgen, con un ateo que lo es.

Estoy a punto de soltar mi perorata de que ser ateo no dice nada sobre cómo es una persona, con excepción del hecho de que no cree en Dios, pero me

callo.

—¿Se supone que los ateos son promiscuos? Vaya desastre. He fracasado como ateo.

—A mí me parece tierno. Me pareces tierno.

—¿Ese adjetivo te parece bueno? ¿Y si lo cambiamos por excitante? ¿No puedes decir que te parezco excitante en lugar de tierno?

—¿Quieres que te diga eso?

Hago un gesto con la cabeza para animarla.

—Creo que tú eres excitante y hemos pasado los últimos... —Miro el reloj—. Mierda. Más de una hora uno encima del otro.

—Eres excitante, Che. Blasfemas demasiado, irás al infierno, pero tus besos me excitan. —Pone la mano en la cinturilla de mi pantalón de chándal y desliza los dedos hacia arriba—. Tu abdomen me excita. Y el pecho. Y la curva de la garganta. —Vuelve a poner sus labios sobre los míos—. Me excita besarte.

Nos besamos apasionadamente, hasta que ella se aparta un poco.

—Pero tengo que volver a casa. Tenemos que volver.

Se pone en pie. Tiro de la camiseta hasta que me llega a la altura de las ingles. Sojourner sonrío con socarronería.

—Sojourner, ven a mi casa.

—Me encanta cómo dices mi nombre. Nadie lo dice así. Me alegro de que no me llames Sid.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Eso quería decir que no lo sé. Eres un ateo. No sé qué pasaría si salgo contigo. Tengo que ir a casa, y pensar, y dormir, y estudiar. Tengo exámenes y un combate pronto, y sí, no sé qué está pasando, pero me gusta. No eres como los demás.

Sacudo la cabeza para intentar aclararme.

—Tú tampoco.

Me suelta la mano, acaricia la mejilla. La sensación me recorre el cuerpo hasta llegar a mi pene.

—Buenas noches, Che.

Hago un gesto con la cabeza para decir que todavía no.

—Te acompaño a casa. Otra vez.

—Vale —dice Sojourner, cogiéndome la mano, acercándose a mí—. Eso podré soportarlo.

No puedo dormir. Mi cerebro no puede dejar de pensar en Sojourner, reviviendo nuestros besos en el parque. La sensación de su mano en mi cintura. Me masturbo.

Sigo sin poder dormir.

Me lavo y llamo a Georgie.

Tiene el pelo más corto que la última vez. Afeitado por los lados. Parece feliz. Le hablo de Sojourner y de Rosa, pero más de Sojourner. Georgie me habla de su relación con Nazeem, incapaz de dejar de sonreír. Se alegra de que le haya hablado a Leilani de Rosa. Me dice que disfrute lo que sea que hay entre Sojourner y yo, que deje de preocuparme por si es algo serio o no. Tiene razón.

Por fin me entra sueño. Me despido, me arrastro hasta la cama. Estoy a punto de meterme debajo de las sábanas cuando oigo risitas en la habitación de Rosa.

Llamo a la puerta. Más risitas y ruidos que indican que están recogiendo apresuradamente el cuarto.

Rosa abre la puerta y bosteza. Seimone está bajo las sábanas fingiendo que duerme, pero su boca sigue sonriendo. Me olvidé de que se había quedado a dormir.

—Son más de las tres. Dejad de hacer ruido.

—Perdón —se excusa Rosa, mientras sigue emitiendo risitas falsas—. Seimone estaba siendo muy divertida.

—Pues deja de ser divertida, Seimone.

La niña se incorpora, sonriendo. Le brillan los ojos con lágrimas de risa contenida.

—Lo intentaré.

—Buenas noches, chicas —digo mientras Rosa vuelve a la cama.

—Buenas noches, Che —contestan al unísono. Parecen realmente dos amigas inocentes haciendo una fiesta de pijamas.

Cierro la puerta y me voy a la cama. Me duermo enseguida.

Cuando me despierto son pasadas las nueve. Me quedo en la cama un momento pensando en la boca de Sojourner.

Oigo la risa de Rosa. La auténtica, puedo distinguirla, la que no quiere que oiga nadie. Después dejo de oírla. Me pongo los pantalones de chándal y bajo las escaleras a toda velocidad.

Seimone está desplomada sobre la isla de la cocina, con la cara de lado, la nariz goteando, los ojos cerrados por la hinchazón. Se está poniendo azul, no tiene bastante oxígeno en la sangre. Rosa está a su lado, mirándola fijamente, con el autoinyector en la mano.

Se lo quito. El capuchón ya no está. Pincho el muslo de Seimone a través del pantalón y cuento hasta diez, deseando haberlo hecho bien y no haber pinchado una vena. Lo saco y lo dejo en la encimera, y le froto la pierna en el punto donde se lo inyecté.

Abre un poco los ojos. Están demasiado hinchados para que los pueda abrir del todo. Respira con dificultad, empieza a toser. Se lleva las manos al pecho.

Todos vimos el vídeo. Practicamos con un inyector ficticio. Los McBrunight no permiten que Seimone pase demasiado tiempo con gente que no sabe cómo usarlos.

Rosa ya no se ríe. Ahora grita.

Seimone necesita ayuda médica. Marco 00, y entonces me acuerdo de dónde estamos, antes de marcar el último 0, y marco 911.

—¿Cuál es su emergencia?

—Una anafilaxia. Ya he usado el autoinyector. Sí. Está respirando.

Sally y David salen del despacho.

—¿Qué está...? —empieza Sally. Luego corre hacia Seimone.

David envuelve a Rosa en sus brazos.

Sigo contestando las preguntas de la operadora y le confirmo la dirección.

Sally está abrazando a Seimone, diciéndole que todo va a ir bien.

Seimone asiente.

—Estoy bien —dice—. Es como si no hubiera pasado nada.

No tiene aspecto de estar bien. Tiene la cara contraída, roja, los ojos hinchados, y está empapada de sudor. Sonríe a Rosa.

David deja de abrazar a Rosa, saca el móvil y llama a los McBrunight. Rosa abraza a Seimone. Seimone la rodea con un solo brazo.

Mi hermana casi mata a alguien.

Rosa sabía que Seimone era alérgica a los cacahuets. Hay dos vasos en la isla de la cocina llenos de un batido con una pinta asquerosa, y la batidora en el fregadero. Rosa debe de haberle puesto mantequilla de cacahuete. Dijo que no mataría a nadie sin estar segura de que nadie la descubriría.

Estaba quieta viendo cómo Seimone perdía la conciencia debido a una reacción alérgica. Se quedó ahí, quieta, con el inyector en la mano, y se rio.

Cuando la ambulancia se va, con Seimone y Sally, Rosa rompe a llorar y corre a su habitación. David va tras ella.

Envío un mensaje a Leilani:

—Seimone ha hablado un poco. Ya tenía un color casi normal.

Mi corazón va demasiado rápido. Voy hacia la ventana, miro la avenida. Puedo oír sirenas de otra emergencia. La ambulancia de Seimone no puso la sirena.

—Rosa quiere que vayas, Che —dice David—. Está muy disgustada.

Me abraza.

—Gracias por lo que has hecho. Estamos orgullosos de ti. Tenemos que dar gracias a Dios por los autoinyectores, ¿no crees?

Asiento con la cabeza. No puedo creer lo que ha hecho Rosa. Miro la batidora en el fregadero. El resto del batido es marrón.

No quiero hablar con Rosa. Pero David está esperando a que suba a su habitación para consolarla.

—Te necesita —dice.

¿Cómo puede saberlo?

Subo las escaleras. ¿Qué le voy a decir?

—No se ha muerto —dice Rosa cuando cierro la puerta tras de mí. Llevo el móvil en el bolsillo y lo he puesto a grabar—. Estaba a punto de usar el inyector.

Está sentada en la cama con las piernas cruzadas, ni rastro de lágrimas en las mejillas. Me siento en la silla de su escritorio y la hago girar para quedar frente a ella.

—No es culpa mía. —Parece que esté hablando de quién se ha comido la última galleta del plato. No de que una niña de once años casi se muere.

Me embarga una sensación de ira tan intensa que tengo que cerrar los ojos y esconder las manos tras la espalda.

Desearía que Rosa estuviera muerta.

Más que nunca. Si así fuera, Seimone no habría estado a punto de morir. Y quién sabe qué otros peligros se habría ahorrado el mundo.

Me tiemblan las manos. Me concentro en calmar la respiración, en no permitir que la ira me domine.

Si abro la boca, vomitaré todo lo que siento en relación con Rosa, que está enferma, que es malvada, que es un maldito demonio.

Ahora podré contárselo a mis padres. Ahora sí. Saben lo que ha pasado. Podré sentarme con Sally y David y contarles todo lo que ha hecho Rosa, y conseguir que me escuchen.

—No fue un accidente —dice Rosa.

—¡Claro que no! ¿Por qué lo hiciste?

—Es un secreto. No puedo contártelo. Lo prometí.

—¿Un secreto?

—Seimone está bien —prosigue Rosa—. Ella misma lo dijo. Es como si no hubiera pasado nada.

Mi corazón va demasiado rápido. No me atrevo a abrir los ojos.

—Seimone me dijo que casi se muere en dos ocasiones. Cuando era pequeña. No se acuerda.

Si abro la boca, gritaré. Cuando me haya calmado empezaré por el principio, le preguntaré qué ha pasado. Y entonces se lo contaré a Sally y a David.

—¿Qué pasó?

—Había mantequilla de cacahuete en el batido.

—¿Cómo es posible?

Rosa se encoge de hombros.

—Estaba a punto de pincharla con esa cosa, el inyector.

Abro los ojos. Rosa no parece afectada.

—Estabas mirando sin hacer nada.

—Me lo quitaste cuando estaba a punto de ponérselo.

—No sonrías.

Se muerde el labio.

—Iba a salvarla.

—Pero no lo hiciste.

—Porque me lo quitaste.

—No mientas, Rosa. Estabas mirando sin hacer nada. ¿Por qué no la ayudaste? Podías haberla ayudado. Viste el vídeo. Todos lo vimos. Practicaste y todo con el inyector.

—Iba a hacerlo. Ya te lo he dicho.

—¡Te estabas riendo!

Noto que estoy alzando la voz. Tengo que calmarme.

—Era divertido.

Mis manos se cierran en un puño. Por una fracción de segundo visualizo mi golpe cruzado de derecha aterrizando sobre la nariz de Rosa. Parpadeo, me obligo a abrir el puño. Intento pensar en ella cuando era un bebé. Sus deditos aferrándose a mi pulgar.

—Primero empezó a toser. Pero luego se puso roja, se agarraba la garganta con las manos y se le hincharon los labios. Muy rápido. Como si fueran globos. No sabía que las personas se pudieran hinchar tan rápido. Quería verlo. Después los ojos empezaron a abultarse. ¿Lo viste? Parecía que se le salían de la cara. Cuando bajaste se estaba poniendo azul. ¡Azul! Y con los ojos y los labios tan abultados. Era gracioso, por eso me reía. Puedo reírme y ayudarle al mismo tiempo.

Cierro los ojos de nuevo. Me concentro en la respiración.

—Ahora te estás poniendo rojo. Eso también es gracioso.

Abro los ojos.

—No es gracioso. Sabías que no debías reírte. Te cubriste la boca con las manos para que nadie pudiera oírte.

—Sé que se supone que no hay que reírse cuando alguien se está poniendo hinchado. Estaba intentando ser normal.

—Dejando que se muriera.

—No quería que Seimone se muriera. Es mi amiga. No se ha muerto.

—Pero no gracias a ti.

—Estaba a punto de pincharla con el inyector. ¡Tú me lo impediste!

—Deja de mentir.

—No miento —dice Rosa—. Ya sabes que me gusta ver cosas nuevas.

Mis manos se han cerrado de nuevo. ¿Qué puedo contestar a eso? ¿Qué pasaría si la zarandeo? ¿Eso la haría comprender? ¿Conseguiría meterle la empatía en su cerebro?

—La muerte es interesante.

—La muerte no es interesante. Cuando alguien tiene problemas, hay que ayudar. ¿Quieres pasar por una persona normal? ¡Ayudar es lo que hace la gente normal!

—Estaba intentándolo, ya te lo he dicho. Pero ¿qué pasa si por ayudar a alguien me puedo hacer daño? ¿Debo ayudar igualmente?

—¿Cómo ibas a hacerte daño por ayudar a Seimone?

—Al principio empezó a patallar. Podía haberme golpeado. Por eso estaba esperando.

Calma, tengo que tener calma.

—Habría sido interesante que se muriera. Nunca he visto morir a nadie. Me pregunto si sería como con la cobaya.

—Es tu amiga. No una cobaya —digo—. ¿No la echarías de menos?

—Sí. Seimone es muy útil. Me está enseñando a ser una niña normal. La echaría de menos. Podría intentar hacerme amiga de Maya.

—A Maya no le caes bien.

—Puedo conseguir caerle bien. Soy buena en eso. Decidí gustarle a Seimone y busqué todas las cosas que le gustan. Puedes preguntarme lo que quieras de música pop coreana.

—La amistad no funciona así.

—Para mí sí. —La sonrisa vuelve a su cara—. Me alegro de poder contarte estas cosas, Che. Poder decirte lo que pienso.

Odio oír eso.

—¿Era tu oportunidad de matar sin que te pillaran? ¿Era eso lo que estabas pensando?

—Oh, no. No quiero que Seimone se muera. Es mi amiga.

«Sigues diciendo lo mismo. Pero no por decirlo significa que sea cierto.»

—Tienes que prometerme que, si vuelve a pasar algo parecido, harás lo que puedas para ayudar. No te quedarás mirando sin hacer nada.

Rosa hace un gesto con la cabeza, como diciendo que no la entiendo.

—Intenté ayudarla. Pero no me crees. Creo que ya he hecho demasiadas promesas. Y las he cumplido. Dije que no mataría a alguien y no lo he hecho. Ya basta de promesas.

La miro fijamente.

—De mayor quiero conducir una ambulancia —declara Rosa—. Las emergencias son emocionantes.

Voy al despacho de mis padres y llamo con fuerza a la puerta.

Me sudan las manos. Mi corazón va tan acelerado como cuando participo en la sesión de combates.

—Pasa —dice David.

Abro la puerta, entro en el despacho. David está delante del ordenador, escribiendo concentrado. No alza la vista.

—¿Sabes algo de Sally?

Sigue escribiendo, y luego hace girar la silla para volverse hacia mí, y asiente con la cabeza.

—Se ha quedado a ver qué tal está Seimone, me ha dicho que ya estaba bien. Gracias a ti, Che. Estamos orgullosos de ti.

Se pone pie, me abraza con torpeza con un solo brazo y vuelve a sentarse.

—Tiene que estar en observación durante unas cuantas horas más. El médico de cabecera también vigilará su estado.

El móvil hace un ruidito desde el interior de mi bolsillo. Lo pongo en silencio sin mirarlo.

—¿Querías algo más? —David ya está girando la silla hacia el ordenador mientras me mira.

—Sí.

Me siento en el sofá, cerca de la ventana. Luego me pongo en pie y voy hacia ella.

—¿Qué pasa? —pregunta David, pero está mirando la pantalla, leyendo, sin hacerme caso. Empieza a escribir de nuevo.

—Mi hermana es un monstruo —digo. Me siento triste, como si hubiera abandonado mi propio cuerpo.

—Ajá —comenta David, sin dejar de escribir.

—Mi hermana es un monstruo —repito en voz más alta.

—¿Qué has dicho?

—Ella es... —No acabo la frase—. Puso mantequilla de cacahuets en el batido. Creo que ha intentado matar a Seimone.

David ya no mira el ordenador.

—Rosa. No es neurotípica. Sé que no quieres oírlo. Tiene un trastorno de personalidad antisocial.

Le cuento lo de la cobaya de Apinya, lo del pasaporte. Le cuento más cosas horribles que dice Rosa.

Ahora se ha inclinado hacia delante y me mira con la misma atención propia de Rosa. No parpadea. Sigo hablando y no me interrumpe.

—Solo le importa salirse con la suya. No sé cómo detenerla y un día de estos va a matar a alguien. No sé qué hacer...

Me duele la garganta. El cerebro. Y el corazón. Me escuecen los ojos. No consigo que mi boca articule ninguna otra palabra. Estoy llorando. Me seco las lágrimas.

Estoy furioso. Con Rosa, con el funcionamiento defectuoso de mis ojos, con David, con Sally.

Grito. Mi cara es un río de lágrimas. Estoy temblando y gritando.

Entonces David me abraza. Me consuela. Y funciona.

Estamos en el sofá y David me mira, frunciendo el ceño. Me siento vacío. No ha dicho nada. No tengo la menor idea de lo que piensa.

David me sirve un vaso de agua, me lo da.

Una mota de polvo cae al vaso y se queda flotando en la superficie. Piel muerta, seguramente, pero me trago el agua. Me duele al tragar.

—¿Cuándo...? —empieza a decir por fin David, pero no acaba, y se queda mirando las uñas de las manos. Lleva las cutículas descuidadas. ¿Cuándo ha dejado de cuidárselas? David siempre lleva las manos immaculadas. Es una de las muchas cosas por las que Sally le toma el pelo.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuánto tiempo llevas pensando... —vuelve a hacer una pausa— eso de Rosa?

«Mierda —pienso—. No me cree.»

Me hundo en el sofá, me seco los ojos. Me escuece la garganta. Ya lo he dicho. No estoy seguro de tener más que decir.

—Estás cansado —comenta David—. Podemos hablar de esto más tarde.

Niego con la cabeza. Tenemos que hablarlo ahora. Necesito hablarlo ahora o... No sé... O empezaré a gritar de nuevo y no pararé hasta que abordemos el problema de Rosa.

—No me crees. —Mi voz, sorprendentemente, no suena como un graznido.

—Claro que sí —responde en un tono de voz asertivo—. Siempre te creo, Che.

—No siempre escuchas.

Abre las manos en un gesto como diciendo «lo acepto, es justo».

—¿Cuánto tiempo hace que crees que algo no está bien en su interior?

—Más del que llevo intentando que escuchéis. Pero flipé con lo de la cobaya, y ahora esto. ¡Casi mata a Seimone! ¿Me crees?

David hace un breve movimiento de cabeza. Ha asentido apenas. Me quedo pensativo. Podría no significar nada.

—Empecé a escribir un diario, anotando todas las cosas raras que decía. Para ver si me lo estaba imaginando. Luego empezó a hacerme confidencias. Sabía que yo lo sabía.

Esta conversación que parece un monólogo me está agotando.

—¿Te acuerdas de cuando mataba insectos? ¿Cuando la llevabais al médico? Entonces la hice prometer que no mataría. Y dejó de hacerlo. Hasta que se le ocurrió un truco para salirse con la suya: con la cobaya de Apinya, y ahora la alergia de Seimone. Rosa estaba riéndose, David. Las dos veces. Riéndose.

David me mira como lo haría un científico imparcial. ¿Está en *shock*?

—Sé que esto es duro de aceptar. Yo tampoco quería creerlo.

Vuelve a abrazarme con un brazo. Me hace sentir mejor.

—¿Me crees?

Vuelve a hacer un movimiento de cabeza. Es ambiguo.

—¿Cuándo va a volver Sally?

—Lisimaya estaba muy disgustada. Se quedará con ella todo el tiempo que sea necesario.

Asiento con la cabeza.

—Vale. Supongo que podemos seguir hablando de esto cuando vuelva Sally.

—Tal vez mañana —responde David, pero su tono de voz delata que podría querer decir «tal vez nunca».

—No me crees, ¿verdad?

Empiezo a llorar otra vez. Qué pérdida de tiempo.

—Te creo —contesta—. Sé lo de Rosa. Lo sé desde hace mucho tiempo.

Me quedo sin aliento.

—¿Y Sally? ¿Lo sabe Sally? —Ahora albergo esperanzas, con tanta ansia que duele.

Niega con la cabeza. Esta vez el movimiento no deja lugar a dudas.

—¿Nada?

—Hablamos de Rosa. Pero Sally nunca ha dicho nada que me haga pensar que sospecha algo, aparte de que Rosa tiene dificultades para relacionarse. —

Vuelve a mover la cabeza de un lado a otro—. En cambio, dice muchas otras cosas que me indican que no quiere saberlo.

—Pero tú sí me crees.

—Te creo. Rosa no es normal.

Me siento mareado; es una consecuencia de la sensación de alivio. «David lo sabe.»

—Intento hablar de ello con Sally. Pero no me escucha. Se limita a alegar que Rosa es muy pequeña. Ya la has oído. —Es cierto—. Entonces cambia de tema. Y por eso observo a Rosa. Hablo con ella. He estado haciendo lo mismo que tú.

«¿Cuándo? —quiero preguntar—. ¿Cómo es que yo no lo he visto?»

—¿Has hablado con Rosa sobre ella?

David asiente. «¿Cómo puede ser que no lo supiera?»

—Tenemos que contárselo a Sally.

—Puedes intentarlo —dice David—. Ya lo has intentado. ¿Te escuchó?

—Pero Rosa casi ha matado a Seimone.

—Casi la ha dejado morir. Lo acabas de decir: Rosa mantiene sus promesas. Nunca ha matado algo más grande que...

—Una cobaya.

—Correcto.

—Creo que debemos decírselo a Sally.

—Adelante, faltaría más.

—Debe saberlo.

—Creo que Sally ya lo sabe. Pero no lo admitirá. No quiere creer que hay algo que no está bien en Rosa. Ella...

—¿Qué?

—Ella quería una niña. Esperaba que tú fueras una niña. Te quiere, Che, pero siempre había deseado una hija. Entonces llegó Rosa, y no era lo que ella

esperaba. Sally te quiere más que a Rosa. Eres más parecido a ella que Rosa, pero no puede aceptarlo. No puede admitir que Rosa es como es. Creo que sobre todo se lo impide el hecho de que sea una niña. En su mente, los hombres son violentos, como lo era yo. Las mujeres no.

—Odia que boxee.

David asiente.

—Le recuerda cómo era yo de joven. He intentado hablar con Sally de Rosa, Che. Ni siquiera está abierta a pensar en ello. Y ya sabes que Sally habla de todo.

Es cierto. Sally es una comunicadora infatigable, habla de cualquier tema; excepto de Rosa.

—No está preparada. No puede creerlo aunque tenga pruebas que lo demuestren ante sus propios ojos.

Yo tampoco creía estar preparado para algo así, o para poder aceptar lo que Rosa es, y sin embargo, de algún modo tengo que hacerlo.

—¿Por qué Sally no puede aceptarlo? Yo he tenido que gestionarlo solo. Y ella es décadas mayor que yo.

—Tú ya naciste viejo —responde David.

Siento unas ganas increíbles de darle un puñetazo.

—¿Les has hablado a los McBrunight de Rosa?

David niega con un gesto.

No debería estar sorprendido, pero lo estoy.

—Seimone no está a salvo. Maya no está a salvo. Leilani tampoco. Rosa dijo que desea que Maya y Leilani se mueran. Tienen que saberlo.

—No matará a nadie.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sabe cuáles son las consecuencias. No es estúpida.

—No, no lo es. Pero sí es impulsiva.

—No como antes. Está mejorando.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Además, decírselo a cualquiera podría ser desastroso, Che. Podría destruir nuestra familia. —Suena su móvil—. Es Sally.

Saco el mío. Montones de mensajes, pero casi no tengo batería. Me doy cuenta de que todavía está grabando. Dejo de grabar y miro los mensajes.

De Leilani:

—Ha sido Rosa, ¿no? Seimone dice que quería ver qué pasaría. Que le hizo prometer a Rosa que utilizaría el autoinyector. Mamá está furiosa. Sally y mi padre están intentando calmarla. Seimone no para de llorar. Nunca habría hecho esto antes de conocer a Rosa.

—Bueno —digo, cuando David acaba de hablar con Sally—, Leilani dice que Seimone afirma que fue idea suya. —Leo el mensaje.

—Sally dice lo mismo.

Me levanto, voy a la ventana. David lo sabía. Rosa sabía que David lo sabía. Ninguno de los dos me lo dijo. Llevan mintiéndome durante años.

Necesito desaparecer.

—Me voy a correr.

Abro la puerta. Rosa está al otro lado. No finge que no estaba escuchando.

Nos mira alternativamente, a David y a mí.

—Ya te dije que no había hecho nada malo. Fue idea de Seimone. Quería ver qué pasaría.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —pregunto.

—Porque me hizo prometer que no lo diría. Pero ahora ya lo sabes. No fui yo quien puso la mantequilla de cacahuete, sino Seimone. Nunca la había probado, ¿sabes? Por lo menos no lo recuerda. Vimos el vídeo tres veces más para asegurarnos de que yo lo haría bien cuando tuviera que pincharla. Creo que Seimone esperaba que no pasara nada. No le gusta ser alérgica. Me alegro de no serlo.

—Pero ¡no usaste el autoinyector! —chillo, aunque no quería gritar.

David alza las manos.

—Te lo he dicho: estaba a punto de hacerlo, pero me lo quitaste. No tuve la oportunidad.

Miro a David. Está observando a Rosa.

—Seguimos siendo amigas. Ya lo has visto, Che. Seimone me abrazó. Y me ha escrito un mensaje. —Rosa nos enseña el móvil—. Se ha dado cuenta de que ha sido una estupidez. Se lo advertí antes. Te puedo enseñar el mensaje. Ahora comprende que su alergia es grave. Ha aprendido la lección.

Ahí está de nuevo: la sonrisa de Rosa.

—Seimone es mi mejor amiga. Haría cualquier cosa por ella.

—Entonces no permitirás que le vuelva a pasar nada parecido, ¿no? —pregunta David.

Rosa niega con la cabeza.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, David. Si alguien está en apuros, ayudaré. Como hacéis vosotros.

Ha conseguido dar una expresión sincera a su cara.

—Ahora los dos hemos escuchado la promesa que has hecho —digo, y en ese momento vuelvo a ser consciente de la realidad: «David lo sabe». Ya no tengo que mantener esas conversaciones con Rosa. Nunca más tendré que ocuparme yo solo de ella.

Suena el móvil de David. Mientras atiende miro fijamente a Rosa, sin saber qué decir. ¿Cuánto hace que lo sabía David?

—No te dejaré contárselo a los McBrunight. No porque Sally no quiera, sino porque eso les arruinaría sus negocios. Entonces estarían pelados de verdad.

David está hablando por el móvil. No lo ha oído.

—¿Cuánto hace que David sabe lo tuyo?

—¿Saber qué? —pregunta en un tono inocente.

—Que no eres como él. Que eres...

—Soy exactamente igual que David —responde—. Ninguno de nosotros es normal. Nadie de nuestra familia. Tampoco tú, ni David, ni Sally, ni yo. Como dice Sally, somos diferentes.

—Seimone pregunta por ti, Rosa —informa David.

Mi hermana alargó la mano para coger el móvil. Pero David se lo guarda en el bolsillo.

—Seimone está en casa. Quiere que pases la noche con ella. No quiere estar sola.

—¿No compartían las gemelas la misma habitación? —pregunto.

—Ya no —responde Rosa—. Voy a mi cuarto a hacer la bolsa.

—¿Te parece bien eso? —pregunto a David. No puedo creer que David esté de acuerdo.

David dice que sí con la cabeza.

—Los dos estaremos allí. Y los McBrunight. Los vigilaremos a las dos, a Seimone y a Rosa. ¿Quieres venir? Estoy seguro de que a Leilani le gustaría verte.

Hago un gesto para decir que no.

—No estaba intentado matar a Seimone, Che.

—Esta vez tal vez no.

—No creo que Seimone corra peligro con Rosa. Al menos, no físico.

—Ojalá pudiera creerlo.

—Ya la has oído. Seimone es su mejor amiga. Tener una mejor amiga es útil para Rosa. ¿Te ha contado que nosotros también somos útiles?

Asiento.

—Vamos a vigilarla. Sabemos cómo es. Todo va a salir bien, Che.

David me abraza y deajo que me embargue la sensación de alivio. Tenerlo de mi parte es formidable, aunque lo único que quiero ahora es tumbarme, cerrar los ojos y dejar de pensar en lo que ha pasado, dejar de ver la cara de Seimone tornándose morada.

Los acompaño a la puerta. Rosa ya se ha puesto la mochila. Está sonriendo como una niñita que va a una fiesta de pijamas con su mejor amiga. Se adelanta corriendo hasta el ascensor para pulsar el botón de llamada. Me apoyo en la puerta.

—Nos vemos luego —me despido, como si fuéramos una familia normal.

David se vuelve hacia mí.

—Todo irá bien. Los dos nos aseguraremos de que cumple sus promesas.

Miro el móvil. Mensajes de Leilani, Georgie y Sojourner.

Sojourner.

El móvil se apaga antes de que pueda leerlos. Se ha muerto. Lo conecto en el cargador de la isla de la cocina y me paseo de arriba abajo mientras espero a que resucite.

Quiero ver a Sojourner. Ayer a esta hora estábamos en el parque besándonos.

La batidora sigue en el fregadero. No puedo soportar su visión. Me doy la vuelta, miro el móvil. Sigue muerto.

Seimone podía haber muerto aquí mismo.

No creo que fuera idea de Seimone. Dios mío. Rosa ha conseguido ganarse la confianza de esa niña hasta el punto de querer arriesgar su vida para complacerla.

Saco la batidora del fregadero, vierto el resto de su contenido en el cubo de basura y lo pongo en el lavavajillas. Me lavo las manos aunque el batido de cacahuete no me haya salpicado. Vuelvo a mirar el móvil.

Está vivo.

—¿Qué haces? —dice el mensaje de Sojourner.

—Pensar en ti.

—¿Quieres salir a correr?

—¿Quieres venir a mi casa? No hay nadie.

—Mis madres tampoco están.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Nos encontramos en la Nueve.

—Voy para allá.

—Yo también. Ya estoy de camino.

Cierro la puerta del apartamento y bajo las escaleras pasando del ascensor.

—Tan romántico, Che. Estoy extasiada.

—Porque te excito.

—Jaja.

No camino. Corro por la calle Nueve esquivando a los peatones, cruzando las avenidas a toda velocidad con los semáforos en rojo, sin detenerme hasta que veo a Sojourner atajando por el parque. Me detengo, sintiéndome como un idiota por haber ido corriendo, porque ansío tanto verla. Se para al lado de una farola y me sonrío, me saluda alzando una mano.

Acelero. Ella también. Ahora estamos frente a frente sonriendo como tontos.

Nos besamos. No pienso en nada más aparte de la sensación de sus labios sobre los míos. Se aparta un poco.

—¿En mi casa? Mis madres no volverán hasta las once. No tendrás que irte pronto.

—Los míos no volverán hasta mañana.

—Ah —dice Sojourner, mientras me coge la mano. Caminamos por Manhattan hacia el oeste hasta mi casa. Nuestras manos están unidas como si nuestros dedos estuvieran hechos para estar entrelazados. Sojourner camina más rápido, yo sigo su ritmo. Me suelta la mano y empieza a trotar.

Luego echa a correr, a reír. Mi corazón parece a punto de estallar. Voy tras ella, esquivando a una mujer que pasea a dos chihuahuas, saltando por encima de la correa. Estoy a punto de chocar con una pareja que va de la mano, balanceándolas como hacen los niños pequeños. Sojourner va delante de mí, todavía riendo. Si no hubiera tanta gente ocupando casi toda la acera con su lento deambular, la habría alcanzado ya.

Se detiene frente al edificio donde está nuestro apartamento.

—¿Qué te ha hecho llegar tan tarde?

—Gente fastidiosa —respondo, y después la atraigo hacia mí y vuelvo a besarla. Sabe salada. Sabe a ella.

Me separo de ella para abrir la puerta del edificio y saludo con un gesto al portero, pero ni siquiera lo miro, estoy mirando a Sojourner. Vamos de la mano otra vez. Tiro de ella hasta el ascensor y pulso el botón de nuestro piso. Nos besamos de nuevo, abrazándonos, nuestros cuerpos pegados.

Se abren las puertas del ascensor. Hacemos una carrera hasta el apartamento. Le suelto la mano para sacar las llaves del bolsillo e intentar acertar en la cerradura de la puerta, sin dejar de mirar a Sojourner. Se me caen. Sojourner me besa. Estamos apoyados contra la puerta. Sus manos en mis hombros, deslizándose por la espalda, bajo la camiseta; las mías en su cintura, atrayéndola hacia mí. Siento su pecho contra el mío.

—Dentro —dice entre besos.

—Vale —contesto, obligándome a soltarla.

Noto los latidos del corazón en mis oídos, en las puntas de mis dedos. Mi respiración es demasiado superficial, demasiado rápida.

—Las llaves.

Me agacho a recogerlas. Me obligo a mirarlas, escoger la correcta, insertarla en la cerradura, abrir la puerta. Entramos atropelladamente y cerramos la puerta tras nosotros. La cierro con llave. Guardo el llavero en el bolsillo.

Sojourner se echa a reír de nuevo.

Es tan guapa. No sé qué decir. Le toco un pómulo.

Me coge la mano y me besa las puntas de los dedos.

Gimo.

La sonrisa en su rostro lo dice todo.

—Arriba.

Dice que sí con un gesto. Subimos las escaleras de dos en dos, chocando, dando tumbos, hasta cruzar el umbral de mi habitación. Cierro la puerta, no enciendo la luz. Las persianas están subidas y la luz exterior entra a raudales.

Nos quedamos de pie, mirándonos, mirando mi cama. Mi cama doble. Desde que tenía doce años he tenido una cama doble, pero nunca la he compartido con nadie.

Quiero volver a tocarla pero no lo hago.

¿Qué debería decir? «¿Vamos a acostarnos?» Tenemos que hablarlo primero. No quiero obligarla. Dios mío, acabo de darme cuenta de que no tengo condones. Pues se acabó. Curiosamente, al saber que no vamos a tener sexo me siento más relajado.

—Bonita habitación. —Está mirando el póster de Ali, sus nudillos.

Su mano izquierda se cierra en un puño. Lo alza frente al póster.

Miro hacia su puño, luego el de Ali.

—Te faltan cicatrices.

—Dame tiempo. —Imita la forma de moverse de Ali.

Doy un silbido.

—Casi tan rápida como el grande.

—¿Casi? —Me pega de broma.

—Casi. —Me agacho para besar cada uno de sus nudillos, mirándola.

—Me gusta tu sabor.

—A sudor.

—A tu sudor.

—A mí también me gusta tu sabor. —Se acerca, introduce mi labio inferior en su boca.

Vuelvo a gemir. No puedo evitarlo.

—Me puedo quedar contigo. Enviaré un mensaje a mis madres para decirles que me quedo a dormir fuera.

Trago saliva.

—Quiero que te quedes a pasar la noche. —«Te deseo», pienso, pero no lo digo—. Pero...

—¿Pero?

—Yo, eh, no tengo ninguna, eh, protección. —Dios mío, ¿Cuántos años tengo? No puedo decir «condón» en voz alta.

—Claro que sí —responde Sojourner, señalando mis protecciones de boxeo, cuidadosamente enrolladas y apiladas en la silla del escritorio.

—Muy graciosa.

—Es broma. Tengo condones.

—Ah. —Tiene condones. Podemos acostarnos si queremos. Mi corazón se acelera. Taquicardia. Me va a dar un infarto solo de pensarlo.

Sonríe, me besa delicadamente la mejilla, apoya las manos en mi pecho para empujarme hacia la cama, hasta que me encuentro sentado en ella, y luego tumbado, con Sojourner encima de mí.

Solo puedo olerla y verla a ella. Tengo la erección más increíble de mi vida. Mi corazón late más rápido que nunca.

—No tenemos —dice, besándome la nariz— que hacer —me besa la barbilla— nada —ahora la boca— que no queramos.

—Sí quiero —exhalo—. Eres preciosa. Eres tan, Dios mío, Sojourner. Podría adorarte. Podría...

—Ser la persona más blasfema que existe —me interrumpe, pero no está enfadada. Me está besando; y yo a ella.

Nos empezamos a quitar la ropa el uno al otro. Sus pechos, estoy tocándolos. Ella me toca el abdomen, recorriendo con un dedo la línea de mis músculos oblicuos, hasta que su mano me roza el pene.

—Ah.

Estamos uno sobre el otro, moviéndonos muy rápido, pero no lo suficiente.

Luego estamos apoyados en las rodillas, frente a frente. Es todo tendones y músculos. Tiene los hombros definidos. Puedo ver el contorno de cada músculo del manguito rotador.

Recorro con los dedos su labio inferior, su barbilla, el cuello, los pechos, sus abdominales, y tímidamente los acerco a la entrepierna.

Alzo la mirada. Sojourner me dice que sí con un gesto, y luego guía mis dedos donde ella los quiere, me susurra qué debo hacer. Al oír su voz en mi oído me siento mareado, y me inunda una sensación de calor, como si me hirviera la sangre.

Nos movemos al ritmo de sus caderas, acompasando el movimiento de mi mano. Noto los latidos en el pene. Y en mi cabeza, y el corazón.

Estrechamos aún más nuestro abrazo, y la respiración se acelera mientras nos besamos. Sigo el ritmo que me impone Sojourner, cada vez más rápido, ejerciendo más presión cuando me lo pide, cada vez más rápido, con más fuerza, más rápido, más rápido, y luego...

Aprieta sus muslos apresando mi mano, emite un gemido apagado.

—Para —susurra—. Para.

Nos dejamos caer en la cama, chorreando sudor. Siento la mano un poco entumecida. La sacudo.

Sojourner me sonríe.

—Mmm...

Estamos acostados, ella tiene la mano sobre mi abdomen, la cabeza apoyada en mi hombro. Escucho su respiración. Se oyen sirenas fuera, y me doy cuenta de que no he escuchado ninguna desde que fui al encuentro de Sojourner. O, tal vez, no las he oído.

Se incorpora sobre los codos para besarme.

—Salado —dice, levantándose de la cama.

Por un instante tengo miedo de que se vaya. Pero lo que hace es rebuscar en el bolsillo de los pantalones, y luego me da un paquetito de aluminio.

—Tu turno.

—No tenemos que... —empiezo a decir, nervioso, pensando que igual no me lo sé poner, o que no aguantaré lo suficiente.

Me quedo mirando el embalaje de aluminio. He visto vídeos que enseñan cómo hacerlo. Se supone que hay que mirar la fecha de caducidad. Lo hago. Caduca cuando yo cumpla veinte años.

—Los acabo de comprar —dice Sojourner.

—Qué bien. —Me siento como un idiota.

Agarro el condón con una mano y lo desenrollo sobre mi pene con la otra, lentamente, concentrado en no romperlo. He leído en algún sitio que se puede desgarrar si te lo pones demasiado rápido o al revés.

Sojourner se ríe.

La miro.

—Se nota que te estás concentrando —entrecierra los ojos, arruga la nariz y la frente—. Como en clase cuando Dido te corrige y parece que piensas «voy a imitar exactamente todos sus movimientos». Tienes la misma expresión. Como si no hubiera nada más en el mundo. —Se inclina para besarme—. Es adorable.

—¿Adorable?

—Excitante. Es muy excitante. —Se acerca más a mí—. Verdaderamente excitante.

—¿Esto significa algo? —pregunto.

Todavía no ha amanecido. Sojourner yace de lado, de espaldas a mí. La rodeo con mis brazos.

—Es algo.

—¿Qué clase de algo? ¿Algo parecido a «ahora eres mi novia»?

—Algo bastante importante. —Se ríe.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Me refiero a que sigo sin ser cristiano.

—No puedo mentir. Me gustaría que lo fueras. Pero...

—¿Pero?

—Me gustas. Me ha gustado esto. No importa lo que dure.

A mí sí. Me gustaría que fuera para siempre.

—No estoy siendo muy guay, ¿no? Quiero ser tu novio. Me gustas de verdad, Sojourner. Nunca me he sentido igual. —No consigo decir la palabra «amor», todavía no, pero eso es lo que siento.

—Nunca habías hecho el amor.

—Chissst. Sabes que no es por eso. Aunque ha sido fantástico. No me malinterpretes. —Aprieto mi cuerpo al suyo y siento mi pene erecto al lado de sus nalgas.

—Mmm...

—Puesto que ha sido mi primera vez, creo que necesito practicar más. Contigo.

—Connigo.

—¿Porque soy tu novio?

—Porque eres mi novio.

La beso. Sojourner me besa. Nos ponemos a practicar más.

Me despierto cuando la luz del sol me da en los ojos. No bajé las persianas. Sojourner está a mi lado. No he pensado en Rosa durante horas.

Voy a preparar a Sojourner huevos fritos y beicon con tomate y cebolla, y no pienso dejar que me ayude. Se inclina por encima de la isla para besarme mientras troceo los tomates.

—Buenos días —dice David al salir del despacho.

Damos un respingo y se me cae un poco de tomate al suelo.

—Mierda.

—Qué mal hablas —dice Sojourner.

—Buenos días, Sid —saluda David, como si fuera perfectamente normal que Sojourner desayunara aquí, lo cual convierte el saludo en algo absolutamente anormal.

Recojo el tomate del suelo y lo tiro a la basura.

—¿Queréis café?

Ambos aceptamos con un gesto. Empiezo a freír la cebolla. Luego el beicon.

—¿Dónde están Sally y Rosa?

—Están con Lisi y Gene. Van a llevar a las chicas a un terapeuta.

Me pregunto de quién habrá sido la idea.

—Bien —digo.

—Sí. Tienen que comprender la gravedad de lo que han hecho.

Sojourner me mira pero no me pregunta de qué está hablando. Me pregunto por qué David no ha ido a la sesión con ellos. ¿Para poder hablar más conmigo? Quiero saber por qué ha mantenido en secreto durante tanto tiempo que sabía lo de Rosa.

En otra sartén casco los huevos. Una de las yemas se rompe.

—¿Te va bien huevos revueltos?

—Claro.

Doy la vuelta al beicon, revuelvo los huevos y la mezcla de tomate y cebolla en cada sartén. Me muero de hambre. Bajo un poco la llama. No quiero que se queme el beicon. David nos sirve el café. Sojourner se toma el

suyo con mucha leche y azúcar. A David no le parece bien pero se guarda su opinión.

Sirvo los platos y le paso a Sojourner uno con una abundante cantidad de comida. Sé qué tiene tanto apetito como yo.

—¡Tenedores! —Cojo dos y le paso uno a Sojourner.

Atacamos.

—Está buenísimo —dice entre bocado y bocado.

Ojalá David volviera a desaparecer en el despacho.

—¿Todos los boxeadores comen tan rápido como vosotros? —pregunta.

—Esta mañana tengo clase —responde Sojourner—, me tengo que ir pronto.

—Normalmente come igual de lento que Rosa.

Desearía no haber mencionado a Rosa.

—¿Qué enseñas? —pregunta David.

—¿Esta mañana? Autodefensa, y luego *kickboxing*.

Acaba el desayuno y recoge los platos para lavarlos. Reacciono con un salto para arrebatárselos y ponerlos en el lavavajillas.

—Te acompaño.

Sojourner sonrío.

—Gracias por el café, David.

—¿Qué dices que ha hecho tu hermana?

—Ella... —No estoy seguro de cómo explicar que Rosa casi mata a su supuestamente mejor amiga. ¿Le cuento la versión que Rosa y Seimone juran que es cierta? ¿O le cuento lo que estoy casi seguro que realmente pasó?—. La lio y arrastró a su amiga Seimone.

Sojourner se ríe.

—¡Cuántos detalles!

—Explicar lo que hace Rosa es complicado. No es como los otros niños.

—Es muy mona. Un poco presumida, busca llamar la atención, pero solo es una cría.

Sopeso la conveniencia de explicarle a Sojourner la verdad. Ya se la he contado a Leilani. Sojourner es ahora mi novia. Vamos caminando por Lafayette de la mano. Nos hemos acostado. Hemos hablado de religión y de lo que queremos hacer con nuestras vidas. He conocido a sus madres. Y ella a mi familia. Debería contárselo.

Pero no ahora. Quiero aferrarme a esta sensación y no hablar de Rosa.

—Cuéntame más de tus creencias. Dices que eres cristiana pero te parece bien el sexo antes del matrimonio, la homosexualidad...

—Creo que Jesús fue el Hijo de Dios y que vino a ayudarnos. A ayudar a todo el mundo, pero sobre todo a los más privados de derechos, los más pobres, los más discriminados. Mi Jesús quería alimentar al hambriento y expulsar a los mercaderes del templo. Mi Jesús creía apasionadamente en la justicia social, económica, en toda clase de justicia. Quería hacer del mundo un lugar mejor.

—¿Crees que existe la maldad? —Sojourner asiente—. ¿Crees que algunas personas son malvadas? ¿Que no se las puede salvar?

—Nadie está excluido de la salvación pero hay algunas personas que... lo ponen realmente difícil.

—Yo no creo en la maldad. No de ese modo. Creo que la maldad se puede explicar mediante la morfología del cerebro, los genes, el entorno. En realidad, mediante la interacción de esas tres cosas.

Sojourner me mira fijamente.

—Eso es muy, ehh, detallado. ¿Has pensado mucho en eso?

—Sip. ¿Y el infierno? ¿Crees en el infierno?

—Creo que mucha gente ya vive en el infierno. Hay muchas cosas horribles en el mundo. También aquí mismo. Policías que matan a mi gente y ni siquiera

les dan un estirón de orejas. Tantas personas que hacen daño a otras. ¿Cómo podría ser peor el infierno?

Cuando le cuente a Sojourner la verdad, ¿pensará que estoy viviendo en el infierno con mi demoníaca hermana atormentándome? ¿Tal vez es así?

—Supongo —continúa Sojourner— que la idea de un infierno y un cielo en el otro mundo es una forma de reconfortarnos, de decirnos que aquellos que obran mal en esta vida serán castigados y los que obran bien, recompensados. Pero dudo que existan en realidad.

—Entonces ¿no crees que la Biblia sea la palabra literal de Dios?

—Creo que es una crónica de Sus palabras anotadas con imperfecciones por los seres humanos. En el caso del Nuevo Testamento, algunos de los registros se realizaron muchas generaciones después de la muerte de Jesús. Creo que hay verdad en la Biblia. A veces metafórica, a veces literal.

La versión de Sojourner de la cristiandad no es como las otras que conozco. Me doy cuenta de que solo he hablado con cristianos conservadores.

—¿Has oído hablar de la Teología de la Liberación?

Sí, pero no sé nada de ella.

—Échale un vistazo. Eso es en lo que creo. ¿En qué crees tú? ¿Es la ciencia tu dios?

—No tengo ningún dios. Creo en muchas de las cosas que dices. En la justicia social y económica, en ayudar a los demás siempre que podamos. Sobre todo creo en la empatía. Sin empatía este mundo está perdido.

Sojourner asiente.

—¿Y el amor? ¿Crees en el amor?

Aprieto su mano.

—¿Amor y empatía? Creo absolutamente en las dos cosas.

Me giro hacia ella para besarla y le susurro al oído.

—Y en el sexo. Ahora mismo creo mucho en el sexo.

Cuando llego a casa llamo a la puerta del despacho. Hay muchísimas cosas que quiero preguntarle a David sobre Rosa. Me dice que entre.

Está hablando por teléfono. Frunce el ceño y tiene la boca apretada. Es su expresión cuando intenta no perder los estribos. Siento la tentación de dejarlo para más tarde. No quiero ver a David fuera de sí.

—Comprendo —repite.

Echo un vistazo a mi móvil, porque me parece de mala educación escuchar. Contesto a Georgie, pero no le cuento exactamente lo que ha pasado. No creo que pueda resumir lo que Rosa ha hecho con Seimone en un par de mensajes. A Nazeem le han puesto un sobresaliente en una redacción sobre por qué la generación actual de adolescentes en Australia no bebe tanto como las anteriores. Le felicito. Envío un mensaje a Leilani para saber su versión de lo que está pasando con Rosa y Seimone. No me responde. Me pregunto si también estará en la sesión de terapia.

Escribo a Sojourner.

—Ya te echo de menos.

No me importa lo pastoso que suene. La echo de menos de veras. No la voy a ver en un montón de horas.

—¿Qué querías, Che? —pregunta David. Aunque no me imagino por qué es un misterio para él saber lo que quiero.

—¿Te pillo en mal momento?

—Sí. Pero puedo hacerte un hueco. Ya lo sabes.

No lo sabía.

—Quiero hablar más de Rosa.

David hace un gesto de aceptación con la cabeza.

Quiero saber por qué no me contó que lo sabía. Quiero saber si tiene un plan.

—¿Qué hacemos con Rosa?

—Haremos lo que ya hemos estado haciendo. Le haremos entender que lo que ha hecho es inaceptable. He dedicado mucho tiempo a recordarle que, si no puede comportarse como alguien normal, su vida será horrible.

—He grabado nuestras conversaciones.

David me mira fijamente.

—¿Las que has tenido con Rosa?

Asiento.

—Si se las diéramos a un psiquiatra que pudiera escuchar la indiferencia que muestra cuando dice que no le importa nadie, que le parece interesante ver a la gente sufrir, que disfruta fastidiando a la gente, se daría cuenta enseguida de cómo es.

—En efecto. Y entonces ¿qué? —No lo sé—. Tenemos un problema práctico. ¿Cómo minimizar el daño que causa Rosa? No podemos curarla. No hay cura. Solo podemos contenerla.

—Entonces ¿nos rendimos?

—Yo no he dicho eso. Podría ser peor. He visto cosas mucho peores.

—¿Tu hermano? ¿Papa?

—Ambos. Por eso sé cómo es Rosa. Yo ya he pasado por esto.

—¿Eran peores que Rosa?

—¿Por qué crees que intento mantener a esta familia lo más lejos que puedo de ellos? No quería que Saul o Papa estuvieran cerca de Rosa.

Por un instante me siento mareado. Estamos hablando de Rosa, de psicopatía, de esta familia.

—He leído algunos estudios que afirman que la empatía se puede aprender.

—Es demasiado tarde para Rosa.

Miro fijamente a David.

—¿Cómo podemos estar seguros? Debe de haber algún psiquiatra o terapeuta o alguien que la pueda ayudar.

—¿Cómo reacciona Rosa ante la gente que intenta que cambie? ¿Te acuerdas de las últimas veces que la llevamos a los médicos?

Sí me acuerdo.

—Los engañó —dice David—. Descubrió lo que querían que ella dijera y lo repitió hasta que los médicos dijeron que no necesitaba volver.

Debería sentirme contento al oír mis propios pensamientos en boca de David. Pero no es así.

—¿Crees que no hay esperanza?

—No he dicho eso. Estamos enseñándole a ser normal. Llevamos haciéndolo durante años. Rosa no piensa como la mayoría de la gente, pero sabe qué podría pasar si los demás se dieran cuenta. Sabe fingir muy bien.

—Demasiado bien —comento.

David sacude la cabeza. Está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas; la silla de oficina sigue su balanceo.

—A veces, fingir que eres algo que no eres puede cambiarte. La pretensión puede volverse real.

—¿Eso crees?

—Lo sé. Cuando conocí a Sally estaba fuera de control. Hacía cosas terribles.

Ya lo sabía. Forma parte del acervo familiar. Sé que organizaba partidas de póker de alto nivel en la lujosa escuela privada a la que iba, que arruinó a algunos de los alumnos más ricos. Pero no le echaron por eso. Le echaron por romperle la mandíbula a otro alumno.

—Quería impresionar a Sally, ser su hombre salvaje. Creía que le gustaba esa parte de mí. Pero la asusté. Entonces me aterrorizaba la idea de que me abandonara.

Se encoge de hombros un instante, casi como disculpándose, como si yo no supiera cuánto la quiere.

—Empecé a ser más como ella, de forma consciente. Fui a cursos de gestión de la ira, porque ella quería. Nunca me has visto perder los estribos, Che. Por eso fui. Tomé como modelo a Sally. Hacía lo mismo que ella, hablaba como ella. Dejé de meterme en peleas. Ha sido lo más duro que he hecho nunca. Siento mucha rabia. Me quema, y tengo la necesidad de que salga, de destruirlo todo; a veces he de salir corriendo para liberarme. No puedo quedarme en la misma habitación, la misma ciudad, el mismo país.

—¿No va contigo donde tú vas?

David dice que no con un gesto, pero luego asiente.

—No cuando estoy con Sally. Me ha enseñado a escapar de ella. He cambiado. La ira ya no me enciende con tanta intensidad. ¿Cuántas veces me has visto perder los nervios?

Nunca.

—Te he visto evitando perder los nervios. Tu cara se tensa. Me doy cuenta de que luchas para evitarlo.

—Es una lucha.

—Rosa no tiene temperamento. No desde que era pequeña. —Intento imaginarme cómo sería Rosa si cambiase. No puedo—. Tú no eres Rosa. A ti te importa lo que piensan los demás. Te importaba lo que pensaba Sally. Esa es la razón por la que cambiaste. A Rosa no le importa nada. Deberías oír algunas de las cosas que me ha dicho. Te puedo poner las grabaciones.

David se endereza en la silla, reclinándose un poco hacia atrás, como si hubiera dejado a un lado su vehemencia.

—No es necesario. Ya he oído lo que dice. Nuestra función es dejarle claro que su única posibilidad es pasar por una persona normal. Sabe que si la diagnostican se reducen las posibilidades de salirse con la suya. Tal vez al tener que actuar como si fuera normal cambiará. Yo cambié.

Quiero creerle.

—No somos profesionales. Estamos tomando decisiones importantes. ¿No deberíamos por lo menos pedir consejo a alguien que sepa más que nosotros? Si la llevamos a ver a alguien que haya trabajado con jóvenes... —me interrumpo al pensar en la etiqueta. Todavía no la he llamado psicópata delante de David.

—¿Qué íbamos a conseguir con un diagnóstico formal, Che?

—Un profesional nos ayudaría a entender qué opciones tenemos.

—¿Qué crees que le pasará a Rosa cuando la diagnostiquen? No ha quebrantado las leyes. Tiene diez años. Si conseguimos que le hagan pruebas, ¿qué demostrarán? Digamos que confirman tu sospecha; entonces ¿qué hacemos?

—Es una psicópata. ¿No es nuestro deber proteger a los demás de ella?

—No puedes llamar a una niña de diez años psicópata. ¿Cómo crees que la trataría la gente si lo supiera? ¿Qué colegio la aceptaría? ¿Tendría que ir a uno especial para niños con trastornos? ¿Qué aprendería de otros niños como ella?

No lo sé.

—Lo mejor que podemos hacer es mantenerla bajo control y hacerle ver las consecuencias de hacer siempre lo que desea. La contención es nuestra única opción.

Pero no hemos conseguido contenerla, ¿no? Permitimos que el virus que es Rosa contaminara a Apinya, y ahora a Seimone.

Esa tarde en el gimnasio Sojourner me besa cuando me ve y me coge de la mano. Realmente es algo. Los pensamientos relativos a Rosa y mis parientes pirados se disipan.

Jamie se ríe.

—Parece que habéis resuelto vuestras diferencias religiosas, ¿no?

—Estamos bien —dice Sojourner.

—Mucho —añado.

Jamie hace el ruido de vomitar.

Entrenamos juntos y combatimos. No pienso en mi hermana durante largos intervalos.

Los tres vamos hacia casa de Sojourner. Voy a cenar con sus madres.

—Ey, gracias por invitar a Elon la otra noche —dice Jamie—. Hemos estado saliendo. Elon es guay.

Elon se acerca bastante a la definición de «guay».

—Sabes que Leilani ha dejado a Verónica, ¿no?

Niego con la cabeza.

—¿Otra vez?

—Esta vez va en serio. Verónica está montando números por todas partes. Se cortó las venas.

Me quedo helado.

—Pero no fue muy convincente, ¿sabes? Más bien eran rasguños. Pero está llorando en el hombro de Elon, y se conocen desde que hacían «gugu» y «gaga». Es su familia. Tiene que apoyarla.

—Pobre Elon.

—Sí, pobre.

—A mí no me mires —dice Sojourner—. No conozco a Elon. Llévalo a la iglesia, Jamie.

Jamie resopla y se ríe a la vez. Ahora sé que es su chiste habitual, porque Jamie nunca va a la iglesia.

—Hay una protesta este domingo. Voy a ir con Elon a arreglar el mundo de forma más directa.

—¿En serio?

Antes de que empiecen a discutir, pregunto:

—Tus madres saben que estamos juntos, ¿no?

Estoy un poco nervioso con esta cena.

—Claro que lo saben —responde Jamie—. Sid se lo cuenta todo. No hay secretos en esa casa.

—Lo dices como si fuera algo malo —replica Sojourner.

—Nunca creí que echaría de menos el absurdo caos católico de «todo es un secreto» y «a los niños no se les cuenta nada» que era vivir con mis padres. Pero vosotras os pasáis, tenéis un exceso de confianza absoluto.

—¡No es cierto!

—Guapa, ¡tu madre habla del color y la textura de su caca!

—Está enferma. Es una de las señales que indican su estado.

—Es demasiado —prosigue Jamie, haciendo un gesto con las manos que significa lo mismo—. Y tus madres son demasiado ruidosas cuando se ponen. Por lo menos cuando mis viejos estaban juntos tenían la decencia de no hacerlo más. Y si lo hacían eran más discretos que un ratón.

—Pones el listón muy bajo. Los ratones aquí son bastante ruidosos.

—Da igual. No necesito saberlo. Los viejos no deberían hacerlo, igualmente. Es asqueroso. Tu madre no tiene por qué meterse en mis asuntos y preguntarme si uso protección y si, ¿cómo lo dijo?, ah, sí, ya me acuerdo, si me complacen lo suficiente. Ay, Dios mío. Iba a preguntarme sobre mi clítoris. Qué vergüenza.

Sojourner se ríe. Estoy pensando en cómo consigue Jamie no blasfemar delante de las madres de Sojourner, y al mismo tiempo me río al comprobar cuánto se parecen sus madres a mis padres.

—Espera. ¿Significa eso que me van a hacer el tercer grado sobre si, mmm, te complazco bien o no?

Ahora Jamie también se ríe. Se provocan mutuamente ataques de risa cada vez más fuertes.

—Seguramente te harán dibujar un mapa para demostrar que sabes dónde está el clítoris.

Jamie se esfuerza por seguir caminando, no puede por la risa.

—Ah, mira por dónde —exclamo, agitando el móvil en el aire—. Mis padres. Dicen que tengo que volver a casa ahora mismo.

Sojourner me coge el móvil.

—Noooo... —Se lo enseña a Jamie.

—¿Ves algún mensaje parecido?

Jamie deniega con la cabeza.

—No veo ningún mensaje parecido.

Me llevo la mano al estómago.

—Creo que empiezo a sentir un ataque de náuseas repentinas.

Me doy la vuelta y doy unos cuantos pasos en la dirección opuesta. Sojourner me agarra un brazo, Jamie el otro.

—No tan rápido, señor. No hay escapatoria del interrogatorio de las madres.

—Las lesbianas son lo peor —dice Jamie—. No les da vergüenza nada, no hay límites. Seguramente también querrán comprobar que tu pene tiene el tamaño adecuado.

Sojourner resopla y le da un puñetazo de broma a Jamie.

—¡Te has pasado!

—Está bromeando, ¿no? —Estoy bastante seguro de que es broma—. ¿No? Vuelven a partirse de risa.

Nos encontramos con Diandra y Elisabeta en un restaurante venezolano. La madre de Elisabeta era de Venezuela. Es la primera vez en mi vida que pruebo unas arepas. Me como seis para asegurarme de que la última es tan buena como la primera. Las madres no hacen ni una sola referencia a mi pene. Ni siquiera hablamos de sexo. Hablamos de política, de la injusticia, de una manifestación en la que participaron, del próximo combate de Sojourner, de cómo es el invierno en Sídney, y de si es una tontería prohibir el alcohol hasta los veintiuno.

Sojourner y yo nos pasamos casi una hora despidiéndonos. Cada beso que se supone que es el último nos hace seguir besándonos.

No le cuento lo que hizo Rosa.

No pienso en lo que hizo Rosa.

Ya es más de medianoche cuando vuelvo a casa. Sally ya ha vuelto. Está sentada con David en la isla de la cocina bebiendo vino. Saben que estaba con Sojourner, sus madres y Jamie, pero todavía no he entrado en detalles sobre mi relación con Sojourner.

Sally deja la copa y me da un abrazo.

—¡Vaya día! O noche y día, o lo que sea. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

Me responde con un abrazo.

—No estoy segura. No puedo creer que fueran tan imprudentes. ¡Seimone podría haber muerto!

Después de abrazarla abro la nevera. Está casi vacía. No hay jamón ni queso. No veo nada que contenga proteína. Abro el cajón de las verduras y cojo la última manzana. Aunque no servirá de mucho.

—¿No hay jamón?

—No hemos tenido tiempo de ir a comprar —informa David—. Si quieres, puedes hacerlo tú mañana.

—Claro —respondo, pensando cómo voy a pagar—. ¿La tarjeta de crédito vuelve a funcionar?

—Te daré dinero en efectivo.

Me siento en un taburete y me sirvo un vaso de agua.

—Seimone ahora se lo cree —comenta Sally—. Que los cacahuets pueden matarla.

Ojalá hubiera creído que Rosa puede matarla.

—¿Cómo están Lisimaya y Gene?

—En estado de *shock*. Creo que la terapia ha sido buena idea. Le estaba diciendo a David que ha sido una pena que no pudiera asistir.

Por la expresión de David, no parece que le dé pena.

—Alguien tiene que trabajar. No falta mucho para el lanzamiento.

—¿Diez meses? Aún falta. Puedes tomarte algunas horas libres.

David desestima con un gesto de las manos las objeciones de Sally.

—Tengo que trabajar.

—¿Qué ha dicho el terapeuta? —pregunto.

—Ha sido una sesión muy práctica. Hizo a ambas explicar qué creían estar haciendo. Qué resultado esperaban. Si habían pensado qué podía pasar si salía mal. Si... —Sally hace una pausa—, si Seimone hubiera muerto.

Apuesto a que Rosa sí lo había pensado.

—¿Qué dijeron?

—Por supuesto, no habían llegado a plantárselo. Suponían que su plan saldría bien.

—La verdad —dice David— es que funcionó. Seimone está viva.

—Cierto. Pero tal como dijo el terapeuta, eso es irrelevante. Las decisiones no se pueden basar en la expectativa del mejor resultado posible. ¡Especialmente si el peor resultado es la muerte!

—¿Cómo reaccionaron cuando el terapeuta las hizo reflexionar sobre lo que podría haber pasado?

—Seimone estaba fuera de sí. No paraba de decir que no quería morir. Rosa estaba consternada.

Seguro. Rosa probablemente imitó las lágrimas de Seimone. Aunque ya es capaz de fabricar lágrimas sin tener que copiarlas de alguien.

—Seimone lo está pasando mal. Por eso se ha quedado Rosa allí, para consolarla. —Para susurrarle veneno al oído—. Yo quería que volviera a casa, pero Seimone se puso casi histérica de solo pensarlo. Se va a quedar otra noche allí.

—¿Crees que es conveniente? —pregunto, antes de poder contenerme. Detrás de Sally, David sacude la cabeza de un lado a otro.

—Creo que sí —contesta Sally—. Seimone ha aprendido la lección. Rosa también. No volverán a intentarlo.

«No —pienso—. Probarán algo distinto.»

—¿Crees que realmente las dos han aprendido la lección, tan fácilmente?

—El hecho de que Seimone casi muriera las ha impresionado mucho.

A Rosa no.

—¿Seguirán asistiendo a las sesiones de terapia?

Sally asiente.

—El terapeuta quiere seguir explicándoles cómo deberían expresar su opinión cuando piensen que la otra va a hacer algo que no debería. Rosa nunca debería haber permitido que las cosas fueran tan lejos. Debería haberle dicho a Seimone que poner a prueba su alergia estaba mal.

—Claro que debería haberlo hecho.

Sally me fulmina con la mirada al reconocer el tono sarcástico.

En mi bolsillo noto el zumbido del móvil.

—Tenemos que hablar de esto —me ha escrito Leilani—. Pensar qué podemos hacer.

—Estoy destrozado —digo.

Nuestra despedida de buenas noches es más tensa que de costumbre. Sally me abraza dos veces.

—No puedo dejar de pensar qué habría pasado si no le hubieras inyectado la adrenalina a tiempo. La pobre Rosa se quedó helada. Gracias, Che.

David se estremece. Yo me muerdo la lengua.

Ya en mi cuarto quedo con Leilani para desayunar.

Me meto en la cama y me quedo mirando el movimiento de las luces de los coches en el techo. Desearía que Sojourner estuviera aquí.

Por lo menos puedo estar seguro de que, sea lo que sea que esté tramando Rosa, dejará pasar algún tiempo. Casi ha conseguido matar a Seimone. Eso debería contentarla de momento.

A la mañana siguiente me despierta Rosa llamando a mi puerta. Hace un día gris y no se filtra demasiada luz.

—¡Che!

—Un minuto —contesto, aunque deseo que se vaya.

Me visto y abro la puerta.

—¿Cuándo has vuelto a casa?

—No quiero que vuelvas a violar mis derechos —dice Rosa, mientras entra resuelta y sube a la cama, donde se sienta con las piernas cruzadas, posando el dorso de las manos sobre las rodillas, como si fuera a meditar.

La miro fijamente.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién está sentada en la cama de quién, Rosa?

—Grabas nuestras conversaciones.

No me lo esperaba. Me siento en el suelo.

—¿Cómo te has enterado?

—Oí cómo se lo decías a David. —Me mira igual que miraba a las hormigas antes de espachurrarlas.

—Escuchando detrás de la puerta. Superético, Rosa.

—No te he ocultado que estaba escuchando.

—No, no pudiste escabullirte a tiempo. Abrí la puerta y te sorprendí antes de que pudieras hacerlo.

—No deberías hablar tan alto si no quieres que te oigan los demás. Siempre dices que no mientes, Che, pero grabar conversaciones sin pedir permiso es mentir. Hacías que parecieran conversaciones normales, pero estabas estudiándome como si fuera un bicho. Eres un mentiroso.

—No, no lo soy. —Tengo la nauseabunda sensación de que tiene razón—. Si me hubieras preguntado si estaba grabando, te lo habría dicho. ¿Acaso lo niego ahora?

—No, pero solo porque sabes que ya lo sé. Eres igual de taimado que yo, Che. Eres como yo. Solo que eres mejor fingiendo que no.

—No soy para nada como tú, Rosa.

—Eres mi hermano. Por supuesto que eres como yo. No hay nadie que se me parezca tanto.

—¿He amenazado alguna vez a tus amigos?

—Nunca he hecho eso.

—Dijiste que empujarías a Soj-Sid por las escaleras.

—No es verdad.

—Sí lo es. Dijiste que deseabas que Leilani y Maya estuvieran muertas.

—Nunca dije que las mataría. Prometí que no lo haría. —Rosa nunca antes me había parecido tan engreída—. Te mientes a ti mismo, Che. Yo sé exactamente quién soy. Me gusta cómo soy. Serías mucho más feliz si te gustaras a ti mismo, Che.

Siento ganas de gritar.

—¿Qué dirías si descubrieras que he grabado nuestras conversaciones? ¿Pensarías que es algo siniestro?

—Claro que sí. Pero no es lo mismo, porque yo no soy como tú, Rosa. No quiero ser como tú. Nunca he obligado a nadie a matar a su mascota. Nunca he intentado matar a mi mejor amiga. No miento, ni robo, ni engaño. No soy tú.

—Yo no maté a la cobaya. No he intentado matar a Seimone. No escuchas. Nunca mataré a Seimone. Es mi mejor amiga. La necesito. No quiero que sigas grabando nuestras conversaciones. Es asqueroso, Che. Solo porque soy diferente no quiere decir que eso esté bien.

—No eres simplemente diferente. Diferente no es sinónimo de peligroso, Rosa.

—Tampoco deberías contarle mentiras sobre mí a Leilani. Le dijo a Seimone que mato mascotas. Y yo le dije a Seimone que estás celoso porque no eres tan listo como yo. Sabe que juegas al ajedrez como un bebé. Le das pena.

—Me alegro de no ser como tú.

Rosa sonrío con suficiencia.

—Los tontos siempre se alegran de serlo. Yo soy distinta del noventa y nueve por ciento de la población. Con «distinta» me refiero a «mejor».

¿Está hablando de las estimaciones sobre la cantidad de psicópatas, o de la cantidad de genios?

—¿Sabes que hay blogs de gente como yo? He aprendido mucho. Explican cómo hacerse pasar por alguien normal. Algunos afirman que hay que cambiar de nombre y dejar a la familia atrás en cuanto sea posible. La familia solo se interpone en el camino.

Imagino poniéndolo en práctica. Ojalá lo hiciera.

—En los comentarios hay muchas opiniones en contra. Muchos psicópatas... —Hace una pausa y sonrío para dejar claro que sabe lo que pienso de ella—. Muchos de nosotros creen que la familia es el mejor disfraz porque todo el mundo piensa que los psicópatas son gente solitaria. Nunca sospechan que alguien con una familia que les quiere pueda ser un monstruo.

—No creo que seas un monstruo —digo. Tiene razón. Sí que miento.

—David no quiere que les hables a los McBrunight de mí porque no quiere que se retiren del negocio. Es por el dinero, Che, no por Sally. No puedes confiar en David. ¿Por qué crees que nunca te ha hablado de mí? Él siempre lo ha sabido.

—¿Por qué, Rosa? —Estoy fascinado escuchando su teoría de la conspiración. Supone que todo el mundo tiene una motivación tan atroz como la suya—. ¿Por qué haría eso?

—Necesita que seamos una familia normal y feliz para no ahuyentar a los inversores. David odia estar arruinado. Odia tener que hacer un trabajo normal. ¿Por qué crees que nos hemos mudado tanto? ¿Por qué crees que está trabajando tanto?

—David siempre trabaja mucho.

Rosa sonrío.

—Siempre hace que parezca que trabaja mucho. Hay más gente como yo de lo que crees. ¿Un uno por ciento? Los científicos se han sacado esa cantidad de la manga. Casi todo el mundo es como yo.

—Piensas así, Rosa, porque no puedes imaginarte cómo sería ser otra persona. La única forma de entender que a la mayoría de la gente de este mundo sí que le importan los demás sería que a ti también te importasen.

Rosa se encoge de hombros.

—Te lo demostraré. Seimone y yo vamos a cocinar la cena de mañana. Será una cena familiar para volver a unirnos.

Estoy impaciente.

Llego a la cafetería un par de minutos tarde por culpa de Rosa. Leilani está sentada con Maya en una mesa del fondo. Rodea a su hermana con un brazo, y se inclina hacia ella para hablarle mientras da sorbitos a su café. Hay un tono íntimo, una sensación palpable de mutuo amor.

Maya parece más pequeña. Tiene ojeras. Parece haber perdido peso.

Muestra una expresión torturada. Las dos parecen angustiadas.

Por culpa de Rosa.

A veces me pregunto si Rosa es un virus alienígena. Todo lo que toca queda infectado por el mismo ADN inhumano: vuelve a la gente gris. Estoy seguro de que yo era distinto antes de que naciera. Más feliz. Cuando aterrice la nave nodriza estaremos demasiado deshechos para rechazar la invasión.

Leilani me ve y apenas me saluda con la mano. Maya también. Voy hasta la mesa.

—Necesitamos un plan —dice Leilani antes de que haya tomado asiento.

Es cierto.

—¿Es esto un comité de guerra?

Los labios de Maya se curvan en lo que casi es una sonrisa.

—¿Podemos ponernos pintura de camuflaje?

—Claro.

—Lo principal es mantener a Rosa lejos de Seimone y Maya. —Leilani no sonrío—. Puedo proteger a Maya, pero no sé cómo llegar a Seimone. Está completamente sometida por Rosa. ¿Te ha dicho Seimone que mañana va a preparar la cena con Rosa para toda la familia?

La casi sonrisa de Maya se desvanece.

—Obviamente las dos piensan que el siguiente paso es envenenarnos —dice Leilani tras asentir.

—Qué gracioso.

—Seimone sigue diciendo que Rosa es su mejor amiga en el mundo entero y que todo fue idea suya. Da igual lo que le cuente de Rosa.

Maya se mira las manos.

—No puede haber sido idea de Seimone —dice Leilani—. Lleva guantes donde quiera que va. Le aterrorizan los cacahuets.

Me muero de hambre.

—¿Os parece bien que pidamos algo? No he comido nada todavía. —Se suponía que era un desayuno.

Leilani mueve la cabeza para decir que sí. Pido un desayuno completo. Ella y Maya piden fruta y cereales.

—He advertido a Seimone de cómo es Rosa —me informa Leilani—. La avisé antes de que me dijeras nada. No le he dicho abiertamente que es una psicópata, pero le hablé de la cobaya y de las cosas horribles que dice. Seimone no me creyó. Dijo que estaba celosa. «Te quiero —dijo— y también a Maya. Pero Rosa es mi mejor amiga. Me comprende.»

—Puf —puedo imaginarme a Rosa diciendo a Seimone «tú me comprendes» del mismo modo que me lo dice a mí.

—Maya duerme ahora en mi habitación.

—Bien. ¿Tú y Seimone seguís sin hablaros?

Maya se inclina abatida.

—Seimone no me habla. Rosa sí. Ojalá no lo hiciera.

—No te quedes nunca a solas con ella, Seimone no cuenta. Llámame si crees que Rosa va a hacer algo. ¿Tienes mi número?

Maya asiente.

—No puedo creer que quisiera matar a Seimone —dice Leilani—. Son amigas. ¿Por qué quería matarla?

—No estoy seguro de que quisiera matarla —digo—. Tenía el autoinyector en la mano. Y ya le había quitado el tapón.

—Iba a inyectárselo; eso afirma Rosa. Que se quedó helada.

—No se quedó helada. Estaba riéndose.

Maya se desploma. Parece aún más diminuta.

—No creo que Rosa quisiera matarla. Creo que estaba fascinada por la cara de Seimone volviéndose morada. Quería ver qué pasaría. Por eso hizo que comiera cacahuets. Creo que vuestra hermana aceptó hacerlo, pero Rosa no quería que muriera.

—Rosa puede obligarla a hacer lo que ella quiera —prosigue Leilani.

—Puede hacer que Seimone crea que fue idea suya.

Llega la comida. Mi desayuno es de veras completo: cuatro salchichas, muchas lonchas de beicon, huevos revueltos, champiñones y cebolla. Ataco. Maya revuelve con la cuchara los cereales, el yogur y las frutas del bosque sin llevarse nada a la boca.

—¿De verdad crees que es una psicópata? —pregunta Leilani entre bocado y bocado.

Es la segunda vez que me lo pregunta. Lo pilló: deberíamos andarnos con cuidado. Pero hace años que vivo con esto. Hace años que estoy seguro.

—David también lo cree.

—¿Qué? Pensaba que no te creían.

—¡No lo sabía! Hablamos después de lo que pasó. David admitió que sabe lo que es. Que también ha tratado de controlarla.

Leilani se me queda mirando fijamente.

—¿Y por qué no se lo dijo a mis padres?

—Sally se niega a aceptarlo. —Al decirlo, me doy cuenta de que no tiene sentido. ¿Por qué David no ha avisado a la gente? ¿Especialmente a los McBrunight? Dijo que eso podría destruir nuestra familia, pero ¿cómo es posible que piense así?—. No quiere disgustarla. —Acabo la frase de manera poco convincente.

—¿Eso es una tontería! Seimone podría haber muerto. Que le den a Sally.

Me crispo.

—Ella... —empiezo a decir, pero nada de lo que ha dicho David justifica guardar en secreto lo que pasa con Rosa—. Rosa dice que David tiene miedo de que tus padres se retiren del nuevo negocio.

—Voy a contarles a mis padres lo que me has dicho. Tu padre tendrá que respaldarme. ¿Por qué iba a inventarme algo así?

—Puede que no quiera hacerlo. Podría perderlo todo.

—No me importa.

—Cuéntaselo a tus padres. Te acompañaré si quieres. Estoy harto de no contárselo a la gente. Los secretos son un asco. ¿Te he explicado que Rosa insinuó que empujaría a Soj-Sid escaleras abajo? —Leilani alza las cejas—. No creo que hiciera algo semejante. No creo que pudiera. Sid es una boxeadora entrenada. Rosa dice mierdas como esa todo el tiempo, solo para fastidiarme.

—Insensibilidad —dice Leilani.

—¿Has buscado la lista de síntomas?

—Por supuesto. La leí mientras pensaba en Rosa, y tenía que ir tachando cada casilla.

—Insensibilidad, desinhibición, ausencia de miedo y carisma.

—Obviamente yo también tengo carisma, pero tampoco me importaría no tener miedo —dice Leilani—. Imagínate no estar nunca estresado ni nervioso.

—El precio es demasiado alto. —Sé que Leilani está bromeando, pero no puedo evitar hacer el comentario—. Nos preocupamos porque nos importa. Además, la ausencia de miedo va de la mano de la desinhibición. Si Rosa quiere algo, lo coge. No piensa en las consecuencias, porque no le importan. Pero eso está cambiando. Lo de los cacahuetes había sido planeado. Para poder planear algo tienes que pensar en las consecuencias.

Maya se estremece. No ha comido nada. Mi plato está vacío.

—Rosa no aprende a ser buena; aprende a ser mejor en ser mala.

Leilani no ha mirado el móvil. Y siempre lo hace.

—¿Cómo puedes vivir con ella? —pregunta—. Tendría acidez de estómago de estar siempre a la espera de que haga algo. ¿Hace diez años que estás soportando esto?

—Bueno, yo... —Nadie ha considerado nunca ni de lejos cómo es convivir con Rosa. Ni siquiera Georgie. ¿Tal vez David? Pero todavía no hemos

hablado de eso. No sé cómo puedo soportarlo. No estoy seguro de que lo esté haciendo—. Lo peor es el veneno que susurra a mis oídos. Su visión retorcida del mundo.

Leilani me aprieta la mano.

—Tengo cita con mi terapeuta mañana. Le contaré todo. Sabrá qué hacer. También se lo voy a contar a mis padres, aunque David no me apoye. Tú sí lo harás.

—Gracias. —Se las doy de corazón. Me gustaría que supiera cuánto se lo agradezco.

—¿Quieres a Rosa? —pregunta Leilani.

—Sí. Esa es la peor parte. Es mi hermana pequeña. La cogía en mis brazos cuando era un bebé. Siempre la he cuidado.

Maya se levanta de la silla, rodea la mesa y me da un abrazo. Es un abrazo sincero. Algo que Rosa nunca ha hecho. Intento no llorar.

Rosa y Seimone no hacen la cena.

Leilani le ha contado a sus padres todo lo que le dije. David no la ha respaldado. Acuso a mi padre de estar mintiendo y él me dice que está decepcionado. Me había dicho que no se lo podíamos contar a los McBrunight. No les diré nada más. Sally no puede creerse que haya dicho algo así de Rosa, sobre todo a los McBrunight. Parece haber olvidado que yo le había dicho exactamente lo mismo.

Rosa tiene una sonrisa de suficiencia.

Leilani y yo nos hablamos por mensajes.

Esperábamos una hecatombe. Pero en lugar de eso, nos encontramos en casa de los McBrunight para hablar de lo que Sally denomina como «malentendido» y Gene una «situación». Como dicen los adultos. Aunque algunos no lo seamos todavía.

Doy un sorbito de agua del vaso situado frente a mí. Hay cuatro jarras de agua y un montón de quesos, carne, ensalada, salsas y panes en el centro de la mesa.

No deberíamos estar sentados así, con los McBrunight a un lado de la mesa y los Taylor y Klein en el otro, porque la falla tectónica no nos separa así. Rosa, Seimone y los adultos deberían estar a un lado; Leilani, Maya y yo, al otro. Gene tiene ojeras. Sonríe y le da una palmadita a Lisimaya en el hombro. Ella le devuelve la sonrisa, pero no de forma espontánea. No parece tan cansada porque el maquillaje es perfecto, pero se ha pintado hasta el borde de la extenuación.

Dudo que nadie haya dormido mucho desde que Seimone casi se muere. Excepto Rosa y David; nada les quita el sueño. Los círculos bajo los ojos de Sally parecen moratones. Maya tiene que reprimir los bostezos. Leilani también. No mira el móvil. El mío me arde en el bolsillo. Tengo la grabación de Rosa en la que no promete que no matará a Maya lista para su reproducción.

Rosa y Seimone intercambian miradas y se hacen señas con las manos en un lenguaje de signos inventado.

—¿Empezamos? —pregunta Sally.

—No lo sé —responde Leilani—. ¿Alguno de vosotros va a escuchar lo que tenemos que decir?

Gene se vuelve hacia ella.

—Venga ya, Leilani. ¿Podemos por lo menos intentar ser civilizados?

Leilani pone los ojos en blanco.

Nadie ha tocado la comida. Cojo un trozo de apio relleno con algo rosa y le doy un mordisco. El crujido suena como un disparo. Todos me miran.

—Perdón —farfullo, dejando el apio en el plato.

—Che no puede estar sin comer —dice David—. Es algo típico de los boxeadores.

—La comida es para eso —dice Lisimaya, señalando el banquete. Nadie hace amago de querer comer nada.

—¿Por qué no empiezas tú, Leilani? —dice Sally—. Prometemos escuchar.

—Rosa es... —Mira a Rosa, que está convirtiendo su cara en la imagen de la inocencia: abriendo mucho los ojos, bajando la vista, con el labio inferior como si fuera a hacer un puchero—. Yo... Nosotros... —continúa Leilani, lanzándome una mirada—, creemos que Rosa tiene un trastorno de personalidad antisocial.

—¡No es verdad! —exclama Rosa. Seimone niega con la cabeza.

—Eso significa que le gusta manipular a la gente, y no le importa lo que les pueda suceder.

—¡Claro que me importa!

—Manipuló a Seimone para que comiera mantequilla de cacahuete y...

—¡No es cierto! —objeta Seimone—. ¡Fue idea mía!

—Deja que acabe Leilani —interviene Lisimaya.

—Ya te lo he dicho... —insiste Seimone.

—Leilani estaba hablando primero —la interrumpe Gene—. Ya tendrás tu turno.

—Che —me dice Leilani—, cuéntales lo de la cobaya.

Lo hago. Rosa protesta reclamando su inocencia.

—¿Por qué no nos lo contaste entonces? —pregunta Sally.

—Porque nunca creéis nada de lo que os cuento de Rosa.

—Porque mientes —se defiende esta.

—Tendrás también tu turno, Rosa.

—Hay algo que no está bien en Rosa —prosigo, con voz suave y calmada—. Seimone podría haber muerto. Escuchad esta grabación que hice de nuestra conversación.

—¿Has grabado a tu hermana? —me pregunta Sally, alzando la voz.

Asiento.

—Porque necesitaba pruebas.

Pulso *play* antes de que nadie pueda añadir nada más.

Rosa: «Maya es mala. Sería mucho más fácil si estuviera muerta. Seimone desea que se muera».

Yo: «Dios mío, Rosa, no puedes matar a Maya».

[Silencio]

Yo: «Si matas a Maya, te encerrarán».

[Silencio]

Yo: «Eres lista. Pero incluso a los asesinos más inteligentes los pillan algún día. Deberías leer sobre ello».

Rosa: «Ya lo he hecho. A algunos los pillan. Hay muchos asesinatos sin resolver».

[Silencio]

Yo: «Quieres vivir en este mundo con las menos limitaciones posibles, ¿no?».

[Silencio]

Yo: «Si matas a Maya, ¿qué crees que pasará? Eres diferente. Ya tienes que esforzarte para disimular ante los demás, y aun así algunas personas no quieren estar contigo».

Rosa: «Como Maya. Pero estoy mejorando en parecerme a los demás. Ya me has visto en la fiesta. Hablé con todo el mundo y les he caído bien. Les decían a Sally y a David que tengo mucho talento».

—Te estaba tomando el pelo —insiste Sally mientras Lisimaya se abraza a sí misma—. Tiene diez años. No va a matar a nadie.

—Nunca lo haría —dice Rosa.

—Es muy preocupante —dice Lisimaya—. ¿Dice cosas así a menudo?

Asiento.

—Eso es lo que piensa.

—¡No, no es verdad! —exclama Rosa—. Estaba fingiendo. Ya sabes que me gusta actuar.

—¿Ha mostrado alguna vez un comportamiento violento? —quiere saber Lisimaya.

—¿Cuenta matar insectos? Y le gusta robar.

Les cuento lo del pasaporte, y luego otras cosas que hizo cuando era pequeña. Al explicarlo, nada de eso parece tan malo.

Gene no ha dicho nada. David tampoco.

—Es malévola —comenta Leilani.

—Tú eres malévola —dice Rosa, trabándose al pronunciar la palabra, como si no supiera qué quiere decir.

Seimone asiente.

—Es cierto, Lei-Lei, has sido mala con Rosa desde que llegó. Y Maya también. Puedo tener mis propias amigas, ya lo sabes. Solo porque seamos gemelas no nos tienen que gustar las mismas cosas.

—Ambas están yendo a la consulta de James —dice Lisimaya—. Si Rosa es lo que afirmáis, James lo notaría, ¿no creéis? Se ha pasado años trabajando con niños con trastornos.

—Solo la ha visto una vez —responde Leilani—. ¿Por qué mentiste, David?

—¿Me estás preguntando por qué no estoy de acuerdo con vosotros en que mi hija es peligrosa? Porque no lo es. —Sacudo la cabeza—. No lo es, Che. Sí, tiene dificultades para conectar con la gente. Siempre las ha tenido. Sí, dice cosas inapropiadas. Muy inapropiadas. Está aprendiendo a escuchar las voces de dentro y de fuera, y no tiene un control fantástico sobre sus impulsos. Y sí, le gusta molestarte, Che. Suele pasar con las hermanas pequeñas.

¿Les va a vender esto a Gene y a Lisimaya?

—Como sabéis, cuando era más pequeña le diagnosticaron un trastorno del desarrollo —prosigue David, mirando a sus dos amigos más antiguos—. Pero ha mejorado. ¡Dios mío, tendríais que haberla visto hace tres años! Rosa tenía que esforzarse para hacer amigos. Ahora tiene dos. Sigue en contacto con Apinya. De modo que sea lo que sea lo que le pasara a la cobaya de Apinya...

—Yo no...

—Déjame acabar, Rosa —dice David. El labio inferior de Rosa vuelve a sobresalir—. Siguen siendo amigas.

Creía que David estaba de acuerdo conmigo con que Rosa era peligrosa.
¿Acaso no dijo eso?

—No es normal —dice Leilani.

—Estoy de acuerdo. Rosa no es normal. Va como mínimo cinco años adelantada en matemáticas, y mucho más como jugadora de ajedrez. Pero dos o tres años atrasada en el aspecto social. Parece ser que es algo que va de la mano. No estoy de acuerdo con vuestro diagnóstico. —Me fulmina con la mirada—. Tampoco coincide ninguno de los profesionales con los que se ha visitado. Han sido muchos. Sé que Che quiere ser médico, pero todavía no lo es.

Puedo notar que me arden las mejillas.

—Nadie la ha examinado para comprobar si tiene un trastorno de personalidad antisocial.

Sally me lanza una mirada asesina.

—David, ¿por qué no les contaste nada de esto a mis padres? ¿No te parece que deberían haber sabido que no es normal, antes de permitirle estar cerca de las gemelas?

Todos los adultos hablan a la vez, pero la voz de Lisimaya se impone sobre las demás.

—Lo hicieron, Leilani. Sabemos lo de Rosa desde hace años.

—¿Por qué no nos lo contasteis? —exige Leilani.

—Porque no queríamos juzgarla —contesta Lisimaya—. Rosa ya tiene bastantes problemas para encajar. Creo que nos equivocamos.

—Seimone dejó de hablar con Maya porque Rosa hizo que...

—No, no es cierto —dice Seimone—. Haces que parezca un bebé, Lei-Lei. No soy un bebé. Maya sabe por qué he dejado de hablar con ella.

—¿Puedes decirnos por qué? —pregunta Gene amablemente.

—Porque llamó a Rosa «robot diabólico».

—¿Es eso cierto, Maya?

Esta asiente. Gene tiene que contener la risa. A nadie más parece hacerle gracia.

—Quiero que volváis a hablar —anuncia Lisimaya—. ¿Podéis prometérmelo? ¿Maya?

Maya asiente de nuevo.

—¿Seimone?

—No hasta que deje de ser mala con Rosa.

—¿Y qué pasa si ella sigue siendo mala conmigo? —Maya interviene por primera vez.

—Rosa —dice David, antes de que los demás puedan decir algo—, ¿dejarás de ser mala con Maya?

—Yo no he...

—¿Rosa?

Rosa asiente.

—¿Lo prometes?

—Lo promeeeeeto —contesta Rosa, alargando la palabra «prometo» una fracción de segundo más de lo normal, de forma que suena casi sarcástica.

—¿Dejarás de fastidiar a tu hermano? —David señala mi móvil—. Lo que dijiste no es gracioso. No hagas nunca chistes sobre la muerte.

Rosa parece disgustada.

—No lo decía en serio. No pensaba que Che fuera a creérselo.

—Seimone, ¿volverás a hablar con tu hermana? —pregunta Lisimaya.

—Lo promeeeeeto —responde Seimone, pronunciándolo exactamente igual que Rosa.

La familia unida vuelve a casa caminando. No puedo denominarla como «mi» familia. No siento que tengan nada que ver conmigo. Pero ahí están.

Tengo partes heredadas de ambos: el pelo y la nariz de David, los ojos de Sally. Pero ahora mismo tengo la sensación de que no tenemos nada más en común.

Rosa sonrío a medias. Intuyo que considera la velada como una victoria. Tiene razón. Ha ganado.

—Dijiste que me creías —digo a David. Estamos a menos de una manzana de los McBrunight, pero no me lo puedo callar.

—Es cierto —dice—. Pero también te dije que tengo que mantener a esta familia unida.

—¿Cómo has podido? —dice Sally, volviéndose hacia mí. Una vena se le contrae en la frente—. ¿Cómo has podido decir eso de tu propia hermana? ¿Cómo has podido grabarla?

Rosa se ríe. Sally se gira hacia ella.

—No es divertido, Rosa.

Mi hermana deja de reír al instante.

—Esto no es un juego. ¿Por qué crees que tu hermano piensa esas cosas horribles de ti? Porque no te tomas nada en serio, Rosa. Sé que es duro. Sé que tienes que esforzarte. Sé que preferirías que todo fueran números. Pero no es así. Tienes que intentar adaptarte mejor. Tienes que dejar de reírte cuando algo no es gracioso. Tienes que dejar de decir cosas siniestras como esas. ¿Que desees que Maya esté muerta! ¿Por qué dijiste eso?

La cara de Rosa es tan inexpresiva como la de David.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo, Rosa. ¿Querer que se muera alguien nunca puede ser gracioso! No puedes hablar así.

David posa su mano en el hombro de Sally. Esta se libera de ella.

—¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Pensando lo peor unos de otros? ¿Espíándonos? ¿Cómo es posible que nos hayamos convertido en esto?

No sé a quién se lo pregunta. No nos mira a ninguno.

David la rodea con un brazo. Esta vez Sally se lo permite y apoya la cabeza en su hombro. Creo que está llorando.

Cruzan la calle hacia el parque. Rosa y yo los seguimos. El resto del camino hasta casa lo hacemos en silencio. La cara de Rosa sigue igual.

Más que ninguna otra cosa en el mundo, deseo estar con Sojourner.

CUARTA PARTE

Quiero volver a casa

—Hace mucho frío hoy —dice Georgie en un mensaje—. ¡Llevo mitones!

—Aquí estamos cociéndonos.

Por fin ha llegado el verano. Llevo pantalones cortos. Estoy en el gimnasio esperando que aparezca Sojourner para la sesión de combates. Estoy despatarrado sobre el banco frente a los vestidores, engullendo agua y dos barritas de proteínas, mientras me pongo al día con Georgie.

—Te encantaría. Ropa de todos los estilos imaginables. De todos los colores: pasteles, fluorescentes, como de caramelo...

—¿Ahora te interesa la ropa? ¿De repente sabes qué quiere decir pastel? NYC te ha cambiado.

No le digo que estoy citando a Leilani.

—He visto gente con monos rojos patinando por el carril bici con unos patines de los de antes. Una de las chicas llevaba rulos en el pelo.

En esas cosas sí que me fijo. No soy el único. El patinador que iba en cabeza llevaba un radiocasete en equilibrio sobre un hombro, con música a todo volumen tan vieja como los patines.

—Qué guay. Algún día me gustaría verlo. ¿El pequeño demonio sigue fuera?

—Vuelve esta noche.

Paso con el pulgar las fotos que ha enviado Rosa desde el campamento de danza y le envío a Georgie la de hoy, en la que Rosa posa con un disfraz de pastorcilla y Seimone con su vestido de ballet.

—Qué monas. ¿A los diez años ya sabíamos hacernos *selfies*?

—Los niños de hoy en día.

—¿No más animales muertos?

—Qué simpática. No que yo sepa. ¿Cómo va tu gran proyecto?

El gran proyecto de Georgie sobre productos textiles es un vestido de gala. Mientras me lo explica en varios mensajes, con imágenes incluidas del último maniquí de calicó, repaso mi lista.

1. Mantener a Rosa bajo control.
2. Quiero boxear en combates.
3. Quiero tener novia.
4. Quiero volver a casa.

1. Rosa no ha hecho nada espeluznante desde que Seimone casi se muere y tuvimos aquella conferencia familiar. Ha dejado de hablar conmigo. No de hablar de tonterías. Está fingiendo ser normal. No ha vuelto a colarse en mi cuarto. No ha dicho quién desea que se muera ahora. No ha dicho nada que haga que se me pongan los pelos de punta.

Si Rosa no hace nada malo en los próximos diez años, ¿podré creer que ha cambiado?

David es más optimista que yo. Pero no dice lo mismo de ella en público que en privado. Me ha perdonado por contárselo a los McBrunight; yo no estoy seguro de haberle perdonado. Dice reiteradamente que la supervivencia de nuestra familia está en juego. Que etiquetar a Rosa destruiría su vida y la de toda la familia. Ve su lado oscuro, pero no lo admitiría ante nadie que no sea yo.

«Hay millones de personas como Rosa en el mundo —dice— que viven su vida sin matar a nadie. Rosa es lista. Quiere vivir una vida normal. Mira lo bien que se está portando.»

James, el terapeuta, no ha diagnosticado a Rosa. No cree que la amistad de Rosa y Seimone sea malsana.

Se equivoca. Pero al menos un profesional está hablando con ella. Mi hermana meterá la pata y entonces se dará cuenta. Con David y James

involucrados, tengo la sensación de que Rosa no es tan responsabilidad mía como antes.

Seimone ha vuelto a hablar con Maya, pero no como antes. Esta sigue durmiendo en la habitación de Leilani. Rosa y Seimone siguen siendo uña y carne. Se han inventado un lenguaje de signos propio, con distintas combinaciones de movimientos de dedos, palmaditas en los codos, agitando las manos y partiéndose de risa cuando alguien les pregunta sobre su idioma secreto.

Leilani y Maya me creen. Antes solo tenía a Georgie. Nunca me atreví a contarle lo aterrorizado que estaba, que Rosa consumía casi cada minuto de mi vida. Al poder hablar con Leilani de Rosa todo ha cambiado. Me siento como si hubiera respirado con un solo pulmón durante años, y ahora puedo hacerlo con los dos.

2. He boxeado en combates. Ahora boxeo mil veces mejor que antes. A mis padres no les gusta. Pero no me lo impiden.

3. Tengo novia. Sojourner lo es todo. No nos vemos tanto como me gustaría, que sería cada minuto de cada día. Tiene dos trabajos, los combates, y enseña en la escuela de los domingos. Si yo no boxeara, la vería como mucho dos veces a la semana.

4. No quiero volver a casa, a Sídney. Ahora empiezo a sentirme como en casa aquí.

Gracias a Sojourner, Leilani y Maya, incluso Elon y Jamie.

Pero Sojourner es mi principal fuente de felicidad. Es más que todo.

Cuando entra en el gimnasio, con el pelo recogido hacia atrás y la bolsa colgando del hombro, mi corazón se acelera. Sonrío, me levanto, la abrazo. La bolsa se cae al suelo. Nos besamos.

—Pillaos una habitación—gruñe Trozodecarne, pero le ignoramos.

Sojourner me besa de nuevo, y luego desaparece en el vestidor.

Sonrío mientras contesto a Georgie.

—Ahora tengo sesión de combates. Tu proyecto parece alucinante.

Compramos pizza de camino a casa. Se ha convertido en un ritual. Invita Sojourner. Sabe que mis padres tienen lo que ellos llaman «problemas de efectivo», y que no quiero abusar de la tarjeta de crédito de Papa, aunque me dijo que no pasa nada. Básicamente porque al abuelo le encanta escribir «ya te lo dije» a David cuantas más veces mejor.

Normalmente acompaño a Sojourner a casa antes de volver a la mía, pero hoy no. Esta noche sus madres están en una conferencia eclesiástica en Charleston, en Carolina del Sur. Estaremos solos en su piso diminuto, Sojourner y yo, hasta mañana. Entonces tendré que volver a casa y veré a Rosa por primera vez en dos semanas. Ojalá sus madres estuvieran fuera una semana, o más, y pudiera aplazar el momento de volver a ver a Rosa. Un mes sería aún mejor. Cuando estoy con Sojourner no pienso en mi hermana.

No pienso en ella cuando llegamos al cuarto de Sojourner, nos arrancamos la ropa y aterrizamos enredados en su cama.

Nos quedamos dormidos. Al despertarme veo que en mi móvil hay un montón de mensajes urgentes y llamadas perdidas, y Sojourner hace el equivalente de renegar, que consiste en una alternancia de «¡cielos!» y «¡oh, no!». Va a llegar tarde a la clase de autodefensa que dirige durante las vacaciones.

—¿Puedes cuidar de Rosa y las gemelas esta mañana? ¿Y llevarlas a la clase de tenis?

Suzette, la *au pair*, está enferma. Leilani está ocupada con Neophyte. Los McBrunight no vuelven de Tokio hasta esta noche y mis padres tienen reuniones todo el día, de modo que solo quedo yo, porque el personal de los McBrunight tiene otras obligaciones más importantes que hacer de canguro.

Maya me recibe en la entrada de la casa de los McBrunight.

—Vienen también a tenis.

Lleva una camiseta blanca, pantalones cortos de tenis y chanclas. Supongo que las zapatillas están en su enorme bolsa con el equipo, que está en la entrada.

—Rosa no juega al tenis. —Que yo sepa, nunca ha tenido una raqueta en las manos.

—Seimone tampoco. Pero ahora quieren ir a mi escuela de tenis para empezar con las clases para principiantes.

En una semana Maya se va a un campamento de tenis en Florida. Nadie ha admitido el hecho de que los dos campamentos son en fechas distintas para que así Maya pase el mayor tiempo posible sin Seimone y Rosa.

—Nunca le ha interesado el tenis. Dice que es un juego estúpido. El tenis no es estúpido.

Asiento, aunque no tengo ninguna opinión sobre el tenis. Aparte del boxeo no me interesan demasiado los deportes.

—Es culpa de Rosa —dice Maya—. ¿Sabes qué dijo? «La gente rica juega al tenis.» Entonces Seimone dijo: «Yo soy rica», y Rosa contestó: «Yo voy a ser rica de mayor».

Espero de todo corazón que no sea así.

—Rosa es lo peor.

Nos sentamos en el sofá que está más lejos de la puerta.

—¿Dónde están?

Maya dirige la vista hacia arriba, hacia la galería, donde están los dormitorios de las niñas.

—¿Cuánto falta para tu clase?

Me estiro en el sofá, miro el cielo azul y las nubes blancas a través de la inmensa claraboya. No me apetece revisar el millón de mensajes. Pienso en anoche, en Sojourner.

—Una hora —dice Maya—. Pero quiero calentar antes. Si vamos con la línea L, estaremos en veinte minutos. Les he dicho que tendríamos que irnos en cuanto llegaras. Saben que estás aquí.

—Bajad —escribo a Rosa—. Tenemos que irnos.

—Ojalá no vinieran —dice Maya—. Seimone odia el tenis. Ojalá su campamento hubiera durado todo el verano.

No puedo evitar estar de acuerdo con ella.

—Van a conseguir que lleguemos tarde.

—Todavía no. —Aunque no me extrañaría viniendo de ellas.

—Lo estropean todo —prosigue Maya.

—No lo lograrán. Saben que, si nos hacen llegar tarde o la lían de cualquier otra manera, se lo diré a tus padres.

Maya asiente con la cabeza, pero no parece convencida.

—Pienso en ti —escribo a Sojourner. Ojalá estuviera aquí.

Se oye el ruido del ascensor. Aparecen Seimone y Rosa, conjuntadas: camisetas rojas y faldas azules, zapatillas rojas y azules, cintas rojas y azules en las trenzas. Hasta las mochilas son rojas y azules. Como si quisieran dar a entender «ahora somos nosotras las gemelas».

—Hola, Che —corean—. Hola, Maya.

Maya no responde.

El pelo de Seimone es ahora casi tan largo como el de Rosa. Me pregunto cuándo empezó a dejárselo crecer. Parecen diminutos miembros de una secta de animadoras psicópatas.

—¿Podemos elegir el camino? —pregunta Seimone—. Vamos allí porque Maya hace tenis, así que deberíamos poder elegir.

Me recuerda a la lógica que suele usar Rosa. ¿Qué importa cómo vayamos hasta allí? Maya hace una réplica exacta del gesto más sutil de Leilani cuando pone en blanco los ojos.

—Iremos a la parada de la línea L en la Primera Avenida, no vamos a andar todo el camino —contesto—. No vamos a ir de puntillas ni haciendo pasos de ballet.

—Qué gracioso —dice Seimone.

Rosa se queda mirándome fijamente.

—Nos referíamos a que queremos escoger la ruta.

Me pregunto si entenderá el sarcasmo algún día.

Maya ya está en la puerta, poniéndose la bolsa al hombro.

—Si quieres la llevo yo, Maya —le digo.

—La entrenadora dice...

—Que cargar con la bolsa te hará más fuerte. Ya me lo dijiste. No estoy seguro de entender la lógica de tu entrenadora.

Maya me saca la lengua.

—Es fantástica. ¡Tan neoyorquina!

—Podemos pasar por la Nueve —dice Rosa.

—De acuerdo.

Afuera brilla el sol y, aunque es un día entre semana, hay mucha gente deambulando con pinta de no tener un destino concreto. Hay pájaros en los árboles, gorriones. Sojourner dice que también hay halcones, pero nunca los he visto.

Mientras caminamos, Rosa y Seimone se persiguen correteando alrededor de Maya y de mí. Van cambiando de sentido, una y otra vez. Agitan las manos haciendo gestos en su lenguaje de signos.

—Dejad de empujarme —dice Maya.

—No estamos empujándote. Estamos bailando —responde Rosa—. Tenemos que practicar movimientos fluidos.

—Estamos deslizándonos —dice Seimone, pero mira a Rosa, no a Maya.

—No, me estáis empujando. Che, diles que paren.

—Dejad el deslizamiento para la pista de tenis.

Vuelven a cambiar posiciones. Veo a Seimone alzar cuatro dedos, con el pulgar en la base del meñique. Las dos se ríen, saltando de un pie al otro, mientras esperamos que cambie el semáforo.

—Esto es horrible —escribo a Leilani—. Maya está pasándolo mal. Rosa y Seimone son insufrideras.

Cruzamos. He decidido que es más fácil vigilar a Maya que estar pendiente de lo mal que se comportan Rosa y Seimone. Maya camina rápido, pegada a mí.

—¿Insufrideras? —responde Leilani—. ¿Cuándo decidiste trasladarte al medievo?

Maya masculla algo que suena como «las odio».

Le doy una torpe palmadita en el hombro, con la esperanza de que eso le haga recordar que estoy a su lado.

—Paremos en el cercado para perros —sugiere Rosa—. Quiero verlos.

De alguna manera ha conseguido mantener con vida al perro virtual. Las alertas por *email* sobre su estado nos llegan a mí y a nuestros padres. Seguramente piensa que hay una posibilidad de que le regalen uno de verdad.

—Llegaremos tarde —responde Maya—. No hay tiempo de mirar perros.

—Cruzamos directamente por el parque, chicas.

—Sí, Che. —Seimone y Rosa contestan simultáneamente con una voz cantarina, y luego se ríen. Me gustaría prohibirles esas risitas tontas.

Sé que no hay ninguna probabilidad de encontrarme con Sojourner, porque está dando clase, pero no puedo evitar buscarla. El parque es el primer lugar donde la vi fuera del gimnasio, donde nos dimos nuestro primer beso de verdad.

Estoy bastante seguro de que es demasiado pronto para sentir nostalgia sobre cómo llegamos a estar juntos. No voy a consultarlo con Leilani ni con Georgie, ni mucho menos con Jason. Especialmente después de que su

respuesta cuando le conté que tenía novia fue: «Por fin echas un polvo. Increíble. Ya estaba preocupado por que se te desprendiera el instrumento». A veces me preocupa que tal vez diga esas cosas en serio.

Maya se pasa la bolsa del hombro izquierdo al derecho.

—¿Me dejas llevarla a mí un rato? No se lo diré a tu entrenadora.

—No hace falta —dice Maya—. No pesa tanto como parece.

Parece muy pesada.

—Dímelo cuando quieras descansar.

Más risitas de las gemelas azules y rojas.

—Podríamos jugar al ajedrez —propone Seimone. Rosa asiente. Vuelven a cambiar de posición. Esta vez veo cómo Seimone choca contra Maya.

—Para ya. No empujes a Maya. No pararemos para nada. Ni para ver perros, ni para jugar al ajedrez, y nada de seguir empujando a Maya.

Ya estamos al otro lado del parque y cruzamos la Avenida A.

—Sí, Che —canturrean, mientras saltan lentamente de modo muy irritante. Tararean además algo, lo cual es aún más molesto.

—¿Estaría mal si las matara a las dos?

Leilani responde inmediatamente.

—¿No parece eso una de las preguntas típicas de Rosa?

—Estoy convenientemente avergonzado.

Tropezó y casi se me cae el teléfono.

—No deberías caminar y enviar mensajes —dice Rosa.

—Va contra la ley —añade la gemela menos maléfica.

No veo con qué he tropezado, pero sospecho que ha sido uno de sus pies saltarines. Guardo el móvil en el bolsillo. Tengo que estar atento.

Maya vuelve a cambiar la bolsa de hombro.

—Déjame llevarla.

Niega con la cabeza. Tiene los dedos blancos en el lugar donde está asiendo la bolsa.

—Ya no faltan muchas manzanas.

Esperamos que cambie el semáforo. A mi lado, Maya se cambia la bolsa al otro hombro. Ya no vuelvo a ofrecerle mi ayuda. Esperaré a que vuelva a cambiarla de lado una vez más, y entonces insistiré. Al otro lado, Seimone y Rosa dan saltitos con la punta de los pies.

Un enorme camión con remolque pasa traqueteando, haciendo sonar su estruendosa bocina. Está brillantemente decorado en rojo, verde y amarillo, con un anuncio de una cerveza que no conozco. El sol es más intenso que nunca desde que llegamos. Esta bulliciosa y abarrotada avenida está llena de colores brillantes y magníficos contrastes. No recuerdo por qué pensaba que Nueva York era feo. Cualquier ciudad en la que estuviera Sojourner no podría evitar ser preciosa.

Algo se mueve a mi lado de forma extraña. La bolsa de Maya gira, la correa con la que lleva la bolsa en bandolera se le enreda en el brazo y hace que pierda el equilibrio. La agarro cuando parece que sale volando delante de mí hacia la calzada. Una bicicleta choca contra ella. Su cabeza golpea el asfalto con un ruido que hace que se me revuelva el estómago.

—¡Maya!

Seimone chilla histérica.

—¿Por qué la has empujado? —grita Rosa, con lágrimas corriendo por las mejillas. Me está señalando.

—¿Qué demonios...? —dice un hombre—. ¿Por qué has hecho eso? —Ha sacado el móvil.

No puedo ver con quién está hablando. Rosa y Seimone están aferradas una a la otra.

Maya no se mueve. Respira, sin embargo, y tiene los ojos abiertos. Me agacho a su lado, sin estar seguro de si debo cogerle la mano. Al lado de su cabeza hay una bola de chicle que alguien acaba de escupir. El corazón de rubí centellea. Una de sus pupilas es enorme.

—Te pondrás bien —le digo, con la esperanza de no estar mintiendo. Le toco el dorso de la mano suavemente.

—Me duele —dice—. Quiero a Lei-Lei.

Saco el móvil del bolsillo. «911», recuerdo, y marco el número. Por segunda vez.

Oigo gente gritando tras de mí y los sollozos de las chicas han aumentado de volumen.

Entonces oigo las sirenas. Con un gran estruendo. Muy fuerte.

El operador del 911 me dice que la ayuda está en camino. Envío un mensaje a Leilani para decirle que Maya está herida.

—He avisado a Leilani, Maya. Estará aquí enseguida.

Alguien me pone una mano en el hombro.

—¿Señor?

Me giro. Las ambulancias. Regreso a la acera. Se agachan al lado de Maya. Me siento aliviado al ver que la asisten. Quiero preguntar si se pondrá bien, pero todavía no pueden saberlo.

—¡Che! —grita Maya.

—Estoy aquí. —No estoy seguro de que pueda oírme.

—¿Por qué la has empujado? —vuelve a gritar Rosa.

Me doy cuenta de que me está señalando con el dedo.

La policía me hace esperar en una sala pequeña. Ya les he contado lo que vi cuando estábamos en la acera, mientras las ambulancias atendían a Maya. No estoy seguro de lo que ha pasado. No se me había ocurrido que alguien hubiera empujado a Maya. Perdió el equilibrio. Pensé que había tropezado, o que alguien había chocado contra la pesada bolsa, haciéndola caer del bordillo.

La policía no me pregunta si empujé a Maya. Anotan todo lo que digo.

Una agente de policía me acompaña en la espera. No habla mucho, solo para decirme que David está de camino.

Hay cuatro sillas y una mesa, un vaso de agua y nada más. Busco el móvil. No está en el bolsillo. La última vez lo usé para enviar un mensaje a Leilani, cuando estaba al lado de Maya. ¿Se me caería allí? ¿O en el coche de policía?

Vuelvo a intentar buscarlo en el bolsillo, y al mismo tiempo recuerdo que no está allí cuando ya estoy metiendo la mano.

Quiero levantarme y caminar, pero es una sala muy pequeña.

—No hagas eso, chaval —dice la agente.

Estoy a punto de decir «¿el qué?», cuando me doy cuenta de que mis piernas están imitando a Ali, aunque esté sentado.

—No se me da muy bien estar quieto.

—Pues aprende, chico.

Me concentro en evitar mover las piernas. Pero entonces me entran ganas de dar golpecitos con los dedos en la mesa. Me conformo con estirar los brazos y los hombros.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que llega David y me abraza. Noto el escozor de las lágrimas en los ojos, pero no lloro. La agente de policía se

pone en pie y nos deja solos.

Me desplomo en la silla. David se sienta en la que está a mi lado.

—¿Cómo está Maya?

—La están examinando en el hospital. Está consciente. No puede estar tan mal.

Tenía muy mala pinta.

—¿Dónde está Sally?

—En el hospital. Rosa también. Gene y Lisi todavía no han aterrizado. Danny ha llamado a una abogada. Estará aquí enseguida. Ha dicho que no debían haberte traído aquí. Lo arreglará todo.

No sé quién es Danny. Dos agentes de policía entran y se presentan. No estoy seguro de si hablan conmigo, porque miran a David, no a mí. Ambos nos dan la mano cordialmente. No me quedo con sus nombres.

Parece que todo esto no tiene nada que ver conmigo.

Uno de los agentes es alto y la otra bajita. Por un momento me parece que son los mismos que vinieron a casa cuando Rosa desapareció. Pero esta vez es el hombre el alto. No soy capaz de concentrarme en lo que dicen. ¿Quizá nada de esto tiene relación conmigo?

Muevo los pies lo mínimo. No había tenido que estar sentado tanto rato seguido desde que volamos a Nueva York.

—Mi hijo no contestará sus preguntas hasta que llegue la abogada.

—¿Ah, no? —digo.

—No —contesta David con firmeza.

Tomo un sorbo de agua. Sabe aceitosa.

Los dos agentes hablan algo más con David y luego se van.

Me doy cuenta de que el suelo es una lámina que imita el diseño de unas baldosas. No recuerdo el nombre del material, pero en una esquina la lámina

ha empezado a ondularse, como si fuera papel pintado viejo. Supongo que las baldosas de verdad son demasiado caras.

La abogada entra acompañada de otro agente. Tiene el pelo corto y plateado, pero no en el mismo tono que la dependienta de Spool. El color es natural. Se presenta y me da la mano. El agente me dice que puedo irme a casa, pero no de la ciudad, porque puede que todavía me necesiten.

Pregunto por mi móvil. El agente dice que buscarán en el coche que me trajo hasta aquí.

Siento las piernas impacientes por echarse a correr.

No vamos al hospital. David dice que haríamos una escena, porque Rosa y Seimone dicen que yo empujé a Maya.

—Yo no la empujé.

—Lo sé. —David alarga el brazo desde su asiento en el taxi para apretarme la mano.

Ya en casa me siento en la isla de la cocina. La abogada está sentada frente a mí. David ya me ha dicho su nombre varias veces, pero no lo recuerdo.

No le importa que me levante y camine arriba y abajo.

David prepara café. Doy un sorbo, pero sabe a jabón. Dejo la taza y miro por la ventana, pero solo veo a Maya tendida en la calzada.

La abogada dice algo. No estoy seguro de qué dice.

Vuelvo a la isla y me siento. Hay una hormiga en la encimera. ¿Hay hormigas en Nueva York? Si fuera Sídney, me parecería normal; allí hay hormiguitas negras por todas partes. Observo más de cerca. Es un granito negro de algo. ¿Café? ¿Cacao? ¿Suciedad? No puedo distinguirlo.

—¿Che?

—¿Sí?

—Tienes que responder a las preguntas de Ilene.

Asiento y me pongo de nuevo en pie. Me dan tirones en las piernas cuando estoy sentado.

Mi abogada, Ilene, está bebiendo a sorbitos el café como si fuera lo más normal del mundo estar aquí sentada haciendo preguntas sobre una niña de once años atropellada por una bicicleta. Quizá para ella es normal.

Ilene explica que es posible que no se presenten cargos. Acaban de empezar a comprobar las grabaciones del circuito cerrado de televisión, pero de momento no han encontrado nada. No hay cámaras en cada esquina, y las que vigilan el tráfico están dirigidas a la calzada, no a los peatones. Pero todavía no han comprobado las de las tiendas circundantes.

Eso es algo nuevo: no hay cámaras en todas partes en Nueva York. Entonces recuerdo lo que dijo Rosa. Y que fue ella quien decidió por qué calles iríamos de camino al metro.

Rosa ideó todo esto. ¿Quería realmente hacer tanto daño a Maya? ¿Tenía la intención de echarme la culpa?

La abogada dice que la policía ha entrevistado a cinco testigos. Seimone, Rosa y un hombre dicen que yo empujé a Maya. Dos mujeres dicen que fue una de las niñas. Ambas insistieron en que no fui yo. Una de las mujeres dice que fue Seimone. La otra no está segura de qué niña era.

Maya no sabe qué pasó. No sabe quién la empujó, pero está segura de que la empujaron. Puede hablar, pero tiene un traumatismo cerebral, tres costillas y dos vértebras rotas y dos fracturas en la pierna izquierda que requerirán cirugía. La espina dorsal está bien. Podrá caminar.

El ciclista tampoco sabe qué pasó. Tiene una pierna rota y muchos rasponazos de la gravilla, y la bicicleta quedó destruida. Menos mal que era una bicicleta de carreras ligera, y no una de las azules y pesadas del sistema público. Tiene en su contra que no iba por el carril bici.

—Es posible que la policía no presente cargos —dice Ilene—. Nadie ha muerto, y sois menores. ¿Puedes contarme qué pasó? —Ha girado el taburete para ponerse frente a mí—. Con el mayor detalle posible.

—En realidad no lo sé. No lo vi. Estábamos esperando para cruzar la calle y de pronto Maya estaba en la calzada. Pensé que había tropezado. — ¿Realmente lo pensé? No estoy seguro de que estuviera pensando en qué había pasado. Estaba pensando en cómo ayudarla—. No la empujé. No me di cuenta de que alguien la hubiera empujado.

—¿Qué has dicho? —pregunta David.

Estoy en el otro extremo de la sala.

—Perdón —digo, acercándome—. He dicho que yo no la empujé.

—¿Puedes quedarte sentado, Che? —dice David.

Vuelvo a sentarme en un taburete. Mis piernas tiemblan, pero no puedo evitarlo.

—¿Quién crees que empujó a Maya? —pregunta Ilene.

—Rosa.

David aprieta los labios. La ira se esfuma de su rostro antes de que Ilene pueda darse cuenta.

—Pero Rosa cree que tú empujaste a Maya.

—Es una trampa. Suele hacerlo.

Mientras le hablo a Ilene de Rosa, me pregunto por qué esta me echa la culpa. ¿Qué consigue con eso?

—¿Tienes pruebas de que ella podría hacer algo así? —pregunta Ilene.

Le hablo de las grabaciones y de las anotaciones que tengo de Rosa.

Ilene parece confusa por un momento.

—¿Puedes facilitarme ese material?

Subo arriba y cojo el portátil. Desbloqueo los archivos protegidos y los copio en el USB que me da Ilene. Ahora lo tiene todo.

David no ha dicho una palabra.

Cuando la abogada se va, me abraza.

—Todo va a ir bien —dice—. Ilene tiene que saber cómo es Rosa. Has hecho bien.

—¿En serio? —Por su expresión, no parecía que pensara eso.

—Tengo que hacer un montón de llamadas. ¿Estarás bien?

Desaparece en el despacho antes de que pueda responder.

Miro mi tableta. Un millón de mensajes. La uso para llamar a Leilani. Sigue en el hospital.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

No estoy tan seguro. Debería haberme interpuesto entre Maya y las chicas en todo momento. No dejarlas portarse tan mal. Tenía que haber intuido que tramaban algo. ¿Estaban tramando algo? ¿O simplemente Rosa aprovechó la oportunidad?

—¿Cómo está?

—Está mejor. Puede hablar. No recuerda gran cosa. Tiene un traumatismo craneal. Está machacada. Muchos huesos rotos. La pierna izquierda pinta mal.

—¿Está sufriendo?

No estoy seguro de que Leilani pueda oírme. Suena como si fuera una versión robótica de ella. Como si estuviera en el Uncanny Valley y me hablara de un extraño. Me siento como si yo también estuviera allí.

—Sabe quién es, quién es el presidente, blablablá. Jura que no fuiste tú. Cree que vino del otro lado; que fue Rosa. Pero está confusa.

—¿Puedo ir a verla?

—Solo la familia más próxima. Pero ha preguntado por ti. Y por su bolsa de tenis.

Leilani profiere un sonido que deduzco que debe de ser una risa forzada.

—Las raquetas reventadas. No sabe que Seimone y Rosa dicen que tú la empujaste. Se ha negado a ver a Seimone. —La voz de Leilani es ahora trémula, vuelve a parecer humana—. Tengo miedo, Che. Tengo miedo de que fuera Seimone quien la empujara.

Llamo a Sojourner. No contesta. No íbamos a vernos esta noche. Está estudiando para el examen de primeros auxilios.

Necesito verla. Pero Ilene dice que debería quedarme en casa hasta que se aclare un poco la situación.

—¿Puedo verte? —pregunto en un mensaje—. Es importante.

No responde. Empiezo a mirar los otros mensajes, y entonces me doy cuenta de que no tengo valor para responder. Nadie sabe qué está pasando. ¿Cómo podría bromear con Nazeem, Georgie o Jason ahora?

Cuando Rosa y Sally vuelven estoy sentado a la isla de la cocina comiendo cereales, porque no hay nada más. David está en el despacho.

Rosa lleva el conjunto rojo y azul. No estoy seguro de por qué pensaba que se habría cambiado de ropa. Desde el accidente es la primera vez que vuelve a casa.

No, no fue un accidente.

Sally lleva a Rosa de la mano. Tiene la cara enrojecida, como si hubiera estado llorando. Estoy segura de que Rosa también ha llorado, pero no hay rastro de ello. Me mira un momento y luego desvía la mirada, sube las escaleras y cierra la puerta de su dormitorio con un portazo.

—Ha sido un día muy largo —dice Sally—. Los McBrunight están en el hospital.

Me abraza, demasiado rápido. No hay fuerza en el abrazo, casi no hay nada de Sally en él.

—Me voy a tumbar. Estoy hecha polvo —dice—. Le diré a David que mire cómo está.

Asiento con un gesto, pero ya me había dejado solo.

Vuelvo a mirar la tableta. Hay un mensaje de Sojourner.

—Ok. Necesito una pausa.

Estoy a punto de pedirle que venga cuando pienso que necesito salir. Aunque sean unos minutos.

Ignoro lo que me ha dicho Ilene.

—¿En el parque? Cerca del cercado de perros.

—5 min.

—Ok. No tengo móvil.

—Hasta ahora.

Dejo una nota en la cocina diciendo que vuelvo en media hora, cojo una chaqueta y cierro la puerta sigilosamente tras de mí. Dudo que se den cuenta de que me he ido.

El parque está más tranquilo ahora que de día. No pueden ser mucho más de las diez.

Hay unos cuantos perros corriendo arriba y abajo en el cercado, dando saltos sobre sus dueños, que parecen agotados. Dejo atrás la entrada, deseando haber concretado más el lugar de encuentro. Doy toda la vuelta y regreso a la entrada. ¿Debería quedarme merodeando cerca de la dirección de donde viene?

—¡Che!

Sojourner lleva un pantalón de chándal, una camiseta y una sudadera con capucha. Corro hacia ella y la abrazo. Ella me devuelve el abrazo. No quiero soltarla.

—¿Qué pasa?

No sé por dónde empezar.

La beso. Su sabor es tan increíble que por un instante casi puedo olvidar lo que ha pasado. Sojourner se aparta un poco.

—¿Qué pasa, Che?

—Hubo un accidente. Maya está en el hospital.

Sojourner se separa de mí.

—¿Se va a poner bien?

—Está consciente. Muchos huesos rotos. Tiene un traumatismo craneal. Creen que se pondrá bien. No recuerda lo que pasó. —Vuelvo a besarla—. Yo estaba allí. Y también Rosa y Seimone.

—¡Es horrible!

Asiento. ¿Cómo le cuento lo peor de todo?

—Tenía que verte.

Me toma de la mano y me conduce a un banco. Sabe que hay algo más. Debe notárseme en la cara.

—Creía que había sido un accidente. Que había tropezado o algo así. La bolsa que llevaba era demasiado pesada. Debería haberla llevado yo.

—¿No fue un accidente? —Sojourner parece confundida.

—No creen que fuera un accidente.

—¿Quién?

—La policía. No sé qué pasó. Estábamos esperando que el semáforo se pusiera verde y de pronto Maya estaba en la calzada. Una bicicleta la atropelló. ¡Una bicicleta! El muy cabrón debería haber usado el carril bici. Aunque supongo que un coche habría sido peor. Estaría muerta. No vi lo que pasó. No pude evitarlo.

Sojourner me rodea con sus brazos.

—No es culpa tuya, Che.

—Lo sé. Pero hay varios testigos, y no dicen lo mismo. Algunos dicen que Rosa o Seimone la empujaron.

—No. —El *shock* la hace crispase—. No puede ser.

—Rosa y Seimone dicen que yo la empujé. Otro testigo confirma esa versión. Pero yo no la empujé.

—Claro que no. —La voz de Sojourner suena como si tuviera la más absoluta certeza—. Pero ¿por qué dice eso tu hermana? ¿O Seimone?

—¿Te acuerdas que te dije que a Rosa le gusta liarla? Esta es la clase de líos típicos de ella. No es una niña normal.

Sojourner se me queda mirando fijamente.

—Siempre ha sido así. Siempre. Intento detenerla, pero siempre gana.

Estoy llorando. Sojourner me abraza. Notar el tacto de su piel en la mía basta para hacerme sentir mejor. No sé cuánto rato estamos abrazados.

—Maya ha muerto.

Oigo las palabras pero no me llegan al cerebro. Todavía tengo las llaves en la mano. David mantiene la puerta abierta y me hace pasar.

—¿Qué?

—Maya ha muerto. —La cara de David sigue igual. Está en *shock*.

Oigo los sollozos de Rosa en el piso de arriba. Sally debe de estar consolándola. Me pregunto cuándo ha aprendido Rosa a llorar así.

—¿Está muerta?

—De una hemorragia cerebral.

Repaso mentalmente todo lo que sé sobre hemorragias en el cerebro. Me pregunto dónde habrá tenido lugar. Aterrizó de espaldas, se dio un buen golpe en la cabeza. ¿Sería en el bulbo raquídeo? Eso sería lo peor.

Por supuesto que es lo peor. Maya está muerta. ¿Acaso importa dónde se produjo la hemorragia?

Podría haberla salvado. Podría haberle llevado la bolsa. Podría haberme asegurado de colocarme siempre entre Maya y mi hermana y Seimone. Podría haberme negado a cuidar de Rosa y Seimone, haberlas dejado con alguien del personal de los McBrunight.

Podría haber asfixiado a Rosa antes de que tuviera la edad suficiente para hacer daño a nadie.

Sé que Rosa la empujó.

Rosa es una asesina, lo que siempre había querido.

Odio a mi hermana.

Por la mañana la policía me interroga en la comisaría, en compañía de mi abogada y de mi padre. También interrogan a Rosa y a Seimone, pero en casa. Cada una tiene su propio abogado distinto.

Sally se queda con Rosa; David, conmigo.

A David y a mí nos llevan a una sala exactamente igual que aquella en la que estuve después del accidente. O del no-accidente. El suelo de baldosas de mentira no se está levantando en la esquina, por eso sé que no es la misma sala. Además hay un extraño olor a humedad.

Ilene no entra con nosotros.

—No habléis con nadie hasta que vuelva. Papeleo —dice sin concretar.

He pasado despierto casi toda la noche, pensando en lo que han dicho los testigos: todos afirman que a Maya la empujaron, aunque no estén de acuerdo en quién lo hizo.

Escribo un mensaje a Leilani con la tableta, diciéndole que pienso en ella. Es verdad, estoy preocupado por ella, pero parece que esté mintiendo.

«Las chicas me hicieron tropezar.» De camino al metro, cuando iban de un lado a otro pasando por delante y por detrás de nosotros, me pusieron la zancadilla deliberadamente.

Pienso.

No estaba seguro entonces, por lo que no puedo estar seguro ahora, ¿no? Pero el caso es que ahora lo estoy. Me hicieron tropezar. Lo sé.

Maya está muerta.

No puedo asimilarlo. No he visto a Leilani. Cuando la vea, la realidad se hará evidente. Desearía recuperar mi móvil.

—Yo no la empujé —digo a David. ¿Es la tercera o la cuarta vez que se lo digo? ¿Por qué estoy tan confuso?

—Sí —dice David—. Sé que no lo hiciste. Y sí —prosigue, adelantándoseme—, sé que Rosa podría haberlo hecho. Pero no sé si lo hizo.

No consigo analizar del todo la frase. Es como uno de esos aburridos problemas de lógica que le encantan a Rosa. «Si A va en un tren...»

—¿Crees que fue Seimone?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

Por una vez David casi parece cansado. La piel por debajo de los ojos tiene un leve tono azulado. Además, están un poco enrojecidos.

Ilene entra en la sala. Me da una palmadita en el hombro, que ya es más de lo que ha hecho David. Vuelve a pedirme que cuente mi versión, y mientras hablo toma notas en un pequeño cuaderno negro y se disculpa por hacerme siempre las mismas preguntas.

Me pican los ojos. Me tiemblan las piernas sin parar, pero estoy casi seguro de que no debo levantarme y dar vueltas por la sala diminuta.

David mira el móvil, envía mensajes, pero estoy seguro de que está escuchando.

—¿Y qué hay de esas grabaciones que hiciste?

Espero a que Ilene diga algo más.

—Tu hermana no es como la mayoría de los niños de diez años, ¿no?

Cuesta aguantar la risa.

—No, no lo es. ¿Cuántas has escuchado?

—Solo unas cuantas.

Está claro que no ha llegado a las conversaciones auténticamente terroríficas. No ha debido de tener tiempo.

—¿Van a dejar que me vaya?

—Estoy trabajando en ello —dice la abogada.

David se va de la sala.

Ilene vuelve a darme unas palmaditas en el hombro.

—Todo va a salir bien.

Recuerdo que le dije lo mismo a Maya.

David vuelve con agua y una bolsa de patatas fritas. No tengo hambre. Y yo siempre tengo hambre.

En algún momento me quedo dormido con la cabeza sobre la mesa.

Cuando me despierto, Sally ocupa el lugar de David. Ilene no está.

Me limpio la boca e intento concentrarme. Sally parece más vieja. En su cara hay muchas arrugas. Y se ven muchas canas entre los cabellos rubios. Nunca antes me había fijado en eso.

Tiene la cabeza gacha.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Qué ha dicho Rosa?

—Sigue diciendo que fuiste tú. —Sally no alza la vista—. Seimone también.

—No las crees, ¿no?

—Claro que no.

Sería mucho más fácil para mí creer sus palabras si me mirara.

Sally se mira las manos y hace girar el anillo de casada en el dedo.

—Nunca empujaría a Maya. ¡Me cae bien Maya! Leilani es mi mejor amiga aquí. ¿Por qué iba a matar a su hermana?

—No creo que la mataras, Che. —Sally sigue haciendo girar el anillo.

No da la impresión de que me crea.

—Entonces ¿por qué no me miras?

—Estoy cansada, Che. Destrozada.

—Lo hizo Rosa. Ya sabes cómo es. ¿Alguna vez pensaste en llevarme a un especialista? Siempre ha sido Rosa. Esto también es obra suya.

Sally alza los ojos. Están inyectados en sangre y la piel por debajo parece flácida. Alarga la mano y me acaricia la mejilla.

—Sí. Rosa es la mentirosa y tú eres el que dice siempre la verdad. Ya lo sabemos. Así es nuestra familia. Yo soy la que nos mantiene unidos y David es el indomable.

—¿Mamá? —No entiendo lo que dice.

—Nunca me habías llamado «mamá».

Ilene entra para explicar que Rosa, Seimone y yo vamos a someternos a la evaluación de un psiquiatra.

—¿Siempre se hace así? —pregunto.

Ilene niega con la cabeza.

—También quieren un examen del cerebro, lo cual no es en absoluto habitual. El abogado de los McBrunight lo ha solicitado. Los McBrunight se hacen cargo de los gastos.

—¿Quieren analizar mi cerebro? ¿Y no el de Rosa?

—También el cerebro de Rosa —responde Ilene—. Y el de Seimone.

—¿Por qué? —pregunto. Quizá sí que caló lo que les contamos de Rosa. Quieren comprobar si lo que Leilani y yo dijimos de Rosa es cierto.

—No han explicado por qué. No tienes por qué aceptar.

Sally pregunta algo a Ilene, pero no lo oigo porque estoy intentando contener la risa. Por fin van a hacerle un examen a Rosa.

—Me parece estupendo —digo—. ¿Qué tipo de examen? ¿Una resonancia magnética?

Ilene baja la vista hacia el cuaderno y pasa unas cuantas páginas.

—Sí. Sería una resonancia magnética. No tienes que aceptar que te la hagan si no quieres —repite—. Es una petición extremadamente inusual. Podría complicar las cosas.

—No hay problema. —Quiero ver las diferencias en la morfología de nuestros cerebros. Quiero ver qué es exactamente lo que hace que Rosa sea como es—. Todo el mundo podrá ver que Rosa no es normal.

—Yo que tú no me haría ilusiones —comenta Ilene—. Este tipo de exámenes con frecuencia resultan no concluyentes y contradictorios.

—Rosa también ha dicho que acepta, ¿sabes? —me dice Sally, alzando la vista, mirándome a los ojos—. No tiene miedo del examen. Estás obsesionado, Che. Y ella te adora.

—¿Aunque siga insistiendo en que yo empujé a Maya?

—Está intentando entender por qué.

—Creía que habías dicho que me creías.

—Claro que sí —responde Sally—. Eres muy persuasivo. Siempre has conseguido caerle bien a todo el mundo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Se cubre los ojos con las manos. Estoy casi seguro de que está llorando.

—Eres tan parecido a David —murmura.

—¿David? —repito.

Sally se pone en pie.

—Te quiero, Che. —Se limpia las lágrimas y va hacia la puerta.

No puedo hablar.

Sale de la estancia.

Me quedo mirándola fijamente mientras sale.

—Lo siento —dice Ilene. Me pregunto hasta qué punto puede entender lo que acaba de pasar. Hasta qué punto yo lo puedo entender.

Dejan que me vaya a casa. Ilene nos explica que la policía preferiría que no saliéramos de la ciudad y que no se van a presentar cargos. Ya lo hemos oído varias veces. Nos informará en cuanto sepa la fecha de los exámenes y las resonancias magnéticas. Me pregunto cuánto tiempo llevará todo eso, y qué le pasará a Rosa cuando se den cuenta de cómo es.

Sally camina conmigo hacia casa. Más bien camina a mi lado. Todavía es de día. No sé qué hora es, tampoco quiero preguntar, pero debe de ser tarde. Las sombras son largas y los restaurantes están llenos.

—Lo siento —dice Sally.

No me mira. Tiene la mirada fija en la acera, salpicada de chicles pegados.

No digo nada. Cuando llegue a casa usaré la tableta para escribir a Sojourner. Nunca he tenido tantas ganas de ver a alguien como a ella ahora.

—¿Te has dado cuenta de lo mal que huele esta ciudad? —comenta Sally—. Mucho peor que Bangkok.

—Lo dudo —respondo—. Aquí no hay durianes.

Sigue hablando como si yo no hubiera dicho nada.

—El calor derrite el asfalto y sale el hedor de todo lo que alguna vez ha caído en él, sobre todo orina, vómito y cosas podridas.

No estoy seguro de qué decir. Solo huelo el incienso de la tienda de segunda mano que acabamos de dejar atrás. Sally camina a buen paso, pero me gustaría ir aún más rápido. Me gustaría poder correr.

—Odio esta ciudad —dice Sally.

No estoy seguro de que esté hablando conmigo.

—Nunca quise venir aquí. Fue idea de David. Todo es siempre idea suya.

Si lo hubiera sabido cuando todavía importaba, habría insistido en llevarle la contraria a mis padres para no mudarnos aquí. Pero ¿ahora? Sojourner está aquí. Ahora ya no importa. Ahora tengo miedo de tener que marcharme.

Mi móvil está en la isla de la cocina, como si hubiera estado ahí todo el rato. ¿Lo habrán traído los agentes? ¿Rosa? ¿Acaso importa?

Miro los mensajes de Sojourner. Hay uno de ayer noche que no llegó a la tableta.

—Sé fuerte.

Otro de esta mañana:

—Rosa dice que te han arrestado. Lo siento por Maya. Por ti.

¿Cuándo ha hablado Rosa con Sojourner? ¿Qué más le habrá dicho?

—No han arrestado a nadie. ¿Podemos vernos?

¿Cuándo ha hablado Rosa con Sojourner? ¿Qué más le habrá dicho?

No hay mensajes de Leilani.

—Lo siento. —Mientras le escribo el mensaje, me escuecen los ojos y siento una opresión en la garganta. Pero no estoy a punto de llorar, todavía no.

Envío otro mensaje a Sojourner.

—Te echo de menos.

Guardo el móvil en el bolsillo. Echaba de menos notar su peso.

—¿Tienes hambre? —dice Sally.

Solía ser una pregunta superflua, pero ya no. No tengo hambre desde lo de Maya, y ahora está muerta.

—Claro.

Sally abre la puerta de la despensa, la mira atentamente y luego saca una caja de pasta en forma de espiral y un tarro de salsa *arrabiata* precocinada. David estaría horrorizado.

Pongo agua a hervir en una olla y añado sal.

—Gracias, Che.

Nunca he oído la voz de Sally tan apagada. Supongo que es lo que hace la tristeza. Ninguna persona que me importara había muerto hasta ahora. Ni siquiera estoy seguro de creer todavía que Maya esté muerta.

Quiero abrazar a Sally, pero no me mira.

Me siento en un taburete y veo cómo revuelve la salsa para la pasta. Siento el estómago lleno de plomo.

Rosa y David se unen a nosotros para comer pasta. Los cuatro estamos sentados en los taburetes que rodean la isla de la cocina, casi como si fuéramos una familia.

David no está horrorizado por la salsa salida de un tarro, ni por la ausencia de parmesano.

Rosa no me habla, ni me mira. Remueve la pasta en el bol para que cada espiral quede mojada de salsa. Ni Sally ni David se dan cuenta de que no está comiendo. No creo que sea porque está demasiado triste.

Me llevo a la boca un tenedor con pasta y mastico. No sabe a nada, y cuando trago casi tengo arcadas. Dejo el tenedor en el plato.

No pregunto a Rosa qué le dijo a Sojourner. Mentiría.

Nuestros padres hablan como si no estuviéramos presentes, algo que hacen muy a menudo, pero esta vez parecen no tener ganas. Sus muestras de afecto y manifestaciones de amor parecen ahora algo mecánico.

Miro el móvil.

—También te echo de menos. No puedo esta noche, ni mañana —dice el mensaje de Sojourner—. Pero pronto. Mi madre lo está pasando mal. ¿Estás bien?

—Supongo que sí. Siento lo de tu madre.

No hay ninguna respuesta de Leilani. No esperaba tampoco ninguna. No puedo imaginarme cómo está haciendo frente a todo esto.

—¿Creéis que está bien si voy al gimnasio?

—No lo sé —contesta Sally. Suena como «no me importa»—. Estate atento al móvil.

Corro durante todo el camino, mis pies resonando en la acera. Es como si mi cuerpo hubiera olvidado todo lo que sabe de correr y decidido atacar el suelo con todas sus fuerzas.

Cuando llego al gimnasio noto el corazón en las piernas y un calambre en la pantorrilla izquierda.

Eso no me impide entrenar con la mayor intensidad posible. No hay nadie de los que conozco, y me siento aliviado. No sé cómo podría hablar con ellos.

No dejo de pensar en Maya ni por un segundo. Está muerta. Mi cerebro no deja de darle vueltas. Maya está muerta.

Cuando llego a casa Rosa está en mi habitación. Por supuesto. Aunque esta vez se ha sentado al escritorio, y no en la cama.

—Sally está durmiendo —dice—. Y David en el despacho.

—Creía que no ibas a hablarme nunca más.

—Claro que sí. Eres mi hermano.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos.

—Vete, por favor.

—¿Qué estás haciendo, Che?

—Ignorándote, Rosa. ¿Qué estás haciendo tú?

No voy a permitir que me afecte.

—Rezar por ti. Sojourner cree que eso puede ayudar.

—¿Por qué estás hablando con Sojourner? —me incorporo.

—Creía que estaría preocupada, así que la llamé y le conté lo que pasó.

—No, la llamaste y mentiste. No me habían arrestado.

Rosa se encoge de hombros como diciendo: «Muy pronto lo harán».

—Está rezando por ti. Me dijo que te dijera que rezará por ti cada día. Le dije que no crees en Dios. Y ella dijo entonces que ya lo sabe, pero que va a rezar igual. Le dije que yo creía en Dios. Que sentí Su presencia cuando estaba en la iglesia. Es «Su» en mayúscula. Se escribe así para que la gente sepa que estás hablando de Dios y no de cualquier hombre. Aunque no veo por qué Dios tiene que ser un hombre. Sojourner dice que puedo ir con ella a la iglesia el domingo. Pero solo si David y Sally están de acuerdo.

No digo nada. ¿Por qué debería saber Rosa que me encuentro fatal? Me resulta muy difícil evitar que se me note en la cara lo que siento. ¿Pensará Sojourner que soy un asesino? Me inclino hacia delante, estiro los ligamentos. Me duele.

—No creo en Dios —dice Rosa, como si fuera una novedad—. Sea un hombre o una mujer o nada de eso, como Elon. Jamie tampoco cree. Me lo confesó. Dice que no es que no crea, pero que tampoco está segura. No quiere que Sojourner lo sepa. Dice que es difícil estar con una familia religiosa y no serlo. ¿Sabes que Jamie vive con Sojourner y sus mamás? Es para que pueda seguir yendo al mismo instituto. Su familia vivía en la misma manzana, pero vendieron el edificio para convertirlo en apartamentos de lujo y ahora viven a casi dos horas. No tienen mucho dinero.

Ya lo sé.

—Pero no pasa nada. Nosotros tampoco tenemos dinero. Pregunta a David. Está en el despacho intentando que aparezca dinero de la nada.

Está empezando a afectarme.

—¿Te gusta tu abogada? A mí me gusta la mía. Dice que no me pasará nada porque no hice nada, y aunque lo hubiera hecho soy demasiado joven. Me pregunto quién la paga. Dudo que sigan siendo los McBrunight.

—¿Por qué mataste a Maya? ¿Por qué, Rosa?

—No fui yo. Fue Seimone. No quería matarla. Fue un accidente.

No la creo.

—Quería darle un susto. Seimone está disgustada.

«¿Disgustada?»

—Que Maya muriera es lo último que yo quería que pasara. Seimone la empujó demasiado fuerte. Le dije que no lo hiciera. Quería castigar a Maya. Le dije a Seimone que es mejor castigar a la gente sin violencia. La violencia es demasiado obvia.

Me quedo mirando fijamente a Rosa.

—Es lo que siempre has dicho, Che. La gente va a la cárcel si es violenta. A menos de que se trate de un combate de boxeo. Seimone no quiere ir a la cárcel.

—Haces que me duela la cabeza.

—Te echo de menos —dice—. Casi no hemos hablado desde que volví del campamento, y tengo muchas cosas que contarte. Antes hablábamos. Echo de menos hablar contigo, Che. Con Seimone no es lo mismo. No puedo contárselo todo.

No echo de menos escucharlo «todo». Vuelvo a tumbarme y cierro los ojos. Tal vez se vaya.

—Es mejor cuando eres mi amigo. Es mejor cuando no estás tan triste.

—Lamento tu sufrimiento —murmuro, sin importarme si me oye o no.

—Eso ha sido sarcasmo, ¿no? —dice Rosa—. ¿Lo ves? Sí que sé lo que significa.

No me duermo hasta después de las siete y media de la mañana, y a las nueve me despierta David, que llama a la puerta y me dice que mi abogada está aquí. Me ducho y me visto lo más rápido que puedo.

Abajo están Sally y David, sentados a la isla de la cocina con Ilene, tomando café. David es el único que parece haber podido dormir.

Ilene posa brevemente la mano en mi hombro.

—¿Has podido dormir? —pregunta. Sé que tengo mal aspecto.

—Un poco.

Me siento en un taburete a su lado y acepto la taza de café que me ofrece David. El cuadernillo negro de Ilene descansa en la encimera.

—Las resonancias y el examen médico son a mediodía —me informa—. Para los dos.

—¿Tan pronto?

Confirma con un gesto y nos proporciona el nombre y la dirección de la clínica privada.

—Los McBrunight han conseguido acelerar todo el proceso.

—Lo que hace el dinero, ¿eh? —dice David—. Esas máquinas cuestan millones.

—¿Algo más? —pregunto—. ¿Ha dicho algo más la policía?

—Nada nuevo. Siguen investigando —contesta Ilene—. He acabado de repasar el material que me diste.

—¿Qué material? —Sally quiere saber a qué se refiere.

—Las conversaciones con Rosa que grabó Che —dice David.

Parece que Sally quiere decir algo, pero David le coge la mano.

—Las conversaciones son extrañas, sí —prosigue Ilene—, pero no demuestran que Rosa quisiera hacer daño a Maya.

—¿Y qué hay de la conversación en la que sí dice que quería hacer daño a Maya? —digo, intentando eliminar el sarcasmo de mi voz.

—Rosa no dice eso exactamente, ¿no? Dice que desea que Maya estuviera muerta. Todos hemos deseado en algún momento que alguien estuviera muerto. Rosa es una niña. Los niños desean eso más a menudo que los adultos. Mi hija deseó ayer en voz alta que me muriera porque no llegué a casa a tiempo para cenar. Lo que para mí resulta obvio de las grabaciones es que a Rosa le gusta hacerte la vida lo más difícil posible. No diré que es la típica hermana pequeña, porque dice algunas cosas horribles, pero hay casos más extremos entre hermanos. Sería fácil describir vuestra relación como una rivalidad normal entre hermanos.

—¿Y qué hay de mis notas?

—Sinceramente, Che, hay mucha especulación, y —hace una pausa— algunas cosas que has escrito sobre tus propios pensamientos son... bueno, inquietantes. Si se presentaran cargos, no creo que te ayudaran.

—¿Como qué? ¿Qué he escrito que es tan inquietante?

—Que has estado espiando a tu hermana —interrumpe Sally—. Resulta inquietante, Che. ¿Cómo es posible que no lo entiendas?

—No me refería a eso —dice Ilene—, sino a lo que escribes sobre aprender a controlar tu temperamento y no dejarte llevar por las ganas de hacer daño a otras personas; de cómo te ha ayudado el boxeo a redirigir tu ira. —Abre el cuadernillo y lee en voz alta—: «La ira me quema. Siento la necesidad de liberarla, de destruirlo todo y a todos; especialmente a Rosa. Me gustaría poder matarla. A veces no consigo que la rabia se quede en mi interior. Sin el boxeo, no sé qué sería de mí».

—Pero ¡qué demonios! Nunca he escrito eso. Ni siquiera he pensado algo parecido.

—Entonces ¿por qué está entre las notas que me diste? —La cara de Ilene continúa imperturbable. Parece igual de profesional que antes de leer esas palabras violentas en voz alta. No me está juzgando, me está diciendo lo que me puede ayudar y lo que no.

Estoy a punto de espetarles que fue Rosa quien escribió eso. Pero ¿cómo, después de lo que acaba de decir Sally?

Sé que ha sido Rosa. Pienso en lo que encontré escrito en mi diario: «Prenderle fuego, ver cómo arde». Fue Rosa. Quería decirme que sabía lo de las grabaciones ya antes de oír mi conversación con David tras la puerta. Añadió esas frases. Ya ha prendido el fuego. Ahora está viendo cómo ardo.

Dios mío.

El único que puede respaldarme es David, pero no dice nada. Él sabe qué pasa con Rosa. ¿Por qué no dice que tiene que haber sido Rosa quien añadió esa mierda?

—Rosa —digo, porque es verdad—. Debe de haberlo hecho ella.

—¿En serio? —dice Sally—. ¿Rosa ahora escribe en tu diario?

En ese momento me doy cuenta de que he escuchado antes esas palabras. David dijo que la rabia le quemaba por dentro. David me dijo que tenía que huir de la necesidad de destruirlo todo. David es el irascible. Ha sabido lo de Rosa todo el tiempo y nunca ha hecho nada. Insistía en que no se lo dijéramos a Sally. Sally cree que soy como David. Era indomable en su juventud. «¿Cómo de indomable?»

Amante de la adrelina y el riesgo. Está en la lista de síntomas de la psicopatía. David es carismático, encantador. Sally me dijo que yo era encantador. No era un cumplido.

David es el que quiere prenderme fuego, verme arder.

Eso es a lo que Sally se refería: a que me parezco a David. Ese es su miedo, y no que me parezca a Rosa. David es su psicópata, como Rosa es la mía.

¿Cómo no me he dado cuenta antes?

«No eres listo, Che.» ¿Cuántas veces he oído a Rosa decirme eso?

Mi padre es como Rosa.

Al superciudadano David no le importa ninguna de las personas a las que ayuda, ni hacer del mundo un lugar mejor. Lo único que le importa es él mismo.

Y nosotros somos su coartada.

Como dijo Rosa, algunos psicópatas tienen una familia encantadora con el fin de ocultar lo que son.

Rosa me avisó. Me dijo que David era como ella. Me contó muchas cosas de David. Y eran ciertas. No la escuché. No la creí.

—¿Estás bien, Che? —pregunta Ilene.

—No fue Rosa —susurro.

—¿Che? —repite Ilene.

David no sonrío, pero veo en su rostro que ahora sabe que yo lo sé. Está observándome, a ver si se lo cuento a Ilene. Sally se mira las manos. Una lágrima cae en la encimera.

¿Cómo puede vivir Sally con él? Ella dice que le salvó. Ninguna de las historias del indómito David me hizo pensar que era como Rosa.

Sally lo sabe y nos ha estado observando, a Rosa y a mí, aterrorizada por la posibilidad de que fuéramos como él. Pero vive con él, cree que ha conseguido hacer que cambie, le ama.

Pero David no ama a Sally. La necesita porque es esencial para su existencia de mierda. Por eso hace que siga a su lado, le hace creer que ha cambiado y que Rosa es normal.

Pero ¿qué pasa conmigo?

Sé qué pasa con Rosa y por eso quiere deshacerse de mí. Ha decidido que soy prescindible. ¿Le dio él la idea a Rosa? ¿Lo planearon juntos?

—Dios mío —murmuro.

Nada de lo que creía de mi familia es cierto.

Debería haber vuelto a casa. Mis tías siempre decían que podía quedarme con ellas. Debería haber dejado a Rosa a su suerte y haber volado de vuelta a casa, y pasar el tiempo con Jason, Georgie y Nazeem.

No es posible salvar a Rosa. Solo es posible dejarse arrastrar por su estela.

Cierro los ojos. Me viene la imagen de las sonrisas de Rosa y David. ¿Cómo no pude darme cuenta de lo parecidas que son?

—Che siempre ha estado celoso de Rosa —le dice David a Ilene—. Quería seguir siendo hijo único. Estaba convencido de que había algo malo en Rosa casi desde el momento en que nació.

—¡Eso es mentira! —replico—. Sabes que adoraba a Rosa. Hice todo lo que pude para protegerla.

Sally está llorando.

—Fuiste tú, ¿verdad? —Me quedo mirando fijamente a David.

Él sostiene la mirada.

—¿Qué? ¿Ahora dices que yo empujé a Maya? Ni siquiera estaba allí.

Hace un gesto abriendo las manos como para evidenciar ante Ilene que soy una causa perdida.

—Te das cuenta, ¿no, Che? —Ilene de algún modo finge no haber oído nada—. Estas notas y grabaciones no demuestran nada sobre Rosa.

—No empujé a Maya. No escribí esas notas sobre mi temperamento. No tengo temperamento. —Ilene me da unas palmaditas en el brazo—. ¡El examen demostrará que fue Rosa, no yo!

—Veremos qué dice —dice Ilene—. Tengo que irme.

Se pone en pie. No tengo ni idea de qué está pensando. Seguramente ha tenido clientes peores de familias peores.

David y Sally se despiden de ella.

Se me ocurre que, aunque las resonancias demuestren que Rosa es la psicópata y no yo, sigo estando jodido. Mi padre es el monstruo que le ha enseñado cómo ser una buena psicópata en miniatura. Por supuesto, nunca reconocerá ante nadie, aparte de mí, que sabe lo que Rosa es. No podría dejar que nadie sospechara lo que él es.

Para mí, este es el fin de mi familia.

Tengo que ver urgentemente a Sojourner.

—Tenemos que hablar —dice David después de que se haya ido Ilene.

—¿De qué vamos a hablar exactamente? Ahora sé lo que eres.

—¿Y qué soy, Che?

—Un maldito monstruo.

Me voy. Noto la mirada amenazadora de David en mi espalda. No estoy asustado, pero tengo la sensación de que debería estarlo.

—Esta es tu única oportunidad, Che —dice David—. Si te vas ahora, no te contaré nada.

—No olvides la cita para el exam... —dice Sally gritando. El resto se pierde al dar un portazo y bajar a toda velocidad las escaleras, reprimiendo las ganas de gritar.

Escribo a Sojourner.

—Te echo de menos.

No voy al gimnasio. No puedo. Estoy dolido, enfadado, apenas puedo ver. Seguramente destruiría un saco. O más probablemente, mis manos.

Corro hacia el East River, con ganas de hacer un esprint, pero hay demasiado tráfico, demasiada gente. Ignoro que cada vez hace más calor, y el

aire pegajoso y contaminado. Tengo que esforzarme para correr intensa y rápidamente.

Cuando llego al río me desvío hacia el sur, empujando con los brazos, impulsándome con los dedos gordos de los pies. Tengo que correr así hasta que todo lo que siento salga de mi cuerpo.

Enseguida noto que me cuesta respirar, siento dolor en los pulmones y las piernas. Pierdo ritmo. Ante mis ojos aparecen pequeños puntitos negros.

Paro. O paro o me desmayo. La senda parece dar vueltas. Estoy en medio del camino, inclinado hacia delante, con las manos en los muslos, parpadeando rápidamente, como si eso pudiera hacer más clara mi visión. Necesito sentarme. Pasa mucho rato hasta que puedo volver a ver bien. Me enderezo, voy hacia un banco, agarro el respaldo para poder darme la vuelta y me siento.

¿He bebido agua hoy? Solo un café. Eso es: Estoy deshidratado. Tampoco recuerdo la última vez que comí algo. Misterio resuelto. Mi corazón late demasiado rápido, noto una sensación extraña en la cabeza. Hay una fuente a pocos metros. Me abalanzo sobre ella y bebo con ansia. Sigo sintiéndome mareado. Necesito comida. No tengo hambre.

Miro el móvil. Sally me ha enviado un mensaje con la dirección de la clínica. Tengo que atravesar el centro.

Llego diez minutos tarde, chorreando sudor y todavía mareado. Hay un portero a la entrada del Dawson Medical Center. Comprueba mi carné antes de dejarme entrar en el edificio. Una vez dentro tengo que pasar por un detector de metales vigilado por hombres armados. Al otro lado, la recepcionista vuelve a pedirme el carné y me dice la planta a la que tengo que ir.

Me pregunto si será lo normal en los centros médicos de Nueva York.

Salgo del ascensor directamente a una sala de espera que parece el vestíbulo de un hotel caro. Ilene está sentada en un sofá de cuero con un hombre al que no conozco. Detrás de ellos se abren las vistas al río Hudson.

—Hola, Che —dice poniéndose en pie—. Te presento a Al Vandermeer. Uno de los abogados de los McBrunight.

Nos damos la mano. Me siento aliviado al ver que mis padres no están. No tengo ni idea de qué le diría a David.

—¿Estás bien? —pregunta Ilene.

Digo que sí y me siento respirando profundamente mientras cuento hasta diez. ¿Habrá venido el abogado de los McBrunight para comprobar que no hemos enviado impostores? Hay cuatro puertas, pero ninguna recepcionista. Tampoco hay una cesta con revistas. No parece una sala de espera.

En la mesa de cristal situada frente a nosotros hay una jarra con agua y vasos. Me sirvo un vaso y lo bebo de un trago.

—Rosa ya está haciendo la resonancia. Tu madre está con ella —informa Ilene—. Pasarás primero con el psiquiatra y luego a la resonancia.

—¿Seimone también?

—A ella ya se la han hecho.

—¿Estabas aquí?

Miro el móvil. Otro mensaje de Georgie.

—¿Estás bien? He visto lo de la hermana de Leilani.

¿Cómo se ha enterado? Luego me acuerdo de la fama de Leilani.

—Las cosas se han puesto feas. Te lo contaré pronto.

Cuando pulso para enviarlo, llega un mensaje de Sojourner.

—Te echo de menos. Mi madre está en el hospital. Más pruebas. Mamá tiene que trabajar.

—¿Está bien?

—Está débil. Ha tenido más días malos que buenos últimamente. Estoy aburrida. Odio estar sentada y esperar.

—Lo siento. Ojalá pudiera estar allí para hacerte compañía.

Un hombre con una tableta sale de una de las puertas.

—¿Che Taylor? Bienvenido. Ya han rellenado los papeles —dice—. Si quieres venir, la doctora Gupta te verá ahora.

—Tengo que dejarte.

Me guardo el móvil en el bolsillo. No estoy preparado, pero le sigo hasta la consulta de la doctora. La consulta de la psiquiatra.

Parece una consulta normal. Nada parece hecho de oro. Aunque el sofá es idéntico al de la sala de espera. Las estanterías están llenas de libros de texto, también el *DSM*.

La doctora se pone en pie y me da la mano, se presenta, me señala una butaca frente a la suya. Lleva un traje entallado parecido al de Ilene pero en marrón, no en gris. Sonríe, dice que no hay respuestas correctas ni incorrectas, me dice que me tome mi tiempo.

El aire parece temblar. ¿Será porque no he comido nada en un día? ¿En dos? ¿Tres? ¿Cuánto hace que pasó el accidente? ¿O porque está haciéndome preguntas de la lista de la psicopatía (esa lista que hace tanto tiempo que conozco), pero parece que me haya colado en el sueño de otra persona?

—¿No te encuentras bien, Che? —me pregunta la doctora Gupta.

Digo que sí.

Pero no estoy bien.

Aunque debo de estar mejor que Leilani. ¿Cómo lo llevará? ¿Cómo puede enfrentarse a esto? No hemos hablado desde que Maya murió. Ojalá pudiera hacer algo.

—¿Te cuesta estar quieto?

Mis pies se mueven bajo el asiento: no consiguen imitar a Ali, es más bien un ligero movimiento, aunque con visos de imitarlo.

Asiento.

¿Qué valora esa pregunta? ¿La desinhibición? ¿La ausencia de miedo? La agitación física no es un síntoma de psicopatía. David puede estarse quieto sentado durante horas, y Rosa también. ¿Habrá visto la doctora Gupta ya a Rosa?

Mientras me pregunta si tenía problemas de niño, me preocupa la resonancia. Tendré que estar quieto durante por lo menos diez minutos. Tal vez más. ¿Qué pasa si no puedo hacerlo? ¿Y si no pueden obtener una imagen decente de mi cerebro?

La máquina para las imágenes de resonancia magnética tiene un luminoso tono blanco bajo las luces fluorescentes. Llevo una bata de algodón de hospital y en la sala hace frío.

Me siento lo bastante mareado como para alegrarme de tumbarme en la camilla en la que me deslizaré hacia el interior de la máquina. Me han explicado que básicamente se trata de una cámara gigante, que sobre mi cabeza se dispondrá una especie de casco de astronauta, que hará mucho ruido, pero que no hace daño, así que no hay por qué tener miedo.

Ya lo sé. No tengo miedo. Porque no tengo claustrofobia y no soy un psicópata. Rosa tampoco debía de tener miedo, porque es una psicópata.

Me pongo los auriculares que me ofrecen. Música clásica. Me pregunto si es lo mismo que le han puesto a Rosa.

Un espejo por encima de mi cabeza me deja ver al técnico en la sala. Ni Sally ni David están aquí. Dije que no quería que vinieran. No es verdad. Quiero a Sally. Me gustaría que mi madre me abrazara.

La camilla se desliza en la máquina y oigo un zumbido, que casi me recuerda a un pájaro, luego una serie de estruendos. La música no consigue amortiguarlos. Tengo que estar treinta minutos aquí dentro, me han dicho. No

estoy seguro de conseguirlo. Tengo un calambre en la pierna derecha. El cuello está tenso. Quiero mover la cabeza.

Cierro los ojos y respiro como Natalie me enseñó, llenando los pulmones, dejando salir el aire despacio, tomando consciencia del estado de mis músculos y de cómo se relajan. Empiezo por los lumbricales, en el pie, y de pronto la camilla está saliendo de la máquina, y tengo que parpadear mientras me incorporo.

Me he quedado dormido.

Ilene me está esperando. El otro abogado se ha ido y no hay rastro de mis padres ni de Rosa.

—Tus padres se han llevado a tu hermana a casa —dice Ilene—. Los resultados de las resonancias estarán muy pronto. A las cuatro ya sabremos el de tu hermana. Tenemos que volver aquí para que nos expliquen los resultados.

Digo que sí con la cabeza y vuelvo a sentirme mareado.

—¿Estás bien?

—No he comido. Una bajada de azúcar, supongo.

—Déjame que te invite a comer —dice Ilene.

Caminamos hacia una hamburguesería cercana. El aroma denso de la carne a la plancha debería hacer que me entre hambre, pero no es así.

Pido una hamburguesa de queso y patatas fritas. Ilene pide una de champiñones con beicon.

Mientras esperamos doy sorbitos a mi vaso de agua.

—¿Te pagan los McBrunight? —pregunto; sé que mis padres no.

Asiente.

—¿No es eso un conflicto de intereses, o algo así?

—Tú eres mi cliente, no los McBrunight. Ellos pagan, pero yo no tengo que informarles. Ni lo haré. Pero lo entenderé si te sientes incómodo con este arreglo y quieres otro abogado.

—No, está bien. Solo se me acaba de ocurrir.

—¿Estás yendo a algún terapeuta, Che? Sé que tu hermana y Seimone sí van.
¿Qué hay de ti?

Niego con la cabeza.

—Estoy bien.

—Ha sido una experiencia traumática. Te marcará durante mucho tiempo. Créeme lo que te digo. Lo mejor sería que tuvieras ayuda desde ahora mismo. Ya se lo he comentado a tus padres.

Asiento con un gesto, preguntándome qué experiencias traumáticas puede haber tenido Ilene.

Echa un vistazo al reloj. Yo saco el móvil. Casi las tres.

Llegan las hamburguesas. Ilene empieza a comer. De mi hamburguesa de queso sale sangre, que impregna el panecillo y el plato. Aunque no había sangre cuando Maya salió volando, no puedo comérmela.

—¿No tienes hambre?

—Debería tener hambre.

Cojo la hamburguesa y le doy un mordisco, con la esperanza de que el sabor me despierte el apetito. Tiene la textura de la carne y del pan, pero sabe como cartón. Dejo la hamburguesa en el plato para concentrarme en masticar y tragar. Ilene ya se ha comido la mitad.

Me obligo a dar otro mordisco. No es mejor que el primero, pero por lo menos dejo de sentirme tan débil.

Ilene ya está acabando cuando suena su teléfono.

—Tengo que cogerlo. —Sale afuera.

Escribo otro mensaje a Leilani.

—Ojalá pudiera hacer algo. Lo siento.

Por la muerte de Maya, por no haberla protegido de Rosa, por no haberles avisado desde el principio, por tantas cosas.

—Te echo de menos. —Es cierto. Casi tanto como a Sojourner.

—Era el centro médico —dice Ilene cuando vuelve—. La doctora Gupta ya está preparada para comentaros los resultados.

Cuando volvemos al Dawson Medical Center nos hacen pasar a una sala de reuniones. La doctora Gupta ya está allí, así como Gene, Lisimaya y Seimone, y también Sally, Rosa, el abogado de los McBrunight y una mujer vestida con un traje, que supongo que es la abogada de Rosa.

—¿Por qué están todos aquí? —pregunto—. ¿Dónde está David?

—Está de camino —dice Sally.

—Pensamos que sería mejor que todos estuviéramos presentes cuando se conocieran los resultados —dice Gene.

—Yo no di mi autorización —replica Ilene—. ¿Qué hay de la confidencialidad entre médico y paciente?

—He dado mi consentimiento —responde Sally con voz apagada—. En calidad de progenitora. David también lo ha hecho.

—No tienes por qué aceptar, Che. Puedes exigir privacidad.

Quiero ver la resonancia de Rosa.

—Estoy de acuerdo en ver los resultados juntos —digo.

La resonancia de Seimone es normal, por supuesto. Puede que se encuentre bajo la influencia de Rosa, pero esta no tiene poder para alterar la estructura de su cerebro. La doctora Gupta señala la actividad de la corteza orbital.

Pulsa un botón en el ordenador y en la pantalla de la sala aparece proyectada la siguiente resonancia al lado de la de Seimone.

No puedo evitar un suspiro de asombro. El cerebro de Rosa es como yo siempre decía que sería.

Mientras la doctora Gupta explica a los demás lo que estamos viendo, yo observo fijamente la oscuridad en el cerebro de Rosa. Casi no hay actividad en la corteza orbital, en la amígdala. Es el cerebro típico de pacientes con un trastorno de personalidad antisocial. No aparecen iluminadas las partes del cerebro responsables de la empatía, del amor, de la conciencia.

—Y esta es la de Rosa —continúa la doctora Gupta, pulsando el botón para visualizar una tercera resonancia—. Aquí hay aún menos actividad en la amígdala.

—¿De quién es la de...? —No acabo la frase.

La segunda resonancia es la mía. Tiene que serlo. El tamaño del cerebro es mayor que en la de Rosa o la de Seimone.

—No lo entiendo —digo—. Tiene que haber un error.

La doctora Gupta niega con la cabeza.

—No hay ningún error, Che. Pero estas resonancias no significan que tú o tu hermana tengáis un trastorno de personalidad antisocial.

—¡Sí que significan eso! ¿No es cierto? —Gene está gritando. Todos hacen preguntas. Los abogados intervienen a la vez, intentando poner calma. La doctora Gupta les explica pacientemente todo lo que yo he aprendido sobre qué es lo que nos hace ser como somos. Dice que no solo es la morfología del cerebro. Es tan raro oír a otra persona decir eso, que dejo de escuchar.

Observo atentamente la oscuridad en mi cerebro.

La doctora Gupta explica los resultados del test de psicopatía. La puntuación de Rosa es mucho más elevada que la de Seimone o la mía.

No me siento resarcido. Mi cerebro también está lleno de oscuridad.

No soy quien creía ser.

Casi me tengo que reír.

Pero no es gracioso. Yo no soy un monstruo.

¿He estado engañándome a mí mismo? ¿Siento lo que me parece sentir? ¿Siento empatía? ¿Cómo puede un cerebro con tanta oscuridad sentir lo que yo siento?

—¿Está segura de que no hay ningún error en mi resonancia?

—No eres tu cerebro —responde la doctora Gupta.

Me quedo mirándola fijamente. Sé que eso no es cierto.

—No eres únicamente tu cerebro —corrige.

Gene, Lisimaya y los abogados siguen discutiendo. Sally no ha dicho una palabra.

La oscuridad en mi resonancia no desaparece, por muy intensamente que la observe.

Rosa me coge de la mano. Me he quedado tan absorto con mi resonancia que no sé cómo ella ha reaccionado al diagnóstico.

—Eres igual que yo —dice.

Los McBrunight quieren que firmemos un documento que están preparando sus abogados para garantizar que no vamos a volver a acercarnos a ellos ni a sus hijas. A cambio, nos pagarán el vuelo de vuelta a Sídney.

Rosa dice que no va a firmar. Seimone es su mejor amiga. Esta no dice nada.

Ilene consigue algo de tiempo para que podamos considerarlo.

Voy al gimnasio porque no puedo hacer frente a todo esto.

Entreno duro, pero tengo muy poca energía. Envío un mensaje a Sojourner para preguntarle por su madre. Me encantaría poder verla, aunque solo fueran unos minutos.

No puedo parar de pensar en mi cerebro.

Jamie aparece para la sesión de combates. Me saluda con un gesto de cabeza, pero no se acerca para hablar.

Decido ir yo.

—Ey —saludo—. ¿Cómo está Sojourner? ¿Alguna novedad de su madre? Solo sé que hoy todavía estaban en el hospital.

—Estoy bien. Gracias por preguntar.

—Perdona. Yo... La echo de menos. Ha sido... —No acabo la frase.

—Jodido. —Jamie la acaba por mí—. Lo que ha pasado es muy jodido. Estamos flipando. Verónica es un caso perdido. Leilani está como cerrándose en banda. Se acostó con Verónica, y luego le dijo que no quiere volver a verla nunca más. No quiere hablar con Elon. Su hermanita ha muerto, tal vez asesinada... —Jamie se interrumpe al recordar que soy una de las personas que podría haberla matado—. ¿Qué pasó, Che?

—No lo sé —contesto.

Jamie me lanza una mirada desaprobatoria y escéptica a la vez. Me estremezco.

—Maya... —comienzo, pero tengo que parar. Duele decir su nombre—. Maya estaba a mi lado. Cargaba con su bolsa de tenis. Una bolsa muy grande y pesada. Le pregunté si quería que se la llevara yo, pero no me dejó. Estábamos esperando a que el semáforo se pusiera verde, y de pronto... salió volando. Creí que alguien había tropezado con la bolsa, pero ahora están diciendo...

—Tú no la empujaste —dice Jamie. Es una afirmación, no una pregunta. Me siento aliviado—. Leilani cree que tu hermanita es una psicópata. Es jodido. Todo este rollo es jodido.

Hago un gesto para indicar que estoy de acuerdo. No le digo que Rosa es una psicópata. No le digo que mi padre también lo es. Que yo... No le hablo de las resonancias que nos han hecho.

Boxeo con un chico nuevo. No es tan bueno como cree.

Decido demostrarle lo no-bueno que es. Dido no tiene que animarme para que le propine un puñetazo. Le doy todos los que puedo. Golpes rápidos y duros, pero no tan precisos como deberían ser.

Quiero matarlo.

Dido grita algo que no oigo. Tengo a este tío arrinconado, alternando los golpes para destrozarle tanto los riñones como la cabeza. Sus bloqueos y

paradas son una porquería. Le estoy golpeando con la mayor fuerza posible. La sensación es increíble.

—¡Cálmate, Che! —Dido me empuja por los hombros y se interpone entre los dos—. ¿Me estás oyendo? Esto no es un campeonato. No golpees tan fuerte.

Inicio una rotación para lanzar un derechazo y me doy cuenta justo a tiempo de a dónde se dirige el movimiento.

Uy, casi le doy a Dido.

¿Ha sido producto del espacio oscuro en mi cerebro? ¿Me estoy volviendo como David?

—Mierda —digo, retrocediendo, parpadeando—. Perdón. Lo siento.

—¿Estás bien, Nate? —pregunta al tipo al que estaba aporreando.

El tipo responde que sí. Dido le quita el casco, le mira la cara.

—Te está sangrando la nariz. Límpiame y ponte hielo. Enseguida estoy contigo.

El chico asiente. Dido se vuelve hacia mí.

—Será mejor que estés arrepentido —dice, mientras me coge la cabeza con ambas manos y me mira directamente a los ojos. Nunca la he visto así—. No traigas tu ira a este ring. Ni a este gimnasio. ¿Me oyes, Che? Estás aquí para boxear, no para cometer un asesinato.

Asiento, intentando recuperar el aliento. Tiene razón. Estaba enfadado. Fuera de control.

—Te oigo. Lo siento, Dido. De veras.

Me deja ir y da un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

Tengo miedo de ser David. Pero no lo soy. No pegué a Dido.

Hago crujir mi cuello en ambos sentidos. Dido no es David. Ese tipo no es David. Ninguno de los dos es mi enemigo.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Será mejor que te disculpes con Nate. Te has pasado de la raya.

Vuelvo a hacer un gesto para decir que lo entiendo.

—Si vuelves a sacar ese comportamiento, Che, estás fuera de este gimnasio.

¿Me has entendido?

—Sí, Dido. Lo siento.

Jamie lo ha visto todo. Me pregunto qué le dirá a Sojourner.

Cuando me quito los guantes mis nudillos están enrojecidos y empiezan a ponerse morados.

Me siento en la esterilla y me quedo a mirar los otros combates, diciéndome a mí mismo que no soy como David. Si lo fuera, habría estado a punto de golpear a alguien cada día. Pero no lo he hecho ni una sola vez en diecisiete años.

Suena el móvil. Es Ilene. Han encontrado una grabación. Seimone empujó a Maya.

Cuando salgo de la ducha, Leilani está sentada en el banco situado a la entrada de los vestidores, escribiendo algo en el móvil. Debe de haberle preguntado a Jamie dónde estaba. Lleva un traje de un azul intenso con ribetes rojos y un sombrero a juego. Se ha maquillado y está guapísima. Normalmente no se maquilla tanto.

Es gracias a ella que puedo darme cuenta de lo que lleva y saber qué es un ribete.

—Hola, Leilani.

Me mira. El maquillaje no oculta su dolor.

Siento un torrente de palabras (una explicación), todo lo que quiero contarle de David, de su relación con Sally que ahora entiendo, de mi familia de pirados. Pero no sé por dónde empezar.

«Lo siento muchísimo», pienso, pero no lo digo, porque las palabras han dejado de tener sentido. ¿Cómo demonios podría cambiar algo mi pena?

Llevo la mochila colgando del hombro y una camiseta raída. Los pantalones de chándal están desgastados por las rodillas. Parece como si me hubiera desgarrado la ropa. Lo haría si eso sirviera de algo.

—No podía escribirte lo que quería decirte, y por eso tenía que venir a buscarte.

Hago un gesto comprensivo con la cabeza.

—¿Quieres pasear conmigo? Tengo una inauguración de una galería, pero no importa si llego tarde.

No puedo creer que vaya a una inauguración tan pronto...

Pasamos al lado de los rings de boxeo y pienso en la primera vez que vi a Sojourner boxeando. Justo ahí, en el más cercano a la entrada. Estaba tan guapa. Creo que me enamoré entonces, antes de que hubiéramos intercambiado una palabra, lo cual es absurdo.

Afuera, en la calle Houston, se oyen las bocinas y la música a todo volumen de los coches que se mueven sin prisa.

—Han encontrado una grabación —dice Leilani—. ¿Ya te lo han dicho?

—Sí.

—Maya dijo que no fuiste tú. Dijo que el empujón vino del otro lado. Tenía miedo de que fuera Seimone.

—Lo siento —digo.

—Podría tomar un trago ahora mismo —dice Leilani—. Pero tal como voy vestida soy demasiado reconocible.

Vamos a un café cubano de la calle Clinton, pintado en los colores de la bandera; el azul hace juego con el traje de Leilani.

—Los viejos no me dejan verte. Son unos estúpidos. Quieren ponernos guardaespaldas a mí y a Seimone. Quieren que «empiece a comportarme como

una adolescente, y no como una protoadulta». —Imita a Gene a la perfección —. Aunque hayan sido ellos quienes trajeron a tu familia a nuestras vidas.

Me sonrojo.

—Tus padres nos obligan a irnos.

—Ya me han contado lo de las resonancias, Che —dice Leilani al mismo tiempo—. No creo que seas como Rosa. No puedes ser como Rosa.

Quiere que se lo demuestre. Balbuceo la teoría sobre el entorno, y las diferencias entre Rosa y yo.

—Creo que es tu padre —continúa Leilani—. Creo que él es como Rosa. Ambos consiguen que se me pongan los pelos de punta. Si le hicieran una resonancia en el pecho, encontrarían un agujero negro. He observado cómo lo mira Rosa, pero él es demasiado listo para corresponder en público a sus miradas cómplices. —Me quedo mirándola fijamente—. ¿Qué?

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Hace su típico gesto de medio encogerse de hombros.

—No estaba segura. No sabía si simplemente me caía mal.

—Yo no me he dado cuenta hasta hoy. Soy tan idiota. Creía que me quería.

—Che... —empieza Leilani.

—Él es como Rosa. Creo que toda mi jodida familia lo es.

—Sally no... —interviene Leilani.

—No. Pero sí mi tío y mi abuelo. Mierda, Leilani. Soy uno de los malditos Borgia.

Leilani se ríe con un estallido horrible de resoplidos.

—¡Siempre pensé que mis viejos eran los Borgia!

Me río yo también, porque la risa de Leilani es única en el mundo, es demasiado ridícula. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

Nos calmamos cuando llega el café. El camarero sonrío, como con ganas de unirse a nuestra evidente diversión.

Doy un sorbito. El café es muy fuerte y muy dulce. Exactamente lo que necesitaba. También nos han traído un pastel, pero ni lo tocamos.

—No tengo por qué seguir viviendo con ellos —dice Leilani—. Gano lo suficiente para poder irme de casa, así que lo voy a hacer. No puedo seguir fingiendo que me da igual lo que hagan. Seguí en casa por las gemelas. Ahora Maya ya no... Podría llevarme a Seimone.

—¿Cómo está Seimone? —Es una pregunta estúpida. ¿Cómo va a estar?

—No habla.

—¿Contigo?

Leilani mueve la cabeza a un lado y a otro.

—Con nadie. Desde que murió Maya. Ni siquiera creo que hable con Rosa.

Lo dudo. Rosa no dejará escapar a Seimone tan fácilmente. Alargo la mano por encima de la mesa para coger la de Leilani. Estoy agobiado por el hecho de que Rosa sea mi hermana y David, mi padre.

—No arrestarán a Seimone.

—Claro que no. Aunque no fuera menor, no la arrestarían. Nadie puede demostrar que Seimone quería matar a Maya. ¡No lo hizo! Si no hubiera pasado una bicicleta... Maya estaría viva, y seguramente solo tendría unos cuantos moratones.

—Rosa dice que fue un accidente.

—Si viene de boca de la pequeña psicópata, debe de ser verdad. La creo. Si el plan era matar a Maya, fue bastante chapucero. Supongo que Rosa tuvo suerte.

—Es todo muy jodido.

—Sí. Seimone irá a terapia cada día. Es la solución de los viejos para todo. Taparlo todo con dinero. Dios mío, Che, no les soporto más. Debería quedarme por Seimone, pero no puedo vivir allí. No puedo seguir en ese mausoleo. No quiero perder también a mi otra hermana.

—Para Seimone hay esperanza —digo—. Por lo menos su cerebro es normal.

Leilani profiere un bufido.

—Tú no eres como ellos, Che. Tú tienes reacciones instintivas normales. Mira a David. Él no. ¿Crees que podría cogerme la mano así? ¿Acaso me ha preguntado cómo estaba?

Niego con la cabeza. David lo hace mucho mejor que Rosa, pero sigue siendo aprendido. Nunca ha sido tan rápido como Sally cuando nos hacía falta un abrazo. Pero siempre lo achaqué a la masculinidad.

—Tú tienes amigos. He visto con cuánta frecuencia os escribís. Te he visto con Elon, Jamie y Verónica. Sé cómo me hace sentir nuestra amistad. Es auténtica. Rosa y David solo pueden conseguir una estrafalaria imitación. Me he acostado con Verónica. ¿Sabías que volví a dejarla? Ayer fui a su piso porque quería que alguien me abrazara. Pero fue peor que estar sola. Odio todo lo que dice y lo que hace.

Me pregunto si alguna vez me pasará lo mismo con Sojourner. No creo.

—Le dije que se fuera a la mierda. Para siempre. ¿Eso me hace parecerme a Rosa?

Está bromeando. Consigo esbozar una media sonrisa.

—Para nada. Eres lo más distinto a Rosa que hay. ¿Te he contado alguna vez que cuando te conocí pensé que igual eras como ella?

—¿Porque estuve insoportable?

—Ajá. Pero eras demasiado amable con Maya, y Rosa te daba escalofríos, y...

—¿Y qué?

—Parecías... no sé... ¿vulnerable? En tu cara se puede leer lo que estás pensando. No eres como Rosa.

—Ni como David. Ey, por lo menos hemos aprendido a evitar a cualquier persona que sea buena al póker.

—Ja. Eso es indudable. Me di cuenta de que no eras como ella enseguida.

—Para eso me sirve mi fachada tan *cool*. Me comporté como una víbora ese día. Lo siento.

—Eras divertida. Me gustaste inmediatamente.

Leilani deja en la mesa la taza de café y pide otro por señas.

—No sé qué va a pasar.

—Yo tampoco. —Noto de nuevo una opresión en la garganta causada por las lágrimas que soy incapaz de llorar.

—Es dolorosa. La ausencia de Maya. La noto por todo mi cuerpo —susurra Leilani, con los ojos húmedos—. No sé cómo superar todo esto.

Asiento y parpadeo para intentar no llorar. La muerte de Maya, aunque yo no la empujara, es culpa mía.

—El funeral es mañana —dice—. Lo siento.

No tiene que explicar que no estamos invitados. Me gustaría poder ir, sin embargo. Poder despedirme de ella. Quiero decirle a Leilani que Maya era una niña estupenda, pero va a oírlo todo el rato mañana. Y le dolerá.

—No pasa nada —digo, en lugar de eso. Claro que pasa—. Sigo deseando... —empiezo—, sigo deseando que hubiera sido Rosa.

—Yo también. La odio. —No hay furia en sus palabras.

No estoy seguro de si la muerte de Rosa hubiera supuesto alguna diferencia, porque David aún seguiría aquí.

—¿Sabías que mis padres estaban completamente pelados? —De pronto recuerdo que «pelados» es la palabra que eligió Rosa—. Tus padres nos financiaban.

—¿Todo?

—Bastante. Ahora pagan a los abogados. ¿No te parece perverso?

—Mucho. Me pregunto qué poder tienen tus padres sobre los míos.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca les he visto hacer nada parecido a lo que han hecho por tu familia. Pero nunca. Hacen obras de caridad a gran escala: acabar con la malaria o salvar a niños con desnutrición, pero no sacar de apuros a antiguos amigos de la universidad. ¿Qué sacan los viejos con eso? Nada que yo pueda entender.

—Se conocen desde hace siglos... —No acabo la frase—. Sea lo que sea, han decidido que ya no nos deben nada. Han cerrado el grifo.

—Lo siento. Tienes que escapar de tu familia, Che. Están más jodidos incluso que nosotros. ¿Tienes adónde ir?

—Tengo tías. Las hermanas de Sally. Estaré bien. —No quiero irme de Nueva York. No puedo dejar a Sojourner.

—Si necesitas ayuda, dímelo.

Asiento con la cabeza. ¿Pero pedir ayuda a Leilani después de que mi hermana matara a la suya? No puedo.

—Ambos tenemos que huir —dice—. ¿Me prometes que lo harás? No le debes nada a Rosa.

Alargo la mano otra vez para apretar la suya, y eso también duele.

Cuando llego a casa, Sally está sentada en el sofá bebiendo vino. David debe de estar en el despacho.

—¿Cómo estás? —me pregunta Sally. Deja la copa de vino en la mesa y me abraza con fuerza—. Lo siento. Todo. Gran parte de lo que ha pasado es culpa mía. Pero voy a arreglarlo.

—¿Cómo? —digo, cuando debería haber dicho «no, no lo es». Pero no estoy seguro de que fuera verdad.

Sally da otro trago. La botella sobre la mesita está medio vacía.

—Ilene me lo ha dicho —continúo—. Lo de Seimone.

—Sí. —Sally tiene los ojos húmedos—. Es horrible. Pobre Seimone.

Rosa baja ruidosamente las escaleras, con la barbilla muy alta. Lleva el vestido blanco con la cinta azul y el bolso de Shirley Temple.

—¿Estás lista? —pregunta a Sally.

Sally asiente, toma un último trago de vino, enjuaga la copa y la pone en el lavavajillas.

—¿Lista para qué? —pregunto—. Es tarde. ¿Adónde vais?

Sally mira a Rosa. Rosa niega con la cabeza.

—No quiere hablar contigo, Che. Lo siento. Te lo contaremos cuando volvamos.

Sally me da un rápido abrazo.

—Vamos a arreglar las cosas. Te lo prometo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que todo va a ir a mejor. —Me besa en la frente—. Hay un estofado en la cocina, por si tienes hambre. Es de lata, pero no está mal.

—Ya he comido —miento.

Después salen por la puerta.

Saco el móvil para escribir a Leilani. Hay un mensaje de Sojourner:

—Ahora podemos vernos.

Es de hace veinte minutos.

—¡Sí! ¿Ahora? —contesto.

Escribo a Leilani para contarle lo que acaba de pasar.

—No tengo ni idea de qué está tramando Rosa.

No responde. Espero que sea porque está distraída con la galería de arte. Me preocupa más que no responda Sojourner. Miro el móvil como cuando observo a un contrincante en el ring. Casi se me cae cuando emite un zumbido.

—Nos vemos en la puerta de casa en diez.

Corro.

Sojourner sale del edificio cuando ha pasado menos de un minuto desde mi llegada. Debe haber esperado a verme desde la ventana de la cocina. Se apoya en la puerta, con las manos en la espalda. Parece más delgada. Su gran combate. Debe de ser pronto.

—¿Estás a dieta? —pregunto.

—Sí. Tengo tanta hambre que solo puedo pensar en comida. El combate es en dos días.

Debería haberlo sabido.

—¿Crees que estás preparada?

Se aleja de la puerta y camina hacia el río. Camino a su ritmo pero asegurándome de no acercarme demasiado. El aire es caliente y no hay viento. Noto gotas de sudor bajándome por la espalda.

—Creo que sí. Sobre todo estoy pensando en la hamburguesa que me va a preparar Bruno después del control de peso.

Sojourner tiene buen aspecto, con los músculos marcados, en los que puede verse cada fibra. Me gustaría ver el combate. Es al otro lado del río Hudson en Nueva Jersey. No está lejos en tren.

Al otro lado del puente de la calle Seis, Sojourner no echa a correr como la última vez. Camina cerca del río y se apoya en la barandilla. Sopla una brisa fresca, que nos da un breve respiro del calor. Tengo la camiseta pegada al cuerpo. La cara de Sojourner brilla.

—Te he echado de menos. —Mis manos están en la barandilla pero no lo bastante cerca de las suyas. La madera está empezando a ponerse áspera. Noto pequeñas astillas.

—Yo también te he echado de menos. —No hace ningún movimiento para tocarme—. Rosa me ha estado enviando mensajes de todas clases, Che. Dice que mataste a Maya. Pero sé por Jamie que fue Seimone. Que Rosa le hizo hacerlo. ¿Qué está pasando? Dijiste que Rosa era problemática, pero ¿esto? Esto no es solo ser problemática.

Tengo muchas ganas de sentir los brazos de Sojourner a mi alrededor.

—Rosa dice que mientes, pero es ella la que no para de mentir. ¿Qué le pasa? Siempre exagera. Es... No sé cómo describirlo, es como si estuviera actuando, intentando venderme algo. No habla ni actúa como una niña pequeña.

Quiero abrazarla. Quiero tocarla, pero no se ha movido. Su mano está apenas a unos centímetros de la mía.

—¿Qué le pasa a tu hermana, Che? Jamie dice que es una psicópata. Que eso es lo que le ha dicho Leilani.

Puedo oír el agua golpeando las rocas por debajo de nosotros. El tráfico es un fragor lejano. Oigo algunas bocinas, pero no sirenas.

—Es cierto. Los psiquiatras lo llaman trastorno de la personalidad antisocial. Significa que no tiene empatía, que no le importan los demás, que

no sigue las normas.

—Me dijo que me dirías algo así de ella.

—Bueno, ya no soy el único. Hoy la han diagnosticado.

—Eso es bueno, ¿no? ¿La han diagnosticado? Me dijo que eras tú el que tenía ese trastorno. —Ahora es cuando debería hablarle de mi resonancia—. Dijo que toda tu familia es así. Tu padre, tu tío, tu abuelo. Todos fríos, insensibles, crueles.

—Esa parte es cierta. Pero es Rosa quien es como ellos, no yo.

No puedo contarle lo de mi cerebro. No puedo contárselo a nadie.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —susurro.

—Claro que sí —dice, pero no se acerca a mí—. Desde la primera vez que hablamos me di cuenta de que tú no eres insensible. Eres todo sentimientos, Che. Tu cara no puede disimularlo. Hay una luminosidad en ti que... —Se vuelve para sonreírme—. Es una de las razones por las que me gustas tanto.

Casi digo: «¿De verdad te gusto?». Quiero besarla.

—Nunca me has parecido frío. Tu hermana da miedo. Al principio no me di cuenta, pero al hablar con ella... —Sojourner tiembla con un escalofrío—. Rosa no es trigo limpio. Deberías haberla visto en la clase sobre la Biblia. Memorizó montones de pasajes. Pero no los sentía. Rosa quería saber la Biblia mejor que los otros niños para poder ganar. Podría memorizar cualquier cosa. No tiene conciencia, Che. Ese es su problema. «Y no hay cosa creada oculta a su vista, sino que todas las cosas están al descubierto y desnudas.» Tener conciencia significa que quieres hacer las cosas bien con Dios. Porque Dios lo va a ver. Rosa no tiene miedo de Dios, no tiene miedo de nada.

Nunca me lo había planteado en términos religiosos, pero tiene razón.

—¿Crees que es malvada?

—Esa es una gran pregunta, Che. Creo que todo el mundo puede ser salvado. Incluso Rosa. Si alguien hace el mal, ¿quiere eso decir que es malvado? A veces sí creo que lo es. Me alegro de no ser como ella.

—De verdad que yo no soy así, Sojourner. Puedo amar. Yo te quie...

—Para. —Alza la mano. Me recuerda a David y por una milésima de segundo me gustaría obligarla a bajarla—. ¿Por qué no me lo contaste, Che? ¿Por qué no me avisaste?

«Intenté decírtelo», casi se me escapa.

Pero al pensarlo me doy cuenta de que no es verdad. Tenía miedo de que, si se enteraba, no quisiera tener nada que ver conmigo. Incluso aunque me hubiera creído, de lo cual no podía estar seguro.

—¿Por qué, Che? ¿Por qué no confiaste en mí lo suficiente para contármelo?

Me está mirando, esperando una respuesta.

No la tengo. Tiene razón. La he traicionado.

—Lo siento. —Es lo único que puedo decir.

—¿Lo sientes? —Mueve la cabeza de un lado a otro, como diciendo que mi disculpa vale muy poco—. ¿Toda tu familia es como Rosa? —Por un instante me parece que está a punto de blasfemar—. ¿Cómo es posible?

Estoy casi seguro de que es una pregunta retórica, que no quiere que le explique la interacción entre ADN, morfología del cerebro y entorno. Se me ocurre hacer un chiste, diciendo que no tengo la culpa de estar emparentado con demonios, pero no sería gracioso.

—Es demasiado, Che. No habérmelo contado, y tu familia, es demasiado. ¿Y si tu hermana decide empujarme cuando pasa el autobús?

«Era una bicicleta.» Pero no la corrijo. Ni le digo que Rosa comentó que pasaría si se cayera por las escaleras.

—O tu padre, tu tío, o tu abuelo. Tengo mis propios problemas familiares. Mi madre está realmente enferma, Che. Ha estado a punto de morir más veces de las que me acuerdo. Ahora tendrá que ir siempre en silla de ruedas.

—Lo siento. Diandra es increíble.

Pienso que el edificio donde viven no tiene ascensor, y están en la quinta planta. ¿Habrá cargado con ella Sojourner por esas escaleras? ¿Y con la silla de ruedas?

—Sí que lo es. —Sojourner respira profundamente, intentando no derrumbarse. No me está mirando—. Le gustas. Pero está de acuerdo conmigo. ¿Sabes que he rezado por todo esto? Mis madres también. La confianza lo es todo, Che. Tu familia es... no tengo palabras. Sé que hay cosas malas en algunas familias, pero nunca he oído nada parecido. ¿Cómo puedo tener una relación contigo si no puedo confiar en ti? ¿Cómo podría tener hijos contigo?

¿Se había planteado tener hijos conmigo? Me imagino en diez años, viviendo juntos, con nuestros hijos.

Tiene razón. Eso no sería posible. Ni para mí, ni para otra persona. El riesgo de tener hijos como Rosa, como David. No puedo traer más demonios al mundo.

Siempre pensé que tendría hijos.

—Mantendría a mi familia alejada de ti —digo, aunque sé que suena patético.

—Pero no lo has hecho, ¿no, Che? Ni siquiera me avisaste. ¿Has advertido a alguien? Si Rosa es lo que tú dices, ¿cómo es posible que no adviertas a la gente? ¿Y tu padre? ¿Has avisado a alguien de cómo es? Es tu deber proteger a la gente. Aunque no hayas encontrado a Jesús. Hay que hacer el bien en el mundo.

Quiero decirle que no sabía lo de David. Pero no importa ya, ¿no? Sojourner tiene razón. Es imperdonable que no la avisara de cómo era Rosa.

Pero no sabía cómo hacerlo. Todavía no lo sé.

—Le he dicho a Rosa que no intente contactar conmigo. Ha sido extraño decir algo así a una niña, pero no puedo enfrentarme a ella. No puedo ayudarla.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo desde que se lo dijiste?

—He bloqueado su número.

—Bien hecho.

—Tampoco voy a coger tus llamadas, Che.

Me estremezco.

Se vuelve hacia mí, me coge la cara entre sus manos. Mi corazón se acelera. Quizá cambie de opinión.

—Me importas mucho, pero no puedo estar contigo, Che. Es demasiado. Siempre será demasiado.

Posa sus labios sobre los míos. Me inclino hacia delante, con ansias de más, pero ella ya se ha apartado.

—Adiós, Che. Dios te bendiga.

Sojourner se da la vuelta y corre. No la sigo.

Cuando llego a casa Sally y Rosa no han vuelto. Lo de Sojourner me ha roto el corazón. Me duele al respirar.

Ojalá fuera un psicópata que no pudiera sentir el dolor, para que no me importara. Ahora mismo desearía no tener sentimientos. Si no los tuviera, podría sobrevivir a esto. Maya está muerta, Sojourner me ha dejado. No tengo nada.

¿Por qué no puedo dejar de sentir? ¿Ser como David? ¿Por qué no soy como él? ¿Qué me ha salvado de serlo?

Mis genes. No los de David, sino los de Sally. Los genes Taylor me han salvado. Me sorprende la conveniencia de que yo lleve el apellido de Sally y

Rosa el apellido Klein de David. Es casi como si lo hubieran sabido.

Me río. Mi encantadora familia: un padre y una hermana psicópatas y una madre alucinada.

¿En qué me convierte eso a mí?

No lo sé.

Lo único que sé es que no soy un psicópata.

Lloro. Mi cerebro y mi corazón están destrozados.

Nunca había llorado tanto desde que llegamos a Nueva York.

Me duermo hacia la madrugada. Si llegaron antes de que me durmiera, no lo he oído. Cuando Sally me despierta son pasadas las nueve. Está sentada en mi cama, a mi lado, mientras me quito las legañas. Tiene muy mala cara.

—¿Cuánto hace que no duermes?

Sally ignora la pregunta.

—Rosa ha confesado.

—¿Que ha hecho qué? Pero si hay grabaciones que demuestran que fue Seimone la que empujó a Maya.

¿De qué está hablando Sally?

—Seimone empujó a su hermana porque Rosa la obligó a hacerlo. Por eso salimos anoche, para ir a la comisaría a contárselo a la policía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque Rosa dijo que no lo haría si te lo contaba.

Sally me da una palmadita en el brazo.

—No podía arriesgarme a que cambiara de opinión. Lisi y Gene tenían que saber la verdad.

Asiento. Aunque estoy bastante seguro de que ya sabían por qué Seimone hizo lo que hizo.

—¿Qué le van a hacer a Rosa? No la han arrestado, ¿no? Es una menor. Ilene dijo...

Sally niega con la cabeza.

—Los McBrunight no presentarán cargos. Solo quieren que abandonemos el país.

—¿Estaban los McBrunight allí?

—No. Solo sus abogados.

—Entonces ¿habéis firmado el contrato?

—No, Rosa dijo que solo confesaría si no nos hacían firmar ningún contrato. Hizo que lo pusieran por escrito.

—¿Fue idea de su abogada?

—Oh, Che, ha sido horrible. —Los ojos de Sally se llenan de lágrimas—. No sabía que Rosa les iba a hablar de David.

—¿Les ha dicho que David es un psicópata?

—Rosa le contó que matar a Maya fue idea de David. Grabó una conversación que tuvo con él. Varias. David le dijo que, si mataba a alguien, conseguiría quitarse ese anhelo de encima y no tendría que volver a hacerlo. Dijo que nadie creería que una niña como ella fuera una asesina. Solo tenía que hacer que pareciera un accidente.

—¿Eso está grabado?

Sally se enjuga las lágrimas y asiente. Pero no deja de llorar.

—Creía que había cambiado, Che. Creía en él.

—¿Dónde está David? ¿Le han arrestado? Debe de ser un delito de conspiración o algo así, ¿no?

—Se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—David ha huido.

Salgo de la cama y bajo las escaleras corriendo. Abro la puerta del despacho. Ni rastro de David.

Voy a su dormitorio. Tampoco está allí. Cuando abro el armario solo veo las perchas. Uno de los cajones también está vacío. David ha huido de verdad.

Y

—Siempre estuvo preparado para desaparecer en caso necesario —me dice Sally.

Ha hecho café. Me siento en la isla de la cocina para tomarlo.

—David no sabía que yo conocía la existencia del kit de fuga. Pero nunca pensé que lo usaría. Creía que era una reliquia de los viejos tiempos.

—¿Kit de fuga? —Rosa me había hablado de eso. No la creí.

—Tenía distintos pasaportes y efectivo en diferentes monedas. Lo actualizaba cada vez que había cambios en la tecnología de seguridad de pasaportes. Desde que le conozco ha estado preparado para huir.

—¿No le pueden pillar? ¿Seguirle el rastro con el móvil?

—No creerás que se ha llevado el móvil, ¿no? David no es estúpido. Ha escapado.

—¿Cuándo se fue?

No estaba en el centro médico. No le he visto desde que Ilene estuvo aquí ayer.

Sally está llorando demasiado como para oírme.

No me sorprende. No estoy seguro de quién soy. Me pregunto qué diría Sojourner. Entonces recuerdo que no puedo contarle nada de esto, ha bloqueado mi número. Nunca podré volver a contarle nada.

—No tiene sentido.

Abrazo a Sally y le acaricio el pelo, mientras pienso por qué David le diría a Rosa que matara a alguien. No tiene ningún sentido. David quería el camuflaje que éramos nosotros. Lo único que ha conseguido Rosa al provocar la muerte de Maya es destruir su coartada.

Rosa baja las escaleras y se sube a un taburete.

—¿Qué hay para desayunar?

—Ni idea —digo. No tengo hambre.

—Tienes que dejar de llorar, Sally —dice Rosa—. Es muy molesto.

Sally da la impresión de que podría derrumbarse con la más ligera brisa; Rosa no parece que en su vida haya pasado una noche sin dormir.

Rosa sonrío. Es toda hoyuelos.

—Te pareces mucho a David, ¿sabes, Rosa? Especialmente cuando sonrías.

—Qué bien. Eso significa que todo el mundo va a enamorarse de mí, como le pasaba a David todo el tiempo. Apuesto a que huyó con Suzette. ¿Sabes que dejó el trabajo?

Sally se estremece. No le digo que Suzette era la *au pair*. No le pregunto a Rosa si eso es cierto.

Pongo mi atención en el café. Sally sigue llorando en el suyo.

—Todo el mundo sabe ahora la verdad, Che —dice Rosa—. No más mentiras. Deberías estar contento.

Saca las piernas de debajo del taburete, con un equilibrio precario, y me asalta el recuerdo de Rosa de pequeña cuando se sentaba así.

—Mató a alguien cuando era joven.

Sally mira el café, no a nosotros. Las lágrimas amainan.

Quiero preguntarle cómo lo sabe. ¿Lo vio? ¿Por qué le diría David que había matado a alguien si no lo había presenciado?

—Dijo que nunca volvería a hacerlo. Dijo que fue un accidente.

Mintió.

Por la expresión de Rosa se deduce que ella piensa lo mismo.

Sally no responde y entonces me doy cuenta de que no lo he dicho en voz alta. Me pregunto si solo ha matado una vez.

—David no volvió a hacerlo. Cuando perdía el control hacía otras cosas. Cosas legales. Lo canalizaba de otro modo. No es el mismo que conocí. Creí que aquella parte de él había desaparecido. Yo le quería, Che. Todavía le quiero. Creía que había cambiado.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Ni siquiera me dijo que se iba.

La voz de Sally suena desgarrada. Tengo la horrible sensación de que está más desconsolada por la huida de David que por todo lo demás. No por la muerte de Maya. Ni por la maldad de Rosa. Ni por la morfología del cerebro de sus hijos.

—¿Rosa?

Rosa niega con la cabeza.

—Dejó el móvil y se llevó el kit de emergencia. Se ha llevado también las joyas de Sally. No se despidió, y yo era su favorita.

Sally no nos mira.

—No soy como él, Sally. Sé que piensas que la resonancia demuestra lo contrario, pero la puntuación que saqué en el test de psicopatía fue muy baja.

Rosa se ríe. No me estoy ganando a mi madre al declarar que no soy como el amor de su vida.

—Yo tampoco soy como él —me dice Rosa—. Soy mucho más lista.

—No creía que lo de David fuera hereditario. —Sally ha dejado de llorar.

—¿Eso quiere decir que desearías que no hubiéramos nacido? —pregunto.

—Por supuesto que sí, tonto. Lo único que quería era estar con David. Piensa que tener hijos fue un error —contesta mi hermana.

Sally no contradice a Rosa.

—Desearías que no hubiera nacido, ¿no, Che?

—No siempre.

Puesto que estamos siendo sinceros, me atrevo a decirlo. Rosa sonríe con satisfacción.

—¿El hecho de conocer al abuelo y a Saul no te hizo pensar dos veces la posibilidad de tener hijos? —No puedo resistirme a preguntar.

La boca de Sally se curva en lo que podría semejar una sonrisa.

—Mucha gente buena tiene unos familiares horribles.

—No tan horribles. Además, David no era una buena persona.

—No es una buena persona. No está muerto. Mató a más de una persona, ¿sabes? —informa Rosa a Sally—. Pero hace siglos de eso. Desde que yo nací no lo había vuelto a hacer.

—¿Qué quieres decir? —Sally mira fijamente a Rosa—. ¿Qué te contó?

—Muchas cosas.

—¿A quién mató?

Rosa se encoge de hombros como si eso no importara.

—No me dijo los nombres.

—¿Te dijo por qué los mató? —pregunta Sally—. ¿O a cuántas personas?

—No es un asesino en serie, Sally. No tienes que preocuparte por eso. Pasó unas pocas veces.

—¿Cuántas veces son unas pocas? —pregunto.

La cara de Sally tiene ahora un tono gris. Me pregunto cuántas conversaciones parecidas ha tenido con Rosa. Tal vez sea esta la primera. Aunque quién sabe qué le contó Rosa para que la llevase a la comisaría para hacer aquella confesión.

—Tres —responde Rosa—. Estoy casi segura de que solo fueron tres.

—Dios mío —dice Sally.

—David no lo hizo porque le guste matar. Estaba enfadado.

—Esa explicación me hace sentir mucho mejor —digo.

Sally parece estar a punto de vomitar. Me pregunto cuánto sabe realmente del hombre al que quiere tanto.

—Sarcasmo —dice Rosa—. No tengo temperamento y nunca he querido matar a nadie. ¿Lo ves? No soy como David.

—¿Y lo de Seimone y la mantequilla de cacahuets?

Rosa pone los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que fue idea de Seimone?

—Nunca me tragaré eso, Rosa. Cuéntame cómo conseguiste que creyera que era idea suya y te creeré. ¿Ahora qué? —pregunto a Sally.

—¿Ahora? —repite—. No lo sé.

—Podríamos quedarnos aquí —dice Rosa—. No tenemos por qué mudarnos otra vez. Lo he solucionado.

—No, no podemos —dice Sally—. Gene y Lisimaya quieren que nos vayamos.

—Pero no nos pueden obligar. El contrato de alquiler es de seis meses —dice Rosa—. Además, Seimone me necesita.

Sally mueve la cabeza como si no se lo pudiera creer.

Tengo unas ganas irresistibles de decirle «ya te avisé». Por fin puede darse cuenta de quién es Rosa, pero solo me siento vacío.

—Seimone no te necesita, Rosa —anuncia Sally—. Has arruinado su vida. Hiciste que matara a su hermana.

—No es cierto. Fue un accidente. Nunca he matado a nadie. Le prometí a Che que no lo haría. Mantengo mis promesas. Es mi juego favorito.

—Entonces ¿por qué le dijiste a la policía que Seimone y tú queríais matar a Maya?

—Para librarme de David. No quería que se enojase y me matara. Últimamente estaba muy enojado conmigo. Daba miedo. —La voz de Rosa no

indica que tuviera miedo. Sally se cubre la cara con la cabeza. Debería darme pena. Tal vez más adelante, pero ahora no. Ha perdido a David, pero era un monstruo. Yo he perdido a Sojourner, que es la persona más increíble que he conocido nunca.

—Quiero quedarme aquí —dice Rosa—. Podríamos quedarnos hasta que acabe el contrato del apartamento, ¿no?

—Entonces volvemos a casa —digo—. ¿Y allí qué?

Sally traga saliva, conteniendo el río de lágrimas.

—Una de mis hermanas me acogerá. Empezaré de cero. —Hace una pausa, como si acabara de acordarse de que tiene dos hijos—. Empezaremos de cero.

—No soy como él —vuelvo a decir, pero salta a la vista que no me cree. Piensa que los dos somos como David. Que se enamoró de un monstruo y dio vida a dos monstruos.

Necesito una ducha. Necesito dormir. Necesito un cerebro nuevo. Ojalá una ducha y dormir pudieran cambiar la morfología de mi cerebro.

Sally dice algo de preparar el desayuno, pero no hay nada en la nevera, y solo una caja medio vacía de muesli.

—Quería ir a comprar... —dice, sin acabar la frase—. Debería hacerlo.

En lugar de eso, se va al despacho y cierra la puerta.

Debería comer. Me pregunto cuando volveré a tener hambre.

Rosa se pone la mitad de lo que queda de muesli en un bol y se lo come a secas.

—Sally no es ella misma —dice.

Me pregunto si Sally ha sido alguna vez ella misma. David y ella siempre compartían tantas opiniones, ideas. La mayoría del tiempo parecía que decían lo mismo. No se me había ocurrido pensar antes cómo eran de iguales. No, más bien, cómo de iguales parecían. La única diferencia era el temperamento.

Sally creía haber cambiado a David, pero fue él quien la cambió. Durante todos los años en que fue su mujer, David estaba modelándola para que fuera el disfraz perfecto. ¿Cómo se debe de sentir ahora?

No conozco a mi propia madre. Nunca sabré cómo era antes de David. Entonces me doy cuenta de que nunca sabré cómo era yo antes de Rosa.

Esta saca el móvil.

—Seimone dice que sus padres van a pagarnos el vuelo a casa. Y se acabó. No quieren tener nada que ver con nosotros nunca más. Seimone está disgustada. Se le va a romper el corazón sin mí.

—Lo dudo, Rosa. Será como con Apinya. Despertará y se dará cuenta de lo que le hiciste.

—Apinya sigue siendo mi amiga. Hablamos continuamente.

—Demuéstramelo. Llama a Apinya ahora mismo y demuestra lo buenas amigas que sois.

—Está durmiendo a esta hora.

—¿Dónde está tu tableta? Enséñame la lista de llamadas, a ver con cuánta frecuencia hablas con tu querida, queridísima amiga Apinya.

Rosa se encoge de hombros, sin importarle que la haya pillado en una mentira.

—Seimone es mi mejor amiga en todo el universo. Estamos mucho más unidas de lo que nunca estuvimos Apinya y yo. Nunca me olvidará.

Eso sí me lo creo. Voy a echar de menos a Leilani. Debería ir a verla.

Ojalá pudiera ir con Sojourner. Cierro los ojos.

—Volveré aquí muy pronto y viviré con Seimone. Ya lo verás.

Qué ilusa.

—A Gene y a Lisimaya les gustaría verte muerta.

—Será mucho mejor ahora que David no está —dice Rosa—. Solo tú y yo.

—¿Y Sally?

—Sally no cuenta demasiado. Solo importamos tú y yo.

—No se me ocurre nada peor. Excepto que vuelva David. Espero no volver a verle nunca. ¿Dónde crees que ha ido?

Rosa vuelve a encogerse de hombros.

—Muy lejos.

—Es una pena que no te llevara consigo —digo—. Ya que eras su favorita y todo eso.

—No soy una asesina como David. La bomba a punto de estallar era David, no yo. Pero ahora ya no está.

—Porque te libraste de él.

Al decir esto, me doy cuenta de que Rosa también se libró de Sojourner. Nunca había pensado empujarla por las escaleras, solo apartarla de mí. Nunca la perdonaré.

—Te dije que soy inteligente. Somos iguales, tú y yo —dice. Puedo oír el crujir del muesli entre sus dientes—. Tenemos el mismo cerebro.

—Si eso fuera cierto, yo también sería inteligente, ¿no? Pero siempre dices que no lo soy.

Si fuera inteligente, habría huido de esta familia, de Rosa, hace años. Habría sabido quién era David.

—Comparado conmigo, no lo eres, pero sí eres más inteligente que la mayoría de la gente. Porque tenemos el mismo cerebro.

—No, Rosa, no es verdad.

—Creía que no mentías, Che. Los dos hemos visto las resonancias.

—Yo no soy mi cerebro. La doctora dijo que mi resonancia no significa que sea como tú.

—«La doctora dijo...» —dice Rosa imitándome.

—Está el entorno, el ADN. La forma de nuestro cerebro no lo es todo.

Rosa se ríe.

—También es igual. Vivimos juntos. Tenemos los mismos padres.

—No. No, no lo es. Tengo siete años más que tú. Eso lo cambia todo. Durante los primeros doce años de mi vida vivimos en la misma casa en Sídney. Tenía estabilidad. La mayor parte de tu vida ha sido un trajín. Cinco países diferentes, un millón de ciudades y casas y escuelas y profesores particulares. Ha sido un caos. Además, era yo quien cuidaba de ti. Era el tercer padre. Me importabas, Rosa. El hecho de cuidarte me cambió. David te llevó por los peores caminos. A mí no. Tú...

—Yo te salvé —me interrumpe Rosa. Nunca la he visto vanagloriarse de esa manera—. Si por cuidar de mí no eres como yo, entonces soy la razón por la que no eres un psicópata. Si no hubiera nacido, tú serías yo, Che. David te habría enseñado cómo ser un buen pequeño psicópata. Eres un chico amable gracias a mí. ¿Por qué no me das las gracias?

Esta vez Rosa no sonrío, sino que empieza a reír.

Y

No tardo mucho en empaquetar mis cosas. No hay un contenedor esta vez. Volvemos a llevarnos únicamente lo que podemos cargar. Tengo una maleta y una mochila.

Todo lo que me quiero llevar no cabe, así que sacrifico libros y las camisetas y los pantalones más raídos por el equipo de boxeo. Siento tener que dejar el póster de Ali. Miro sus nudillos con cicatrices, y luego echo un vistazo a los míos. Están morados desde la última sesión de combates. Ojalá hubiera una forma de darle el póster a Sojourner, pero me pidió que no me pusiera en contacto con ella.

Y eso es lo único que tengo ganas de hacer.

Intento concentrarme en volver a casa. Georgie, Nazeem, Jason. Saben que vuelvo. Jason no se entera de nada, como de costumbre.

—Guay. Podrás venir a mi próximo combate.

Georgie y Nazeem no paran de preguntar. Les digo que se lo contaré cuando llegue.

Pero no estoy seguro de poder hacerlo. No estoy seguro de querer contarle a nadie lo del punto negro en mi cerebro. Donde vamos no habrá informes policiales. La muerte de la hermanita de Leilani McBrunight oficialmente fue un accidente, y no se le dio publicidad. Leilani solo es famosa para una parte del mundo de la moda.

Al doblar las suaves camisas que Leilani me compró, siento la punzada de las lágrimas. Sojourner no es la única a la que voy a echar de menos.

—¿Alguna recomendación para empaquetar la ropa elegante que me regalaste?

En lugar de enviar un mensaje, Leilani me llama.

—¿Tienes papel de seda?

—¡Te has cortado el pelo! —Lo lleva más corto que yo, rapado, casi parece una presidiaria—. ¿Con la máquina al dos?

Leilani asiente.

—Era demasiado, así que... —Chasquea los dedos—. Fuera. A ti tampoco te iría mal.

Es verdad. El pelo me cae sobre los ojos. Me lo echo hacia atrás.

—No he tenido tiempo. —Ni dinero. Ni ganas. Mi pelo no es importante.

—¿Papel de seda?

—Nop.

—Tienes camisetas viejas. Puedes usarlas. Pero ¡que estén limpias! Extiéndelas entre las camisas, pero asegúrate de que las etiquetas no están en contacto con la tela. Son de plástico. —Hace como que le recorre un escalofrío—. Pueden tener un efecto desastroso en el tejido de buena calidad.

Mejor se las quitas. Dobla las camisas lo menos posible, para evitar las arrugas. En cuanto aterrices, cuélgalas en perchas con forma. ¡Que no sean de las de alambre!

La saludo al estilo militar.

Leilani hace una reverencia.

—Gracias —digo—. Por los consejos, por la ropa, y por enseñarme a apreciarla.

—De nada —dice, como si trabajara en el departamento de servicio al cliente. Pero veo que lo dice en serio.

—Y por enseñarme la ciudad.

—No ha sido nada.

—También por el punzante sentido del humor.

—Cuando quieras.

Aparta la mirada brevemente.

—Te echaré de menos —digo. Leilani sonrío—. Especialmente tu risa.

—Ay, ¡cállate! Te enviaré un tono de llamada con mi risa si te pasas.

—¡Por favor! Es lo que más ilusión me hace del mundo.

—Pero volveremos a vernos, Che. Te vas a alejar de Rosa, ¿sí? —Se acerca a la pantalla y de pronto es todo ojos—. ¿Me lo prometes?

Asiento.

—Te lo prometo.

—Cuando te hayas librado de todo esto iré a verte dondequiera que estés.

—Es una promesa.

—Me encantaría.

Hace una mueca para quitarle hierro.

—Quiero conocer a tu amiga Georgie.

—Ella también —digo. Intento pensar en algo más frívolo; en lugar de eso, tomo aliento y digo—: Si ves a Sojourner, dile que la quiero.

Leilani niega con la cabeza.

—Ahora no. Quizá más adelante. Jamie dice que le ha costado romper contigo.

Siento una presión en la garganta. Hace menos de un día, y he estado a punto de escribir a Sojourner casi a cada minuto.

—La echo muchísimo de menos —susurro.

Leilani aparta la mirada. No debería haber dicho eso. Perder a Sojourner no es nada comparado con la pérdida de Maya.

—También echo de menos a Maya —le digo.

—¿Dejará de doler algún día? —No intenta ocultar su dolor. Tiene la cara contraída.

—Tiene que dejar de doler en algún momento —respondo. Pero no estoy seguro de creérmelo.

—No hay suficientes botones.

Rosa está sentada entre Sally, que ocupa el asiento de la ventanilla, y yo, al lado del pasillo. No vamos en clase *business*. Rosa no oculta su descontento.

De nuevo en la clase del ganado, puedo oler el sudor de los miles de personas que han ocupado antes que nosotros estos asientos. Pero el aire es el mismo: redistribuido, con sabor a plástico reciclado y desprovisto de humedad. Ya se me ha pegado la lengua al paladar.

—No es que no puedan permitirse enviarnos en primera clase. Están siendo malos. ¿Les pediste por lo menos que nos pagaran la clase *business*? — pregunta Rosa a Sally.

Nuestra madre no contesta. Tiene la mejilla apoyada contra la ventana, con los ojos en las nubes. Ha dicho muy poco desde que Rosa y yo tuvimos nuestra primera conversación sincera. Aunque hablar no alivia el dolor de un alma y un corazón rotos. Hablar con Rosa solo consigue intensificarlo.

Ojalá pudiera decirle a Sally que mi corazón también está roto. Pero no creo que piense que tengo corazón.

Pienso en mi lista. He conseguido todo lo que quería: una novia, boxear en combates, y ahora volvemos a casa, a Sídney. Todo, excepto la prioridad de la lista: «Mantener a Rosa bajo control». Nunca lo conseguiré. Debería hablarle a Rosa de mi lista. Sería un método perfecto para explicarle qué es la ironía dramática.

—Sally —dice Rosa—. Cuando estemos en Sídney, ¿podré tener un perro? No maté a mi perro virtual.

Sally no responde.

—Apuesto a que si se lo hubieras pedido a los McBrunight, nos habrían pagado asientos en clase *business*. La diferencia no supone nada para ellos. Podrían comprar un avión para nosotros solos si quisieran. Deberían haberlo hecho. He salvado a Seimone de la silla eléctrica y no me han dado las gracias.

—En Nueva York no hay pena de muerte —informo—. Si la hubiera, no usarían la silla eléctrica, y a buen seguro no ejecutarían a una niña rica. Además, la policía nunca presentará cargos.

—Aun así la salvé. Por eso me dio esto. —Rosa saca un collar del cuello de la camisa; un corazón de rubí cuelga de una cadena de oro—. Seimone me dio el de Maya. Dice que ahora somos gemelas.

Las náuseas me golpean como una ola. Me cubro la boca con la mano y me levanto con esfuerzo del asiento y avanzo como puedo por el pasillo hasta los servicios. El vómito me quema el esófago y la boca hasta caer en la taza. Tengo un regusto ácido, a lechuga, pan y queso. Siguen varias oleadas. Vomito hasta que no queda nada excepto bilis.

Cuando me doy la vuelta para lavarme las manos y la cara, mis ojos, ahora rojos, me miran fijamente desde el espejo. Hemorragia subconjuntival. Tengo una pinta horrible, pero unos cuantos vasos sanguíneos rotos no es nada grave. Lo contrario de Rosa, que es mucho peor que su aspecto.

Lleno un diminuto vaso de papel con agua, me enjuago la boca y escupo, asustándome de nuevo cada vez que veo mis ojos.

Cuando me siento Rosa está bebiendo un refresco de cola. Algo que Sally nunca permitiría. Me mira a los ojos y se ríe.

—Tienes ojos de demonio.

—¿Cuándo robaste ese collar? —Maya lo llevaba cuando murió.

—No he tenido que robarlo. Solo tuve que pedirlo. Seimone me quiere muchísimo.

Hace balancear las piernas hacia delante y hacia atrás, deteniéndose cuando está a punto de dar una patada al asiento de delante. No le interesa incordiar de ese modo. Demasiado fácil. Se le ocurrirá otra cosa.

Sé con toda seguridad que va a provocar otros problemas. Rosa asustó a Sojourner, ha destruido a Sally, se ha librado de David y me ha destrozado. Estoy seguro de que el subidón que le suscita todo esto le hará querer repetir, ir más allá.

No puedo evitar pensar en algo que me dijo Rosa cuando tenía cuatro años: «Puedo hacerte llorar si quiero». Me reí.

—Mi umbral de dolor es bastante elevado, chiquilla. Pero adelante, golpéame si quieres.

—No me refiero a dolor de «auuh», tonto.

—¿Qué clase de dolor entonces?

Rosa señaló a mi corazón.

Tenía razón. Siempre ha tenido razón.

Agradecimientos

Tayari Jones me dio la idea inicial de escribir una novela para jóvenes adultos inspirada en *La mala semilla*, ese libro maravilloso escrito en 1954 por William March, cuando habló de él en Twitter. Me animó a volver a leer el libro, y averiguar hasta qué punto ha cambiado la investigación sobre la psicopatía. Parece ser que mucho.

También me inspiró mi fantabulosa sobrina, Lyra Larbalestier Bern: cómo aprendía a reír, a caminar, a hablar y a convertirse en una personita cariñosa y empática. Observar a Lyra me ayudó a imaginar todas las cosas en las que Rosa no se le parece en nada.

Nadine Champion, mi entrenadora de boxeo, es una de las personas más increíbles que he conocido nunca. Me enseñó todo lo que sé del arte del pugilismo, y ha tenido una gran influencia en este libro. Si no hubiera sido por ella, nunca habría boxeado y aprendido tantas cosas de mí misma que no sabía.

Jill Grinberg ha sido mi agente durante más de diez años. Doy gracias por ello cada día. Gracias. Gracias también al maravilloso equipo de Jill Grinberg Literary Management: Katelyn Detweiler, Cheryl Pientka y Denise St. Pierre.

Muchas gracias a toda la familia de Soho Press, especialmente Daniel Ehrenhaft, Meredith Barnes y Rachel Kowal. Y a la gente de Allen & Unwin, especialmente Jodie Webster, Hilary Reynolds y Clare Keighery. Estoy tan contenta de contar con dos hogares tan fantásticos en mis dos países, Estados Unidos y Australia.

Gracias a Lili Wilkinson y Anna Grace Hopkins por mostrarme el camino de leer más sobre la empatía.

Gracias a mis primeros lectores: Jack Heath, Alaya Dawn Johnson, Daniel José Older, Meg Reid, Tim Sinclair, Scott Westerfeld y Sean Williams. Mis más sinceras disculpas por lo malo que era el borrador. Es mucho mejor ahora. Lo prometo.

Un agradecimiento especial para Scott Westerfeld, Jill Grinberg, Meg Reid y Alaya Dawn Johnson, quienes pagaron por sus pecados leyendo multitud de versiones provisionales (aparecen listados por orden en función de la cantidad de borradores que tuvieron que leer).

Jill Grinberg y Denise St. Pierre hicieron excepcionales anotaciones de emergencia. Os debo una.

Gracias a Coe Booth, Jessie Devine, Sarah Dollard, Emily Jenkins, Alaya Dawn Johnson, Bronwyn King, Gemma Kyle, Jan LARBalestier, Jason Reynolds y Lili Wilkinson por sus comentarios sobre borradores posteriores. Impagable. ¡Especialmente a Lili y Sarah por sus apuntes sobre los gazapos en la continuidad! Estoy muy agradecida por haberlos detectado. Coe, Emily y Alaya salvaron este libro al indicarme dónde había que recortar. A veces es difícil ver los árboles por culpa del maldito bosque. Jessie Devine me facilitó unas anotaciones extremadamente útiles para escribir sobre Elon. Cualquier mala interpretación de género es culpa mía.

El nombre de la familia McBrunight es una mezcla de los nombres de varias jugadoras de Minnesota Lynx que formaron parte del equipo ganador en el campeonato de la WNBA en 2013. Su victoria fue resultado de un increíble esfuerzo de equipo, por lo que hubo muchas conjeturas sobre quién recibiría el título MVP («jugadora más valiosa»). Richard Cohen, un conocido *blogger* del mundo del baloncesto, escribió en Twitter que debería recibirlo todo el equipo, así que unió sus nombres. Le dije que incluiría esos nombres en mi

próximo libro, y lo hice. Janine (Mc)Carville, Rebecca (Brun)son, Monica Wr(ight) = McBrunight. Maya se llama así por Maya Moore; y Seimone, por Seimone Augustus (se pronuncia igual que Simone). Lisimaya es una combinación de Maya y Lindsay Whalen (aunque Lisi no es exactamente una parte de Lindsay, pero suena mejor). Leilani lleva el nombre de una de mis jugadoras de baloncesto favoritas, Leilani Mitchell. No, no estaba en ese equipo, pero simplemente me encanta.

Como siempre, estoy muy agradecida a mi cariñosa y muy funcional familia, Jan Larbalestier, John Bern, Niki Bern, Lyra Larbalestier Bern y Scott Westerfeld.

Título original: *My Sister Rosa*

© 2016, Justine Larbalestier

Primera publicación por Soho Teen, un sello de Soho Press Publishing. Derechos de traducción acordados por Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2018

© de la traducción: 2018, Ana Duque

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167615

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

PRIMERA PARTE. Mantener a Rosa bajo control

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

SEGUNDA PARTE. Quiero boxear en combates

- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

TERCERA PARTE. Quiero tener novia

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

CUARTA PARTE. Quiero volver a casa

35

36

37

38

39

40

41

42

Agradecimientos